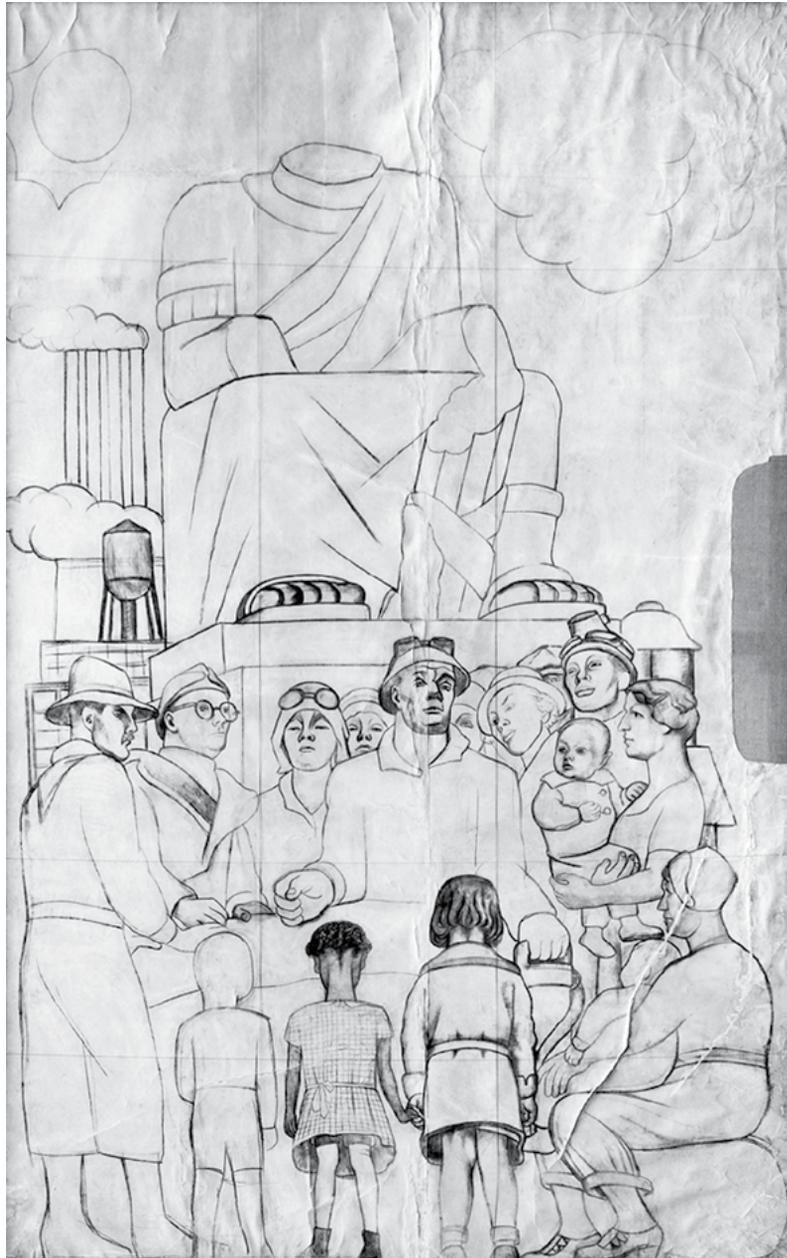


MAYO-AGOSTO 2015

Historias 91

REVISTA DE LA DIRECCIÓN DE ESTUDIOS HISTÓRICOS



INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA

Historias

91

REVISTA DE LA DIRECCIÓN DE ESTUDIOS HISTÓRICOS DEL INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA

ENTRADA LIBRE

Graham Greene	3
Andrea Wulf	6
Jules C. Alciatore	10

ENSAYOS

Emma Rivas Mata / Edgar O. Gutiérrez <i>De estudiante "matutino" a hacendado mexicano: el caso de Eusebio García Monasterio</i>	17
--	----

José Antonio Terán Bonilla <i>Fortificaciones en la ciudad de Puebla durante la Intervención Francesa</i>	43
--	----

Rebeca Monroy Nasr <i>La fotografía de la Revolución mexicana: una experiencia visual invaluable para los historiadores</i>	59
--	----

Pablo Yankelevich <i>La diplomacia sudamericana en la Decena Trágica</i>	75
---	----

ANDAMIO

Jorge Alejandro Díaz Barrera <i>Nueva España; balances y análisis independentistas</i>	87
---	----

RESEÑAS

Rodrigo Martínez Baracs, <i>Los números, vividos e imaginados</i>	99
Salvador Rueda Smithers, <i>Sabiduría encubierta: pintura, ciencia y clandestinidad</i>	100
Gabriela Pulido Llano, <i>Historia desde la imagen</i>	109
Ana Ribera Carbó, <i>Entre la autobiografía y la historia de su tiempo</i>	112

RESÚMENES/ABSTRACTS	117
---------------------	-----





Entrada Libre

La tragedia clásica de Haití

Graham Greene

Prólogo al libro de Bernard Diederich y Al Burt, *Papa Doc. The Truth about Haiti Today*, Nueva York / Toronto / Sidney / Londres, McGraw-Hill, 1969. Traducción de Antonio Saborit.

NADIE VIVO (y los muertos no pueden hablar desde sus tumbas desconocidas salvo con *Papa Doc*) está mejor calificado que Bernard Diederich para contar la horripilante historia de Haití bajo el gobierno del Dr. François Duvalier. Diederich vivió en Haití por catorce años y tuvo la experiencia personal no sólo de los primeros días de Duvalier sino de lo que hoy parece en contraste la edad dorada del gobierno de Magloire;¹ está casado con una haitiana y tras su arresto y expulsión de parte de *Papa Doc* siguió la suerte de su país adoptivo desde el otro lado de la frontera en Santo Domingo. Vaya historia: trágica, aterradora, estrafalaria, hasta a veces cómica. *Papa Doc* se sienta en su baño con su sombrero de copa para meditar; la cabeza de su enemigo Philogènes está sobre su escritorio; la carroza fúnebre que lleva el cadáver de otro de sus enemigos es robada por los Tonton Macoutes en la puerta de la iglesia; el escritor Alexis es lapidado hasta morir. Aquí hay material para un Suetonio. Diederich no es un Suetonio pero su libro está mejor documentado.

Hay algo peculiarmente romano en la atmósfera de Haití: romano en su crueldad, en su corrupción y en su heroísmo. No

¹ Paul Eugène Magloire (1907-2001) formó parte de la Junta Militar que derrocó a Dumarsais Estimé y fue presidente de Haití entre 1950 y 1956.

Este es un recuento cabal del reinado de Duvalier que será indispensable para los historiadores futuros.

hay que caminar por mucho tiempo en cualquier pueblo de Haití para ver los nombres de Brutus y Catón, tal vez sobre una panadería o un taller mecánico. Los augurios se siguen diciendo en las entrañas de las bestias y en algún momento un senador se quitará la vida como una declaración en contra de la tiranía, como Moreau, quien habló en el senado en contra de los poderes especiales que exigía Duvalier y lo pagó con la pena extrema (hasta donde todo el mundo lo sabe). Estamos más cerca de la Europa de Nerón y Tiberio que del África de Nkrumah.²

Por eso Haití es irrelevante en cualquier discusión sobre el poder negro. Haití es la escena de una tragedia clásica y a diferencia de muchos estados emergentes no la de una farsa de comedia negra a la manera contemporánea. A veces sentimos que estamos ante una tragedia de Racine representada por actores de color, o en el poder de los momentos ante *Tito Andrónico*:

Por orden del presidente, el teniente Albert Jerome decapitó a Philogènes y colocó la cabeza sobre una pila de hielo. Duvalier envió un caza especial de la fuerza aérea a recoger la cabeza. ¿Por qué quiso Duvalier que le llevaran la cabeza al palacio? Extrañas historias circularon en Puerto Príncipe según las cuales Duvalier pasaba horas sentado a solas frente a la cabeza, tratando de comunicarse con ella.

No nos sorprendería ver entrar a Lavinia en el mismo escenario, “con las manos cortadas y con la lengua cortada”. O a un mensajero cargando dos cabezas y una mano.

Este es un recuento cabal del reinado de Duvalier que será indispensable para los historiadores futuros. Yo sugeriría que la mejor manera de hacer un camino entre la densa jungla del salvajismo, la incompetencia, la avaricia y la superstición es considerar el reinado de Duvalier en etapas. Durante la primera etapa se pudo tener la esperanza de que *Papa Doc*, como él mismo eligió que se le llamara, no resultara mucho peor que muchos otros gobernantes en la cruel historia de Haití, pero la esperanza acabó en la carnicería del primer intento estrambótico por derrocarlo de parte de dos alguaciles del condado de Dade, Florida, en 1958. Los dos alguaciles y seis hombres, de los cuales sólo tres eran haitianos, lograron

² Kwame Nkrumah (1909-1972) nació en Costa de Oro, donde realizó sus primeros estudios, antes de viajar a Estados Unidos y Londres, donde obtuvo su título como abogado. Volvió a su país natal y fue una figura central en la independencia de Ghana.

hacerse de las barracas militares ubicadas detrás del Palacio Nacional. No sólo sobrevivieron, sino que estuvieron a un paso de la victoria.

La segunda etapa, acelerada acaso por el miedo y la inseguridad, vio el establecimiento final de la policía estatal, cuando Duvalier, ya incapaz de seguir confiando en el ejército, a costa de este último integró la milicia, la guardia del Palacio y los Tonton Macoutes. Dio inicio su largo y astuto chantaje a Estados Unidos. En la OEA y en la ONU Haití tenía un voto que necesitaba Estados Unidos, igual en importancia al de cualquier otro poder, y Duvalier se encargó de que pagaran en efectivo y en crédito por ese voto. En la absurda organización mundial a la que hemos sido uncidos desde la guerra de Hitler, el inescrupuloso gobernante de un estado así de pequeño como Haití puede exigir dinero por protección a los ricos como un gánster de Chicago. Esta segunda etapa concluyó con el asesinato de su viejo matón Clément Barbot, quien había estado en contacto con la misión militar de Estados Unidos, había tratado de secuestrar a los hijos de Duvalier. Si Duvalier iba a ser derrocado, parece que él era a quien los estadounidenses habían elegido como sucesor, aunque es dudoso que Haití hubiera mejorado mucho con el cambio de tirano.

Tras el intento con los hijos de Duvalier vino la tercera etapa, la etapa del terror ilimitado y de los inútiles levantamientos guerrilleros que hasta el día de hoy se siguen dando, cuando la mitad del ingreso del país se gastó en la seguridad personal del presidente, cuando se detuvo la ayuda de parte de Estados Unidos y se retiró al embajador de Estados Unidos, cuando las tropas dominicanas se desplegaron en la frontera y Duvalier amenazó con un baño de sangre en Puerto Príncipe y sólo un temerario habría apostado un *gourde* haitiano en su sobrevivencia. Pero las guerrillas fracasaron, se derrocó al presidente Bosch en Santo Domingo y el presidente Johnson cedió ante el chantaje enviando de regreso un embajador a Haití tan timorato como su nombre, Benson Timmons III, a quien Duvalier hizo esperar cinco semanas para una audiencia y luego lo sermoneó sobre la manera en la que se debe comportar un embajador, lección que se aprendió de memoria.

Llegamos ahora a la etapa final de la tiranía (o eso nos atrevemos a esperar), la etapa de la megalomanía señalada políticamente por la “elección” de *Papa Doc* como Presidente Vitalicio. Duvalier ha empezado ahora a hablar de sí mismo como un gran escritor, anuncia (en *Jours de France*) la publicación de sus obras completas, se compara a sí mismo con Trotsky, con Mao Tse Tung y con el general de Gaulle, y en un pasaje admirable en *La Catechisme de la Revolution* con uno más arriba incluso que los anteriores.



Nuestro Doc que estás en el Palacio Nacional para siempre, santificado sea Tu nombre por las presentes y futuras generaciones. Hágase Tu voluntad en Puerto Príncipe y en las provincias. Danos hoy nuestro nuevo Haití y nunca perdones las ofensas de los anti patriotas[...]

Ya no puede demorar mucho el final, con toda seguridad. La tragedia clásica exige que el péndulo regrese al alcanzar el punto más distante de su recorrido.

En el momento en que el péndulo vuelva a descender comparo la esperanza del autor en que se le permitirá a Haití trabajar en su propia salvación, sin la intromisión de su enorme vecino. Los marines estaban listos para llevar al poder en Haití a Barbotal y como lo hicieron con Trujillo en Santo Domingo. Pero tras el gobierno del tirano, a Haití se le debe dar la oportunidad de ser gobernada por héroes. Los héroes los produce la tiranía y no han faltado en su historia reciente: el diputado Seraphin, el senador Moreau, Alexis el escritor, el joven Riobé que resistió al ejército y al Tonton desde una cueva arriba de Kenscoff y se suicidó con su última bala, los trece miembros de la organización *Joune Haiti* que resistieron en las montañas del sureste durante tres meses y murieron hasta el último de ellos.

Un hombre para todos los climas



Andrea Wulf

Nació en India, creció en Alemania y se formó en Inglaterra. Es autora de varios títulos, entre ellos: *The Brother Gardeners. Botany, Empire, and the Birth of an Obsession* (2008), *Founding Gardeners: The Revolutionary Generation, Nature, and the Shaping of the American Nation* (2011) y *Chasing Venus:*

The Race to Measure Heavens (2012). Este ensayo se tomó de la edición del 19 de abril de 2013 del *New York Times*. Traducción de Antonio Saborit.

Thoreau recorría millas por el bosque hasta llegar a sus citas con las plantas.

EL 4 DE JULIO DE 1845, Henry David Thoreau se cambió a una pequeña choza en Walden Pond, como a una milla y media de su ciudad natal, Concord, Massachusetts. “Me fui a los bosques porque quise vivir con deliberación”, explicó, “nada más por darle la cara a los hechos esenciales de la vida”. Durante dos años, dos meses y dos días, caminó, observó, escuchó, escribió y leyó. El resultado fue *Walden*, el libro que lo transformó en uno de los escritores estadounidenses más amados, por muchos considerado el primer ambientalista.

Hoy, sin embargo, resulta vital otro aspecto de la obra de Thoreau, esta vez para la investigación ecológica. Durante la década pasada, Richard Primack, profesor de biología en la Universidad de Boston, ha trabajado junto con sus colegas en Harvard para emplear las observaciones en los diarios de Thoreau como base para estudios novedosísimos en el cambio climático. De 1852 a 1861 Thoreau registró las fechas exactas del florecimiento y del deshojamiento de varios cientos de flores, arbustos y árboles en el área de Concord, reuniendo tablas y listas tan meticulosas que Primack y los suyos —tras la ingrata tarea de descifrar la letra de Thoreau y de encontrar las equivalencias de los nombres actuales de las plantas con los de la década de 1850— han logrado compararlas con las observaciones actuales en el mismo lugar.

En los nueve años que necesitó Thoreau para escribir y rescribir *Walden* —durante los cuales luchó para alinear su pasión (o su obsesión, podríamos decir) por la observación detallada de la naturaleza con su amor por la poesía— recorrió la campiña, anotando las especies de las plantas y sus ritmos de crecimiento. Midió la profundidad de los arroyos y de los estanques, realizó lecturas de la temperatura, guardó muestras de plantas y registró la llegada y partida de las aves migratorias. En lugar de “llamar a algún académico”, Thoreau recorría millas por el bosque hasta llegar a sus citas con las plantas. En ocasiones se preocupaba de que “este hábito de observación cercana” pudiera dañar sus empresas literarias. Un día, al final de un largo viaje en barca, tras garrapatear páginas y páginas de notas, terminó la entrada en su diario señalando que “todos los poetas han temblado en los lindes con la ciencia”.

Durante los años en que Thoreau corregía *Walden*, transitó por una evolución personal: del poeta trascendental que adoraba la naturaleza al escritor de la naturaleza más influyente en Estados Unidos. Entonces empezó a usar su diario

como un registro preciso de sus encuentros con el mundo natural, desarrollando una diaria y seria rutina de estudio matutino y nocturno, puntuada por una larga caminata por la tarde. “Omito lo inusual —los huracanes y los terremotos— y describo lo que es común”, escribió en agosto de 1851. “Esto tiene el mayor de los encantos y es el tema auténtico de la poesía”. Las entradas del diario, que antes eran de fragmentos y apuntes, se volvieron entonces regulares y cronológicas, documentando las temporadas en todas sus intrincaciones. “Este es mi año de observación”, proclamó Thoreau en julio de 1852. Armado con su sombrero a manera de “caja botánica” en el que recogía especímenes de plantas, con un libro de música para pensar las plantas y con su bastón como cinta de medir, Thoreau desarrolló un aprecio hondo por los ciclos y las interrelaciones de la naturaleza.

Todos los grandes pasajes de *Walden* tienen su origen en los diarios de Thoreau, involucrándonos en todos los niveles, desde la gran amplitud de la tierra como “poesía viva” hasta las humildes ranas que “roncan en el río”, a la alegría de los cantos de las aves al inicio de la primavera. Su diario fue “un libro de las estaciones”, el “registro de mi amor” y de su “éxtasis”, en total unos dos millones de palabras. Thoreau dudaba que fuera mejor que su diario cualquier cosa que él escribiera, comparando sus palabras con las flores y preguntándose si se verían mejor reunidas de manera artificial en un ramo (o en un libro) o en el valle donde las encontró (su diario).

Primack y sus colegas han usado este diario para seguir los recorridos de Thoreau. Muchas de las especies que vio Thoreau han desaparecido del área de Concord, pero por medio del estudio de 32 plantas nativas, que florecen en primavera entre toda una variedad de hábitats, los modernos investigadores han descubierto que no florecen mucho antes. El 11 de mayo de 1853, por ejemplo, Thoreau anotó el florecimiento del arándano de mata grande (*Vaccinium corybosum*), hoy el arándano que más se cultiva para uso comercial en América del Norte y, con sus características flores blancas en forma de campana, una planta muy fácil de identificar. Si Thoreau la fuera a buscar hoy a mediados de mayo, no tendría suerte, toda vez que hoy florece durante las dos últimas semanas de abril. Tras el tan cálido invierno de 2011-2012, se adelantaron seis semanas. La primavera pasada, su aparición en Concord se registró el primer día de abril.

Al cruzar las listas de Thoreau con los registros de la temperatura que durante un siglo ha llevado el Observatorio Meteorológico de Blue Hill en Milton, Massachusetts, Primack y los suyos han determinado que las plantas en Concord reaccionan a temperaturas más elevadas floreciendo unos dos días



antes por cada grado que aumenta la temperatura. En el tiempo de Thoreau, la temperatura promedio en primavera era de 5.5 grados centígrados y la fecha promedio del primer florecimiento de las 32 especies en estudio era el 15 de mayo. En los años que van de 2004 a 2012 la fecha se desplazó once días (al 4 de mayo) y tres grados (a 8.8 grados).

Estos cambios en el clima del área principal de Boston se atribuyen tanto al calentamiento global como a un fenómeno que se conoce como el calor de la isla urbana. Más de la mitad del aumento de la temperatura proviene de la urbanización, lo que hace que la flora de Concord sea útil para determinar cómo podrían responder a un futuro calentamiento las plantas en área no urbanas. Primack, quien llama al área un “laboratorio vivo del cambio climático”, fue el investigador visitante de una nueva exposición en el Museo de Concord que se titula “Primavera temprana. Henry Thoreau y el cambio climático”, la cual documenta este proceso. En ella se muestran la mesa de trabajo de Thoreau, sus manuscritos y especímenes de su herbario junto con los datos del siglo XXI. En la exposición está el libro que Thoreau empleaba para aplanar sus plantas —aún con marcas visibles de pistilos y hojas. Y aunque la escritura notablemente difícil de Thoreau pueda parecer fuera de lugar junto a las gráficas científicas modernas, estos viejos papeles son el cimiento de la investigación actual. Primack considera a Thoreau como un “colega científico” e incluso está pensando en añadir su nombre como coautor en las publicaciones de su investigación. Al estudiar los registros de Thoreau, Primack y sus colegas tratan de encontrar la manera de predecir cómo las comunidades de las plantas pueden reaccionar al cambio climático. Ahora es claro que ciertas plantas se ven más afectadas que otras por el ascenso de la temperatura. La época de florecimiento para las plantas de inicio de la estación cambia más dramáticamente que las del final de la estación. Y puede que se den más cambios. La alteración en la época del florecimiento podría asimismo afectar a los polinizadores asociados con ciertas especies de plantas. Se requieren más investigaciones, pero una hipótesis sugiere que hoy ciertas plantas podrían madurar demasiado temprano para el ciclo de cultivo de sus polinizadores especialistas, con resultados que podrían ser ruinosos para ambos.

Tras combinar los datos históricos de Thoreau con sus observaciones modernas, Primack sabe que “una cosa sí es clara: el cambio climático llegó a Walden Pond”. O como Thoreau lo habría dicho, gracias a sus viejos diarios y cuadros, los “hechos reunidos por el poeta aparecen al fin como las semillas aladas de la verdad”.

Al estudiar los registros de Thoreau, Primack y sus colegas tratan de encontrar la manera de predecir cómo las comunidades de las plantas pueden reaccionar al cambio climático.

Stendhal y el episodio de Ugolino

Jules C. Alciato

Dedicó su vida a enseñar literatura en la Universidad de Georgia y a estudiar la obra de Stendhal, en torno a la cual giran todos sus escritos. Hoy en día pocos recuerdan a Jules C. Alciato (1901-1974), autor de títulos como *Stendhal et Lancelin* (1942) *Stendhal et Helvetius. Les Sources de la philosophie de Stendhal* (1952), *Stendhal et Maine de Brain* (1954) y *Stendhal aux Etats-Unis, 1818-1963* (1964). Este ensayo lo presentó en el Séptimo Congreso de Lenguas Extranjeras de la Universidad de Kentucky, realizado en Lexington entre los días 22 y 24 de abril de 1954, y más adelante lo publicó en la revista *Italics*, vol XXXI, número 4, diciembre de 1954. Traducción de Antonio Saborit.

AUNQUE STENDHAL nunca logró escribir un solo verso inspirado, gastó una admiración profunda por algunos grandes poetas. Shakespeare, como dramaturgo y pintor incomparable de las pasiones humanas, fue objeto de su mayor entusiasmo. En Italia sus poetas favoritos fueron Ariosto y Tasso, y años más tarde, Monti. Pero en breve Stendhal se dio cuenta de que ciertos pasajes de la *Divina Comedia* eran superiores a cualquier otra cosa escrita por antiguos o modernos. El propósito de este estudio es abordar su crítica al episodio de Ugolino y revisar su influencia en algunas de sus ideas estéticas.

No sabemos con exactitud cuándo fue que Henri Beyle leyó por primera vez la *Divina Comedia*, pero en la *Vida de Enrique Brulard* nos dice que el “respeto por Dante es antiguo: data de los ejemplares que encontraba en los estantes de la biblioteca paterna ocupados por los libros de mi pobre madre y que constituían mi único consuelo durante la *tyrannie Raillane*”.¹ Como el odiado *abbé* se convirtió en su tutor a finales de 1792, fue hacia los diez años que Beyle se familiarizó con el nombre del gran poeta italiano. En ese tiempo no pudo



¹ *Vie de Henry Brulard* (ed. de Henri Mortineau), París, Le Divan, 1949, I, p. 94.

leer la *Divina Comedia* porque las ediciones de su madre estaban en italiano.² Pero al menos podía mirar los grabados que ilustraban el poema de Dante, pues como él mismo nos dice, entre sus favoritos estaban los “ejemplares de Dante con extraños grabados en madera”.³

Si el interés de Beyle en Dante se remonta a su descubrimiento de los ejemplares de su madre de la *Divina Comedia*, es muy probable que su abuelo Henri Gagnon estimulara aún más ese interés.⁴ Beyle señala con orgullo que su abuelo “sabía y honraba el italiano”,⁵ y el anciano caballero debió hablarle de Dante a su nieto.

En la Ecole Centrale de Grenoble, Beyle tuvo la buena suerte de estudiar *belles-lettres* con Dubois-Fontanelle. Las literaturas extranjeras formaban una parte importante del curso, y Dubois-Fontanelle sin duda incluyó a Dante en sus clases de literatura italiana.⁶

Al llegar a París, Beyle nos dice que aunque había perdido la fe en el sacerdocio, aún creía algo en el infierno. “Las estampas del infierno que había visto en la Biblia [...] y en las ediciones de Dante, de mi pobre madre, me horrorizaban; pero en cuanto a los curas, absolutamente nada”.⁷

A su regreso a Francia luego de su primer viaje a Italia,⁸ Beyle sacó provecho de su recién adquirido conocimiento del italiano para leer la *Divina Comedia* en el original. Con el fin de alcanzar la gloria no sólo había decidido competir con Molière sino que a finales de 1802 concibió la idea de componer un poema épico, “La Pharsale”. Aunque pronto abandonó este ambicioso proyecto, entre el 20 y el 24 de diciembre escribió el plan de y cierto número de notas sobre su poema épico. Tras declarar que pretende emplear el relato de Hero y Leandro para uno de sus episodios, da las razones para rechazar los

A su regreso a Francia luego de su primer viaje a Italia, Beyle sacó provecho de su recién adquirido conocimiento del italiano para leer la Divina Comedia en el original.

² *Ibidem*, p. 43. Respaldando su opinión en el hecho de que antes de su primera estancia en Italia Beyle no sabía italiano, Paul Arbelt (*La Jeunesse de Stendhal* [París, Champion, 1919], I, p. 180) afirma que Beyle empezó a admirar a Dante de niño pero que no leyó la *Divina Comedia* sino hasta 1802. Sin embargo, Henri Martineau (“Notes et commentaires”, *Vie de Henry Brulard*, II, pp. 120-121) afirma que una traducción de Dante al francés, con la firma de Beyle en la portadilla, apareció en Grenoble, lo que señala que leyó la *Divina Comedia* antes de ese año.

³ *Vie de Henry Brulard*, I, p. 200.

⁴ El cosmopolita Henri Gagnon fue quien introdujo a Beyle a Ariosto y Tasso; véase *La Jeunesse de Stendhal*, I, p. 179.

⁵ *Vie de Henry Brulard*, I, p. 94.

⁶ *Le Jeunesse de Stendhal*, I, p. 263. Arbetet afirma (*ibidem*, nota 3) que en la versión publicada del curso, Dubois-Fontanelle le dedica no menos de seis páginas a Dante.

⁷ *Vie de Henry Brulard*, I, p. 402.

⁸ Henry Beyle arribó a Grenoble al inicio de enero de 1802; véase Henri Martineau, *Le Calendrier de Stendhal*, París, Le Divan, 1950, pp. 53 y 56.

Es probable que el 7 de junio Beyle leyera la traducción del Infierno realizada por Rivarol con el ánimo de revisar lo que habían logrado otros traductores de Dante.

sublimes pasajes del *Paraíso perdido* y la *Divina Comedia*: “Las bellezas sin proporción de Milton y de Dante son como columnas sublimes que ascienden en medio de una extraña arquitectura y que nada le dicen al alma”.⁹ Pero debajo del encabezado, “Obras por ver, obras de primera importancia”, Stendhal no deja de mencionar “La *Divine Comédie* de Dante”,¹⁰ en tanto que bajo el encabezado “Versos a imitar”, cita en parte la famosa inscripción en la puerta del *Infierno*. Tras el verso *Lasciate ogni speranza, voi ch’entrate*, añade: “Es absolutamente necesario hacer esta magnífica canción, así como el episodio de Francesca da Rimini”.¹¹

Lo que Beyle esperaba aprender de la lectura del *Infierno* era especialmente el arte de inspirar terror. “Introducir el terror en mi obra. Tomar mucho del terror en Dante”.¹²

Stendhal nunca olvidó la famosa inscripción y los magníficos versos del episodio de Paolo y Francesca. Pero en 1803 dio con el Canto XXXIII. Tanto le impresionó la trágica historia de Ugolino y su progenie que decidió traducirla. Vale la pena señalar el método que empleó para prepararse para semejante tarea: “Cuando quise traducir al verso francés el Ugolino de Dante, me dejaba pasar hambre luego de entrar en calor con un café”.¹³ Para entender por qué Beyle creyó indispensable someterse a tan drástico régimen, hay que recordar que al principio de 1803 se había vuelto un asiduo lector de Helvecio,¹⁴ de quien aprendió que sólo el hombre que es capaz de experimentar sentimientos fuertes los puede describir de manera convincente, y que para pintar una imagen auténtica de las pasiones que actúan en un personaje “hay que estar afectado de los mismos sentimientos para describir en él los efectos y encontrar en uno mismo a su modelo”.¹⁵

Es probable que el 7 de junio Beyle leyera la traducción del *Infierno* realizada por Rivarol con el ánimo de revisar lo que habían logrado otros traductores de Dante.¹⁶ Tras describir el libro de Rivarol como excelente, y observar que su estilo es muy

⁹ “La Pharsale”, *Mélanges de littérature* (ed. de Henri Martineau), París, Le Divan, 1933, I, p. 327.

¹⁰ *Ibidem*, p. 342.

¹¹ *Ibidem*, p. 343.

¹² *Ibidem*, p. 332.

¹³ *Pensées, Filosofia nova* (ed. de Henri Martineau), París, Le Divan, 1931, I, p. 112.

¹⁴ Véase nuestro estudio sobre *Stendhal et Helvétius*, Ginebra, E. Droz, 1952, p. 9.

¹⁵ *Ibidem*, pp. 46-47 y *De l’Esprit*, París, Durand, 1758, pp. 494-95.

¹⁶ *L’Enfer, poème du Dante, Traduction nouvelle*, París: Didot, 1785. En su introducción, Rivarol boceta la vida de Dante y discute sus poemas. Su libro incluye también el texto italiano del *Infierno*

similar al de Chateaubriand, exclama: “*El Dante m’enchante*”.¹⁷ A los dos días incluye el episodio de Ugolino entre los pasajes poéticos perfectos que tiene que estudiar. Está ansioso por mejorar su estilo y de esta manera explica su método: “Los pintores estudian imitando a Miguel Ángel, Rafael; uno lo hace traduciendo a Dante, Alfieri, Ariosto, Alexis, etc.”¹⁸

Hacia mediados de 1803 Beyle se ocupa en el trabajo de un fragmento que titula “Algunos artículos del diccionario que hay que hacer para entenderse a uno mismo y a los otros”. Tras resumir la descripción de las sensaciones realizada por Helvecio (“los deseos y las preocupaciones que se unen a las pasiones primitivas [el hambre, la sed, el sueño]”), Beyle se pregunta si la descripción de las sensaciones resultaría grata en el escenario teatral o en el poema, y a propósito de eso menciona el sueño de Ricardo III y el episodio de Ugolino.¹⁹

En uno de los libros de ejercicios en los que solía insertar sus *pensées*, Beyle define *le malheur* (la desgracia) como “un acontecimiento que más o menos priva de la esperanza a una pasión”, y ofrece el siguiente ejemplo: “La mayor de las desgracias que puede sobrevenirle a un padre es la de Ugolino”.²⁰

Durante 1804 su entusiasmo por el Canto XXXIII es aún más intenso.²¹ En una carta que le escribe a su hermana Pauline el 7 de julio, da rienda suelta a su admiración por Dante y el episodio de Ugolino. Le urge poner a Pauline a estudiar italiano para que ella pueda leer a Dante, Ariosto y a muchos otros escritores en el original. Sostiene que sólo Dante y Boccaccio han sido suficientemente bien traducidos y especifica que la traducción de Rivarol incluye sólo un tercio del sublime Dante. “Busca la historia de Ugolino, Canto XXXIII, y tendrás la poesía más terrible que existe; el mismo divino Homero no tiene nada semejante. He ahí lo sublime del género de lo terrible;”²² explícate este canto a golpe de diccionario. Estoy

¹⁷ *Pensées, Filosofía nova*, I, p. 108.

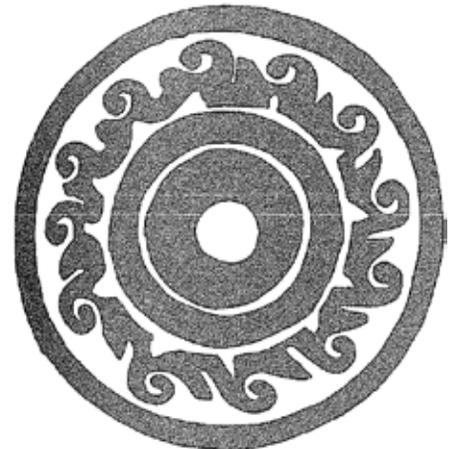
¹⁸ *Ibidem*, pp. 158-9.

¹⁹ Véase *Stendhal et Helvétius*, p. 293.

²⁰ Cahier daté du 21 thermidor an XI [9 août 1803], *Pensées, Filosofía nova*, I, p. 142.

²¹ Stendhal incluye un volumen de Dante en un listado de libros que realiza el 10 de febrero (Manuscritos de Grenoble, R 5896, vol. I, hoja suelta) y que se propone llevarse a París. Un volumen de Dante, “Di Dante, 1er volume, 1” (véase *Journal*, edición de Henri Debraye y Louis Royer, París, Champion, 1923-1934, I, 326) está enlistado en un catálogo de todos sus libros que él forma en Claix el 23 de febrero.

²² Las ideas de Stendhal sobre lo sublime están prestadas en parte de Helvecio, quien afirma que “le sublime est [...] toujours l’effet du sentiment d’une terreur commencée”, y añade que “tout gran caractère produira toujours le sentiment d’une terreur commencée” (*De l’Homme, Oeuvres complètes d’Helvétius*, París, Servière, 1795, IV, pp. 162 y 166; véase también *Stendhal et Helvétius*, pp. 30-32, 113 y 122.



seguro de que no has de hallar en todos los ingleses (salvo en Shakespeare y Milton) un sólo verso tan hermoso como los noventa de este sublime pasaje”.²³

El apunte que insertó en su *Journal* el 5 de febrero de 1805 muestra la persistencia de su interés en el episodio de Ugolino. Tras exclamar que Shakespeare es “*the greatest Bard in the world!*” y de que Shakespeare para él “está casi en prosa”, Stendhal asevera que la poesía le da un encanto añadido a la literatura. El placer que uno deriva de la lectura de viejos poemas se debe en buena medida al hecho de que “se les transporta por analogía el encantador barniz de los versos actuales”. Y agrega: “Leyendo la historia de Ugolino en italiano, yo les transporto el encanto que me producen realmente los versos de Corneille, Racine, André Chénier, y lo siento”.²⁴

En una carta a Pauline fechada el 12 de marzo de 1806, Beyle, tras explicarle a su hermana cómo surgen y florecen las bellas artes, le dice que en cierta etapa en su desarrollo cultural, las sociedades prefieren la poesía que la filosofía. El Ugolino de Dante conmoverá a los hombres que encuentren placer en la lectura de *Les Rapports du physique et du moral de l'homme* de Cabanis. Luego le explica por qué es así. “La poesía no exige más que un corazón, y son muy pocos los hombres que decididamente no han sentido”.²⁵

Ya desde 1803 Beyle había tratado de explicar las características de las naciones como resultado del clima y del gobierno. Al leer *Les Rapports du physique et du moral de l'homme*,²⁶ descubrió que determinados climas producían determinados temperamentos, los cuales a su vez servían para explicar las características físicas y mentales de personas y naciones. Según Stendhal la mayoría de los franceses tienen un temperamento sanguíneo. Son vanos y animados, ingeniosos y divertidos. La mayoría de los italianos, por otra parte, tienen un temperamento bilioso y melancólico. Nadie se compara con el ingenioso y alegre Collé en Italia. “Su pueblo”, añade Stendhal, “es apasionado, melancólico, tierno: produjo a Rafael, a Pergolesi y al conde Ugolino”.²⁷



²³ *Correspondance* (ed. de Henri Martineau), París, Le Divan, 1933-1934, I, pp. 224-25.

²⁴ *Journal* (ed. de Henri Martineau), París, Le Divan, 1937, II, p. 21.

²⁵ *Correspondance*, II, p. 162. Las teorías de Stendhal sobre la creación de las bellas artes y el encanto universal y eterno de la poesía están prestadas, en buena medida, de Helvecio; véase *Stendhal et Helvétius*, pp. 125-27.

²⁶ Según su *Journal* (II, 8-9), Stendhal empezó a leer este famoso tratado el 24 de enero de 1805.

²⁷ *Vies de Haydn, de Mozart et de Métastase* (ed. de Henri Martineau), París, Le Divan, 1928, p. 69. En una nota al pie Stendhal vuelve a mencionar “Le Comte Ugolin, du Dante” y cita la primera parte y parte del segundo verso del Canto XXXIII.

De hecho uno de los temas favoritos de Stendhal es la “energía” de los habitantes de su país adoptivo. Sostiene que la historia de cada una de las pequeñas ciudades italianas en la Edad Media en el transcurso de uno o dos años ofrece características más admirables que la historia del conjunto de los pueblos hanseáticos a todo lo largo de su existencia. Después de afirmar que el episodio de Ugolino ofrece una buena idea de las venganzas de la época, Stendhal concluye: “Esta es la historia más interesante de todas, para un cierto tipo de lectores, pero al mismo tiempo es la más difícil de comprender. Uno se libera de sus propias penas por los caracteres gigantescos que a veces se llega a descubrir. Se diría que todas las figuras de estos tiempos singulares e ignorados las trazaron Miguel Ángel o Jules Romain”.²⁸

Los intelectuales italianos fueron muy inferiores a los poetas italianos. En lugar de volverse creadores, se volvieron hacia el estudio, el “*métier*” más vil cuando no se sostiene en la razón. Pero no debemos olvidar que “mientras que la razón no formaba más que los versos más inciertos e inestables, en alas de la imaginación los de Petrarca y Dante ascendían a lo sublime. Homero no es igual al conde Ugolino”.²⁹

Era natural para Stendhal, quien se interesaba tanto en la pintura como en la poesía, comentar los empeños de los artistas por mostrar el episodio de Ugolino. Existen dibujos adecuados de escenas homéricas y virgilianas. “Todos los grabados que he visto para Dante son de un ridículo de lo más entretenido”. Tras citar como ejemplo el *Count Ugolino* de Sir Joshua Reynolds, Stendhal explica así la falta de éxito de los artistas modernos: “Es que la fuerza es indispensable, y nada es más escaso hoy en día”.³⁰

Los comentarios de Stendhal sobre un boceto de Ugolino realizado por Bossi refleja no sólo su insatisfacción con las interpretaciones de los artistas sino también su íntimo conocimiento de los detalles del episodio de Ugolino. “Los niños están colocados con gracia y emocionan; la figura del padre es simplemente un desollado, en lugar de mostrar un hombre feliz que no sufre más que desde hace cuatro días. El pintor debe suprimir los *piu lune* de Dante y suponer que el sufrimiento no ha comenzado hasta el momento de tapiarle la puerta. No es más que un cartón”.³¹

Los comentarios de Stendhal sobre un boceto de Ugolino realizado por Bossi refleja no sólo su insatisfacción con las interpretaciones de los artistas sino también su íntimo conocimiento de los detalles del episodio de Ugolino.

²⁸ *Ecoles italiennes de peinture* (ed. de Henri Martineau), París, Le Divan, 1932, I, pp. 60-61.

²⁹ *Histoire de la peinture en Italie* (ed. de Henri Martineau), París, Le Divan, 1929, I, pp. 140-41 y nota 1, p. 141.

³⁰ *Ibidem*, p. 363 y nota 1.

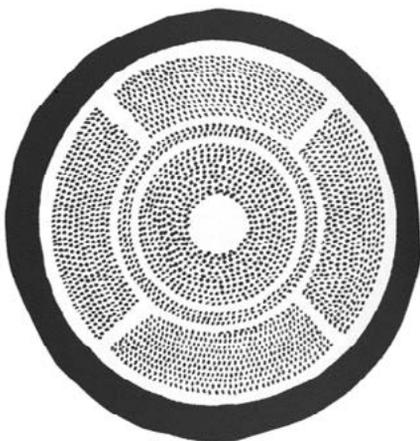
³¹ *Journal*, IV, p. 277.

Miguel Ángel es el único artista que pudo haber hecho justicia al famoso episodio. Hablando de la estatua de Baco realizada por Miguel Ángel, Stendhal señala que no tiene “ese carácter de voluptuosidad, de abandono y de divinidad que respira en el Baco antiguo”. La estatua florentina siempre lo ha impresionado por ser “un idilio escrito en el estilo de Ugolino”.³²

Stendhal hace otra sorprendente *rapprochement* entre el arte de Miguel Ángel y el de Dante: “Si Miguel Ángel hubiera hecho un poema, habría creado al conde Ugolino, así como Dante, de haber sido escultor, habría hecho el *Moisés*”.³³

A finales de 1802 Stendhal había descubierto en *De l'Esprit* que el rasgo distintivo de todos los genios es la originalidad.³⁴ En 1803 Helvecio confirmó su creciente convicción de que el gusto no es absoluto sino relativo y de que un autor debe escribir para agradar a sus contemporáneos.³⁵ Esta doctrina, la cual elaboró en *Racine y Shakespeare*, le permitió ubicar a Dante en la categoría de los poetas románticos: “El poeta romántico por excelencia es Dante; adoraba a Virgilio, y sin embargo escribe la *Divina Comedia*, y el episodio de Ugolino, que es lo menos parecido a la *Eneida* que pueda encontrarse en el mundo; pero Dante había comprendido que en su época se tenía temor al Infierno”.³⁶

A finales de 1802 Stendhal anhelaba descubrir y formular reglas para la creación de lo hermoso. En la lectura de las obras de los críticos y de los psicólogos y en el análisis de las obras maestras de la literatura mundial, albergó la esperanza de encontrar cómo fue que los grandes escritores de todas las naciones pintaron las pasiones humanas y lograron estremecer las emociones de sus contemporáneos. La primera vez que Stendhal estudió la *Divina Comedia* trataba de mejorar su estilo poético. Al leer el episodio de Ugolino se dio cuenta de que Dante no sólo era un gran estilista sino un maestro del arte de inspirar terror, una de las fuentes de lo sublime. Stendhal nunca olvidó los preceptos que el episodio de Ugolino sirvieron para ilustrar. Dante fue grande porque fue original. Entendió las creencias y las pasiones de sus contemporáneos y escribió para complacer a los pocos afortunados de su tiempo. Cuando recordamos que Stendhal no creía en las doctrinas cristianas tan bellamente ilustradas por la *Divina Comedia*, debemos admirar su respeto por Dante y su entusiasmo por los pasajes sublimes del *Infierno* como el episodio de Ugolino.



³² *Histoire de la peinture en Italie*, II, p. 321.

³³ *Ibidem*, p. 361.

³⁴ *Stendhal et Helvétius*, p. 8.

³⁵ *Ibidem*, pp. 39-40 y 58-59.

³⁶ *Racine et Shakespeare* (ed. de Henri Martineau), París, Le Divan, 1928, p. 50.

De estudiante “matutino” a hacendado mexicano: el caso de Eusebio García Monasterio

Emma Rivas Mata
Edgar O. Gutiérrez

Una explicación necesaria

Este trabajo es consecuencia de un viaje que realizamos a la ciudad de Logroño, capital de la provincia de la Rioja, en España, en la primavera del 2013. Inicialmente, nuestra visita tuvo dos fines: 1) la posibilidad de consultar en los archivos de la localidad alguna documentación que nos sirviera en la investigación que estamos realizando, sobre todo la relativa a la familia de Eusebio García Monasterio en tanto padre del historiador y bibliógrafo mexicano Joaquín García Icazbalceta;¹ 2) conocer la población de Matute (al norte de España, 45 minutos de la ciudad de Logroño) y recabar ahí más información, por ser el lugar de origen de la familia paterna del personaje mexicano. Tuvimos mucha suerte para lograr nuestros objetivos gracias al historiador matutino José María Hernández, quien desde hace algún tiempo tiene el interés por saber más acerca de Eusebio García Monasterio, por ser quien donó en 1820 el dinero que

hizo posible la construcción y operación de la escuela gratuita de la población de Matute.

Así, por iniciativa del profesor Hernández, la Asociación de la Tercera Edad “San Román” nos invitó a dar una plática sobre Eusebio García Monasterio y su familia mexicana, como una manera de difundir lo que nosotros sabemos de este benefactor de origen riojano, y particularmente matutino, y así mantener presente el origen de la escuela gratuita de la localidad, institución de gran importancia social en buena parte de la historia de la población de Matute y sus entornos. El texto siguiente tiene parte de nuestra exposición de aquella noche de junio de 2013.

Introducción

Es sabido que, a lo largo de la historia colonial americana, muchos españoles cruzaron el océano Atlántico con la ilusión de “hacer la América”, de participar en la construcción de un nuevo mundo, de nuevos reinos, esfuerzo con el cual pudieran ganarse la gracia del rey y poder allegarse un patrimonio que les permitiera una mejor manera de vivir. A lo largo de tres siglos, como toda España, la provincia de la Rioja aportó su parte de población a esa migración a América; uno de ellos, entre muchos otros, fue Eusebio

¹ Agradecemos al Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), el apoyo financiero que recibimos para realizar dicho viaje, como parte del proyecto de investigación en la Dirección de Estudios Históricos, relativo al historiador Joaquín García Icazbalceta.

García Monasterio. Hoy sabemos que no fue el primero de su familia en salir; antes de él, su medio hermano mayor Francisco Javier García Gómez se había trasladado a Nueva España; de hecho, él fue la punta de lanza para la salida de Eusebio, Plácido y José, los tres hijos del segundo matrimonio de su padre José García Ontiveros.

Hasta ahora, en Matute poco conocimiento se tiene de las actividades de Eusebio García en su residencia en la ciudad de México. Sólo se sabe que, como sucedió con otros “indianos” de la provincia de la Rioja, benefició a su pueblo natal dotándolo de una escuela primaria, fundada en 1820, donde por muchos años recibieron educación gratuita centenares de niños hasta que dejó de funcionar como centro educativo a mediados del siglo pasado. Sin embargo, como un valioso testigo de la historia, el robusto edificio de esa escuela sigue en pie y hoy alberga las oficinas del Ayuntamiento, aun cuando su fachada ostenta una placa que recuerda el nombre de su fundador y lo reconoce como vecino de la ciudad de México. Por ello queremos dar a conocer algunos aspectos de la vida familiar y de negocios de este personaje, que de estudiante matutino se convirtió en un prominente hacendado mexicano, e invirtió parte de su riqueza en bien de su pueblo natal.

Natural de la villa de Matute

Eusebio García Monasterio nació en la villa de Matute el 5 de marzo de 1771, al parecer con algunas complicaciones y por ello le aplicaron inmediatamente el “agua de socorro” y cinco días más tarde “los santos óleos”. Su padrino fue el presbítero Pedro de Montes.² Su infancia

² Archivo de la Parroquia San Román de Matute (AP-SRM), Diócesis, Libro de Bautizados, 1700/1786, caja 3, libro 4, f. 175r. Partida de bautismo de Eusebio García Monasterio. “En la Villa de Matute a diez días del mes de marzo de mil setecientos y setenta y uno, yo D. Francisco Javier Gil Prö. Capellán de esta Villa con licencia de Dn. José Jiménez Gutiérrez Cura, puse los Santos Olios a un niño por tener el agua de socorro de cuya lance fui infor-

transcurrió en aquella villa riojana y muy seguramente consolidó sus primeros estudios en la escuela de Gramática de la misma villa, en funciones desde 1753.³ Sin embargo, siendo un joven de casi 17 años sus inquietudes y la necesidad apremiante de un mejor futuro encaminaron sus pasos al llamado de su hermano mayor, primero al puerto de Cádiz, para luego trasladarse a la Nueva España.

Su padre, José García Ontiveros (1717-1810), riojano también como casi todos los miembros de su familia, natural de la villa de Huércanos, por mucho tiempo desempeñó el oficio de cirujano barbero. En su desempeño, don José recorrió varias villas riojanas prestando sus servicios para finalmente establecerse en Matute, donde pudo dedicarse a “afeitar y sangrar”.⁴ En 1747 se casó en primeras nupcias con Josefa Gómez Bañales (¿?-1769), natural de la villa de Nájera, tuvieron cinco hijos: Manuel, Francisco Xavier, Sebastián Antonio, Joseph y Ana,⁵

mado [...]” Agradecemos al profesor José María Hernández Soto, su generosidad y toda la valiosa información que nos ha proporcionado relativa a la familia de Eusebio García, derivada de sus estudios sobre matutinos ilustres que fundaron escuelas, cuya historia muy completa publicará en breve. Una copia de esta partida de bautismo fue sacada en Matute, a 22 de marzo de 1832, posiblemente por el mismo Eusebio García. Este documento lo publicó en México Manuel Guillermo Martínez en el libro, *Don Joaquín García Icazbalceta. Su lugar en la historiografía mexicana* (traducción, notas y apéndice de Luis García Pimentel y Elguero), México, Porrúa, 1950

³ Miguel Zapater Cornejo, *Escuelas de indianos en La Rioja*, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos/ Gobierno de la Rioja, 2007, pp. 102-103.

⁴ Las sangrías que realizaban los cirujanos barberos consistían en hacer un corte en alguna de las venas del brazo del paciente para eliminar parte de la sangre, esto se consideraba una solución para que el enfermo recobrara la salud. En 1807 José García tenía 90 años, le comunicó a su hijo Eusebio que estaba retirado del oficio, pues por su avanzada edad estaba ya muy torpe y no encontraba una persona que lo ayudara, “un mancebo que afeite y sangre”. Carta de José García Ontiveros a su hijo Eusebio García Monasterio, Matute, 15 de febrero de 1807, en Colección particular de Carlos Bernal Vereá (CCBV). Agradecemos a Carlos Bernal permitirnos consultar esta valiosa documentación.

⁵ Archivo Histórico Provincial de La Rioja, en Logroño (AHLR). Testamento de Josefa Gómez Bañales. P/8200/1,

quienes más tarde serían un gran apoyo para su medio hermano Eusebio García.

En mayo de 1769, José García quedó viudo y, poco después, recibió la parte de la herencia que le dejó su esposa, “en atenzion a'l amor y cariño que le he ttenido y lo bien que para mí lo ha hecho y espero proseguirá en adelante”.⁶ La soledad no duró mucho, al año siguiente José García volvió a contraer matrimonio, esta vez con María Ramos Monasterio Eguizábal (1737-1824), natural de San Millán de la Cogolla. El matrimonio tuvo cuatro hijos, todos nacidos en Matute, el mayor fue Eusebio (1771), le siguieron José Joaquín (1773), Plácido (1775) y finalmente Vicenta (1780).

Es de mencionarse que el abuelo paterno de Eusebio también practicó el antiguo oficio de cirujano barbero: Francisco Xavier García Pérez era de la población de Briones y posiblemente falleció en Huércanos, en el desempeño de su oficio. Estaba casado con Francisca Ontiveros, ambos eran vecinos de esta última población entre 1733 y 1744. Desconocemos la fecha de su fallecimiento pero, en 1771, año del nacimiento de Eusebio, se registraron como difuntos. En tanto, sus bisabuelos paternos, Juan García y Águeda Pérez, presumiblemente eran de la villa cercana de Cenicero. Por la parte materna, sus abuelos fueron José Monasterio y Gertrudis Eguizábal, ambos vecinos de la villa de San Millán de la Cogolla, y aún vivían cuando nació su nieto Eusebio. Toda esta información muestra que la ocupación del padre y abuelo de Eusebio fue la de cirujano barbero, más que dedicarse a la producción o comercio de vino —como se ha pensado hasta ahora—, pues aun cuando don Eusebio llegó a comercializar vino, en realidad no venía de una familia de cosecheros.

Si bien resultaría interesante seguir la vida y desempeño de cada uno de los hijos de José García Ontiveros, nos faltan datos para ello, de ahí que sólo se mencionen brevemente. Por otra parte, nuestro objetivo principal es intentar re-

construir algunos pasajes de la vida de su hijo Eusebio García Monasterio, además de dar a conocer su entorno familiar y sus actividades comerciales en el nuevo mundo.

De Cádiz a la ciudad de México

La documentación localizada hasta el momento no nos permite establecer la fecha y las condiciones del traslado de Eusebio de su natal Matute al puerto de Cádiz; sabemos que estaba en el puerto a mediados de 1788, quizá con indicaciones muy precisas de su medio hermano, Francisco Xavier, quien ya se encontraba en tierras mexicanas. Lo más seguro es que dicho hermano le consiguió a Eusebio los contactos y las recomendaciones que hicieron posible su traslado. De esta manera, Francisco Xavier, quien tal vez se dedicaba a actividades comerciales, lo recibió en la ciudad de México y lo introdujo a su nueva vida. Entre quienes salían de la metrópoli con destino a alguna colonia en América, era común contar con un apoyo de avanzada, ya fuera un familiar, un paisano o algún conocido.

Una vez en Cádiz, Eusebio entró en contacto con Bernardo Sola García, navegante de la fragata que lo llevaría a México. Los preparativos para el viaje le tomaron casi cuatro meses y los gastos del mismo los cubrió su hermano Francisco Xavier, como se aprecia en el siguiente documento, el cual también da una idea de las condiciones de su viaje:⁷

“Cuenta de los gastos causados en la avilitacion y embarque de Dn. Eusebio García, echos de orden y Cuenta de mi Hermano Dn. Sebastian Sola Garcia residente en Mexicoa saber Rta...

1788

Julio 19. Por 5 954 f. 24 mrs.
de ryon. Entregados a
Dn. Luis de Frades Garcia
vez° de Sevilla por importe

6/05/1769, f. 19, escribano Joseph Antonio Ximénez de la Arenala Pérez.

⁶ *Idem.*

⁷ Documento en CCBV.



de la Ropa con que ha abilitado a dho. Dn. Eusebio de orden de su Hermano Dn. Franc^o Xabier Garcia vez^o de Mexico, como consta de su Recibo que acompaña con esta.....3,163.7

Sep. 22. Por 100 f. von. entregados a Dn. Eusebio para labar ropa y pagar peluquero.....,053.2

Oct. 7 { Por 300 p. de a 128.. c pagados a Dn. Jaime Fourrar para el pasaje de Cadiz a Veracruz en la fragata la Condesa de Benabente en primera mesa, y demás comodidades correspondientes según recibo que acompaña 2,400.
Por una chaqueta y calzon largo de Lienzo Listado ,031.14

Dho.10 Por su Manutencion en la Posada 35 dias a 12 f von. desde 6 de Sept. hasta 10 de Oct. ambos ynclusibes ,223.2
Por 100 f von. entregados en din^o ,053.2
P.Qta. 5,924.11

Cadiz 17 de Oct. de 1788
Bernardo Sola Garcia

Recivi de D. Franc^o Xavier Garcia seiscientos doce y siete rvn. de qta. de mi Hermano Dn. Bernardo Sola los qe. Navegan en la fragata ... qe. hace viaje pa. Cadiz de qta. de dho. Garcia y p^aqe. conste firmo este en Mexc^o. 20 de Abril de 1789

Sevastian Sola

Así, en la primera quincena de octubre de 1788 Eusebio se embarcó en la fragata particular

Condesa de Benavente con destino al puerto de Veracruz. Muy probablemente permaneció en ese puerto mexicano por algunos días, mientras arreglaba su traslado a la ciudad de México, a donde llegó a principios de 1789, de acuerdo con el testimonio que años más tarde consignó su hijo Lorenzo.⁸ Ahí lo recibió su hermano mayor, quien seguramente ya le tenía algún plan de trabajo. Eusebio tenía entonces 17 años y pronto se convirtió en el apoyo para sus hermanos menores, que no tardaron mucho en salir de Matute: al año siguiente, José Joaquín llegó a México y poco después se fue a radicar al pueblo de La Barca, en Nueva Galicia (hoy Jalisco); Plácido en distintas ocasiones estuvo en suelo mexicano y al final se estableció en Cádiz, dedicado al comercio y actividades financieras. Mientras su hermana menor, Vicenta, permaneció en Matute al lado de sus padres. Una costumbre muy marcada en estas migraciones era que, en general, las mujeres rara vez salían de España.

Eusebio y sus hermanos progresaron en el comercio y en sus diversas actividades. En 1802, Francisco Xavier era colector de diezmos en la zona de Chalco, jurisdicción muy cercana a la ciudad de México.⁹ A principios de 1804 estaba casado y tenían un niño de meses. En tanto que José, en 1803 presentó al obispo de Guadalajara su solicitud para que le fueran conferidos “la prima clerical tonsura y ordenes menores y mayores hasta el Sacerdocio”;¹⁰ con este fin mandó pedir a su padre, en Matute, y a un primo que estaba en Madrid, algunas cartas de recomendación para el obispo de Guadalajara, Juan Cruz Ruiz de Cabañas y Crespo,¹¹ quien era na-

⁸ “Apuntes de Lorenzo García Icazbalceta”, en CCBV.

⁹ Archivo Histórico del Arzobispado de México (AHAM), Colonial, caja 145, exp. 30, fondo: Cabildo, sección Haceduría, serie Colecturías, año 1802. “Lista de las haciendas, ranchos y pehujales que contiene este libro de la colecturía de diezmos de Chalco a cargo de Francisco Xavier García.

¹⁰ Archivo Histórico de la Arquidiócesis de Guadalajara (AHAG), Sección Gobierno, serie Sacerdotes, año 1805, exp. 16, caja 32.

¹¹ Juan Cruz Ruiz de Cabañas y Crespo nació el 3 de mayo de 1752 y falleció en la ciudad de Guadalajara, Jalisco, el 28 de noviembre de 1824. Doctor en teología por la

tural de Espronceda, Navarra. Apelando al paisanaje esperaba su ayuda, misma que no se hizo esperar, pues al poco tiempo el diacono José Joaquín García Monasterio estaba encargado de administrar los recursos financieros del Seminario Clerical de Guadalajara, y en 1809 era su mayordomo.¹²

En la primera década del siglo XIX, Eusebio seguía soltero y escribía con frecuencia a sus padres, también les enviaba dinero y era el contacto entre sus hermanos y ellos. Es de suponer que su actividad comercial le permitió relacionarse con otros comerciantes importantes, con miembros de la Iglesia y con funcionarios del gobierno. Muestra de ello es la petición que le hacía su padre, en enero de 1804, para que “de tu parte pongas todos los medios a fin de ver si se puede conseguir que tu hermano Joseph Joaquín pudiera disfrutar de su capellanía en España”, lo más cerca posible de sus padres.¹³

Por su parte, Plácido regresó a Cádiz, en ese puerto contrajo matrimonio con Asunción O’Brien, gaditana, con quien tuvo un hijo al que llamaron Eusebio José Mariano, del que únicamente se sabe que murió en la cercana población de Chiclana en 1824, tal vez infante. Su esposa también falleció, desconocemos la fecha y causas, pero Plácido nunca volvió a casarse ni tuvo más hijos.¹⁴ Estuvo en México con su hermano Eusebio y su familia entre 1827 y principios de 1828 para embarcarse de regreso a

Cádiz el 23 de febrero, pues debía atender los negocios familiares y los decretos de expulsión de españoles, no le daban otra opción.¹⁵

El otro medio hermano de Eusebio, de nombre Manuel, se estableció en Sevilla; es probable que también estuviera dedicado al comercio. Los pocos datos que se tienen de él, gracias a las pesquisas que ha realizado el profesor José María Hernández, es que falleció en Sevilla, tal vez a principios de 1826, pues en abril de ese año su media hermana Vicenta otorgó un poder a su hermano Plácido, para que en su representación cobrara y recibiera los veinte mil reales vellón que le había heredado su medio hermano Manuel.¹⁶

La única que permaneció en Matute al lado de sus padres fue Vicenta. En 1802 se casó con Miguel Delgado Pérez,¹⁷ un hombre muy trabajador, que le construyó su casa, le tenía su criada y en todo deseaba darle gusto. Tuvieron cuatro hijos: el mayor Pedro Nolasco nació el 31 de enero de 1803. En mayo de 1804, cuando apenas tenía 13 meses, su abuelo lo describió como “muy guapo, muy robusto y rojo”, y era el entretenimiento de sus abuelos. A su segunda hija le pusieron el nombre de Francisca, nació el 10 de marzo de 1805, ambos aparentemente murieron infantes pues no hay más evidencia de ellos. La tercera hija se llamó Ramona, nació el 31 de

Universidad de Alcalá, después de ordenarse se dedicó a la enseñanza. Fue rector del Mayor y Viejo Colegio de San Bartolomé y del Seminario de Salamanca. Se le designó obispo de la diócesis de Guadalajara en Nueva Galicia, donde tomó posesión el 19 de julio de 1796. Realizó una constante labor educativa, fundó varias escuelas y la Casa de Caridad y Misericordia, hoy conocida como el Hospicio Cabañas, para atender huérfanos, ancianos y desamparados. En 1803 encargó los planos del Hospicio al arquitecto Manuel Tolsá y, en 1804, la construcción del gran edificio a José Gutiérrez.

¹² AHAG, sección Gobierno, serie Seminario, exp. 15, caja 8, años 1808-1809.

¹³ Carta de José García a su hijo Eusebio, Matute, 20 de enero de 1804, en CCBV.

¹⁴ Archivo Histórico Provincial de Cádiz (AHPC), Testamento de Plácido García Monasterio, 4 de abril de 1861, Protocolo 3290, ff. 702-751, Cádiz.

¹⁵ Carta de Eusebio García a su hijo José Mariano García Icazbalceta, México, 29 de febrero de 1828. Le dice que su tío Plácido se embarcó el día 23 no sin antes enviarle una carta “muy melancólica”, CCBV. Jesús Ruiz de Gorderjuela Urquijo registra el regreso de Plácido García, de ocupación comerciante, entre 1827-1830, información del Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores de España, en *La expulsión de los españoles de México y su destino incierto, 1821-1836*, Sevilla, Diputación de Sevilla/Universidad de Sevilla/Consejo Superior de Investigaciones Científicas/Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 2006, p. 297.

¹⁶ Poder que otorga Vicenta García Monasterio, natural de Matute, a su hermano Plácido García Monasterio, vecino de Cádiz, para que a su nombre cobre y reciba la cantidad de 20 mil reales vellón que le heredó su hermano Manuel García Gómez, vecino de Sevilla. AHPLR-P/8252, 21 de marzo de 1826, f. 25, escribano Marcial Ximénez de la Arenala.

¹⁷ APSRM/Diócesis, Libro de Bautizados y Casados, 1786/1850, caja 3, libro 5, f. 15v, de “casados”.

agosto de 1806 y fue la única que llegó a la edad adulta.¹⁸ Una cuarta hija, María Josefa, nació en 1809 y falleció en julio de 1811. La casa de Vicenta estaba cerca de la de sus padres y de esta forma se mantenía al pendiente de ellos, además de que estaban atendidos por una joven de San Millán que era sobrina de doña María Ramos, madre de Eusebio.¹⁹

La tristeza de tener a la mayor parte de sus hijos “ultramarinos”, se reflejaba en las cartas que sus padres le escribían a Eusebio, en ellas mencionan que pedían a la Virgen de la Concepción por su salud y la de sus hermanos, también rezaban y los encomendaban a todos los santos de su devoción. Le pedían a Eusebio que le dijera a José que una vez ordenado, viera la manera de conseguir establecer su capellanía en Madrid y así tenerlo más cerca de ellos. Eusebio también era sumamente católico pero su devoción, hasta el día de su muerte, fue para la Virgen de Balvanera, patrona de la Rioja. En México, participó activamente en la Real Congregación de Nuestra Señora de Balvanera, lo que lo llevó a ser electo, en agosto de 1807, diputado para el bienio inmediato, lo cual agradeció mucho, pues era una oportunidad para “dedicarse a rendir mayores cultos a Nuestra Soberana Patrona”.

Sabemos que al año siguiente Eusebio ya tenía un cajón (así se llamaba a las tiendas que vendían artículos “de la tierra” y de Castilla),²⁰ situado en un lugar estratégico, justo en la es-

¹⁸ APSRM/Diócesis, Libro de Bautizados 1786/1850, caja 3, libro 5, f. 40r, 45v y 49v

¹⁹ Carta de José García a su hijo Eusebio, Matute, 17 de mayo de 1804, en CCBV.

²⁰ Si bien el diccionario señala que un cajón es una tienda en que se vendían géneros al menudeo, también se conocía con este término a las grandes tiendas que, además de vender artículos novohispanos, vendían mercancías europeas. Los cajones tomaron su nombre de las antiguas tiendecitas de madera que había alrededor de la Plaza Mayor de la ciudad de México, eran cajones que tenían ruedas para poder moverlos y despejar la plaza cuando había alguna ceremonia o fiesta. Francisco J. Santamaría, *Diccionario de mejicanismos. Razonado, comprobado con citas de autoridades, comparado con el de americanismos y con los vocabularios provinciales de los más distinguidos diccionarios hispanoamericanos* (7ª ed.), México, Porrúa, 2005.

quina de la Diputación —actualmente es la sede del gobierno de la ciudad de México en la plaza de la Constitución—. Ese mismo año, en su calidad de comerciante se incorporó al regimiento de comercio de la ciudad, formado por el Consulado de Comercio con el objeto de alistar a todos sus miembros con la posibilidad de tomar las armas, ante la amenaza que representaba la invasión francesa a España.²¹ El nombre del español Eusebio García estaba en la lista de la Séptima Compañía de los Voluntarios de Fernando VII, como capitán de la misma.²²

Es muy probable que entre las mercancías que vendía Eusebio, además de las que recibía de Cádiz, se encontrara azúcar, miel o aguardiente, como también otros productos del campo, y por ello tuviera trato con algunos hacendados. Entre ellos, posiblemente figuraba el rico hacendado de Jonacatepec, Gorgonio Nicolás de Icazbalceta y Herrarte, dueño de tres importantes haciendas azucareras, en el oriente del actual estado de Morelos. Don Gorgonio estaba casado con Ramona Antonia de Musitu y Zalvide-Goytia, ambos naturales de Escoriaza, Gui-

²¹ En 1692, cuando la escasez de alimentos impulsaron a una gran parte de los pobladores de la capital a una insurrección violenta al grito de “mueran los gachupines que se comen nuestro maíz” y a falta de una fuerza militar capaz de restablecer el orden, las autoridades reunieron a comerciantes y artesanos armados con escopetas, pistolas y viejos mosquetes para derrotar a la multitud desorganizada. De ahí surgió la idea de regularizar la participación de estos ciudadanos con el financiamiento del Consulado de comerciantes de la ciudad. El regimiento urbano de comercio recibió la aprobación oficial el 18 de febrero de 1693. Es así como surgió este regimiento para la seguridad de las propiedades comerciales y de vigilancia en el palacio virreinal, en la cárcel, en la casa de moneda y otros lugares, o tener presencia en los actos festivos como Corpus Christi o en ceremonias como cuando llegaba un nuevo virrey. Inicialmente se fijó en ocho compañías comandadas por un capitán que debía seleccionarse de entre los miembros del Consulado, más tarde aumentó a diez compañías; Christon I. Archer, *El ejército en el México borbónico, 1760-1810*, México, FCE, 1983. Sobre todo el capítulo VII titulado “Los comerciantes y los militares”.

²² El 5 de octubre de 1808 el virrey Pedro Garibay ordenó al Consulado de Comercio de la ciudad de México alistar a la gente del comercio que pudiera ser útil para tomar las armas. Archivo General de la Nación, México (AGN), Indiferente virreinal, caja 3737, exp. 003, 1808-1809.



púzcoa, tenían tres hijos María Josefa, Ana Ramona y Nicolás Fernando, la relación con esta familia de origen vizcaíno cambiaría la vida del matutino Eusebio García Monasterio.

El matrimonio García-Icazbalceta

Dedicado a sus negocios, Eusebio García estaba por cumplir los 39 años, suponemos que se había quedado solo en la ciudad de México ya que su hermano Francisco Xavier era el recolector de diezmos de la jurisdicción de Chalco, para entonces debía tener una buena posición económica, lo que le daba oportunidad para contraer matrimonio. Así, el día 13 de febrero de 1809 se casó con la segunda hija de Gorgonio Nicolás de Icazbalceta de nombre Ana Ramona de Icazbalceta y Musitu. La joven tenía 17 años de edad, era “española, doncella, natural y vecina de la Hacienda de Tenango” (en Jonacatepec), donde nació el 12 de septiembre de 1792.²³ Desafortunadamente los padres de la novia no asistieron al casamiento, pues habían fallecido unos años antes, su madre en 1801 y su padre en 1805. Por esta razón, los padrinos de boda fueron sus tíos maternos Mateo de Musitu y su esposa Gertrudis Salazar, quienes vivían en la hacienda del Raboso, perteneciente al curato de Izúcar, en el actual estado de Puebla. Los testigos para “verlos casar y velar” fueron su tío Pedro de Musitu, vecino de la hacienda de Santa Clara y Francisco Xavier García, hermano de Eusebio. La boda se llevó a cabo en la iglesia de la hacienda de Santa Clara, propiedad de la novia, fue una ceremonia sencilla y con pocos invitados. Suponemos que a partir de entonces doña Ana Ramona dejaría la hacienda en donde nació, para ir a vivir con su esposo a la ciudad de México.

²³ Partida de matrimonio de don Eusebio García y doña Ana Icazbalceta, véase Manuel Guillermo Martínez, *Don Joaquín García Icazbalceta. Su lugar en la historiografía mexicana*, Trad., notas y apéndice de Luis García Pimentel y Elguero, México, Porrúa, 1950, pp. 175-177.

Los padres de Ana Ramona, don Gorgonio y su esposa doña Ramona Antonia, habían amasado una gran fortuna. Fueron dueños de varias haciendas, las tres más importantes eran cañeras situadas al sur de Cuautla, además de numerosas propiedades e inversiones que tenían en España, dejaron como herederos de todos sus bienes a sus tres hijos: María Josefa (1790-1825) quien se casaría con su primo Sebastián Hidalga y Musitu, entre los bienes que ella recibió estaba la hacienda de San Ignacio Urbietta y sus ranchos anexos, Alchichica, Tlayehualco y Michapa; a Ana Ramona (1792-1839) le correspondió por el haber de sus legítimas materna y paterna la hacienda de Santa Clara Montefalco; y su hermano menor, Nicolás Fernando (1797-1847), recibió, después de un acuerdo extrajudicial con su hermana María Josefa, la hacienda de Santa Ana Tenango y la de Coatepec con un rancho anexo.²⁴

De esta forma, Ana Ramona aportó a su matrimonio, entre fincas rústicas, urbanas y dinero en efectivo, la cantidad de “577, 976 pesos y tres cuartillos reales”,²⁵ en tanto su esposo Eusebio introdujo al matrimonio una cantidad mucho menor, de nueve mil pesos. Esta fue la base patrimonial de la familia García Icazbalceta y de varias generaciones que le siguieron. Para Eusebio significó un gran cambio, pues además de que su giro comercial se ampliaba, debía dar prioridad a la administración de estos bienes, y a la fabricación y comercialización de los productos azucareros de la hacienda de su esposa.

Así, Eusebio, convertido en todo un hacendado, comenzó por establecer su casa familiar en la calle de la Merced número 3, en el centro de la ciudad de México. Era una casa amplia, de dos plantas, con 24 habitaciones, un patio interior rodeado de columnas de cantera, con cinco balcones y puertas accesorias a la calle, fachada de cantera y tezontle, el balcón central y la puerta

²⁴ María Teresa Huerta, *Empresarios del azúcar en el siglo XIX*, México, INAH, (Divulgación), 1993, pp. 119-121.

²⁵ Archivo Histórico de Notarías del Distrito Federal (AHNDF), Notario 426, Francisco Madariaga, 20 de abril de 1840, f. 360v-364v. Testamento de Eusebio García Monasterio.

principal rematadas con tres conchas.²⁶ En esta casa, ejemplo de la arquitectura barroca civil del siglo XVIII,²⁷ vivió la familia García Icazbalceta, ahí nacieron los once hijos de Eusebio y Ana Ramona, de los cuales sólo sobrevivieron ocho: José Mariano (1810-1869), María Dolores (1811-1873), Ana María Fernanda (1814-1888), Tomás José (1816-1868), María Ignacia (1818-1876), Lorenzo Librado (1819-1890), María de Jesús (1820-1897) y Joaquín (1825-1894), quienes más tarde auxiliarían a su padre con la administración de las haciendas, principalmente los varones.

En esa misma casa Eusebio García instaló su escritorio²⁸ comercial o despacho, donde atendía todo lo relacionado con sus negocios, al comercio de mercancías ultramarinas y productos de las haciendas. Ahí realizaba las contratas de azúcar en sus diferentes clases, hacía tratos con los “carreros” que se harían cargo de transportarla de la Tierra Caliente a la ciudad de México y de ahí distribuirla a otras partes del virreinato, o bien conducirla a Puebla y al puerto de Veracruz, para su

²⁶ Posiblemente el hecho de utilizar como adorno las conchas tuviera una carga simbólica para Eusebio García, en alusión al símbolo del camino de Santiago, una de las peregrinaciones más antiguas e importantes del occidente europeo. La concha del peregrino indica el camino a Compostela y los peregrinos la usan como insignia; Manuel Álvarez Rodríguez y Laura García Calvo, “La concha del Peregrino (*Pecten jacobaeus*), símbolo del Camino de Santiago”, en *Ambiociencias. Revista de Divulgación Científica*, 2012, pp. 12-20.

²⁷ Actualmente la casa sigue en pie, hoy calle de Venustiano Carranza, núm. 135, y está ocupada por un comercio de textiles. En 1925, la Academia Mexicana de la Lengua, correspondiente de la Real Española, colocó una placa conmemorativa al centenario del nacimiento de Joaquín García Icazbalceta (1825-1894), historiador y académico mexicano, hijo menor de Eusebio García Monasterio. Por este hecho y por las características de su construcción, en 1932, la casa fue declarada monumento histórico. Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH); Coordinación Nacional de Monumentos Históricos, Archivo Geográfico “Jorge Enciso”, exp. de la casa de la calle de Venustiano Carranza, número 135, colonia Centro, Delegación Cuauhtémoc.

²⁸ Se usaba la palabra escritorio, en su acepción de aposento donde tienen su despacho los hombres de negocios, como banqueros, notarios, comerciantes, etc., *Diccionario de la Real Academia Española*.

venta o exportación. En el escritorio se concentraban los estados de cuenta de todos los gastos y sueldos de los empleados, así como los “semanarios” o informes semanales que debía enviar el administrador de la hacienda. Desde ahí coordinaba con sus agentes del puerto de Veracruz, todo lo concerniente a las mercancías que recibía de Cádiz o los utensilios para las haciendas, los envíos de azúcar y demás productos. El correo fue el medio idóneo para una fluida comunicación, por esa razón se concentraba la correspondencia en el escritorio para un mejor control de las diversas disposiciones. Eusebio dividía su tiempo entre el escritorio y sus estancias periódicas en la hacienda, supervisaba los trabajos y la producción de azúcar. Por lo general, iba a las fincas para presenciar la cosecha y empezar la molienda de caña, costumbre que conservaron sus hijos. Muy posiblemente pasaría en la Tierra Caliente al menos dos periodos al año, el resto de los meses dejaba a un administrador al frente mientras él permanecía en la ciudad de México atendiendo el escritorio.

En los negocios y en su vida privada, Eusebio García fue siempre muy ordenado, moderado en los gastos pero generoso. Ayudaba a su familia de Matute, realizaba obras de beneficencia y atendía a los pobres que acudían a él. Todo indica que era un buen esposo y padre cariñoso, como ya se dijo sumamente católico, persona culta y preocupada por la mejor educación de sus hijos. Además, procuró dotar de escuela a los hijos de los trabajadores de la hacienda y siempre tuvo como principio dar un buen trato a todos sus dependientes, tanto del escritorio como de la hacienda. Su posición como uno de los principales comerciantes de la ciudad, y sus prácticas religiosas, favorecieron sus relaciones con las autoridades civiles y eclesiásticas.

Santa Clara de Montefalco, una hacienda azucarera

Como se mencionó antes, ésta fue la hacienda que le heredaron sus padres a doña Ana Ramona de Icazbalceta y Musitu, la misma que más

tarde estaría a cargo de su esposo Eusebio García. Conviene referir brevemente el origen de las tres principales haciendas propiedad de la familia de doña Ana Ramona (Santa Clara Montefalco, Santa Ana Tenango y San Ignacio Urbietta, ubicadas todas en el oriente del actual estado de Morelos), el cual se remonta al año de 1616. En ese año Pedro Cortés (nieto de Hernán Cortés y cuarto marqués del Valle) otorgó una merced de tierras a Pedro Aragón, quien dos años después obtuvo licencia para sembrar caña y establecer un trapiche de tracción animal para producir azúcar, desde entonces producto altamente comercial. Algunos años más tarde esas tierras, donde se establecería la hacienda de Santa Clara Montefalco, pasarían a ser propiedad de diferentes personas.

En 1750 el dueño de Santa Clara era el empresario Juan de Urtaza, quien adquirió también la hacienda de Santa Ana Tenango, a la que se unirá la hacienda más pequeña, San Ignacio Urbietta. Al morir el señor Urtaza, su albacea, José Antonio de Zalvide-Goytia y Herrarte, de origen vizcaíno, se convirtió en el nuevo dueño de las fincas azucareras, transcurrió el año de 1759. Veinte años más tarde, las heredó a su medio hermano Gorgonio Nicolás de Icazbalceta y Herrarte, quien se casaría con su sobrina Ramona Antonia de Musitu y Zalvide-Goytia, hija de Magdalena Hermenegilda de Zalvide-Goytia y Herrarte y Fernando M. de Musitu, éste originario de la provincia española de Álava.²⁹ Así, la propiedad de las haciendas vinieron por la línea paterna de doña Ana Ramona, pero también se advierte que varios de sus familiares por el lado materno participaban en la administración de las mismas, como su tío Pedro de Musitu, y continuaron colaborando con Eusebio, al

²⁹ Juan Antonio y María Magdalena Zalvide-goytia Herrarte fueron hijos de Juan Zalvide-Goytia y Francisca Herrarte. Esta última, al quedar viuda, se casaría con Juan Icazbalceta, con quien tendría a Gorgonio Nicolás de Icazbalceta y Herrarte; María Teresa Huerta, “Los vascos del sector azucarero morelense, 1780-1870”, en Amaya Garritz (coord.), *Los vascos en las regiones de México siglos XVI a XX*, México, UNAM/Ministerio de Cultura del Gobierno Vasco/Instituto Vasco Mexicano de Desarrollo, 1996, vol. 1, pp. 237-245.

menos hasta que sus hijos tuvieron edad para ayudar a su padre en el escritorio y en el campo.

Una aproximación de la ubicación y extensión que tenía la hacienda de Santa Clara Montefalco, la proporciona el plano “que manifiesta las tierras de la hacienda de caña nombrada Sta. Clara de Monte Falco [...] Jurisdicción de Cuernavaca, Partido de Xonacatepec, del Estado y Marquesado del Valle, propia de Da. Ana Icazbalceta, esposa de Dn. Eusebio García del Comercio desta capital; levantado por el Agrimensor titulado Dn. José María Delgado... [en] 1825.”³⁰ En dicho plano se manifiestan las “tierras pastales” con poco más de 420 hectáreas, en tanto los extensos campos de caña rebasaban las quinientas, y las tierras y cerros que se le agregaron posteriormente de la hacienda de Santa Ana Tenango multiplicaron al doble la extensión de Santa Clara.

Paulatinamente, la propiedad territorial del matrimonio García Icazbalceta fue creciendo de acuerdo con el progreso y necesidades de la producción de azúcar, tales como ampliar las áreas de cultivo, aumentar los pastos para el ganado, agrandar la fábrica e incrementar los recursos hidráulicos fundamentales para el cultivo y procesamiento de la caña y la vida cotidiana de la hacienda. De esta forma, Eusebio y después sus hijos, en diferentes etapas, consiguieron ya para finalizar el siglo XIX, que la hacienda de Santa Clara Montefalco alcanzara una extensión un poco mayor a las 29 mil 482 hectáreas, distribuidas en tierras de labor temporal (11 947 ha), labor de caña (833 ha), pastos (15 484 ha), bosques (1 159 ha) y cafetal de Cuauhtepic (57 ha).

El año de 1810 sería una fecha muy importante en la vida de Eusebio García Monasterio. Por un lado, marcaba el inicio del movimiento de independencia de México, que más tarde lo orillaría a salir del país. Por otro, el 26 de marzo nació su primer hijo, José Mariano. En contraste a esta feliz noticia, recibiría desde Matute el triste aviso de que el 12 de junio había fallecido su padre, José García Ontiveros a los 93 años

³⁰ Mapoteca Manuel Orozco y Berra (MMOB), Morelos 02, 2646. Plano de la hacienda nombrada Santa Clara de Montefalco, autor: R. Sandoval, 1825.



de edad. No obstante, Eusebio continuaría ayudando a su madre hasta el día de su muerte, en 1824, y a su hermana Vicenta y familia. Continuó progresando en sus negocios y muy pronto estuvo dentro del pequeño pero más importante grupo de los propietarios de bienes inmuebles de la ciudad de México, en 1813, era dueño de cinco casas valuadas en 60 mil pesos.

Hábilmente acrecentó el haber de su esposa y sus propias ganancias. Diversificó sus inversiones y esto le redituó de manera por demás conveniente. El 1814, a tan solo cinco años de su matrimonio y en plena guerra de independencia, formó una sociedad comercial con su hermano Plácido, entonces residente en Cádiz, bajo la razón social de “García Monasterio Hermanos”. Por medio de esta asociación dichos hermanos comercializaban en la ciudad de México vinos de La Rioja, de Jerez y del Puerto de Santa María, azafrán tostado, pimienta, bacalao y otros productos que recibía de Cádiz. También llegaban libros, tanto para su venta como para disfrute de la familia García Icazbalceta, algunos de ellos seguramente para la educación de sus hijos.

En medio de los conflictos independentistas, el hacendado matutino intensificó sus actividades comerciales y su participación en el gobierno de la ciudad de México; así, en 1817 fue nombrado “regidor honorario electivo” en el Ayuntamiento de la ciudad. Al año siguiente, ya era teniente coronel y Caballero de la Real Orden Americana de Isabel la Católica, título este último que le daba mayor renombre y por el cual pagó 3 600 reales vellón.³¹ La ceremonia de entrega de las respectivas insignias se llevó a cabo en la capilla de la virgen de Balvanera, en el Convento de San Francisco de la ciudad de México, el 7 de marzo de 1818.³² Para finalizar el mo-

³¹ Esta orden fue creada el 24 de marzo de 1815 con los mismos privilegios que tenían los miembros de la orden de Carlos III. El 19 de septiembre de 1817, don Eusebio pagó 3 600 reales vellón por “servicios y derechos del Real título expedido a favor de dicho Señor”. En marzo del año siguiente recibió las insignias correspondientes. Ambos documentos en la CCBV.

³² En 1861, debido a la Ley de desamortización de los bienes de la Iglesia católica se cerró el culto en dicha capilla

vimiento de independencia, 1821, su nombre aparecía en la lista de quienes aportaron mil pesos para los uniformes que portó el Ejército Trigarante en su triunfal entrada en la ciudad de México, el 20 de septiembre de aquel año.³³

Ciertamente la educación fue un tema prioritario para Eusebio García. Si bien ninguno de sus hijos asistió a escuela pública, todos aprendieron con maestros particulares que les impartían algunas materias como gramática y álgebra, indispensables en el desempeño de su giro comercial; además de latín, inglés, francés, alemán e italiano. En las haciendas estableció pequeñas escuelas para los hijos de los jornaleros, en ellas aprendían las primeras lecciones y la doctrina católica. Acompañó a esta labor educativa la fundación, en su natal Matute de la ya mencionada escuela gratuita “para la ynstrucción primaria de los niños de este pueblo de Matute y el de Tovía”.³⁴ La placa que aún conserva la escuela recuerda el año 1820 como el de su fundación, si bien entró en funciones a partir de 1823. Seguramente la intención de Eusebio con esta obra, además de beneficiar a su villa natal, también fue facilitar la educación de sus sobrinos que vivían en Matute, los hijos de su hermana Vicenta.

La expulsión y regreso a Cádiz

A pocos años de consumada la Independencia y a raíz de los decretos de expulsión de los españoles del suelo mexicano, en 1829, Eusebio García junto con su esposa Ana Ramona de Icazbalceta

y aunque posteriormente se reabrió, actualmente el culto a la virgen de Balvanera se cambió al Convento del mismo nombre, situado en la esquina de las calles de Correo Mayor y Uruguay, también en el centro de la ciudad. Fue uso y costumbre, en la ciudad de México, escribir el nombre de Balvanera con b alta y aún ahora así se conserva.

³³ AGN, Indiferente virreinal, caja, 0848, exp. 026, 1816, 2 f. El dato de lo aportado para el ejército está tomado de Ana Lau Jaiven (*Las contratas en la ciudad de México. Redes sociales y negocios: el caso de Manuel Barrera (1800-1845)*), México, Instituto Mora, 2005, p. 52), quien a su vez cita *México a través de los siglos*, México, Cumbre, s. a., t. VII, p. 40.

³⁴ AHPLR-B/36-1, Sección Beneficencia, exp. de investigación de bienes (1835/1942, hoja lv).

y todos sus hijos salieron de México rumbo a tierras europeas. El hecho de estar casado con una mexicana podría haber exonerado a Eusebio de abandonar el país, no obstante, suponemos que tal vez prefirió verlo como una oportunidad de regresar a su tierra, visitar a su familia y arreglar algunos negocios pendientes. Una vez tomada la decisión, la numerosa familia se preparó para salir. Algunos datos de tan difícil y largo viaje (en el cual falleció el hijo más pequeño del matrimonio García Icazbalceta), los apuntó en una pequeña hoja doblada de su hijo Joaquín, pues éste tuvo una particular inclinación a las letras y a los libros.³⁵

Por esas notas, se sabe que salieron de la ciudad de México el 14 de enero de 1829, rumbo al Puerto de Veracruz. Ahí permanecieron hasta el 6 de febrero, día en el que se embarcaron. Después de 18 días de viaje llegaron a Nueva Orleans, donde se quedaron casi cuatro meses. Tal vez decidieron pasar más días en Nueva Orleans para descansar y atender la salud de doña Ana y sus hijos o bien para arreglar el siguiente traslado, el cual debió tener algunas dificultades por la epidemia del cólera de esos años. Seguramente en ese puerto encontraron algunos conocidos, ya que se convirtió en uno de los principales destinos de los españoles expulsados de México.

Así, a principios de julio zarparon de Nueva Orleans con destino a Cádiz, y estuvieron a un paso de llegar a dicho puerto el día 28 de julio, pero los oficiales españoles de la sanidad, sin dejarlos desembarcar, enviaron al buque con todos sus pasajeros de cuarentena al puerto de

Mahón,³⁶ a donde llegaron el 15 de agosto. Cubierto este requisito sanitario, emprendieron el regreso de Mahón a Cádiz para finalmente, después de casi ocho meses de su salida de la ciudad de México, llegar a dicho puerto el día 27 de septiembre de 1829 en donde los esperaba parte de la familia paterna, principalmente Plácido García, hermano de Eusebio y su sobrino Manuel Hernández García.

Al parecer, la familia García Icazbalceta se estableció en la casa con el número 13 de la calle Ancha, ahora una de las principales calles comerciales de Cádiz. Al parecer ahí vivieron buena parte de los seis años de su exilio. De manera natural, Eusebio se incorporó a los negocios que tenía con su hermano Plácido, principalmente al comercio de vinos del Puerto de Santa María con su socio José Pico, así como al cuidado de sus inversiones europeas. También aprovechó su estancia para finiquitar lo referente a la testamentaría de Gorgonio Nicolás Icazbalceta y Herrarte, padre de su esposa fallecido el 26 de mayo de 1805, y quien, además de propiedades y valores en México, dejó un cuantioso caudal en inversiones españolas entre vales, posesiones, imposiciones sobre la Provincia, acciones del Real Empréstito, pagarés de comercio y metálico efectivo, que heredaron por partes

³⁵ Datos tomados de un "Apunte de Joaquín García Icazbalceta", de CCBV. Cuando la familia García Icazbalceta salió de la ciudad de México, Joaquín tenía apenas tres años siete meses, por lo que creemos que muy probablemente estos datos se mantenían presentes en el ambiente familiar y don Joaquín los apuntó en un pedazo de papel doblado, junto con los datos del fallecimiento de su madre el 9 de abril de 1839, con una expresión donde manifiesta que "nunca podrá olvidar a la mejor de las madres su inconsolable hijo". El dato del fallecimiento del hijo más pequeño de don Eusebio y doña Ana, acaecido en el barco que los llevaba a España, lo registró Lorenzo en "Apuntes", antes citados, también están en CCBV.

³⁶ Puerto situado en el este de la isla de Menorca (Balears, España), capital oficial de la isla. Correspondió a la Junta Suprema de Sanidad de manera muy específica las medidas sanitarias marítimas para evitar la expansión de las epidemias exóticas, a las que España era muy vulnerable tanto por las guerras donde intervenía como por el comercio que realizaba con sus posesiones de Ultramar, de donde llegaban epidemias asoladoras como la peste africana y, sobre todo, a principios del siglo XIX, la fiebre amarilla importada desde tierras mexicanas. En junio de 1817 la Junta Suprema estableció estrictas normas cuarentenarias, al aprobar el reglamento organizativo del lazareto de Mahón, en el cual se les dio el mismo tratamiento a los buques de peste levantina que a los de fiebre amarilla. En 1829 dicha Junta ordenó que los barcos procedentes del seno mexicano se despidieran para el lazareto de Mahón por todo el tiempo del verano; véase José Javier Viñes, "La sanidad española anterior a 1847", disponible en [http://www.navarra.es/NR/rdonlyres/B3AD83B1-1186-4C20-A1BF3D58BE8986E/14_6734/02]

iguales sus tres hijos: María Josefa, Ana Ramona y Nicolás Fernando, de la siguiente forma:³⁷

Queda Manifestado que resulta del resumen de todo el caudal ser este en una suma de Cuatro millones treinta y tres mil cuatrocientos ochenta y ocho reales, treinta y un maravedís vellón, los que divididos por iguales partes entre los tres Sres. Herederos, corresponden al Sr. Dn. Eusebio García Monasterio por su representación, Un millón trescientos cuarenta y cuatro mil cuatrocientos noventa y seis reales diez y un tercio maravedís vellón, y a los Sres. Dn. Sebastián de la Hidalga y Musitu y Dn. Nicolás Fernando de Icazbalceta por las suyas,³⁸ Dos millones seiscientos ochenta y ocho mil novecientos noventa y dos reales veinte y dos tercios maravedís vellón de cuyas cantidades se procede a hacer las respectivas adjudicaciones como sigue:

Haber del Sr. Dn. Eusebio García Monasterio en representación de su Sra. Esposa Da. Ana de IcazbalcetaRvon. 1 344 496.10½
Se le adjudican para su solvencia lo que sigue según convenio.
El Capital de 77½ vales de a 600 ps. de varias creaciones los cuales en virtud de su poder tiene ya recibidos su Sor.

³⁷ "Liquidación y Partición del Caudal existente en este Península correspondiente al difunto Sor. Dn. Gorgonio Nicolás de Icazbalceta, cuya operación se practica de conformidad entre sus herederos", Cádiz, 15 de febrero de 1830; véase CCBV.

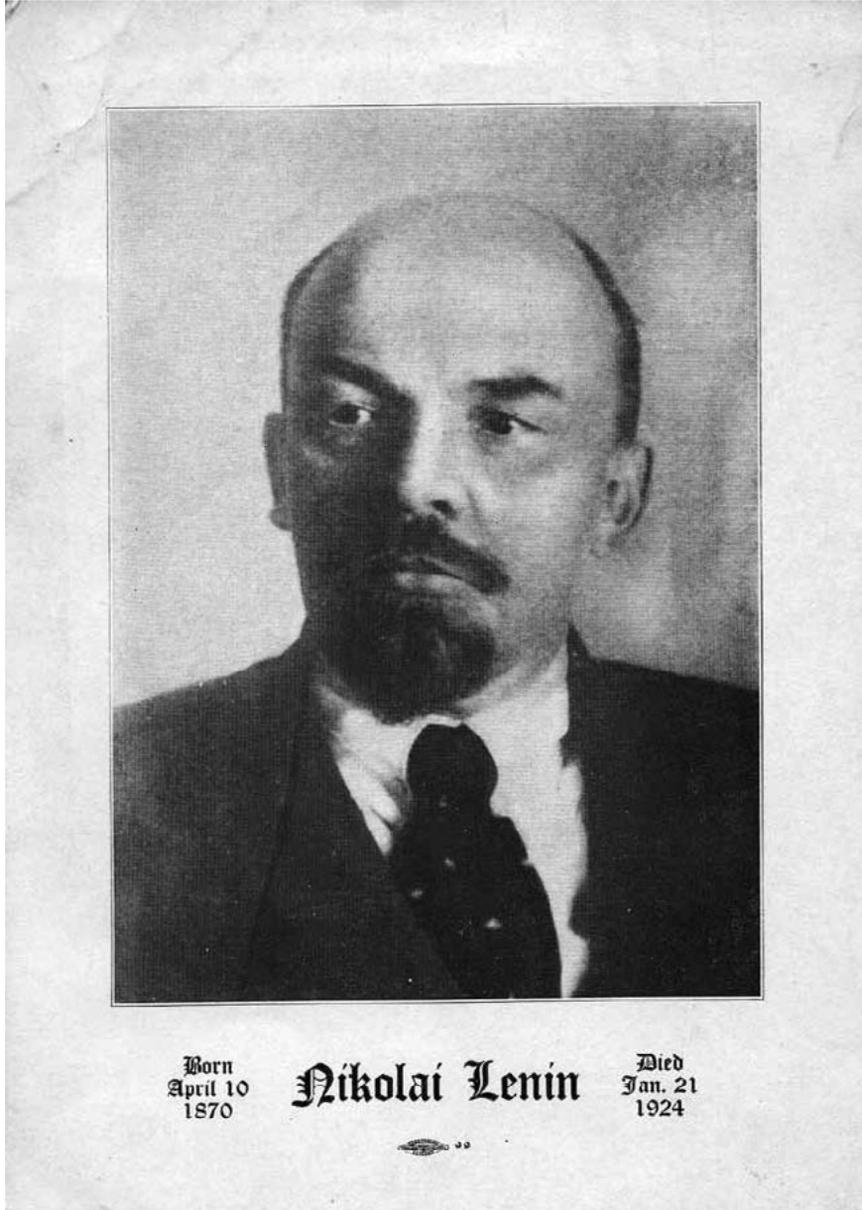
³⁸ Cabe aclarar que en 1805, cuando falleció el señor Gorgonio Nicolás de Icazbalceta, su hijo Nicolás Fernando de Icazbalceta ((1797-1847) era menor de edad, quedó como su tutor Sebastián de la Hidalga y Musitu, quien además de ser esposo de su hermana María Josefa era su primo por la parte materna. De ahí que Sebastián de la Hidalga recibiera y administrara por algún tiempo el legado de Nicolás Fernando. No obstante, para estas fechas, 1830, Nicolás Fernando ya había alcanzado la mayoría de edad pero se quedó en México, al cuidado de su hacienda y las de sus hermanas. El hecho de que hubiera nacido en suelo mexicano, aunque su familia se registraba como española, lo exoneró de la expulsión decretada a los españoles en 1829.

Hermano Dn. Plácido García Monasterio.....Rvon. 700 235.10
En recivos de intereses de Vales Reales. Que también tiene ya recibidos el mismo
Sor. Dn. Plácido Rvon. 507 610.4
En efectivo metálico y a cuenta de cuya cantidad ha recibido igualmente el Sor. Dn. Plácido Ciento veinte y un mil ocho reales veinte y nueve maravedís vellón y Quince mil seiscientos cuarenta y dos reales dos y un tercio maravedís de la misma especie que le entregaran en dcha. especie los Sres. Dn. Sebastián de la Hidalga y Dn. Nicolás Fernando de Icazbalceta 136 650.30 1/3 1 344.496.10 1/3Resulta Igual

Como puede observarse, el proceso legal del finiquito de la testamentaria de don Gorgonio Nicolás de Icazbalceta se había alargado por varios años, sobre todo en lo relativo al caudal que se encontraba en la península, por tal motivo Eusebio nombró como su apoderado a su hermano Plácido. Desde mediados de 1816 los señores Ignacio de Mendía y Urtaza, primo de don Gorgonio, encargado de la testamentaria y después sus hijos entregaron periódicamente a Plácido García las cuentas y también adelantos del haber según se ve en el documento anterior.

Seguramente que con la llegada de la familia García Icazbalceta a Cádiz se pudo agilizar ese asunto testamentario. Terminado el mismo, Eusebio y Ana Ramona tuvieron la oportunidad de realizar algunas obras de beneficencia, una para los pobres y enfermos de la Casa de la Misericordia de dicho puerto, otra fue la donación de diez mil reales vellón para mejorar las camas y atender a la curación de los pobres enfermos del Hospital de San Juan de Dios.

Presuponemos que, cuando estuvieron en Cádiz, Eusebio pudo regresar con mucha emoción a su pueblo natal para visitar a familiares y amigos matutinos que lo recordaban, tal vez les presentaría a su esposa y a alguno de sus hijos que



los pudo acompañar, la ocasión también se pres-
tó para obtener una copia de su partida de bau-
tismo. Es factible pensar que así transcurrió su
visita, a partir de la existencia de esa copia, fe-
chada en Matute el 22 de marzo de 1832, lo cual
nos hace pensar que seguramente tramitó el pro-
pio Eusebio.³⁹ Con mucha seguridad, esa visita
tuvo como principal motivo la oportunidad de ver
nuevamente a su hermana Vicenta, quien morir-
ría en 1836. Vicenta había quedado viuda, con
una hija de nombre Ramona. Aunque se volvió
a casar en 1812, con Roque Hernández González,
matrimonio que procreó tres hijos: Francisca,
Dionisio y Manuel, los dos primeros vivieron
siempre en Matute y el tercero se trasladó a Cá-
diz para ayudar a su tío Plácido en sus negocios.

La visita a Matute fue también la ocasión es-
perada para conocer la escuela gratuita que Eu-
sebio García mandó construir en 1820. De
hecho, podría pensarse que parte del caudal he-
reditario que su esposa recibió en la península,
de manera particular aquellos anticipos recibi-
dos por Plácido García, en 1816, muy probable-
mente en lugar de remitirlos a México fueron
destinados a la construcción de dicha escuela,
operación que estuvo acompañada con la dota-
ción fijada para su mantenimiento y gratifica-
ciones, la que consistió en el usufructo de
“ochenta y cuatro fanegas de tierra blanca” en
la jurisdicción de Huércanos (tierra de su padre
y abuelos), las cuales producían “veinte y siete
fanegas de trigo”. A lo que se sumó la “Ynsc-
ripción” número 276 sobre el Gran Libro de Go-
bierno, es decir una inversión en deuda pública
de 87 mil reales de vellón, misma que producía
anualmente “tres mil cuatrocientos y pico de
reales”. Cantidad que su fundador dispuso se
destinara como dotación anual y gratificación
por el día de los exámenes para el maestro, pa-
ra los premios de los niños más sobresalientes
en clase y en los exámenes; y otra parte para

³⁹ Manuel Guillermo Martínez en su libro reproduce la
“Partida de bautismo de Eusebio García Monasterio. Copia
sacada en Matute el 22 de marzo de 1832”, en *Don Joaquín
García Icazbalceta. Su lugar en la historiografía mexicana...*,
ed. cit., p. 172-173.

pago de contribuciones, gasto de papel, alimen-
tos y reparaciones de la escuela. El nombra-
miento de patrón de esta fundación recayó en
su hermano Plácido, y que después heredaría
su sobrino Manuel Hernández.⁴⁰

También es factible que Eusebio viajara a la
ciudad de Burdeos, si bien muchos españoles que
salieron expulsados de México tuvieron como
destino principal Burdeos, ya vimos que en el ca-
so de Eusebio García y su familia, después de un
largo viaje, llegaron a Cádiz y ahí se establecie-
ron. Sin embargo, cabe la posibilidad de que más
tarde se desplazara a dicha ciudad de manera
temporal, ya que existe testimonio de su partici-
pación en la Sociedad Balguerie y Compañía de
Burdeos, la cual se formó el 1 de enero 1835 y se
disolvió el 31 de diciembre de 1840, cuando Eu-
sebio ya se encontraba en México.⁴¹

La familia García Icazbalceta pasó casi siete
años fuera de México conviviendo con el tío Plá-
cido, dueño de una casa de descanso en Chiclana
en la que pasaron algunos días memorables
con el primo Manuel. Los hijos mayores de Eu-
sebio, especialmente José Mariano, ocasionalmen-
te viajó a Matute y a Sevilla, probablemente en
esta última ciudad visitaría a la familia de su tío
Manuel, uno de los medios hermanos de su pa-
dre, quien residió y murió en Sevilla, en 1826.
El resto de los hijos de Eusebio además de pa-
sear, ir a la iglesia, a las procesiones y visitar a
la familia, tomaban clases de gramática y álge-
bra con maestros particulares.⁴²

⁴⁰ “Informe de la Comisión de Instrucción Primaria
(1836)”, AHPLR-B/36-1 (Sección Beneficencia), exp. Inves-
tigación de Bienes (1835/1942), hoja lv. “Arrendamiento de
tierras a favor de la escuela (1836)”, AHPLR-P/7172, f. 14,
Escribano Marcos Íñiguez Bretón. Agradecemos esta va-
liosa información al profesor José María Hernández Soto; y
AGNCM, notario 169, Ramón de la Cueva, 17 de mayo de
1864, f. 290-292v, José Mariano García Icazbalceta otorga
poder a Manuel Hernández y García.

⁴¹ AGNCM, Notario 286. García Romero, 18 de junio de
1845, f. 167-168. Poder que otorga Eusebio García a José
María García Sancho, domiciliado en la ciudad de Burdeos
para que lo represente y cobre la parte que le corresponde
por su participación en la Sociedad Balguerie y Compañía
asentada en dicha ciudad.

⁴² Carta de Tomás García Icazbalceta a su hermano Jo-
sé Mariano, Cádiz, 16 de abril de 1835, véase CCBV.

El hijo más pequeño de la familia García Icazbalceta, Joaquín, ocupa un lugar importante en la historiografía mexicana y se distinguió por su inteligencia, gusto por las letras y recio carácter, siempre guardó vivos recuerdos de su estancia en tierras gaditanas, de la comida y de la Semana Santa que pasó en Sevilla. También de sus viajes de descanso a la casa familiar de Chiclana, apenas a 20 kilómetros de Cádiz. Sus impresiones de la visita chiclanera las plasmó en su pequeño diario al que puso por título: “Mes y medio en Chiclana o viaje y residencia durante este tiempo en Chiclana y vuelta a Cádiz por un aficionado a pasearse en esta Villa” (Cádiz, 1835). Aficionado que entonces tenía diez años y cuya vida transcurría entre el estudio, las letras, los tíos, los primos y las obligaciones que le imponían sus padres. Todo parece indicar que la estancia de la familia García Icazbalceta en Cádiz fue agradable pero no definitiva, tenían la preocupación de regresar a México, recuperar las propiedades que habían dejado encargadas y otros intereses pendientes.

El regreso a la ciudad de México y las haciendas azucareras

En 1833 el Ministerio de Relaciones Exteriores de México expidió el pasaporte con el cual podían regresar al país don Eusebio y su familia. Inicialmente Eusebio dejó a su esposa Ana la decisión de regresar, pero si bien ella y sus hijos extrañaban “su país”, lo consideraban casi imposible. Una noche le preguntó su esposo qué pensaba sobre el viaje y ella le contestó con estas determinantes palabras: “Como si yo no existiera tú determinas lo que creas más conveniente para nuestros hijos sin atender a mi deseo, pues yo no quiero otra cosa que su felicidad y la tuya.”⁴³ Continuaron pensándolo detenidamente, Eusebio le insistía a su esposa para tomar una resolución. Ella había “pesado las

⁴³ Carta de Ana Ramona de Icazbalceta, ca. septiembre de 1835, probablemente dirigida a su hermano político Plácido García, véase CCBV.

razones en pro y en contra llevando siempre por norte la conciencia; y el bien espiritual y temporal de mis hijos”, pero quería estar segura de lo que debían hacer, así que fue a la iglesia con todos sus hijos hasta el menor a comulgar, confesarse y pedir a Dios que le “diese luz para el acierto”. La decisión estaba tomada, pero negocios en proceso, o tal vez por la difícil situación que se pasaba por la epidemia de cólera, retrasaron su regreso a casa por tres años más. Esta vez el viaje pareció menos pesado, las breves notas del niño Joaquín así lo atestiguan.⁴⁴

Zarparon del puerto de Cádiz el domingo 31 de enero de 1836, a las 12.00 horas, con lágrimas en los ojos los despidió su tío Plácido. Viajaron en el barco casi un mes, para llegar a San Thomas el 28 de febrero. De ahí nuevamente se embarcaron rumbo al puerto de Veracruz para arribar el 18 de marzo. Tres días más tarde llegaron a la ciudad de Jalapa, ahí permanecieron cerca de veinte días. Continuaron con rumbo a la ciudad de Puebla, a donde llegaron el 11 de abril. Cinco días más tarde llegaron finalmente a la ciudad de México, esta vez el traslado les tomó tan solo dos meses y medio.⁴⁵

Durante esta larga ausencia del suelo mexicano, don Eusebio encargó sus bienes y negocios. Es el caso de la negociación que se encontraba enfrente de la iglesia de la Profesa, valuada en 65 000 pesos. En 1828 acordó con Antonio Manuel Couto, quien había sido director del Monte de Piedad y representante del Cabildo de la villa de Orizaba (por lo mismo buen conocedor de los asuntos relativos a los cosecheros del tabaco), que se hiciera cargo de dicho negocio bajo la condición de una quita de 18 000 pesos, y de

⁴⁴ El niño Joaquín registró sus recuerdos de viaje en una pequeña hoja doble de 12.7 x 7.2 cm. En ella escribió: “Compré esta cartera”, es muy probable que se refiriera a un estuche o cubierta que se usaba para guardar papeles, hojas y documentos; de pequeño formato para llevarlo en el bolsillo. Muy a la mano para dar rienda suelta a su gusto por la escritura y plasmar sus impresiones.

⁴⁵ Cuando regresaron a México, Joaquín García Icazbalceta estaba por cumplir los 11 años. Llama la atención que en sus notas no registró estancia alguna en la ciudad de Burdeos, lugar en donde al parecer también estuvieron.

los 50 000 pesos restantes, la mitad quedaría por cuenta y riesgo de don Eusebio, y la otra mitad sería responsabilidad de Couto, con un interés de 6% anual.⁴⁶

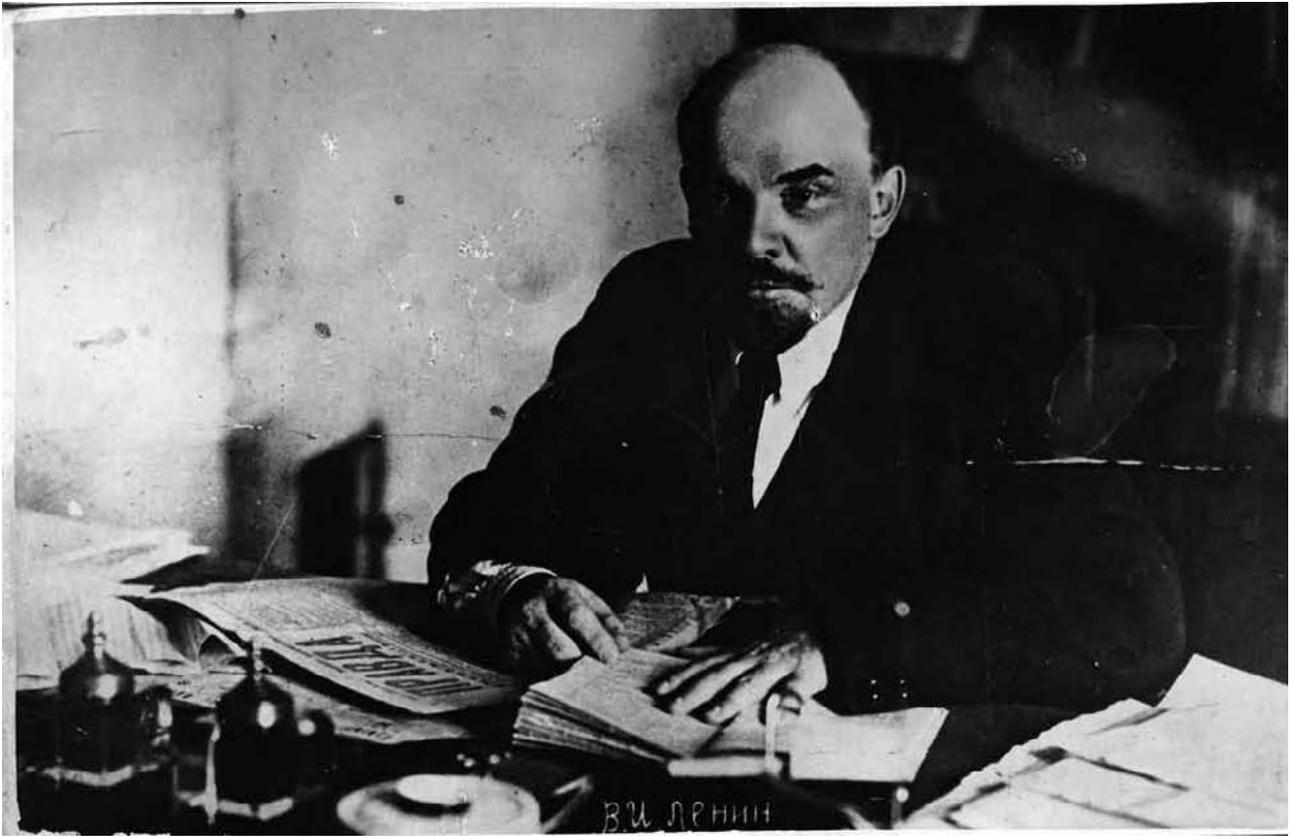
El encargo más delicado fue el de la hacienda de Santa Clara, la que dejó a su cuñado Nicolás Fernando de Icazbalceta, pero éste no supo administrarla; es de mencionarse que por ese tiempo también atendía sus propias haciendas, la de Santa Ana Tenango y la de San Ignacio. Nicolás Fernando de Icazbalceta se hizo cargo de las fincas solamente por dos años y después renunció a su administración, sin entregar cuentas ni apuntes. En 1836, cuando Eusebio García regresó hizo balance de sus cuentas y resultó que su cuñado le debía la cantidad de 64 647 pesos 3 ½ reales, suma que el deudor no estaba en posibilidad de pagar, por lo tanto convinieron en que Nicolás de Icazbalceta realizaría una hipoteca general de sus bienes y con ello pagaría a Eusebio García lo que le debía, incluidos los réditos correspondientes de más de seis años.

Sin embargo, Nicolás Fernando de Icazbalceta y Musitu había acumulado diversas deudas, no sólo con su cuñado Eusebio, también con otros acreedores, y que lo llevaron a la quiebra en 1846; para entonces el adeudo con su cuñado llegaba a la enorme cantidad de \$253 549.65. Ese año dio inició el concurso de acreedores a todos sus bienes con los cuales debía liquidar las múltiples deudas que había contraído. Mientras se verificaba la venta de las propiedades, se nombró como depositario de las haciendas al propio Eusebio García, quien así lo hizo durante tres años sin que apareciera algún interesado en comprar las fincas. Sucedió que en 1847 murió Nicolás de Icazbalceta, dejando a su cuñado Eusebio como su albacea y tutor de sus tres hijos: María Dolores, Manuel y Tiburcio que en ese momento eran menores de edad.

⁴⁶ A su regreso de España, don Eusebio García no había recibido ni capital ni réditos de este negocio. Al poco tiempo murió el señor Couto, por lo que el asunto tuvo que resolverlo con los responsables de su testamentaría. Sería hasta 1842 cuando recuperaría los 25,000 pesos y sus intereses, véase CCBV.

Al cabo de cuatro años de iniciado el concurso de acreedores sobre los bienes de Nicolás Fernando de Icazbalceta y Musitu, no se había encontrado un comprador de las haciendas de Santa Ana Tenango y la de San Ignacio Urbietta con sus ranchos anexos de Alchichica, Tlayehualco y Michapa. Después de haberse negado varias veces a comprarlas, tal vez porque estaba a punto de cumplir ochenta años, fue el propio Eusebio García (seguramente con el consentimiento de sus hijos) quien las adquirió en mayo de 1850, con 25% de descuento, para alcanzar la cantidad de \$494 458.72. Operación que años más tarde fue motivo de un pleito judicial (y escándalo público) que entablaron Tiburcio y Manuel Icazbalceta, hijos de Nicolás Fernando, con sus primos García Icazbalceta demandándoles la nulidad de esta venta, misma que no prosperó.⁴⁷ De esta forma, Eusebio García se convirtió en propietario de las haciendas de Santa Clara, Santa Ana Tenango y San Ignacio, cuya superficie total se ha calculado cercana a las 68 mil

⁴⁷ *Extracto del informe que ante la Exma. 3ª. Sala del Supremo Tribunal de Justicia del Imperio ha hecho en grado de vista del punto de personalidad en el negocio que don Tiburcio Icazbalceta sigue contra los señores "García Icazbalceta Hermanos", sobre nulidad de la venta de las haciendas de Tenango, S. Ignacio y sus ranchos anexos. El Lic. Domingo Nájera. México, Imprenta de Andrade y Escalante, bajos de San Agustín, núm. 1, 1865. 75 p. Y, Alegato de bien probado hecho verbalmente ante la primera sala del Tribunal de primera instancia del departamento del valle por el lic. Don Juan B. Alamán por parte de Don Joaquín García Icazbalceta, por sí y como apoderado de sus hermanos en el pleito promovido por Don Tiburcio Icazbalceta sobre nulidad de la venta de las haciendas de Tenango y San Ignacio y ranchos anexos. México, Imprenta de Santiago White, callejón de Santa Clara, núm. 9, 1867. En este último documento se encuentra la sentencia de la Primera Sala del Tribunal de Primera Instancia, en la cual se declaró nula la venta o adjudicación de las haciendas mencionadas a Eusebio García, sin haber "criminalidad alguna", por lo que los hermanos García Icazbalceta debían devolverlas a la testamentaría de su tío Nicolás de Icazbalceta previo pago de los \$494 458.72, más \$34 208.4 cantidad propia de don Eusebio, a la cual había renunciado a favor del concurso de acreedores, más la cantidad invertida en las mejoras realizadas en las haciendas que pudieran justificarse. Suponemos que los herederos de Nicolás de Icazbalceta no tuvieron esa suma, por lo que debieron llegar a un acuerdo con sus primos, aunque cabe la posibilidad de haber recurrido a un juicio en segunda instancia.*



hectáreas, por lo cual se convirtió en uno de los principales hacendados de Morelos.⁴⁸

Es entendible que Eusebio García tomara la decisión de comprar las haciendas de su cuñado con el consentimiento de sus hijos, quienes serían pieza fundamental para su manejo y organización. A todos ellos, principalmente los varones, les había enseñado el manejo de los negocios. El más pequeño, Joaquín, en una ocasión señaló que a los once años ya trabajaba con su padre en el escritorio comercial.

A su hijo mayor, José Mariano, lo enviaba por temporadas a la hacienda de Santa Clara. Hay testimonios que desde marzo de 1828, poco antes de que a la familia García saliera del país, José Mariano —siendo un joven de 18 años— ya iba a la hacienda a supervisar el estado de la boyada y las ventas de azúcar y miel. Antes de regresar a la ciudad de México, invariablemente con el encargo de su padre, debía dejar las órdenes para los dependientes y dar una propina a quienes lo habían servido. En este sentido, una de las enseñanzas de su padre en relación con el dinero puede resumirse en la frase que le escribe en una carta a Mariano: “el dinero no es para tirarlo, pero debe gastarse cuando las circunstancias lo exigen, combinando la economía con la generosidad”.⁴⁹ Entre los preparativos para su viaje de regreso, José Mariano se provisionaba de media docena de gallinas cocidas, unos “chorizones” que con anticipación le había enviado su madre, algo de queso y un poco de dulce producido en el purgar de la hacienda. Después de dos días de camino, sus padres lo esperaban en la garita de San Lázaro para evitar que lo asaltaran.⁵⁰

⁴⁸ Arturo Warman, menciona en su libro *... Y venimos a contradecir. Los campesinos de Morelos y el Estado Nacional* (México, Secretaría de Educación Pública, 1976, p. 53) que en 1897 las haciendas de Santa Clara Montefalco y Santa Ana Tenango tenían una extensión de 68 181 hectáreas, es decir constituían “la propiedad territorial más grande del estado de Morelos”, siendo entonces su dueño Luis García Pimentel, nieto de Eusebio García.

⁴⁹ Carta de Eusebio García a su hijo José Mariano García Icazbalceta, México, 29 de febrero de 1828, véase CCBV.

⁵⁰ Carta de Eusebio García a su hijo José Mariano García Icazbalceta, México, 14 de marzo de 1828, véase CCBV.

Así que, cuando Eusebio García y su familia regresaron de Cádiz, su hijo José Mariano reinició sus viajes a lo que ellos llamaban la “tierra caliente”, es decir, a la hacienda de Santa Clara. Años más tarde también iba a las haciendas que habían sido de su tío Nicolás, Tenango y San Ignacio, acompañado con su hermano Lorenzo. En tanto que don Eusebio envió a su hijo Tomás a la hacienda conocida con el nombre de El Mayorazgo, que compró en 1846; ésta no era azucarera sino cerealera y estaba situada en el distrito de Lerma, Estado de México. Así, poco a poco, la carga más pesada de las fincas pasó a la responsabilidad de los tres hijos mayores, José Mariano, Tomás y Lorenzo, acompañándolos ocasionalmente Joaquín.

Durante su estancia en la tierra caliente o en el Mayorazgo los hermanos García Icazbalceta recibían las cartas que desde la ciudad de México les enviaba su padre con las indicaciones de lo que debían hacer en las fincas, como combinar “trabajo con distracción y no andar con miserias”; gastar lo que quisieran, pues “ya saben que [su padre] los quiere complacer”. Mientras, su madre y hermanas también les escribían cariñosas cartitas con las novedades de la casa o con las noticias del día; además, les enviaban los apetitosos chorizones, jamón, unos tompiates de garbanzo, de arroz, de chocolate fino y de familia, galletas, dulce de tejocote, ollitas de cajeta, peras prensadas, vino y ropa. Doña Ana siempre les recordaba a todos sus hijos los deberes de buenos católicos, consejos que les dejó por escrito para que los observaran aún después de su muerte, entre ellos, principalmente “amar a Dios, fortalecerse en la fe y guardar los mandamientos”. Debían en todo momento portarse bien, no leer o escuchar cosas peligrosas o deshonestas, asimismo debían tratar bien a las personas. Un punto muy importante era escribir de manera correcta, también cuidarse del sol y no comer demasiada fruta.

Mientras los hermanos mayores estaban en las haciendas, el pequeño Joaquín auxiliaba a su padre en el escritorio en la ciudad de México. Más aún después del fallecimiento de su madre el 9 de abril de 1839, acontecimiento que “su

inconsolable hijo” registró con gran tristeza, entonces tenía 13 años ocho meses de edad.⁵¹ Joaquín desde pequeño dio muestras de su talento y carácter firme, era reservado, observador, práctico y directo, como ya se mencionó, le gustaba mucho escribir. Pronto aprendió a trabajar bajo la dirección de su padre, quien seguramente le repitió varias veces que debía “trabajar para adelantar y poder gastar, pero siempre sin hacer ostentación del lujo”. Joaquín fue tomando cada vez más responsabilidades en el negocio familiar, a la edad de 14 años ya acompañaba a sus hermanos mayores a las haciendas. Algunos años después, cuando se quedaba en el escritorio, sus hermanos le tomaban opinión en todo, de hecho preferían que él realizara algunos trámites, negociara con los compradores y redactara los escritos necesarios.

Ciertamente, la repentina muerte de doña Ana de Icazbalceta, a causa de una “fiebre nerviosa resultado de una pulmonía”, cuando tenía 47 años de edad, estremeció a toda la familia, no sólo a su hijo más pequeño.⁵² Su esposo Eusebio, triste, precavido y siempre ordenado, se apresuró a arreglar todo lo relacionado a la testamentaria de su esposa, de la misma forma hizo un nuevo testamento, el cual no volvió a modificar. Asimismo, repartió en efectivo parte de la herencia materna a sus hijas casadas: Ana María Fernanda, casada con el arquitecto vizcaíno Lorenzo Hidalgo y Musitu; a María Ignacia, casada con Francisco de Paula Pastor, y a María de Jesús casada con Mariano del Conde. De esta forma la propiedad de las haciendas azucareras quedaba sólo en manos de su única hija soltera y sus hijos varones. Además, poco después compró la hacienda del Mayorazgo y algunas otras propiedades.

Una imagen instantánea de la casa familiar de los García Icazbalceta en 1848 nos la da el

⁵¹ “Apunte de Joaquín García Icazbalceta”, en CCBV.

⁵² Ana Ramona de Icazbalceta y Musitu, esposa de Eusebio García, falleció el 9 de abril de 1839. Fue sepultada en la capilla de San Sebastián Valfre, en la iglesia de la Profesa. Posteriormente se exhumaron sus restos para reunirlos con los de su esposo Eusebio García y depositarlos en la iglesia de San Cosme, donde reposan.

padrón elaborado de ese mismo año. Ahí se registró en total a 19 personas residentes en la vivienda y almacén de la calle de la Merced número 3, propiedad de Eusebio García Monasterio. Se trataba de una edificación con 24 piezas. Los censores registraron a cinco personas con el “don” y dos con el “doña”: al propietario Eusebio García, de 75 años; a Dolores su hija, de 30; a Tomás, hijo y comerciante del almacén, de 28; a Lorenzo, comerciante del almacén, de 26; a Joaquín, comerciante del almacén, de 22; a Dolores Icazbalceta, sobrina del dueño, de 15; a Tiburcio, sobrino del dueño, de 12 años. Las demás personas eran trabajadores de la casa y del almacén. Francisco Medina, portero del negocio; Secundina Olvera, probablemente esposa del anterior; José María Vázquez, cochero del negocio; Guadalupe Pérez, probable esposa del anterior; Antonio Camarena, lacayo del negocio; Andrés Vázquez, lacayo del negocio, menor de 10 años; Fernando Reyes, criado del negocio; Guadalupe Quintanar, ama de llaves; Petra Mejía, Dolores Beltrán, Josefa Cisneros y Simona González, eran criadas de la casa. Llama la atención que el ama de llaves y las tres mujeres que le siguen eran viudas.⁵³

El adiós al hacendado Eusebio García, “decano de los españoles residentes en México”

El 20 de junio de 1852, murió Eusebio García Monasterio, apenas dos años después de haber comprado las haciendas del concurso de acreedores de su cuñado. Sus propiedades y las de su esposa Ana Ramona de Icazbalceta pasaron por herencia a sus ocho hijos, aunque un adelanto de su parte ya habían recibido en efectivo las hijas casadas. Entre ellas destacan las haciendas Santa Clara Montefalco y Santa Ana Tenango, ambas cañeras; la de San Ignacio Urbieta,

⁵³ Agradecemos a nuestra colega María Gayón Córdoba esta valiosa información, la cual nos proporcionó a partir de su “Base de datos del Padrón de las casas de los habitantes de esta ciudad, 1848”.

con sus ranchos anexos, que en parte era cañera y por otra ayudaba a surtir de trigo y de otros productos a las dos cañeras, las tres “ubicadas en tierra caliente y colindantes entre sí”. Una más era la hacienda de labor nombrada Santa Ana Mayorazgo, situada en la municipalidad de San Bartolo Oztolotepec, en el distrito de Lerma.

Además tenía cinco casas en la ciudad de México. Una de estas casas era la familiar, ubicada en la calle de la Merced (actual calle de Venustiano Carranza, número 135) número 3, misma que don Eusebio heredó a su hija Dolores. Otras tres casas en la calle de Santo Domingo [actual calle de República de Brasil] números 4, 5 y 6; y una más en la Ribera de San Cosme número 4, entonces en las afueras de la ciudad, por lo que la consideraban como la casa de campo o de descanso.

Como práctica común de muchos propietarios en el siglo XIX, Eusebio García dejó dinero para su sepelio y las misas correspondientes, así como la disposición de entregar un peso para cada niño que asistiera al funeral y para las familias pobres. Además, destinó un quinto de los bienes de su esposa para obras de beneficencia y el resto de los caudales lo heredó a sus ocho hijos.⁵⁴

En cuanto a los intereses de los negocios que tenía don Eusebio en España, tales como la ya mencionada inscripción de ochenta y siete mil reales de vellón,⁵⁵ dejó mil pesos a la villa de Matute, de los cuales 400 pesos se entregaron a tres de sus sobrinos que vivían ahí. También

⁵⁴ Además de estas indicaciones, don Eusebio García dejó dispuesto el 5 de marzo de 1850, en los “Encargos que hago a mis hijos para cuando deje de existir, y les ruego y suplico los cumplan”, que la hacienda de Santa Clara sería para sus hijos José Mariano y Joaquín, y la del Mayorazgo para sus hijos Tomás y Lorenzo. Para su hija Dolores serían cuatro casas: una en la calle de Don Juan Manuel, otra en el número 1 de San Agustín, una más en la de Ribera de San Cosme y la de la calle de la Merced. Hay algunas variantes entre estas disposiciones y el testamento que hizo en 1840, véase CCBV.

⁵⁵ AGNCM, Notario 169, Ramón de la Cueva, 17 mayo 1864, f. 290-292v. Poder de José Mariano García Icazbalceta como albacea de su padre Eusebio García Monasterio a Manuel Hernández y García, vecino de Cádiz... venda, ceda, transfiera o de cualquier otro modo enajene la dicha inscripción de ochenta y siete mil reales.

estaba lo concerniente a la sociedad comercial que había formado desde 1814 con su hermano Plácido. En cuanto a este asunto, los hijos de don Eusebio propusieron a su tío Plácido continuar con la sociedad “García Monasterio Hermanos” pero él no aceptó; entonces procedieron a liquidar sus cuentas y así apareció un saldo a su favor, el cual su tío les fue pagando en abonos, al principio con un interés anual de 4.5 por ciento, que después bajo medio punto porcentual, hasta cubrir intereses y capital correspondiente a su finado hermano.

Todo parece indicar que el tío Plácido García era muy ordenado y honesto en los negocios, cualidades que le permitieron mantener su ascendencia para con sus sobrinos mexicanos, de tal forma que pudo aconsejarlos y alentarlos de manera permanente. Nunca perdió la comunicación epistolar con ellos, sobre todo con Joaquín. Su tío falleció en Cádiz en abril de 1861, generosamente incluyó a sus sobrinos de México en su testamento, dejando como heredero universal a su sobrino y ayudante Manuel Hernández García, quien continuó realizando los pagos a la cuenta corriente de los hermanos García Icazbalceta hasta extinguir totalmente la deuda.⁵⁶

En su testamento, Eusebio García dispuso que se le enterrara llevando como mortaja el hábito de San Francisco y pidió ser sepultado en la capilla de la virgen de Balvanera, situada en el convento de San Francisco. Sus hijos cumplieron su voluntad en todo, más debido a la Ley de Desamortización de los Bienes de la Iglesia Católica, el 22 de abril de 1861 exhumaron sus restos porque se cerró el culto en dicha capilla. Fue entonces que los trasladaron a la iglesia de San Cosme, junto con los de su esposa Ana, en la “capilla del comulgatorio al lado del Evangelio, en la pared”. Esta iglesia estaba muy cerca de la casa de descanso que tenía Eusebio García, ubicada en la Ribera de San Cosme número 4, entonces eran las orillas de la ciudad de México.

⁵⁶ AGNCM, Notario 726, Mariano Vega, 28 junio 1869, tomo 1, f. 657v-661, núm. 343. Finiquito. Los Hermanos García Icazbalceta a Manuel Hernández y García.



En esa casa murió Eusebio, y ahí también murieron otros de sus hijos, pues debido a que la casa estaba rodeada de un extenso jardín, aire limpio y mayor tranquilidad pasaban largas temporadas para recobrar la salud.

Por la peculiar costumbre de su hijo Lorenzo de registrar todas las muertes de los miembros de la familia y describir su sepelio, ahora sabemos que cuando exhumaron los restos de Eusebio García encontraron que “la mortaja (de San Francisco) y el pañuelo se conservan regular pero excesivamente húmedos”. También enlistó los nombres de los asistentes a la exhumación y, siguiendo la costumbre de esta familia, el papel con el relato de todo “se puso en una botella dentro del ataúd [...]”.⁵⁷

En un diario capitalino se dio la noticia de esta forma:

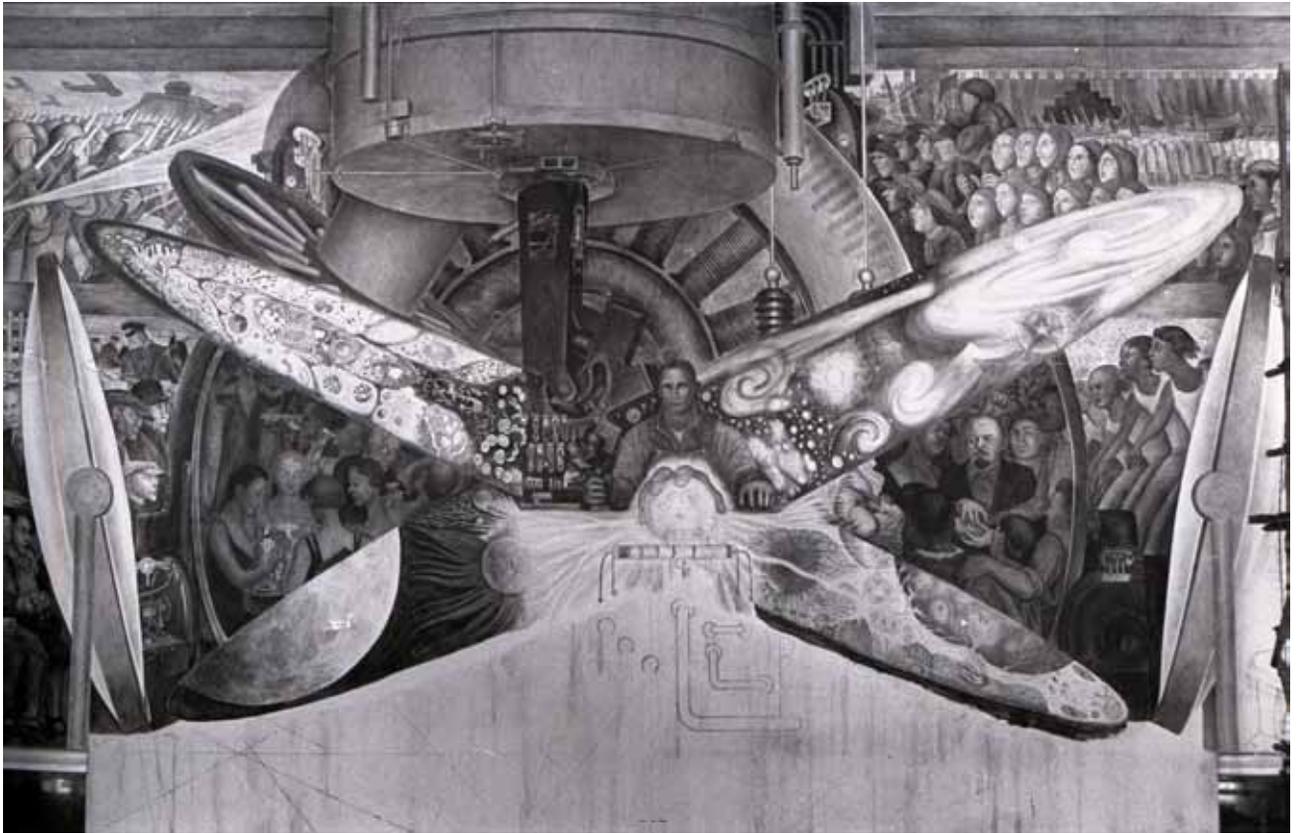
FALLECIMIENTO. Tenemos el sentimiento de anunciar a nuestros amigos un lamentable suceso: la muerte del Sr. D. Eusebio García, acaecida el domingo último después de una larga enfermedad. Este digno y honrado español, era natural de Matute en la Rioja, y desde muy joven dejó su país para venir al nuestro, antes de que viniese a gobernarlo el sabio y celoso virrey Conde de Revillagigedo. El Sr. García permaneció entre nosotros hasta que los desgraciados acontecimientos de 1829 lo obligaron a emigrar a Europa con toda su familia; pero apenas calmaron un tanto las pasiones de la época, cuando se apresuró a regresar a un país que amaba lo mismo que al suyo nativo. Era, pues, sin duda, el decano de los españoles residentes en México, y puede decirse al mismo tiempo, que presentaba

el tipo de aquellos hombres antiguos, de cristianas costumbres, de proverbial honradez, y de sencilla y noble franqueza, tan útiles y tan benéficos y de los que van todos los días desapareciendo sin que podamos reemplazarlos fácilmente. Nosotros, que nos contábamos en el número de sus amigos, al escribir estas líneas, en justo tributo a la buena memoria del virtuoso anciano, damos un sincero pésame a su afligida familia, a los seres desvalidos que les falta un protector tan benéfico, y a la sociedad, por la pérdida de uno de sus más dignos miembros. ¡Descanse en paz!⁵⁸

Finalmente, puede decirse que el legado de Eusebio García Monasterio perduró al menos hasta mediados del siglo XX. Por una parte, la escuela gratuita que fundó en su natal Matute estuvo en funciones hasta 1964, por lo que muchos niños tuvieron oportunidad de estudiar ahí las primeras lecciones. Por otro lado, en México, sus hijos continuaron con el sostenimiento de las escuelas católicas en las haciendas. En particular, su hijo Joaquín, el único que además de hacendado destacó en el ambiente literario, siguiendo el ejemplo de su padre, en 1889 edificó una escuela gratuita a la que concurrían a educarse cerca de 170 niños de familias pobres. La unión entre los hermanos, la organización, disciplina y entrega al trabajo que inculcó a sus hijos, permitieron la continuidad de los negocios de los hermanos García Icazbalceta, como una destacada generación de hacendados mexicanos y cuyas haciendas ocuparon lugares de importancia por su extensión territorial o en relación con la innovación tecnológica y la producción azucarera en México.

⁵⁷ Apuntes de Lorenzo García Icazbalceta, véase CCBV.

⁵⁸ Recorte de periódico en los apuntes de Lorenzo García Icazbalceta, véase CCBV.



Fortificaciones en la ciudad de Puebla durante la Intervención Francesa

José Antonio Terán Bonilla

Una vez que México surgió como un país nuevo, y ser reconocida su Independencia en septiembre de 1821, la nueva nación vivió una etapa de inestabilidad social, económica y política, con problemas internos —periodos de poca paz, conflictos por la constante lucha por el poder entre diferentes grupos ideológicos—, y externos, como las dos intervenciones francesas (1838 y 1862) y la guerra contra los Estados Unidos de América (1847).

La situación económica de México en 1861 hizo que el presidente Benito Juárez decretara la suspensión de pagos de las deudas contraídas con otros países. Como resultado de ello, Inglaterra, España y Francia firmaron la Convención de Londres, acordando enviar contingentes militares a México con el fin de exigir sus derechos y obligar a esta nación a cumplir sus obligaciones. Las tropas de esos países llegaron al puerto de Veracruz entre diciembre de aquel año y en enero de 1862. Una vez reunidos los representantes de las tres naciones europeas, lanzaron un ultimátum exigiendo el pago inmediato de la deuda contraída, de lo contrario invadirían el territorio.

Ante esta situación, Juárez derogó el decreto de suspensión de pagos, mandó organizar a sus tropas, en lo que se conoció como el Ejército de

Oriente, y reforzar las fortalezas en Puebla, pues la ciudad se localizaba en un lugar intermedio en el camino que unía al puerto de Veracruz con la capital del país, y era punto de acceso estratégico al Altiplano central y para la defensa de la ciudad de México.

Las autoridades mexicanas se reunieron con los representantes extranjeros con el fin de negociar el conflicto de manera amistosa, asegurando que el presidente Juárez había derogado el decreto de suspensión de pagos y solicitándoles la renegociación de la deuda. Inglaterra y España aceptaron y rompieron su alianza con Francia, al darse cuenta que este país tenía otros intereses —además del económico— y estaba aliada con mexicanos del grupo conservador contrario al gobierno juarista. Francia continuó con su proyecto de invadir México y ayudar a los conservadores a implantar un gobierno monárquico; sabía que contaba con un ejército de vanguardia y numeroso para lograr el éxito.¹

¹ Daniel Moreno, “Estudio preliminar”, en Francisco Troncoso, *Diario de las operaciones militares del sitio de Puebla en 1863*, Puebla, José M. Cajica Jr. 1972, pp. 9-50; *Enciclopedia de México*, México, Enciclopedia de México, t. 10, 1978.

Los fuertes poblanos

Puebla de los Ángeles sería escenario de dos acontecimientos bélicos de importancia durante la intervención francesa: la batalla del 5 de mayo de 1862, en la que el ejército mexicano repelió a su enemigo causándole una vergonzosa derrota y, diez meses después de este hecho, el sitio que durante 61 días (del 16 de marzo al 17 de mayo de 1863) sufrió por el acoso de tropas militares francesas, periodo en que la ciudad fue agredida y se suscitaron varias batallas, acontecimientos en que los fuertes poblanos jugarían un papel primordial.

Antes de tales sucesos se habían tomado varias medidas para redoblar las defensas de la urbe poblana en caso de guerra, acciones que consistieron en levantar barricadas y acondicionar, remodelar o reconstruir ciertos edificios para fuertes y cuarteles.²

Con respecto a lo primero, se sabe que la Angelópolis, antes de la llegada de las tropas francesas a suelo mexicano en 1862, vivía constantes conflictos bélicos (luchas internas entre compatriotas de diferente fracción e ideología política o batallas contra tropas extranjeras); así lo hizo ver el periódico *Allgemeine Zeitung*, en 1861, al comentar que el señor Lempriere vio con asombro la presencia de barricadas en las calles de esa población

[...] a pesar de que en ese tiempo no existía ninguna situación extraordinaria y no había ninguna revolución militar en México, incluso reinaba una cierta calma política, en todas las calles de Puebla había barricadas. A la sorprendida pregunta del viajero sobre el porqué de ellas, surgió esta respuesta: que las barricadas se encontraban listas para cualquier caso de emergencia [...].³

² José Mendizábal, “Un plano de Puebla del siglo XVIII”, en *Memorias y Revista de la Sociedad Científica “Antonio Alzate”*, México, Sociedad Científica Antonio Alzate, 1903, t. XX, p. 62.

³ “La sorna alemana” (revista, *Allgemeine Zeitung*), en Carlos Contreras Cruz, Nydia E. Cruz Barrera y Francisco

En la batalla del 5 de mayo de 1862 los fuertes de Loreto y Guadalupe fueron el escenario de dicha acción bélica; de ellos se hablará más adelante, pues sufrieron algunas adecuaciones para el siguiente evento militar.

Una vez que se había vencido al ejército francés —considerado como el mejor de su época en Europa, en la batalla librada en Puebla el 5 de mayo de 1862—, se sabía que los galos no retrocederían y volverían al ataque, tanto para lograr su objetivo como para vengar la afrenta causada por el citado hecho. Ante estos sucesos, el presidente Juárez mandó fortificar la Angelópolis, y el alto mando del ejército mexicano de inmediato realizó una serie de juntas para proyectar cuanto antes la defensa de la ciudad de Puebla, repeler ahí al enemigo y evitar su avance hacia la capital del país.

Como resultado de esas juntas, se acordó fortificar la ciudad mediante “un sistema de fuertes destacados, debiéndose fortificar también cuatro zonas de grupos de manzanas.”⁴ Se planteó la conveniencia de fortificar el cerro de San Juan, y de no ser posible, por “necesitarse aún dos fuertes más, entonces el fuerte de San Javier (Penitenciaría) se haría de muy grandes dimensiones, echando abajo la Penitenciaría hasta la altura del primer piso, que es de bóveda y serviría como reducto del fuerte.”⁵ Cabe señalar que, en efecto, no se fortificó el cerro de San Juan, pues el general González Ortega pensó que los franceses atacarían de manera simultánea y general; con base en tal suposición elaboró un plan defensivo para distribuir sus fuerzas entre las fortalezas proyectadas.⁶

Se dispuso que los fuertes con que se dotaría la ciudad no fueran de grandes dimensiones, plantea-

Téllez Guerrero (comp.), *Puebla: textos de su historia*, México, Gobierno del Estado de Puebla/Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora/Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades-Universidad Autónoma de Puebla, 1993, t. 3, p. 340.

⁴ Francisco Troncoso, *op. cit.*, p. 85.

⁵ *Ibidem*, pp. 85-86.

⁶ Luis Chávez Orozco, “Los ejércitos y las fortificaciones”, en Carlos Contreras Cruz *et al.* (comps.), *Puebla: textos de su historia*, ed. cit., t. 4, p. 328.

miento sustentado en la cercanía que habría entre ellos y considerando, además, que habría obras intermedias. Por último, “se proyectó el detalle de los fuertes y su defensa, según el efectivo del Cuerpo de Ejército que había de defender la Plaza, así como los elementos existentes, y se dio parte al General en Jefe con el proyecto general para que decidiera lo que tuviera a bien.”⁷

La edificación de cada fuerte estaría al cargo de un oficial de la Comandancia de Ingenieros, cuyo jefe era el coronel Joaquín Colombres; cada obra dispuso de soldados y, en ciertos casos, de albañiles, peones y carpinteros civiles.⁸

Se acordó que Puebla contara con ocho fuertes: el de Loreto o 5 de Mayo, el de Guadalupe, el Demócrata, el Iturbide, el Hidalgo, el Zaragoza, el Ingenieros y el Independencia, así como una línea de redientes en el Parral, también llamada Morelos.⁹

Cabe señalar que en algunos mapas de la época, y ciertos autores, consideran la línea de redientes del Parral como fuerte Morelos, y además consignan otro fuerte: el del Señor de los Trabajos, por eso en varios documentos y publicaciones se menciona que eran diez las fortificaciones que tuvo Puebla. En este trabajo se sigue lo señalado por el general Francisco P. Troncoso en su *Diario de las operaciones militares del sitio de Puebla en 1863*, pues este personaje fue actor y testigo presencial de los hechos.

Poco se sabe, y menos se ha estudiado, la arquitectura de dichos fuertes; en parte porque la mayoría de ellos se destruyeron antes de la Revolución mexicana, y hasta la fecha no se han realizado excavaciones arqueológicas que arrojen datos precisos sobre su diseño y erección. Lo que se conoce de ellos se debe a las someras descripciones de la época, los vestigios de los fuertes de Guadalupe —recién reconstruido— y Loreto —que se conservaba en su totalidad—, siendo los únicos que se salvaron de la demolición por el papel tan importante que tuvieron en la heroica batalla del 5 de mayo de 1862, y

algunos datos —obtenidos del estudio de ciertos mapas y planos de Puebla realizados en época de la intervención francesa, en los que se ilustran, ya sea en croquis o dibujo— ayudan a efectuar una interpretación de su diseño.

Antecedentes de su arquitectura

“Durante la mayor parte del período colonial, La Nueva España gozó de suficiente paz interna para no requerir, en sus principales ciudades, de una auténtica arquitectura militar”.¹⁰ Los edificios que se realizaron en este tipo de género arquitectónico se redujeron a la erección de presidios en la zona norte del territorio, ante la constante amenaza de ataque de tribus nómadas chichimecas, y de ciertas fortificaciones costeras para la defensa —sobre todo ante los asaltos de piratas y corsarios— de puertos marítimos: el fuerte de San Juan de Ulúa en Veracruz, el de San Diego en Acapulco, así como las murallas y baluartes de San Francisco en Campeche. Fue hasta 1761 se empezó a construir en el interior otro tipo de arquitectura militar por el temor de los ataques ingleses, por ello la Corona española inició la organización de un ejército en forma que requirió de instalaciones y cuarteles, como el fuerte de Tepexi de la Seda¹¹ y el cuartel de Dragones en la ciudad de Puebla.¹² “La guerra de independencia a inicios del siglo XIX, provocó la construcción de pequeños fuertes en muy diversos lugares del país”,¹³ entre otros en la Angelópolis.

La construcción de los fuertes de Puebla

Por la premura de tiempo y los escasos recursos económicos disponibles que se tenían para su

¹⁰ Carlos Chanfón Olmos, “Las fortificaciones de Puebla en el siglo XIX”, en *Boletín de la Dirección de Monumentos Históricos*, núm. 9, agosto de 1989, p. 46.

¹¹ *Ibidem*, p. 46.

¹² Hugo Leicht, *Las calles de Puebla*, Puebla, Junta de Mejoramiento Moral, Cívico y Material del Municipio de Puebla, 1980, p. 121.

¹³ Carlos Chanfón Olmos, *op. cit.*, p. 46.

⁷ Francisco Troncoso, *op. cit.*, p. 86.

⁸ *Idem*.

⁹ *Ibidem*, p. 86.



construcción, en lugar de levantar grandes reedificaciones alrededor de la ciudad, se eligió realizar pequeños fuertes, distribuidos y espaciados de manera estratégica a lo largo del perímetro de la mancha urbana, de manera que en su conjunto formaron “un anillo de circunvalación de cerca de 10 kilómetros.”¹⁴ Cabe destacar que esta estrategia militar se adoptó y generalizó en los países de Europa años más tarde, hacia 1870, y se conoció como de táctica de *forts détachés* (de fuertes aislados).¹⁵

Para la erección de algunos de los fuertes poblanos se escogieron edificios ya existentes, sobre todo aquellos cuya arquitectura fuera sólida y resistente, que “por su tamaño y localización permitían el alojamiento de guarniciones y el almacenamiento de municiones”,¹⁶ encontrando que, además de los fuertes de Loreto y Guadalupe, varias iglesias y sus anexos servirían para ese propósito, pues sus torres, en ciertos casos, servirían para vigías; en otros se tomó la decisión de demolerlas para evitar que, si llegaran a ser bombardeadas por el enemigo, los escombros pudieran ocasionar daños y bajas en las tropas. Las sacristías en casi todos los casos se ocuparon como bodegas para guardar el armamento y la pólvora, y las naves de los templos, así como los patios de conventos u hospitales, se destinaron para las diversas maniobras y necesidades de los batallones, desde dormitorios para los soldados hasta para caballerizas. Así, varios fuertes “se construyeron en torno a capillas, conventos o edificios antiguos”.¹⁷

Factor importante en el proyecto militar poblano de 1863 fue la distancia que habría entre cada fuerte, y para ello se tomó en cuenta el alcance que tenían los cañones con que contaba el ejército mexicano. Para entonces empezaba a utilizarse el cañón rayado helicoidalmente, cuyo poder destructivo era muy alto, por lo cual las mamposterías de los fuertes eran muy vul-

nerables al impacto de sus balas. El ejército de Oriente contaba con uno, emplazado en el fuerte de Guadalupe, mientras el francés con varios.¹⁸ El promedio de alcance de las balas de los otros cañones, es decir de las “ciento setenta y una bocas de fuego, usadas en esa acción por los defensores mexicanos era de unos 2000 a 2500 metros.” De este dato se puede deducir el correcto espaciamiento entre los fuertes del perímetro, así como entre cada fuerte y el centro de importancia de la ciudad, llamado en términos estratégicos “núcleo de la plaza a defender.”¹⁹

Las distancias aproximadas que había entre cada fuerte las consignó el general Francisco P. Troncoso en su *Diario de las Operaciones Militares del sitio de Puebla en 1863* y son las siguientes:

Del “Demócrata” al “Señor de los Trabajos”	888 mts.
” “Señor de los Trabajos” a “Iturbide”	680 ”
” “Iturbide” a “Morelos”	652 ”
” “Morelos” a “Hidalgo”	752 ”
” “Hidalgo” a “Ingenieros”	1,064 ”
” “Ingenieros” a “Zaragoza” ...	1,480 ”
” “Zaragoza” a “Independencia”	600 ”
” “Independencia” a “Guadalupe”	760 ”
” “Guadalupe” a “Loreto”	928 ”
” “Loreto” (5 de Mayo) al “Demócrata”	1,440 ”
[además proporciona el dato]	
Del cerro de San Juan a la Penitenciaría	2,040 ” ²⁰

¹⁸ *Idem*; Francisco Troncoso, *op. cit.*

¹⁹ Carlos Chanfón Olmos, *op. cit.*, p. 47, con base en los datos proporcionados por Francisco Troncoso en el plano anexo a su *Diario de las operaciones militares del sitio de Puebla en 1863*.

²⁰ Francisco Troncoso, *op. cit.*, pp. 99-100. Las distancias están tomadas aproximadamente entre los centros de dichos fuertes. Enrique Cordero y Torres proporciona también estos datos, aunque con algunas diferencias: “1er fuerte Demócrata (barrio de Santa Ana) a 1,560 metros del 2° fuerte Iturbide (San Javier en el Paseo Bravo) a 652 metros del 3er fuerte Morelos (convento de Santa Inés

¹⁴ Enrique Cordero y Torres, *Historia compendiada del estado de Puebla*, Puebla, Publicaciones del Grupo Literario “Bohemia Poblana”, t. 2., 1965, p. 489.

¹⁵ Carlos Chanfón Olmos, *op. cit.*, pp. 46-47.

¹⁶ *Ibidem*, p. 47.

¹⁷ *Idem*.

Para el diseño de los fuertes poblanos, y de las otras obras militares que se requerían, se tomaron como modelo las formas de la arquitectura castrense ya conocidas, por haberse construido en el país. Varias de ellas se habían levantado durante el virreinato y otras en la primera mitad del siglo XIX. Carlos Chanfón Olmos considera que los fuertes edificadas en Puebla presentaron aportaciones en su ubicación y táctica-estratégica militar, pero en su diseño algunos llevaron elementos anacrónicos, sobre todo al considerar que para esas fechas se disponía de un armamento nuevo, el cual tornaba obsoleto el diseño de fortificaciones desarrollado en Europa desde la Edad Media, y fue el que se retomó para las fortificaciones o baluartes poblanos.²¹ Además comenta:

Los fuertes de Puebla no pudieron escapar a la influencia de los modelos existentes; por su posición, fueron semejantes a los presidios y esto resultó, a la larga, un avance; por su diseño, en cambio, fueron copia de los fuertes marítimos como San Felipe de Bacalar, San Diego de Acapulco o San Carlos de Perote, construidos entre 1729 y 1783, cuyas formas, a mediados del siglo XIX eran definitivamente obsoletas.²²

La ubicación de las fortificaciones y de las murallas en Puebla puede apreciarse en diversos planos de la época, como el levantado por el ingeniero civil Luis G. Cariaga y Saenz en 1856 y reconstruido en 1863. Al suroeste de la ciudad se notan las murallas que partían del convento del Carmen al Paseo Nuevo; otra se encontraba

-calle 5 sur 700) a 725 metros del 4° fuerte Hidalgo (zona del cementerio Agua Azul) a 1,064 metros del 5° fuerte Ingenieros (rancho El Mirador) a 1,480 metros del 6° fuerte Zaragoza (barrio Los Remedios) a 600 metros del 7° fuerte Independencia (La Misericordia -calle 18 Norte 2200) a 760 metros del 8° fuerte 5 de Mayo (baluarte de Loreto -en el cerro-) a 926 metros del 9° fuerte Guadalupe (baluarte Guadalupe -en el cerro-) cerrando el anillo con el fuerte Demócrata a 1,440 metros". Enrique Cordero y Torres, *op. cit.*, t. 2, p. 489).

²¹ Carlos Chanfón Olmos, *op. cit.*

²² *Ibidem*, p. 48.

al poniente de la urbe y tenía su inicio en la parte posterior del templo de Guadalupe, y un pequeño tramo de muralla se hallaba al norte del convento de San Antonio. Lo anterior también se observa en los planos del ingeniero topógrafo Aurelio Almazán, en el de Antonio García Cubas, en el levantado por el ingeniero José Joaquín Arriaga Zúñiga y en un croquis anónimo de 1857-1861, aunque con algunas variantes entre ellos.²³

Debe mencionarse que en los planos "Combat de Puebla", de autor anónimo y fechados en 1862, así como el elaborado por Santiago Saravia en 1865 no se consignaron estas fortificaciones pero sí se aprecian en otro, realizado dos años más tarde por E. Ravigniauz.²⁴

Cabe señalar que hubo otras obras, conocidas como intermedias, las cuales se ubicaron entre los fuertes; y si bien eran de menor importancia que dichas fortificaciones, resultaron indispensables en la estrategia defensiva de la ciudad de Puebla. Para su realización, "cada Jefe u oficial de Ingenieros que construía un fuerte, recibió la orden de proyectar esas obras intermedias a derecha e izquierda de su fuerte, otras se proyectaron e hicieron después, según se reconoció necesario. El comandante de ingenieros, coronel Colombres, recorrió el perímetro de la plaza, y decidió de las obras proyectadas. Estas obras las hicieron los comandantes Troncoso, Rodríguez y Revueltas".²⁵

Descripción de los fuertes

Fuerte Zaragoza o de los Remedios

Se le dio el primer nombre en honor del general Ignacio Zaragoza, quien estuvo al frente de las

²³ Estos planos, cuyos originales son propiedad de la Mapoteca Orozco y Berra, se reproducen en José Antonio Terán Bonilla, *El desarrollo de la fisonomía urbana del centro histórico de la ciudad de Puebla (1531-1994)*, Puebla, Universidad Popular Autónoma del Estado de Puebla, 1996, pp. 117, 120, 123-125.

²⁴ *Ibidem*, pp. 118, 129-130.

²⁵ Francisco Troncoso, *op. cit.*, p. 95.

tropas mexicanas en la batalla del 5 de mayo. Se ubicaba al oriente de la ciudad, contando con el santuario de los Remedios (20 Norte, 800). Su primera etapa constructiva estuvo a cargo del comandante Revueltas y lo concluyó el comandante Rodríguez. El fuerte contaba con planta cuadrada y baluartes en los vértices; medía de 160 a 180 metros por lado.²⁶ Su acceso era “por el centro de una de las cortinas; frente a éste una especie de revellín defendía la entrada. Esta solución arquitectónica aparecida a mediados del siglo XV, había sido utilizada por Vauban, quien la llevó a su máximo desarrollo en el siglo XVII”.²⁷ Para cerrar el cerco militar, a su diestra y siniestra se hicieron largas trincheras, sobre el camino a la garita de Veracruz y hasta la plazuela de Romanes.²⁸

Fuerte Ingenieros

Se localizaba al sur de la ciudad, entre la garita de Totimehuacan y el acueducto del Carmen, en los terrenos del rancho el Mirador, al este de la calle 12 Sur.²⁹ Al igual que el Demócrata, este fuerte tenía planta cuadrada, con “baluartes de doscientos metros por lado, teniendo a derecha e izquierda, a cien metros, dos pequeñas obras irregulares para defender sus flancos. Sus repuestos serían subterráneos”,³⁰ aunque fue el único caso para que no se aprovecharon edificios ya existentes.³¹ Con el fin de reforzar la defensa entre él y el molino del Carmen, a su derecha se efectuó una larga trinchera. También se hicieron varias obras en el gran tramo que lo separaban del fuerte Zaragoza: “una de 400 metros del de Ingenieros, otra en la ladrillera de Azcárate que está sobre el camino del molino de Santa Bárbara, y otra frente al mismo camino, en la Plazuela de Romanes”.³²

²⁶ *Ibidem*, pp. 89-90.

²⁷ Carlos Chanfón Olmos, *op. cit.*, p. 48.

²⁸ Francisco P. Troncoso, *op. cit.*, p. 97.

²⁹ Hugo Leicht, *op. cit.*, p. 219. Enrique Cordero y Torres, *op. cit.*, t. 2, p. 490.

³⁰ Francisco Troncoso, *op. cit.*, p. 90.

³¹ Hugo Leicht, *op. cit.*, p. 219.

³² Francisco Troncoso, *op. cit.*, p. 96.

Fuerte Demócrata

Se ubicaba al poniente de la ciudad, alrededor de la iglesia de Santa Ana (26 Poniente 1100), siendo denominado por algunos como fuerte de Santa Anita o del Señor de la Salud.³³

Fue la fortaleza de plaza de mayores dimensiones. Como los dos fuertes anteriores, el Demócrata tuvo un diseño de planta cuadrada con baluartes en sus vértices y medía trescientos metros por lado. Fue la última de las fortificaciones construidas; se comenzó a erigir, de manera activa, tres meses antes del sitio, trabajando en él tanto soldados de diferentes brigadas como albañiles, peones y carpinteros civiles.³⁴ Su edificación estuvo a cargo del comandante Francisco Troncoso, quien hizo la siguiente descripción:

Los parapetos del lado de la campaña eran de cinco metros de altura, el espesor de ocho, y sus fosos de ocho. A este frente y parte de los lados del fuerte, se le puso un extenso glasis con las tierras que sobraron de las excavaciones, y con otras de acarreo. Gran número de anchas y altas traversas desenfilaban los fuertes y la plaza de la obra. Sus repuestos de pólvora y municiones se hicieron grandes y resistentes. El templo de Santa Anita quedó encerrado en el fuerte, y muy bien fortificado, después de derribar sus torres. Todas las casas, jacales y otras construcciones como hornos de cal y ladrillo que estaban al frente y costados, y algunos de retaguardia se derribaron, así como la finca llamada de Flon, bien que ésta se encontraba en pésimo estado de ruina.³⁵

Se sabe que las obras intermedias estuvieron a cargo del comandante Troncoso, quien hace la

³³ *Ibidem*, p. 98, quien emplea el de Santa Anita; Antonio Carrión, *Historia de la Ciudad de Puebla de los Ángeles*, Puebla, José M. Cajica Jr., 1970, p. 473.

³⁴ Francisco Troncoso, *op. cit.*, pp. 98-99.

³⁵ *Ibidem*, p. 93.



siguiente descripción de ellas: “A la derecha del fuerte de Santa Anita, después de haber derribado la Quinta Flon que estaba en ruinas, se construyeron, desde el frente del Refugio hacia el cerro de Loreto, unas flechas, varios dientes de sierra y otros parapetos. Toda la espalda de Santa Anita, comprendiendo el molino de San Antonio, Rancho de Zapata y San Pablo de los Frailes, se fortificó seriamente”.³⁶

Fuerte Independencia

Se ubicaba al oeste de la ciudad. También se le conoció como de la Misericordia, por la iglesia que quedó al centro del mismo (18 Norte 2200). Al igual que las fortificaciones Hidalgo, Morelos y Señor de los Trabajos, se erigieron en el perímetro de la ciudad con el fin de proteger puntos de posible acceso. Se trataba de un fuerte pequeño cuya construcción estuvo a cargo del capitán 2° Manuel Zuloaga. “El Pequeño Fuerte de la Misericordia (Independencia) [...] lo formarían cuatro dientes de sierra apoyados en dos pequeñas lunetas y cerrándose todo por la gola. La pequeña iglesia se fortificaría convenientemente. Esta obra tenía que ser muy irregular por la disposición propia del terreno”.³⁷

Según Chanfón Olmos, este fuerte, al igual que las fortificaciones Morelos, Hidalgo y Señor de los Trabajos, “eran líneas de defensa con amurallamientos protegidos por taludes de tierra de carácter semipermanente, en forma atenazada, con ángulos salientes o abaluartados”.³⁸

Fuerte Hidalgo

Se localizaba al sur de la ciudad, ante la Casa de Diligencias y el templo del Carmen, por la zona del cementerio Agua Azul. También se le conoció como fuerte del Carmen. Su edificación estuvo a cargo del teniente José Pérez Gallardo. En un principio se planeó de dimensiones pequeñas, luego se vio la necesidad de agrandararlo,

³⁶ *Ibidem*, p. 95.

³⁷ *Ibidem*, p. 89.

³⁸ Carlos Chanfón Olmos, *op. cit.*, p. 47.

agregando al proyecto original varias obras. Chanfón lo considera “[...] una línea de defensa con amurallamientos [...]”.³⁹

Este fuerte lo unió más tarde el Teniente Coronel Troncoso con los redientes de Morelos, haciendo varias obras en los frentes de las 3 manzanas de la derecha. Toda la hermosa huerta del Carmen y sus árboles frutales, las bardas y algunas construcciones cercanas, se talarán y arrasarán y se harán pequeñas obras avanzadas sobre las bardas de la huerta y en el molino de la izquierda. La iglesia y el convento se fortificarán muy fuertemente.⁴⁰

Fuerte Morelos

Ubicado al suroeste de la ciudad, en la avenida 9 Poniente 700-1100, incluía la calera del Parral,⁴¹ quedando a un lado del convento de Santa Inés (calle 5 sur 700 a 725).⁴² Francisco Troncoso no lo considera un fuerte, por eso se refiere a él como la línea de redientes del Parral. (Morelos).⁴³

Su construcción estuvo a cargo del comandante Ignacio Revueltas. Consistió en una “extensa línea de redientes con largas cortinas, apoyándose por su derecha en una tenaza sobre el ángulo que hace el frente de la línea con el costado de la Alameda o Paseo”.⁴⁴ El comandante Revueltas fortificó unas casas y los hornos de cal y ladrillos que estaban detrás de los redientes así como dos manzanas a la derecha del fuerte Morelos y tres detrás de dichas líneas.⁴⁵

Según Cordero y Torres, el fuerte Morelos comprendía las manzanas fortificadas del convento de Santa Inés, lugar que sirvió de escenario en las batallas contra los franceses,

³⁹ *Idem*.

⁴⁰ Francisco Troncoso, *op. cit.*, p. 90.

⁴¹ Hugo Leicht, *op. cit.*, p. 294.

⁴² Enrique Cordero y Torres, *op. cit.*, t. 2, p. 489; Carlos Chanfón Olmos, *op. cit.*, p. 47.

⁴³ Francisco Troncoso, *op. cit.*, p. 90.

⁴⁴ *Ibidem*, pp. 90-91.

⁴⁵ *Idem*; revista *Allgemeine Zeitung*, pp. 91 y 97.

contando “a la medianía del patio del convento había una reja que fue utilizada como defensa inexpugnable”.⁴⁶ Chanfón también considera al fuerte “una línea de defensa con amurallamientos [...]”.⁴⁷

Fuerte del Señor de los Trabajos

Se localizaba al poniente. Estaba frente al templo de San Pablo de los Naturales, que ya desde entonces se conocía como el Señor de los Trabajos (10 Poniente, 900).

Se proyectó como una obra intermedia, razón por la que no aparecía consignada en la lista de los fuertes que se harían para la defensa de Puebla, elaborada en 1862, de acuerdo con lo establecido en la junta de las autoridades militares a la que se ha hecho referencia;⁴⁸ sin embargo, con el tiempo, y dada la importancia estratégica que tuvo esta posición defensiva, en varios planos y descripciones se menciona como fuerte. Chanfón lo considera “una línea de defensa con amurallamientos [...]”.⁴⁹

De este fuerte, Francisco P. Troncoso hace la siguiente descripción en su diario de las operaciones militares del sitio de Puebla en 1863:

A la izquierda del mismo Santa Anita, se hizo un reducto con un frente de baluarte, valiéndose de las bardas del cementerio del templo del Señor de los Trabajos. A la derecha de este templo y cerca de la calle de San Pablo de los Frailes, había un enorme montón de tierra y escombros de más de siete metros de altura, el cual se utilizó haciendo en él una plataforma con un parapeto para dos cañones.

Este fortín del Señor de los Trabajos fue de mucha utilidad y no lo pudieron destruir los franceses a pesar del mucho fuego que le hicieron, porque delante se elevaba el terreno natural de manera a servirle de

glacis, o más bien era en realidad una fortificación enterrada que no podía distinguirse, y además se le había establecido delante una trinchera en el borde del camino hondo que pasaba por el frente. La verdad es que no se le batió con toda la formalidad debida con la artillería.⁵⁰

Fuerte de Iturbide

Se localizaba al oeste de la ciudad, constituido por el templo y colegio de San Javier, así como la Penitenciaría, colindando con el Paseo Bravo. También se hacía referencia a él como fuerte de San Javier o de la Penitenciaría.⁵¹

Francisco Troncoso describe que en un principio ese fuerte tendría un diseño diferente, pues se pretendía demoler el edificio de la Penitenciaría hasta su primer nivel, aprovechando el escombros en ciertas obras de relleno; además se demolerían los templos de San Matías y San Diego, y las casas que estaban a sus alrededores, pero el proyecto se desechó, en parte por las críticas que el ejército tenía por las grandes demoliciones realizadas en varios sitios de la ciudad, pero también por falta de tiempo y recursos, tanto económicos como humanos, que demandaba su construcción.⁵²

En su lugar se reaprovecharon los edificios del colegio de San Javier, junto con su templo, y lo que se llevaba edificado del de la Penitenciaría. Cabe señalar que los edificios del colegio se habían empleado en 1796 y en 1829 como cuartel de caballería, y hacia 1856 algunos de ellos funcionaban como hospital militar. Contiguo a la iglesia, en 1840 empezó a construirse la penitenciaría de la ciudad a partir de un proyecto del arquitecto José Manso, inspirado en la de Cin-

⁴⁶ Enrique Cordero y Torres, *op. cit.*, t. 2, p. 493.

⁴⁷ Carlos Chanfón Olmos, *op. cit.*, p. 47.

⁴⁸ Francisco Troncoso, *op. cit.*, pp. 85 y 95.

⁴⁹ Carlos Chanfón Olmos, *op. cit.*, p. 47.

⁵⁰ Francisco Troncoso, *op. cit.*, pp. 95-96. Cabe señalar que el hospital de San Pablo se nombra “San Pablo de los Frailes, como se le llama para distinguirlo de San Pablo de los Naturales, que hoy es el Señor de los Trabajos”; Manuel Toussaint, *La catedral y las iglesias de Puebla*, México, Porrúa, 1954, pp. 172 y 192.

⁵¹ Francisco Troncoso, *op. cit.*, p. 91.

⁵² *Ibidem*, pp. 91-93.

cinnati. Para 1862 se había concluido el área para varones y restaba poco para acabarlo.⁵³

Los comandantes Revueltas, Troncoso y Rodríguez, así como el capitán Mariscal, estuvieron al cargo de la edificación de este fuerte en diferentes momentos. Como parte de la estrategia militar se talaron los árboles del Paseo Bravo, lugar con el que colindaba con la fortaleza, y este espacio se llenó de fosas y trincheras.⁵⁴ “En la puerta de entrada al convento, se construyó un rediente. El edificio de la Penitenciaría, que aún no estaba concluido, se fortificó, y al último se reforzaron los parapetos y se ancharon los fosos [después se le aumentó] un medio baluarte y una cortina en el frente izquierdo, apoyándolo en San Javier”.⁵⁵ El fuerte tenía forma rectangular y medía de frente 120 metros, y de fondo, abarcando tanto la Penitenciaría como el templo, media 220. En el frente izquierdo tenía un medio baluarte y dos al poniente, rumbo a las garitas de México y Cholula.⁵⁶

Fuerte Guadalupe

Situado al norte de la ciudad, a corta distancia del de Loreto. Su nombre se debe a un gran templo, de tres naves y con dos torres, construido ahí en 1804, estrenándose en 1816 y que se mantuvo en funciones hasta 1861.⁵⁷

El fuerte ya se aprecia en el plano topográfico de la ciudad y sus alrededores levantado por Miguel Ponce de León en 1856 y en un croquis anónimo de la ciudad de Puebla y sus alrededores de 1856-1861, ambos propiedad de la Mapoteca Orozco y Berra.⁵⁸ El intendente brigadier Ciriaco del Llano, temiendo que la ciudad fuera atacada por los insurgentes, mandó adaptar el

templo de Guadalupe para que sirviera de pequeño baluarte defensivo.⁵⁹

El general Lorencez, al frente del ejército francés en la batalla del 5 de mayo de 1862, lanzó “en un triple asalto de sus columnas sobre el fortín de Guadalupe, que le pareció la posición más importante de la plaza”,⁶⁰ siendo derrotado ese mismo día por el general Ignacio Zaragoza, quien estaba al mando en ese bastión⁶¹ y era jefe del Ejército de Oriente que defendió a la ciudad de Puebla.

Entre julio y agosto de 1862 se demolió la iglesia de Guadalupe, para levantar en su lugar el fuerte del mismo nombre. El comandante Emilio Rodríguez fue el encargado de la obra militar. Por la descripción que hace Troncoso, después de la batalla del 5 de Mayo “solo había quedado un parapeto de tierra, de un metro de espesor, que se construyó [...]”,⁶² de manera apresurada para ese heroico acontecimiento bélico, por lo que tuvo que hacerse una nueva edificación. Por su situación geográfica el fuerte tuvo cortas dimensiones, realizado en mampostería, contando con “dos pequeños baluartes y un rediente para cubrir la entrada, pues el terreno no se prestaba para más [...] con] repuestos subterráneos de bóveda y un aljibe”.⁶³ Además, “entre los fuertes de Guadalupe y Loreto, se construyó una gran luneta y un rediente, unidos con una cortina, y con alas a uno y otro lado”.⁶⁴

Para 1934, época en que Hugo Leicht escribiera su libro *Las calles de Puebla*, quedaban los paredones del templo y subsistían los fundamentos del fuerte con sus casamatas subterráneas.⁶⁵ En 2012, con motivo del 150 aniversario de la batalla del 5 de mayo, la fortificación se reconstruyó.⁶⁶

⁵³ Hugo Leicht, *op. cit.*, pp. 28-29; Antonio Carrión, *op. cit.*, t. 1, p. 175.

⁵⁴ José de Mendizábal, “Evolución topográfica de la ciudad de Puebla”, en *Memorias y Revista de la Sociedad Científica “Antonio Alzate”*, t. VIII, (1894-1895), núms. 1 y 2, México, Sociedad Científica Antonio Alzate, 1894, p. 266.

⁵⁵ Francisco Troncoso, *op. cit.*, p. 91.

⁵⁶ *Ibidem*, p. 93 y Luis Chávez Orozco, *op. cit.*, p. 323.

⁵⁷ Hugo Leicht, *op. cit.*, p. 217.

⁵⁸ Reproducidos en José Antonio Terán Bonilla, *op. cit.*, pp. 115 y 117.

⁵⁹ Enrique Cordero y Torres, *op. cit.*, t. 1, p. 407.

⁶⁰ Enrique Juan Palacios, *Puebla, su territorio y sus habitantes*, Puebla, Junta de Mejoramiento Moral, Cívico y Material del Municipio de Puebla, 1982, t. 2, p. 574.

⁶¹ Manuel Toussaint, *op. cit.*, p. 218.

⁶² Francisco Troncoso, *op. cit.*, p. 89.

⁶³ *Ibidem*, p. 89.

⁶⁴ *Ibidem*, p. 97.

⁶⁵ Hugo Leicht, *op. cit.*, p. 217.

⁶⁶ Desconocemos la investigación y proyecto arquitectónico que sirvieron para su intervención.



Fuerte de Loreto

Ubicado al norte de la ciudad, en la elevación originalmente llamada Acueyametepec, es decir “cerro junto al agua de las ranas”.⁶⁷ En 1773, en el uno de los extremos de la cima se edificó la capilla de Loreto,⁶⁸ la cual dio nombre tanto al cerro como a la fortificación que en él se construyó. Se le conoció también como fuerte 5 de Mayo, por el importante papel que jugó en la batalla librada contra los franceses en 1862.

Se considera el fuerte más antiguo de la ciudad, ya que la capilla de Loreto se empezó a utilizar con fines militares desde 1789. A principio del siglo XIX se empleaba para que en ella cumplieran sus arrestos los oficiales castigados. Fue fortificado de manera ligera en 1812.⁶⁹ Cuatro años más tarde, el intendente brigadier español Ciriaco del Llano mandó adaptar, tanto la capilla de Loreto como la cercana de Guadalupe, para que sirvieran de fortalezas en caso de un ataque insurgente a la ciudad,⁷⁰ mas también se sabe que, a solicitud del Ayuntamiento de la ciudad de Puebla, se proyectó hacer una obra en lo que fuera la capilla de Loreto, para depósito de las municiones, pólvora y demás efectos combustibles del parque del Ejército del Sur, medida que se tomara para evitar otra catástrofe, pues en 1815 explotó la pólvora almacenada en el Colegio de la Compañía de Jesús, edificio que servía de cuartel a voluntarios del ejército realista; la vivienda del capellán se convirtió en fortín.⁷¹ En aquella ocasión

[...] según el plano que presentó el comandante de artillería, esos edificios debían “circunvalarse con cuatro muros de calicanto

⁶⁷ Enrique Cordero y Torres, *op. cit.*, t. 1, p. 406.

⁶⁸ *Ibidem*, t. 1, p. 407.

⁶⁹ Antonio Carrión, *op. cit.*, t. 1, p. 215.

⁷⁰ Enrique Cordero y Torres, *op. cit.*, t. 1, p. 406.

⁷¹ Manuel Varela y Ulloa y José Moreno y Daos, “Plano de la obra proyectada en el cerro de Loreto para depositar las municiones, pólvora y demás pertrechos del ejército del sur; contigua y en dirección al cerro de Guadalupe, utilizando el santuario de Nuestra Señora de Loreto”, en Archivo Histórico del Ayuntamiento de Puebla, “Catálogo de Ilustraciones”, Plano 00158; Hugo Leicht, *op. cit.*, p. 219.

de 3 varas de altura, con aspilleras a la de una vara, en toda su extensión, uniendo las extremidades de esos muros cuatro pequeños bastiones semi-circulares de la misma altura, en cuyo terraplén o esplanada de ellos se podrían colocar las cuatro piezas de grueso calibre que existían para el parque, las que no sólo constituirían la interesante defensa de este punto, sino también dominarían completamente la Ciudad y una parte considerable del campo por la parte opuesta del cerro de Loreto”. Las obras iban a hacerse por subscripción popular. Concluidas en 1817, devolvióse el templo al culto.⁷²

La fortificación de Loreto se construyó en mampostería. “Durante la batalla del 5 de mayo el fuerte estuvo ocupado por las tropas del general Berriozábal”.⁷³ Al parecer, concluida esa acción bélica el inmueble quedó en lamentables condiciones y permaneció abandonado por un tiempo, por lo cual tuvo que ser modernizado y adecuado para el sitio que sufriera la ciudad de 1863. Las obras se encargaron al capitán Manuel Zuloaga, bajo las órdenes del comandante Emilio Rodríguez, quien “se encargó de reponer sus muros, rampas y edificio del centro que se encontraba en muy mal estado”,⁷⁴ conservando su forma exterior pero se decidió demoler las torres de la capilla.⁷⁵ El fuerte original era de planta cuadrada con baluartes circulares en sus esquinas, poseía un aljibe y no contaba con foso,⁷⁶ aunque para 1863 sí lo tenía.

Carlos Chanfón estudió la arquitectura de este fuerte y observó en su diseño una combinación de criterios avanzados y sistemas anacrónicos en la arquitectura militar, sobre todo al emplear bastiones cilíndricos en sus vértices, medida defensiva obsoleta desde el siglo XVI, encontrando gran semejanza entre éstos y los

⁷² *Idem*.

⁷³ Manuel Toussaint, *op. cit.*, p. 218.

⁷⁴ Francisco Troncoso, *op. cit.*, p. 95.

⁷⁵ Hugo Leicht, *op. cit.*, p. 219.

⁷⁶ Francisco Troncoso, *op. cit.*, pp. 93-95; Antonio Carrión, *op. cit.*, t. 1, p. 216.



del fuerte de Sales, en el Rosillón, edificado por el español Ramiro López en 1498.⁷⁷ Con respecto al foso de Loreto, elemento militar cuya forma inicial consistía en una excavación perimetral a la base de una fortificación, menciona que es “menos anacrónico pero incompleto, si nos atenemos a las normas en el momento de su construcción, carece de paso cubierto el adarve que debía coronar su contraescarpe”.⁷⁸

El sitio de la ciudad de Puebla terminó el 17 de mayo de 1863, cuando el general González Ortega, entonces al mando del Ejército de Oriente, tuvo que rendirse por falta de pólvora: después de haber luchado por defender la ciudad de Puebla junto con sus hombres de manera heroica, ordenó romper todas las armas para evitar que el enemigo las pudiera emplear y a los militares mexicanos entregarse como prisioneros de guerra a los invasores.⁷⁹ Los fuertes quedaron muy dañados por los estragos sufridos en la guerra de 1863.

A principios del siglo pasado sufrió un ataque aéreo al ser bombardeado en el levantamiento militar delahuertista contra el gobierno del general Álvaro Obregón.⁸⁰ Desde 1930 se había considerado que fuera sede del Museo de Guerra, y en 1933 se restauró el edificio para instalar en ese inmueble el Museo de Historia Miliar,⁸¹ que abrió sus puertas en 1935, administrado por el gobierno estatal a partir de 1955, y por el Instituto Nacional de Antropología e Historia desde 1962; en esa época, debido a los

festejos del centenario de la batalla del 5 de mayo, tuvo ampliaciones y adoptó el nombre de Museo de la No Intervención.⁸² En 2012, con motivo del aniversario 150 de la Batalla del 5 de Mayo, el inmueble se intervino de nuevo.

Conclusiones

Como se puede apreciar, los fuertes fueron contruidos tomando en cuenta las necesidades habidas en ese momento, para lo cual se aprovecharon edificios ya existentes, inspirándose en modelos de la arquitectura militar construida en el virreinato, aunque en la mayoría de los casos se emplearían materiales poco costosos, debido a los pocos recursos económicos y humanos que se tenían para su construcción así como por la premura del tiempo.

Después de presentar una somera descripción de los fuertes con que contó Puebla, se puede apreciar tanto la importancia que tuvieron en la defensa militar de la ciudad —si bien algunos de ellos se construyeron con elementos anacrónicos para ese momento histórico— como la necesidad de incursionar en el estudio y protección de la arquitectura militar de nuestro país, en tanto constituyen vestigios que forman parte de nuestro patrimonio cultural, al igual que la importancia de mapas y planos relacionados con en ese tipo de conocimiento.

⁷⁷ Carlos Chanfón Olmos, *op. cit.*, p. 51.

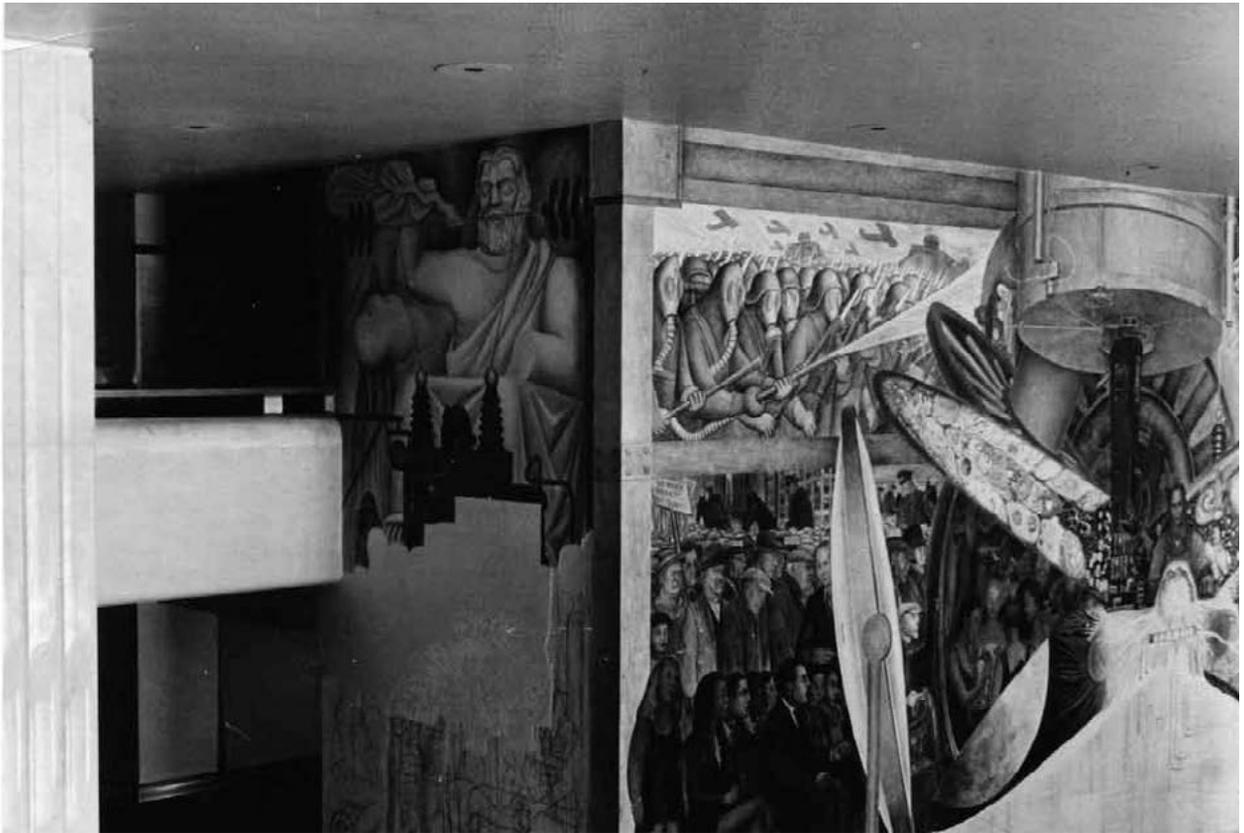
⁷⁸ *Ibidem.*, p. 51.

⁷⁹ Jesús González Ortega. “Últimas órdenes del Jefe del Ejército de Oriente. 17 de mayo de 1863”, en Carlos Contreras Cruz *et al.* (comps.), *Puebla: textos de su historia*, ed. cit. pp. 351-352.

⁸⁰ Antonio Carrión, *op. cit.*, t. 1, p. 216.

⁸¹ *Ibidem.*, t. 1, p. 26; t. 1, p. 26; Manuel Toussaint, *op. cit.*, p. 218.

⁸² Museo del Fuerte de Loreto, información disponible en www.inah.gob.mx/index.



La fotografía de la Revolución mexicana: una experiencia visual invaluable para los historiadores

Rebeca Monroy Nasr

Es importante señalar que la fotografía, como fuente documental para la historia social, política y cultural de nuestro país, contiene una riqueza invaluable a la que apenas nos asomamos con los festejos del primer centenario de nuestra Revolución mexicana.

Dichos festejos han dejado todo tipo de experiencias: desde la sensación de un exceso de gasto en tiempos de crisis, de unas notas apenas bocetadas en la que no caben todos los que participaron a favor y en contra, a la par de contabilizar tan sólo una mirada rígida y ríspida a la presentación de ciertos hechos en que la historia oficial y la historia de los medios de difusión coinciden en no dar a conocer más allá de lo que hemos visto por años en nuestros libros de historia para educación básica. La mayor parte de esa información ha sido editada bajo una lupa que se gestó hace más de cincuenta años, en donde los vencedores hicieron suya una parte de la narración y dejaron fuera del panorama histórico todo aquello que no convenía a sus intereses.

Sin embargo, creo que también con esos festejos se dio paso a que en otros ámbitos recuperáramos episodios puntuales, abrevando de manera puntual a contar esas historias, cortas, largas, agudas, fundentes y pletóricas de anécdotas, de ires y venires, de dudas y aciertos. Es en ellas donde podemos ver la carne y hueso de

esos personajes que fueron un día rebeldes y al otro héroes, también de aquellos que dejaron una impronta mucho más profunda de lo que creemos en nuestras formas de ver, concebir y apreciar el pequeño mundo que nos rodea en el diario ir y venir de nuestra historia patria.

De esos personajes, algunos trascendieron, otros se quedaron en el tintero o en el anonimato, pero se plasmaron en las fotografías de una época. Algunos con nombres o renombres, otros quedaron ocultos, pero sus rostros, gestos y corporeidades permanecieron en placas e imágenes publicadas en diarios y revistas de la época. De este tipo de producciones fotográficas dan cuenta diversos libros editados a la luz de los festejos y que abundaron en la historiografía visual de esos héroes, jefes y caudillos que no hicieron historia oficial. Está, por ejemplo, el de John Mraz con una visión amplia de la revuelta armada; o el texto de Miguel Ángel Berumen realizado junto con Laura González, Marion Gautreau y Claudia Canales, y en el que se recupera la imagen desde la perspectiva de los acervos y archivos locales y foráneos, aunado a la hemerografía nacional e internacional para acotar sobre todo en la circulación de las imágenes. Además de los libros realizados por González y Gautreau, con aportaciones importantes sobre el tema. También está el de Ariel Arnal, más puntual sobre el zapatismo

y la información que generó la fotografía de prensa contra el caudillo; o bien el de Samuel Villela, quien retoma con gran brío la historia regional a manos de la fotógrafa guerrerense Sara Castrejón. El de Francisco I. Madero, coordinado por Rosa Casanova con varios autores en diferentes frentes visuales e iconográficos. También evocamos los trabajos de Alberto del Castillo sobre Isidro Fabela y su colección fotográfica; el de Mayra Mendoza dedicado a la cámara de fino calibre de Hugo Brehme; los textos varios de Daniel Escorza, donde recupera la figura de la biografía de la imagen revolucionaria a partir del acervo de Agustín Víctor Casasola y familia. El libro de Luciano Ramírez Hurtado, que da cuenta de la heroización de los líderes en su momento —y por décadas— en diferentes medios visuales. Por otra parte está el libro de quien esto escribe sobre un fotógrafo de la Decena Trágica, Ezequiel Carrasco, y sus configuraciones entre la imagen fija y el cinematógrafo en aquellos años revolucionarios. Sobre ese tema destacan los textos que trabajan la imagen móvil de la revuelta armada, entre ellos el premiado de Ángel Miquel y el realizado por Álvaro Vázquez, con otros autores y aportaciones sobre el cine y su relevancia en la época.¹

Estos trabajos abundaron, permearon, cuestionaron, profundizaron, diversas temáticas que la historia oficial soslayó y que desde el mundo de las imágenes se enriquecieron y tuvieron otras miradas de la historia política, social y cultural de aquellos años. En ello estriba su valía y en ello su aportación historiográfica.

Ahora bien, gracias a las aportaciones conceptuales, metodológicas y de análisis teóricos de esos trabajos ha sido factible reconocer que el fotoperiodismo mexicano tuvo grandes cambios a partir del movimiento armado de 1910. Es factible constatar que esas transformaciones se fueron presentando en las imágenes de manera paulatina, pero firme, de tal suerte que la transición entre las fotografías decimonónicas, sobre todo las realizadas bajo la presidencia de Porfirio Díaz y las que se presentaron a la vuel-

ta del siglo XX tuvieron una presencia, una forma y figura muy diferente a sus antecesoras.

Si bien el género fotodocumental y fotoperiodístico estaba ya en el ambiente editorial, se realizaba dentro de ciertos márgenes coloquiales de representación; es decir, los participantes por lo general miran de frente a la cámara, estoicos, ya sea parados o sentados, pero el fotógrafo denota su interés por un encuadre conservador que enmarcara el evento, mostrando a los presentes y su interés en participar de la imagen de manera antinatural y posada. Este era el modo hegemónico de representación, ahí se aprendió que incluso para la prensa había que ser parte de la imagen, de la fotografía y del acto fotográfico, como lo llama Roland Barthes; posar para el fotógrafo acomodados de manera que todos los participantes salieran en el foco y en la paráfrasis de la cámara. Es una costumbre gestada hace más de ciento setenta años atrás que aún se permea en el ambiente, es netamente fotográfica.

Si bien encontramos entre las fotografías algunos personajes de espaldas, como aquella famosa en la que Porfirio Díaz se encuentra mirando hacia la derecha de la imagen, mientras la esposa del embajador estadounidense mira hacia el lado izquierdo, completamente de espaldas al fotógrafo y al espectador, de tal forma que nos deja ver claramente su polizón y su atuendo y el sombrero de plumas que porta elegantemente: esta es una imagen poco común para la prensa de la época, pero que se gestó y difundió en su momento. Lo cual no significa que no se realizaran este tipo de tomas, sino que por lo general el editor del periódico o revista no las publicaba entre sus páginas, pues no era el género que prevalecía en la época, sino que era realmente poco usual.

Estos cánones se vieron trastocados con la llegada de la revuelta armada. Los temas, estilos y propuestas bien pudieron estar en el ambiente ya que eran parte del imaginario de los fotógrafos y no producto de una generación espontánea, aunque fueron desarrollados con mayor ahínco, interés y perseverancia en esos años, hasta convertirse en un modo hegemónico de representación para la segunda década del XX, y posteriormente.

¹ Véase *Bibliohemerografía complementaria al final de este texto*.

Las transformaciones suscitadas en ese entorno social, político y cultural dieron paso a que los fotógrafos documentales o de prensa captaran de otra manera aquella nueva realidad, la que alteró la vida cotidiana. El derrumbe de un dictador, la presencia de diferentes líderes, jefes y caudillos y la sociedad trastocada en sus más elementales signos vitales se vieron reflejados en las fotografías. Los reporteros gráficos tuvieron que ajustar no sólo sus placas de vidrio, las lentes, los trípodes y las cámaras de gran formato, sino también sus conocimientos e ideas prefabricadas, para captar escenas mucho más espontáneas y acordes al momento histórico que presenciaban.

Los fotógrafos modificaron sus prácticas convencionales de tomar a los grupos en las festividades o ceremonias en poses rígidas, en grupos para el retrato colectivo, captados de frente, sentados o de pie mirando al fotógrafo. En ese momento, salieron a enfrentarse con una inesperada realidad. Los reporteros gráficos dejaron de lado los eventos oficiales, las comidas, las inauguraciones de las industrias donde Porfirio Díaz sonreía congelado ante la cámara, acompañado de mujeres fajadas por duros corsés y enormes crinolinas; en las placas quedaron plasmados los nuevos personajes principales de esa historia, los populares, quienes mostraban con orgullo sus cananas al hombro, sus largas faldas y prendas de manta gastadas, roídas, sucias por el lodo de las calles, los rebozos de bolita suaves de tanto uso, con sus gastados huaraches en el mejor de los casos, si no descalzos, mientras las balas les zumbaban el oído. En ese momento en que la alterada vida cotidiana se entremezclaba con los rieles de acero de los porfiristas ferrocarriles, que hicieron las veces de actores principalísimos para comunicar, ahora sí, la Revolución en el país. El medio de comunicación por excelencia del Porfiriato se convirtió en un arma letal, al transportar a sus peores enemigos a todos los rincones del país.

En esos agitados años asistimos a una transformación visual en las imágenes, las cuales emergían también de esos cambios que se hicieron evidentes en la lente de los fotógrafos. Con

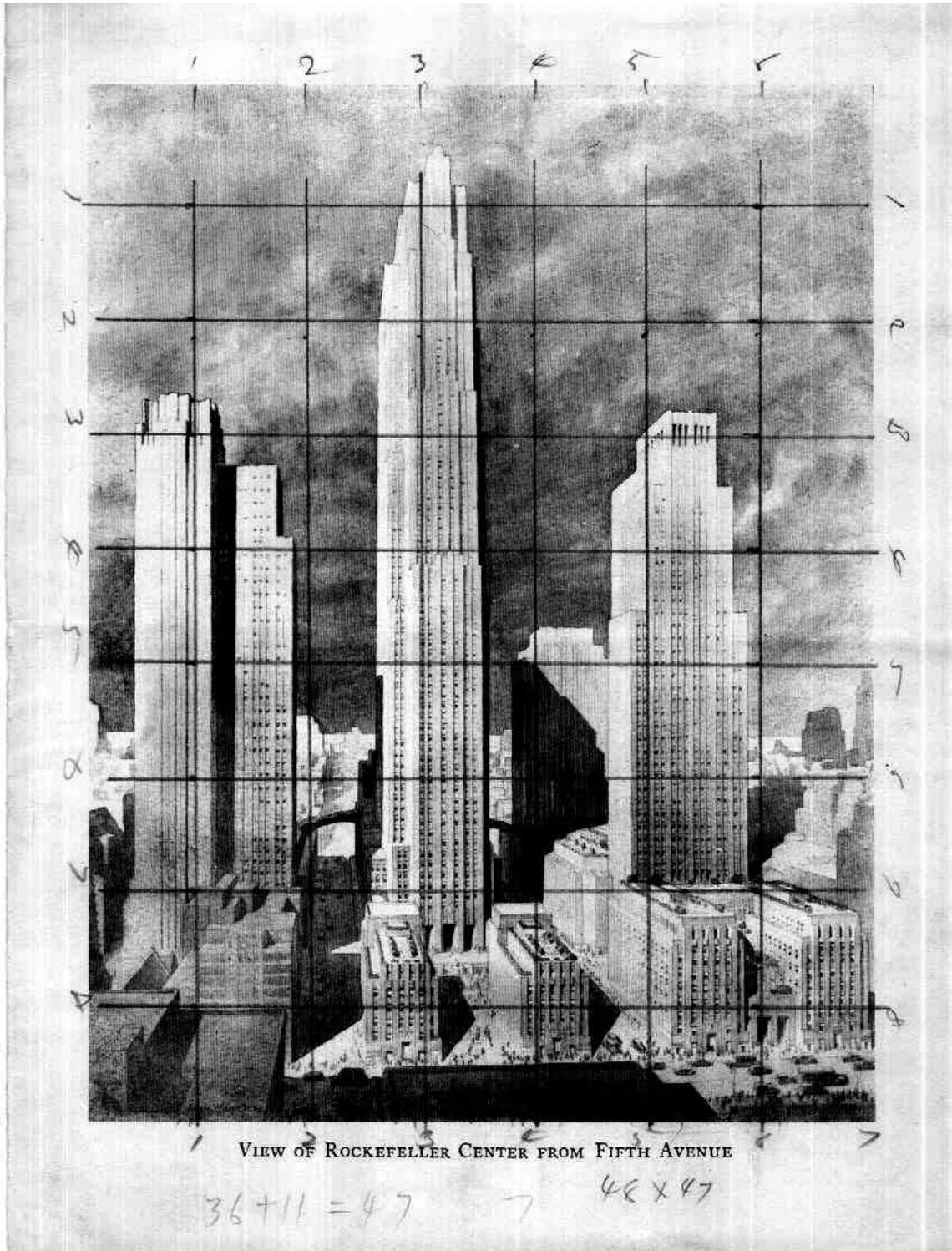
el levantamiento de la población y nuevos actores sociales, aunado a los líderes en diferentes frentes del país, como Emiliano Zapata, Francisco Villa, Venustiano Carranza, entre muchos otros, los fotógrafos se incorporaron desde su tribuna con el tripié y la cámara en riestre, para documentar la revuelta armada. Para ello era imprescindible cambiar radicalmente sus formas y estilos de representación, aunado a lo que el cine representaba, influía y materializaba desde la imagen móvil a la imagen fija.²

Aquí es necesario replantearse otro rasgo interesante de nuestros fotógrafos locales, muchos de ellos forjados en el autodidactismo, otros entrenados bajo la tutela de algún fotógrafo de estudio, los más acaudalados pudieron irse al extranjero a aprender las nuevas formas de representación gráficas.³ Asimismo, es importante señalar que lo que nos arrojan los estudios recientes es que una buena parte de los fotógrafos de la ciudad de México realizaban diversas actividades relacionadas con la fotografía; es decir no se dedicaban a una actividad exclusiva, sino que recorrían la gama de posibilidades desde el estudio o gabinete fotográfico para el retrato convencional, la reprografía de documentos y cuadros, la toma de postales con paisajes urbanos y rurales, así como acercarse a los reportajes gráficos de los acontecimientos inmediatos. Entre ese tipo de fotógrafos están Antonio A. Garduño, Eduardo Melhado, Ismael Tinoco, Abraham Lupercio, José María Lupercio, Francisco Lavillete, este último después dedicado a la fotografía de *vedettes* y actrices en la Compañía Fotográfica Industrial (CIF),⁴ el mismo Ezequiel Carrasco y Víctor Casasola, entre otros. También hubo quienes no cambiaron

² Álvaro Vázquez Mantecón, "La presencia de la revolución mexicana en el cine. Apuntes hacia un análisis historiográfico", en *Cine y Revolución. La Revolución mexicana vista a través del cine*, México, Imcine, 2010.

³ Para mayor información véase Rebeca Monroy Nasr, "El proceso enseñanza aprendizaje de la fotografía en la ciudad de México", en Aurelio de los Reyes (coord.), *La enseñanza del arte en México*, México, IIE-UNAM, 2010.

⁴ Liliana Laureano Martínez, "Fotorretratos de artistas de 1918 a 1926", tesis de doctorado en Historia del arte, México, Casa Lamm/UAEM, 2010.



de especialidad o género como Martín Ortiz, que se mantuvo fiel a su causa en el retrato de gabinete hasta mediados del siglo pasado, cuando cambió su estudio fotográfico a la calle de Niza, en la Zona Rosa de la ciudad de México.

Es Eduardo Melhado un claro ejemplo de un fotógrafo que se adaptó a las nuevas condiciones: “El As de los fotógrafos y el fotógrafos de los Ases”, como él mismo solía llamarse, inició su carrera con reportajes fotográficos para diferentes diarios nacionales retratando a *Don Porfirio*. Con el estallido revolucionario salió a la calle a documentar los momentos álgidos como lo muestran sus fotografías de la Decena Trágica. Imágenes que presentan signos de solemnidad, rigidez y pose de la imagen anterior, en combinación a otras que son mucho más espontáneas y naturales en su representación.

Otros reporteros gráficos como Carlos Muñana, Antonio Carrillo Sr., Fernando Sosa, Rafael Sosa, Víctor O. León, Agustín Víctor Casasola y su hermano Miguel Casasola, Manuel Ramos, entre muchos otros, decantaron su experiencia en el ámbito del foperiodismo para salir a documentar esa nueva realidad política y social. De diferentes formaciones, con distintos ideales, los hubo revolucionarios, detractores, católicos, convencidos militantes, todos protagonizaron un papel importante al documentar los diferentes momentos de esa contienda armada, a lo largo de diez años. Les dio tiempo de participar en ella, ser zapatistas, convencionistas, carrancistas o bien retirarse del frente de batalla y seguir con su oficio reporteril, como es el caso del mismo Enrique Díaz. Otros dejaron su postura de retratista en el gabinete, con la parafernalia de tintes neoclásica, romántica o preciosista. Los hubo quienes desde una postura tradicional y convencional captaran las escenas con una fina estética innovadora y modernista, a pesar de sus convicciones católicas y antirrevolucionarias, como es el caso de Manuel Ramos.

Una importante aportación de Carlos Muñana fue realizada en las fotografías que captó durante la Convención de Aguascalientes en 1914 y que fueron publicadas por diferentes fuentes editoriales de la época, pues permiten

ver la manera de trabajar de ese fotógrafo como otros, tanto locales como foráneos.⁵

Hubo también alguna mujer que se atrevió a romper los cánones de la época, sólo recordada por su seudónimo de *La Graflex*, como le decían despectivamente sus colegas por la marca de la cámara que usaba —no dejó mayor rastro que se conozca, fuera del alterado ánimo sexista entre los reporteros, que no aceptaban en sus filas a una mujer. Su imagen se conservaba viva gracias a la aguda memoria de Dolores Casasola, la hija de Agustín Víctor.⁶

Todos ellos se enfrentaron con el único episodio bélico y sangriento que sufrió la ciudad de México en esos años de guerra. La Decena Trágica, como llamaron a los diez días que sacudieron a la ciudad del 9 al 18 de febrero de 1913, cuando el general Félix Díaz, el general Manuel Mondragón y Aureliano Blanquet se levantaron en armas en una guerra turbia emprendida contra el presidente Francisco I. Madero, bajo la mirada anuente de Victoriano Huerta.

Es un episodio histórico concreto que deja ver claramente la transmutación y coexistencia entre las formas de realización del viejo y del nuevo régimen, y también da constancia de la fuerza del cambio de estructuras iconográficas de un régimen a otro. Las imágenes posadas, detenidas por segundos ante la cámara, la falta de espontaneidad de los personajes dejan ver las huellas de ese pasado que surgía de los estudios fotográficos y de la prensa porfirista. Encontramos fotografías que se ajustaban a los cánones pictorialistas con actitudes hieráticas, rostros endurecidos y poses congeladas esperando el disparo del obturador.

Algunas otras recabadas por el fotógrafo y coleccionista Sabino Osuna, dejan ver a las tropas felicistas apostados en la Ciudadela, rifles en mano, cañones al lado, dispuestos en una escenografía bélica, esperando el disparo del

⁵ Véase Luciano Ramírez Hurtado, *La soberana Convención de Aguascalientes*, Aguascalientes, Universidad de Aguascalientes, 2011.

⁶ Mencionada por Dolores Casasola en entrevista con la autora de estas líneas el 28 de febrero de 2000, poco antes de morir.

obturador. Hubo el soldado que se dejó retratar de pie sin moverse, sólido, consistente. Otros que miraron de frente a Eduardo Melhado desde una pared derruida, esos soldados posaron para la posteridad, pues el hueco le sirvió de telón al tiro fotográfico, todos inmutables y consagrados por la lente a cien años de su ejecución. Increíble momento detenido por las placas que ahora asoman a nuestra historia.

En otras imágenes aparece la sociedad civil. Eran los actores sociales fundamentales del momento, corrían entre las calles con sus pocas pertenencias a cuestas: colchones, petates, jarritos, rebozos y huaraches a toda velocidad aparecen en esas placas de vidrio. También los niños soldados que miran atentos al fotógrafo dan paso al reconocimiento de una nueva forma de retrato. De los fotógrafos de quienes tenemos noticia que trabajaron este tipo de retratos está Ezequiel Carrasco, con fotos del niño limpiabotas del lado federal, o del niño que posa entre las tropas felicitistas, ambos bandos de la guerra de los maderistas y sus enemigos en la Decena Trágica tenían niños que defendían cada uno sus posturas político militares desde sus propias trincheras. Uno de estos pequeños, el limpiabotas ha sido adjudicado a la cámara de Antonio A. Garduño, pero si confiamos en la prontitud de la publicación de *Revistas de Revistas* a diez días del evento, bajo el crédito de Ezequiel Carrasco, podemos inferir en que la identidad del autor es más cercana a lo que otras fuentes secundarias han asegurado.⁷ También se han reconocido otras fotos de niños en la Revolución, como la que tomó —ahora sí en Veracruz— Antonio A. Garduño, intitulada “Alfonso López, el marino más joven de Veracruz”, publicada en *Novedades. Re-*

⁷ El niño limpiabotas apareció en *Revista de Revistas*, núm. 157, 23 de feb. 1913. John Mraz en su puntual exposición de *Testimonios de una guerra. Fotografías de la Revolución mexicana*, abierta en el Museo del Carmen, desde el día 18 de noviembre de 2010, le adjudica a Antonio G. Garduño la autoría, pero el dato lo retoma de Enrique Krauze, *Madero vivo*, México, Clío, 1993. Agradezco a John Mraz este dato. Véase John Mraz, *Fotografiar la Revolución mexicana. Compromisos e iconos*, México, INAH-Conaculta, 241 pp.

vista Literaria y de Información Gráfica.⁸ Asimismo están los niños que repartían periódicos: aparecen en los negativos corriendo a toda prisa ante los balazos del Zócalo capitalino. Todos estos personajes dan cuenta de esa intención documental que tomaron o resguardaron los hermanos Agustín Víctor y Miguel Casasola, como aquel jovencito que se ha convertido en un icono de la fotografía durante la Revolución, quien mira al fotógrafo de frente, con los soldados fuera de foco por detrás de él. Ignacio Gutiérrez Ruvalcaba comenta al respecto:

Resulta que hay dos versiones: una es la mencionada del libro de Flora Lara que prácticamente es un cuadro cerrado al niño y los demás soldados fuera de foco, de la cual no podría decirte de manera contundente quien es el autor pero, por unas órdenes de trabajo que Agustín Víctor Casasola le da a su hermano Miguel de que cubra el embarque de tropas en las estaciones de ferrocarriles de Buenavista y estación Colonia, esto entre mayo de 1912 y agosto del mismo, se puede aventurar la posibilidad de la autoría de Miguel.

La segunda versión del mismo niño, y por lo mismo igual evento, es de Samuel Tinoco que la publicó en el semanario *Novedades. Revista Literaria y de Información Gráfica*, año I, núm. 25, 12 de junio de 1912, con el encabezado: *Salida de voluntarios para Torreón*. Esta fotografía es de cuerpo entero y no exactamente de frente además de que el niño no mira a la cámara.⁹

Una imagen que no se sabe a ciencia cierta si es de Agustín Víctor o de Miguel Casasola, pero que contiene una referencia estética y vi-

⁸ Apareció en el núm. 125, año III, del 17 de junio de 1914. Agradezco este dato proporcionado por Ignacio Gutiérrez; la imagen se encuentra publicada en Marion Gautreau e Ignacio Gutiérrez Ruvalcaba, *Prensa y fotografía durante la Revolución mexicana*, México, Biblioteca Lerdo de Tejada, 2010, núm. cat. 31, p. 53.

⁹ Comunicación personal de Ignacio Gutiérrez, noviembre de 2010.

sual que ha perdurado casi cien años. La otra de ese momento fue captada por Samuel Tinoco, pero en ello vemos la importancia del instante decisivo, que reúne el lugar, el momento y el personaje, pero también la fortuna visual de captar la imagen en el momento adecuado con una solución técnica y formal que nos logra mostrar en todo su esplendor al personaje, subrayando su condición infantil y orgullosa, como lo hizo la cámara de Casasola.¹⁰

Cada periódico presentó sus respuestas editoriales en lo textual y lo gráfico acorde a su postura política e ideológica, y de una u otra manera la prensa dio cuenta del día a día de la lucha armada en la medida de sus posibilidades. Los medios impresos hicieron gala de tener las últimas noticias gráficas de cada caudillo, junto con las huestes, “la bola”, los “de a pie”, que fueron fotografiados de manera constante. En un principio, hubo periódicos porfiristas trasnochados que pretendían exhibir lo aterrador de la presencia de los zapatistas en la lucha armada. Por otro lado, también aparecen imágenes de la Convención de Aguascalientes en 1914, en sus momentos álgidos de tensas negociaciones, el desencuentro de los diferentes líderes, sus severos enfrentamientos, sus reticencias y cuestionamientos, captados por fotógrafos como Carlos Muñana, entre otros, con gran agilidad y prontitud.¹¹

Hay prensa más liberal que presentaba fotografías espontáneas captadas entre los rieles, en la vida cotidiana de la revuelta armada, como el semanario *La Ilustración Semanal* y *La Semana Ilustrada*, en las cuales podemos observar incluso fotografías de Francisco I. Madero en su primera campaña acostado entre durmientes. Por su parte, algunos diarios de

procedencia maderista publicaron las imágenes de la Decena Trágica antes de ser cerrados por Victoriano Huerta. Aunque para 1915 la crisis de importación de papel imposibilitó la publicación periódica de diarios y revistas.

Por su parte, el carrancismo se apoyó fuertemente en las páginas ilustradas en sus diarios como *El Demócrata*, donde —además de destacados escritores— colaboraron fotógrafos como Rafael Sosa y Fernando Sosa, quien más tarde sería jefe de información gráfica del diario *Excelsior*.¹² Todas estas imágenes que aparentaban cierta imparcialidad ante los eventos, aún conservaban signos a la usanza de la prensa porfirista con retratos posados, otras eran más atrevidas, para ello los fotorreporteros experimentaban con tomas más espontáneas, modernistas, usando elementos novedosos como la nitidez y el uso de la profundidad de campo, para enmarcar los rostros polvorientos, sudorosos, exagerados o las escenas que deseaban destacar.

Por su parte, Doroteo Arango, nombre verdadero de Francisco Villa, en un acto autorreferencial llevaba consigo incluso a su fotógrafo de cabecera, Helidoro J. Gutiérrez y a diversos cinefotógrafos, para que reprodujeran sus hazañas a galope. Imagen del guerrero que creó de sí mismo y que ha perdurado por muchos años. Comenta Aurelio de los Reyes:

Mediante los buenos oficios de Aitken, Villa ordenó a carpintero y tapiceros convertir un furgón de carga de ferrocarril en una lujosa y cómoda oficina de prensa que también sirvió para que durmieran los corresponsales, fotógrafos y camarógrafos de guerra [...].¹³

¹⁰ Un ejemplo de esos niños fue la muestra realizada por Flora Lara Klahr y que dejó impresa en su libro *Jefes, héroes y caudillos*, México, INAH, 1986, p. 63. Agradezco el dato de este personaje a Ignacio Gutiérrez Ruvalcaba. La imagen de Samuel Tinoco fue publicada por Ignacio Gutiérrez y Marion Gautreau en el catálogo de la exposición *Prensa y fotografía durante la Revolución Mexicana*, ed. cit., foto cat. núm. 12, p. 37.

¹¹ Luciano Ramírez Hurtado, *op. cit.*

¹² Rebeca Monroy Nasr, “Fernando Sosa. Reportero completo: fotógrafo y redactor”, en *Ases de la cámara. Textos sobre fotografía mexicana*, México, INAH, 2010, pp. 140-144.

¹³ Aurelio de los Reyes, *Con Villa en México. Testimonios de camarógrafos mexicanos en la Revolución*, México, IIE-UNAM/ Dirección General de Actividades Cinematográficas-Secretaría de Gobernación/INEHRM, 1985, p. 50.



Estos héroes y caudillos fueron conscientes del poder de la imagen, como lo llama Flora Lara Klahr, así también los periodistas, fotógrafos y editores que batallaron por mantenerse en el medio durante esos largos años de lucha armada. Con la aparición de esos viejos personajes en un nuevo contexto, como era el de levantarse en armas, dejar de lado la secular sumisión, hacer suyo el espacio público, también surgieron con la cámara nuevas modalidades: tomas con signos de instantaneidad —hasta donde lo permitían los materiales sensibles—, personajes en actitudes más naturales, presencia de los contextos de referencia, todos estos elementos dieron paso a que se fuera construyendo una nueva imagen de fotoperiodismo mexicano. Algunas fotografías sí salían publicadas, otras no, pues dependía de los editores de los diarios y revistas de la época. Muchos de esos medios cerraron sus puertas ante los acontecimientos como *El Imparcial*; otras surgieron y se mantuvieron por épocas como el diario *Nueva Era* o *El Demócrata*, otros lograron sobrevivir hasta la posrevolución, es el caso de *Revista de Revistas* que continuó por muchos años más.

Los fotógrafos, conscientes de la importancia del momento histórico, capturaron sus imágenes, sin tener la certeza que fueran a salir publicadas. Es una conciencia testimonial de los fotógrafos que generaron una iconografía con imágenes novedosas, y muestra una galería de personajes y acontecimientos en la que reconocemos nuestra historia visual.

Así también podemos reconocer el surgimiento de esas imágenes de los tipos populares que empezaron a poblar las portadas y las páginas de las revistas ilustradas; los indígenas, los campesinos, la identidad de personajes que antes le causaban vergüenza al régimen y a la sociedad porfirista, finalmente aparecían en las páginas de la prensa y poco después fueron parte de las portadas de las revistas ilustradas, como es el caso de *La Ilustración Semanal* y de *La Semana Ilustrada*.

Ahora bien, es importante considerar que, en términos de fotógrafos de vanguardia y de fuerte tradición, es factible encontrar que algunos de

los fotoreporteros innovadores provenían de posturas ideológicas conservadoras. En una revisión profunda del material de Manuel Ramos, por ejemplo, un fotógrafo que se formó en el Porfiriato, vemos que sus imágenes presentan una ruptura con la forma de representación de su siglo. Ramos publicaba con anterioridad a la revuelta armada, sus imágenes de caballos, vistas de la ciudad y algunos retratos, en donde ya era factible encontrar elementos visuales novedosos: altos contrastes, delineación de las imágenes con gran nitidez, el uso de una gran profundidad de campo logrando varios planos de la imagen en foco y escenas espontáneas o hasta escenas actuadas de sus personajes, pero con una gran estética en la solución de sus imágenes por contraste, medios tonos o contraluces. Ramos usaba la cámara para expresar sus ideas fuese con imágenes que él construía o bien, con las que encontraba en su diario andar.

Ese gran oficio que desarrolló con la cámara le abrió las puertas en los medios editoriales más importantes de su época; Ramos hizo fotoportadas, aunado a importantes secuencias gráficas y notas gráficas de la vida nacional, entre otras, que le dieron un lugar prioritario en las revistas urbanas y semanales más importantes del país. Durante la Revolución tomó imágenes que eran muy singulares, como el hombre de las cananas a bordo del ferrocarril, discutido rural porfirista (Arnal) o revolucionario convencido (Monroy); sea como fuere, es un retrato magistral.

Sin embargo, Manuel Ramos no comulgaba con la postura del nacionalismo laico que se gestó al término de la Revolución. Él era profundamente católico y no estaba de acuerdo con los ataques a la Iglesia que se gestaron en los años veinte. Trabajó algunos años para el gobierno, pero acabó por romper sus relaciones laboral tiempo después. Ramos es un ejemplo claro de cómo en la fotografía no necesariamente confluyen los ánimos revolucionarios en materia estética con los planteamientos ideológicos de quien la realiza. En él las formas modernas de luces, encuadres, medios tonos, nitidez con un fuerte sabor vanguardista, tuvo muchas veces contenidos de tipo conservador a favor de la

ART'S STORIED DEBATE RENEWED

As a Result of the Destruction of Rivera's Mural, Critics Once More Raise the Question of Whether an Artist Can Properly Use His Talents for Propaganda



Debating Rivera's Revolution in France—'Liberty Leading the People.' From 'The People' by J. S. Seldy.



Art's Storied Debate Renewed—'The People' by J. S. Seldy.



A Communist Artist Looks at the Russian Revolution—'The People' by J. S. Seldy.

It is not the first time that the question of whether an artist can properly use his talents for propaganda has been raised. In 1917, when the Russian Revolution broke out, the question was raised in a very different way. At that time, the artist was expected to be a part of the revolution, to be a propagandist, to be a part of the struggle. But now, after the destruction of Rivera's mural, the question is raised again. It is a question that has been raised many times before, and it is a question that will be raised many times more.

The question of whether an artist can properly use his talents for propaganda is a question that has been raised many times before. It is a question that has been raised in many different ways, and it is a question that will be raised many times more. The question is not whether an artist can use his talents for propaganda, but whether he should. It is a question that is as old as art itself, and it is a question that will be asked as long as there are artists.

The question of whether an artist can properly use his talents for propaganda is a question that has been raised many times before. It is a question that has been raised in many different ways, and it is a question that will be raised many times more. The question is not whether an artist can use his talents for propaganda, but whether he should. It is a question that is as old as art itself, and it is a question that will be asked as long as there are artists.



The artist's dilemma—'The People' by J. S. Seldy.

The artist's dilemma—'The People' by J. S. Seldy.

The artist's dilemma—'The People' by J. S. Seldy.

religión y en contra del gobierno de la posrevolución. Su trabajo permaneció oculto por años, y hasta ahora salió a la luz para comprobar su gran calidad estética.

El retratito del recuerdo

En los años de la Revolución la fotografía de gabinete, la del retrato, conservó algunos de los elementos clásicos realizados desde el siglo anterior. Hubo importantes fotógrafos como Martín Ortiz, los Hermanos Valletto, Octaviano de la Mora, entre otros, quienes realizaron imágenes de gran calidad y respetaban las convenciones establecidas del retrato. Indudablemente tuvieron un gran éxito comercial ante la necesidad de representación de la población y por su excelente labor. Por otro lado, también se presentaron otras formas de capturar a los personajes en el estudio fotográfico.

El caso de Romualdo García, fotógrafo guajuatense quien vivió la transición entre los siglos XIX y XX, permite visualizar esa época de cambios radicales. Frente a su cámara desfilaron los campesinos, los hacendados, los novios el día en que se toman de las manos —es decir el día en que piden a la novia—, la soldadera con el sombrero del novio en la cabeza y una botella en la mano, la mujer desnuda usando sólo un ligero tul que dejaba ver toda su corporeidad, los niños con sus juguetes, la novia mexicana enredada en una especie de sábana, vestida como “Venus”. Todos aquellos personajes que deseaban dejar una huella para la posteridad, posaron para su cámara y dejaron un legado visual importantísimo, pues no sólo son personajes representativos, sino que el fotógrafo permitió poses, gestos, actitudes, ropas y formas de representación que rompieron por completo los cánones del retrato europeo. Con ello, Romualdo García generó una propuesta rica en imágenes modernistas, apropiándose del medio técnico para crear nuevas convenciones visuales.

Otro caso extraordinario en la época fue una fotógrafa queretana que llegó a la ciudad de México en 1876 y fundó el primer estudio dirigido

por una mujer, hasta donde tenemos noticia.¹⁴ Natalia Baquedano también nos legó una serie de fotografías de estudio que rompió con los cánones formales de la época, porque se dedicó a lo comercial con anuncios y calendarios de tiendas y productos. Muy modernista es la imagen de sus padres chocando sus vasos para un anuncio de cerveza. También mostró una faceta documental con la serie de retratos que hizo en la corta vida de su hermana Clementina. Hay retratos que reflejan un gusto por la pintura prerrafaelita, con personajes que parecen salidos de un cuento de hadas, niños convertidos en ángeles con telas vaporosas y fondos esfumados. En su obra se observa que, dentro de ciertos límites técnicos-formales, dio rienda suelta a su creatividad.

A río revuelto ganancia de pescadores: en plena crisis revolucionaria hubo quien se propuso sacar ventaja de la situación. Es el caso de los fundadores de la Compañía Industrial Fotográfica (CIF), quienes produjeron imágenes de cantantes, *vedettes* y actrices de la época para comercializar sus imágenes y lograr una difusión masiva del retrato como objeto del deseo ajeno. La CIF tuvo un gran auge a partir de satisfacer esos deseos de posesión y colección de lo inalcanzable y sobrevivió hasta entrada la posrevolución. La clave de éxito fue lograr la puesta en escena de la seducción. Una combinación comprensible, en épocas de tensión y desasosiego en las que la imagen ayudó a distraer y ahondar el comercio masivo del retrato fotográfico de mujeres idílicas deseables.¹⁵

María Santibáñez hizo lo suyo, no sin pocas adversidades. Discípula de Martín Ortiz procu-

¹⁴ No sería sino hasta finales del siglo XIX y principios del XX que Sara Castrejón viniera a estudiar a la ciudad de México e hiciera sus primigenias imágenes; poco después puso su estudio, pero en su pueblo natal de Teloloapan, Guerrero, donde realizó una destacada labor en la revolución. Samuel Villela, *Sara Castrejón, fotógrafa de la Revolución*, México, INAH, 2010.

¹⁵ Véase Liliana Laureano, *op. cit.*; Alba González Reyes da un referente claro de la creación y forja de la figura femenina mitos y realidades de la mujer fatal desde el siglo XIX hasta entrado el siglo XX en *Concupiscencia en los ojos. El desnudo femenino en México (1897-1917)*, Veracruz, Universidad Veracruzana, 2010.

ró superar al maestro después de años de labor, y casi fracasa en su intento. Su estudio no tenía la clientela necesaria y estaba por venirse a pique cuando ganó un concurso de fotografía con el diario *El Universal*. Gracias a ello, para los años veinte, consolidó su prestigio y su carrera, logrando un lugar destacado entre clientes y amigos. También la factura de sus imágenes rompió con el género formal clásico del retrato, lo que le significó publicar en semanarios como *Jueves de Excelsior* y *Revista de Revistas*. Los retratos que han llegado hasta nosotros permiten observar una técnica depurada, un manejo lumínico de gran habilidad, medios tonos y matices pronunciados, el uso del esfumado o *floú* con foco suave, entre otros, conservando elementos utilizados por los grandes fotógrafos estadounidenses, con esos temas clásicos del retrato.

Como hemos visto, los reporteros gráficos y los de estudio presentaban cambios en sus maneras de trabajar ya la imagen a la vuelta del siglo XX. Cada uno a su manera, iría sumando elementos modernistas, que confluían en nuevas formas y elementos de trabajo.

Además, ante las posibilidades que les brindaba la cámara y las películas que mejoraron notablemente al término de la Primera Guerra Mundial, la fotografía de prensa y documental arrojó mayores frutos cuando las condiciones históricas, sociales y culturales del país, les permitieran una difusión más amplia de sus materiales y con ello, también se ampliaron los temas a trabajar.

Una fuente de riqueza en la diversidad

Fue durante el periodo posrevolucionario cuando la producción fotográfica se vio fortalecida. Las nuevas imágenes y las nuevas formas de trabajar la cámara se utilizaron como una herramienta por parte del nuevo gobierno de Álvaro Obregón, ante una población con un alto índice de analfabetismo. La fotografía servía en parte para registrar los avances de gobierno, pero también para afianzar una sólida imagen de unidad nacional. Apoyados en los

medios impresos los editores dieron una mayor difusión de las ideas y preceptos de la Revolución; se mostraron los avances sociales, así como se dio una gran difusión a las novedades nacionales y extranjeras, a la moda, a la vida cultural, la información más superficial y profunda fue documentada por los diarios y revistas, con fotos.

En aquellos “años veinte”, bajo la presidencia de Álvaro Obregón (1920-1924) y de Plutarco Elías Calles (1924-1928), se abrieron importantes publicaciones que incluían fotografías como tema fundamental y con una intención claramente divulgadora. Un nuevo recurso ayudó a que se mejorara la impresión de las imágenes en los diarios y sobre todo en las revistas. La vieja prensa plana, caduca con la llegada de la rotativa, que por tener tambores y una nueva manera de trabajar la imagen podía imprimir miles de planas a gran velocidad y las fotos tenían mejor calidad visual.

A la par de ello y con la mejoría de los equipos y materiales fotográficos los fotógrafos incursionaron en nuevos géneros, temas y modalidades para captar fotografías, en lugares antes inesperados de la vida pública, privada, cotidiana e incluso nocturna.

Fueron revistas como *Zig-Zag* las que abrieron sus puertas a la creación fotográfica. Recuentos históricos, notas de sociedad, reportajes gráficos, caricaturas políticas, eran la parte sustancial. La expresa solicitud de su editor Pedro Malabehar, en el primer editorial, hacía una invitación a profesionales o aficionados de la cámara a colaborar con notas gráficas que enriquecieran las páginas de su revista.¹⁶ Al llamado acudieron los reporteros decanos y los novatos interesados en presentar sus imágenes de archivo o de la actualidad nacional. La revista publicó las imágenes de un decano de la fotografía mexicana como era Agustín Víctor Casasola. Los materiales que había reunido desde el Porfiriato, los que captó en la Revolución, además de aquellos que les compró a fotógrafos nacionales

¹⁶ “Notas del editor”, en revista *Zig-Zag*, núm. 1, 15 abril de 1920, s.n.p.

y extranjeros, y que con gran esfuerzo resguardó, fueron publicados por Malabehar.

Por su parte, Enrique Díaz tuvo en *Zig-Zag* una de sus primeras oportunidades de publicación una vez que estableció su agencia *Fotografías de Actualidad*. La imagen de Adolfo de la Huerta tomando protesta como presidente interino aquel 1 de junio de 1920, así como los pomposos funerales de Benjamín Hill en 1920, secretario de Guerra y Marina de Obregón, también fueron publicados a toda plana. Por su parte, el reportero gráfico Melhado acuñó la experiencia que le dio la Revolución y se convirtió en el fotógrafo por excelencia de esta novísima revista, haciendo toda clase de reportajes, notas gráficas, retratos y notas socioculturales que le encomendaran. La intención de Malabehar era hacer una revista familiar con imágenes atractivas y de gran actualidad nacional e internacional.

Otras revistas que circulaban en esos años y que trabajaban con las fotos eran *Revista de Revistas*, *La Gaceta del Espectador*, *Cine Mundial*; también hubo periódicos como *El Universal o Excelsior*, o sus suplementos *El Universal Ilustrado* y *Jueves de Excelsior*, los cuales generaron un gran número de fotografías que pasaron a formar parte de los acervos de sus editores. Se debe recordar que por lo general los periódicos se quedaban con los negativos y placas de sus colaboradores, pero en el caso de las agencias independientes la dinámica fue diferente.

Las dos agencias de información gráfica más importantes de la ciudad de México operaban vendiendo sus fotografías impresas de los diarios y revistas, pero conservaban para sí los negativos originales: Casasola y Cía., y la de Fotografías de Actualidad de Enrique Díaz. Ahí están retratados los rostros, las presencias, las calles, los lugares, los momentos históricos más importantes de esa vida diurna y nocturna, de la ciudad de México.

Gracias a esas fotos podemos asistir a las presentaciones públicas del presidente en turno o algún banquete de los prominentes banqueros de la posrevolución. También por ahí, entre los granos de plata, se dejan ver las mujeres en sus

fiestas y reuniones caritativas, ahí vemos a las grandes damas con sus sombreros de plumas, en un singular acto, dándoles de comer a mujeres del pueblo con sus largas trenzas y gastados rebozos. En las imágenes se observan los diferentes contrincantes electorales, los desfiles oficiales y sus personajes principales. También desfilan por ahí los obreros, los campesinos y la amplia clase media que surgía con fuerza en esos años. Están también los burócratas y los dirigentes sindicales que se acicalaban el cabello conforme veían pasar al pueblo desde el balcón del Palacio Nacional. Se pueden rescatar los rostros de los actores y actrices en boga, los hay tanto nacionales como extranjeros, por ello, no es extraño encontrar los retratos de artistas famosos como Agustín Lara, María Conesa y Esperanza Iris. Todos ellos son los actores sociales que representaban una ciudad, un país, un deseo, una esperanza de que las cosas parecían haber cambiado.

Más adelante, para la década de los años treinta, aparecen las fotos de actores estadounidenses como Clark Gable o de Tyrone Power en su llegada al aeropuerto Benito Juárez. Es notable el fotorreportaje de la visita de la más importante aviatrix —así la llamaron en la época— la estadounidense Amelia Earhart cuando cruzó el cielo mexicano en el año de 1935, bajo el régimen de Lázaro Cárdenas que estaba creando nuevas y mejores condiciones de vida para los mexicanos.

Tal era la capacidad técnica de la fotografía, los fotorreporteros y sus curiosas cámaras se entremetían entre las paredes de lugares inimaginables: retrataron en las cantinas o los bares a las ficheras. Se deslizaron a la profundidad de la noche y en los entretelones captaron a los actores de los teatros, los escenarios de primera y de tercera, del burlesque a la carpa, del *vaudeville* al baile del parisino Bataclán. Aparecen en las placas los mimos, los payasos, los grupos de jazz, los falsos negros pintados con jalea; los músicos ciegos que tocaban frente a un público invisible. Comparten el escenario fotográfico con las chicas *topless* o las egipcias del ballet de Madame Carroll que hicieron contorsiones extraordinarias frente al fotógrafo. Desde esos granos



de plata se ven los escenarios con presencias mexicanistas, cuando las grecas prehispánicas se mezclaban con dibujos de rasgos orientales. Era lo exótico de oriente, presente con lo griego, lo romano, lo europeo de nueva creación. Lo universal y lo nacional se presentaban simultáneamente en la búsqueda de un nuevo lenguaje artístico, de nuevas formas de representación cultural.

Todos estos personajes legaron sus rostros a la eternidad de la plata sobre la gelatina y son estos algunos de los temas que los fotógrafos del archivo Díaz, Delgado y García y la familia Casasola captaban a lo largo del día para irse a revelar sus placas hacia la madrugada, con el compromiso de llevar sus ampliaciones a los diarios y revistas ilustradas al amanecer y regresar a la faena cotidiana con un fuerte sobrepeso al hombro y un compromiso visual y documental como escudo.

Los cambios técnicos de las cámaras y el equipo, las diversas formas adquiridas para la representación de la imagen, aunado a nuevos temas y personajes en la escena, en estrecho vínculo con los cambios frente a la ideología revolucionaria, dieron paso a un cambio radical en el ámbito de la fotografía.

Existen ejemplos claros de fotografías con encuadres y composiciones que rompen de modo contundente las formas y estereotipos de la época. En este caso también aparecen las que subrayan el sesgo nacionalista como las que portan en sus trajes las piñatas, la bandera, las artesanías o el gusto por el arte popular, son la proclama clara de esa época donde ideólogos como José Vasconcelos, teóricos y creadores como Adolfo Best Maugard, los muralistas Diego Rivera, David Alfaro Siqueiros y José Clemente Orozco, entre otros artistas visuales, dejaron una huella profunda en la cultura contemporánea que rebasó nuestras fronteras y que impactó también la imagen fotográfica tanto en el periodismo como en la fotografía de retrato y de autor.

Esos cambios culturales, artísticos y gráficos ayudaron a instaurar un lenguaje fotográfico que diese, por sí mismo, imágenes totalmente diferentes a sus antecesoras las porfiristas: el

uso de una fina nitidez, encuadres al ras del piso o desde arriba, el captar gestos más espontáneos, actitudes novedosas, composiciones o temas antes no retratados, dieron paso a una nueva forma de imágenes creadas en la posrevolución.

En principio era *notas gráficas*, es decir, en una sola toma se encapsulaba la información. Con el tiempo, se dio paso a las secuencias visuales. Los fotógrafos seguían de cerca algún evento importante y al transcurrir de los días se creaba lo que se conoce como *fotorreportaje*. Esas secuencias gráficas empezaron a tener cada vez más espacio en los diarios y revistas nacionales, lo que abrió un cúmulo de oportunidades para el fotógrafo profesional, fuese documental, periodista o bien de aquellos que empezaron a incursionar en el enfoque más artístico de la fotografía contemporánea.

Fue la fotografía un elemento fundamental para la transmisión y conocimiento de los hechos de la Revolución y los años que le siguieron. El desarrollo técnico, formal, temático e ideológico que presentó se derivaron en gran medida de los cambios en la escena nacional, los ojos de los fotógrafos registraron de manera magistral el entorno. Al grito de lo que veo es una realidad y de pensar que lo que se capta es un hecho sin discusión, en términos de la fotografía de prensa y la fotografía documental, nuestros antepasados han dejado un legado maravilloso para penetrar en ese túnel del tiempo.

Es tarea de nosotros como espectadores de esas imágenes, de esos testigos silentes, ponerlas en la mesa de la historia y encontrar con ellas verdades, mentiras y los sueños de más de una generación de operadores de la cámara, que estaban seguros que al hacer su trabajo nos legaban un testimonio y un patrimonio que ahora nos toca observar, meditar, comprender y analizar desde la ventana de un presente. Sin olvidar las condiciones y la mágica preservación de nuestro pasado con las fotografías que contienen más de un elemento para recorrerlas y apreciarlas en su justa dimensión, entre la magia de la observación y la pasión del discernimiento.

Bibliohemerografía complementaria

- Arnal, Ariel, *Atila de tinta y plata. Fotografía del zapatismo en la prensa de la ciudad de México. 1910-1915*, México, INAH, 2010, 164 pp.
- Berumen, Miguel Ángel, Marion Gautreau *et al.*, *México: fotografía y Revolución*, México, Conaculta, 2009, 400 pp.
- , *1911: La batalla de Ciudad Juárez en imágenes*, Océano, Cuadro por Cuadro/ Imagen y Palabra, México, 2005, 240 pp.
- , *Pancho Villa, la construcción del mito*, México, Océano, 2006, 200 pp.
- Casanova, Rosa *et al.*, *Francisco I. Madero. Entre imagen pública y acción política*, México, Conaculta, Museo Nacional de Historia-INAH, 2012, 287 pp.
- Del Castillo, Alberto, *Isidro Fabela. Una mirada en torno a la Revolución mexicana*, México, Biblioteca Mexiquense del Bicentenario/ Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal/ Instituto Mexiquense de Cultura/ Centro Cultural Isidro Fabela/ Tonaltepec Global, 2010, 235 pp.
- Escorza Rodríguez, Daniel, “Imagen y apariencia de Huerta después de la Decena Trágica”, en *Historias*, México, núm. 72, enero-abril de 2009, pp. 65-74.
- , “La fotohistoria y el Centenario de la Revolución mexicana: una aproximación bibliohemerográfica”, en *Historias*, núm. 83, septiembre-diciembre de 2012, pp. 117-121.
- , “Gerónimo Hernández, un fotógrafo enigmático”, en *Dimensión Antropológica*, año 16, vol. 47, septiembre-diciembre de 2009, pp. 143-168.
- Guevara Escobar, Arturo, *El que se mueve no sale en la foto. Aurelio Escobar fotógrafo profesional*, México, Archivo General de la Nación, 2012.
- González Flores, Laura, *Otra Revolución. Fotografías de la ciudad de México 1910-1918*, México, IIH-UNAM, 2010, 248 pp.
- Miquel, Ángel, *Tiempos de Revolución. El cine en la ciudad de México, 1910-1916*, México, Difusión Cultural, Publicaciones Fomento Editorial, Filmoteca de la UNAM, 2013, 331 pp.
- Mendoza, Mayra *et al.*, *Hugo Brehme y la Revolución mexicana, Und die Mexicanische Revolution*, México, Carbón 4, Deutscher Akademischer Austausch Dienst, Servicio Alemán de Intercambio Académico, Sinafo-INAH, 2009, 151 pp.
- Monroy Nasr, Rebeca, *Entre los nitratos de plata y las balas de bronce*, México, INAH (Testimonios del Archivo, 6), 2011, 161 pp.
- Mraz, John, *Fotografiar la Revolución mexicana. Compromisos e iconos*, México, INAH, 2010, 241 pp.
- Ramírez Hurtado, *La soberana Convención de Aguascalientes*, Aguascalientes, Universidad de Aguascalientes, 2011, 321 pp.
- Vázquez, Álvaro *et al.*, *Cine y Revolución. La Revolución Mexicana vista a través del cine*, México, Conaculta/ IMCINE/ Cineteca Nacional, 2010, 240 pp.
- Villela, Samuel, *Sara Castrejón, fotógrafa de la Revolución*, México, INAH, 2010, 151 pp.

La diplomacia sudamericana en la Decena Trágica

Pablo Yankelevich*

En la madrugada del 20 de febrero de 1913, Francisco I. Madero, preso en la intendencia del Palacio Nacional, conversaba con el ministro de Cuba. El presidente había firmado su renuncia, corrían las últimas horas del maderismo y se temía que también fueran las últimas de su vida. Madero ocupó una silla, cruzó las piernas y confesó: “Ministro, si vuelvo a gobernar me rodearé de hombres resueltos que no sean medias tintas. He cometido grandes errores. Pero [...] ya es tarde”. De repente interrumpió la conversación y preguntó: ¿Qué cosa es la Enmienda Platt?¹ Sorprendido, Manuel Márquez Sterling intentó una respuesta cuando una interrupción de Madero enfiló el diálogo hacia otros rumbos.

En 1921 la Universidad Nacional otorgó a Márquez Sterling el grado de doctor *Honoris causa*. En su discurso frente al rector José Vasconcelos, el ex ministro de Cuba regresó a aquella escena: “me interrogó de pronto: ¿Qué cosa es la enmienda Platt?” Como si la pregunta hubiera permanecido en la memoria del diplomático cubano ocultando un enigma que no fue

capaz de descifrar en aquel febrero de 1913. Ocho años más tarde Márquez Sterling creyó interpretar el significado:

Entendí que su noble pensamiento se dilataba sobre nuestro mundo americano y con la enmienda Platt se le ocurrió de seguro el aspecto más enigmático de la diplomacia continental, escollo contra el que coordinarían su política los gobiernos y los pueblos hispanoamericanos. Significa la enmienda Platt el pesimismo opuesto al nacionalismo, y conduce al propósito de la independencia sin el propósito de la soberanía.²

Nunca sabremos las auténticas razones de la repentina pregunta de Madero, lo cierto es que el fantasma de la enmienda Platt parece haber acompañado las últimas reflexiones del presidente depuesto; instalando, por otra parte, una persistente inquietud en quien fue su interlocutor aquella noche de la Decena Trágica.

En el espacio continental, la Revolución de 1910 estalló desafiando el espíritu de esa Enmienda. Madero alcanzó la presidencia en 1911 y quince meses más tarde un fiel custodio del espíritu de esa enmienda, el embajador esta-

* El Colegio de México.

Agradezco a Rafael Sagredo su generosa ayuda al proporcionar información sobre la diplomacia chilena en México.

¹ Manuel Márquez Sterling, *Los últimos días del presidente Madero*, La Habana, Imprenta Nacional, 1960, p. 232.

² *El Figaro*, La Habana, enero 1921.

dounidense Henry Lane Wilson, hizo cuanto estuvo a su alcance para “poner en orden” a México.

La enmienda Platt, ese anexo a la Constitución Cubana de 1901 que consagró el derecho estadounidense a ocupar la isla, amenazó a toda Hispanoamérica. Las consecuencias de contradecirla resultaron dramáticas en las naciones próximas a Estados Unidos, y ninguna más próxima que México. Sin embargo, en los países más distantes, aquellos cuya dependencia de Estados Unidos era menor, la enmienda alertó para terminar destrabando mecanismos defensivos asentados en la creencia de que la estabilidad política, el poderío militar y el crecimiento económico constituían reaseguros que permitirían resistir los embates imperiales. En realidad, no sólo se trataba de resistir. En los albores del siglo XX, el optimismo de las elites dirigentes sudamericanas instaló el ilusorio convencimiento de que las naciones que gobernaban podrían servir de contrapeso a la desenfrenada expansión estadounidense.

En los espacios de la diplomacia continental, con frecuencia se sucedían desencuentros producto de aquella quimérica fortaleza que permitiría desafiar y contrapesar la voluntad de Estados Unidos. Argentina siempre encabezó esa toma de distancia. Se trataba de la nación que en la Primera Conferencia Panamericana de 1889 había impugnado las pretensiones hegemónicas de la Casa Blanca lanzando el desafiante lema de “América para la humanidad”.³ Un ejemplo más de esas periódicas escaramuzas tuvo lugar en México, poco antes del alzamiento de Madero. Desde un furioso anti-monroísmo, Jacinto García, representante de Argentina en México, sostuvo una polémica periodística con el embajador Henry Lane Wilson, en la que por cierto también participaron, aunque mucho más diplomáticamente, el ministro chileno Eduardo Suárez Mújica y el encargado de negocios bra-

sileño Félix Cavalcanti.⁴ “Argentina condena la Doctrina Monroe y repudia el dominio norteamericano en Cuba” fue el titular de *The Mexican Herald* del 29 de julio de 1910. El embajador estadounidense enfureció. Durante algunos días la prensa capitalina dio cuenta de la polémica entre los representantes de Argentina y de Estados Unidos.⁵ Las quejas contra el diplomático argentino llegaron a Washington y pronto se transmitieron a Buenos Aires. La cancillería argentina pidió explicaciones a García y éste en su defensa expresó: “somos los más independientes, los más progresistas y los más alejados de los *yankees* en América; se nos señala como sus futuros competidores, y no es inexplicable que nos teman y traten de contrariar”.⁶ Éste era el clima de ideas que se respiraba en la diplomacia rioplatense apostada en América Latina. Sin embargo, por sus “excesos verbales” Jacinto García fue trasladado a Lima dando por terminada la polémica y de paso su gestión ante el gobierno de Porfirio Díaz. Henry Lane Wilson se anotó un pequeño triunfo, dejando en claro que no permitiría que ningún representante diplomático acreditado en México impugnara la misión civilizadora que el destino había reservado a los Estados Unidos.

En este ambiente detonó la Revolución de 1910. México estaba lo suficientemente lejos para despertar algún interés en la política exterior de los gobiernos sudamericanos. Sin embargo, la situación cambió cuando el presidente Madero fue asesinado y a las pocas semanas Woodrow Wilson juró como presidente de Estados Unidos. Fue entonces que el conflicto entre el nuevo gobierno estadounidense y Victoriano Huerta imprimió rumbo al actuar sudamericano.

¿Por qué? Hacia 1911, cuando Madero inauguraba su gobierno, los gobiernos de Argentina, Brasil y Chile (ABC) consiguieron desactivar añejas rivalidades que en más de una oportunidad

³ Thomas MacGann, *Argentina, los Estados Unidos y el sistema interamericano. 1880-1914*, Buenos Aires, Eudeba, 1960; Arthur Whitaker, *The United States and Argentina*, Cambridge, Harvard University Press, 1954.

⁴ *The Mexican Herald*, México, 27 de julio de 1910.

⁵ *El Tiempo*, México, 3 y 5 de agosto de 1910; *El País*, México, 3 de agosto de 1910.

⁶ Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores de Argentina, (AMREA), Sección Diplomática y Consular (SDC), caja 1166, García, 2 de agosto de 1910, ff. 9 y 10.

estuvieron al borde del estallamiento de guerras entre las tres naciones vecinas. Comenzó entonces a gestarse una alianza tendiente a buscar soluciones arbitradas que garantizaran el mantenimiento de la paz en sudamericana. Este fue el espíritu que hacia 1912 animó la formación de una entente llamada ABC,⁷ mediante la cual se pretendió limar las asperezas generadas por las aspiraciones hegemónicas de estas naciones. La hora de gloria del “Pacto del ABC” pareció llegar a finales de 1913, cuando se conocieron las declaraciones de Woodrow Wilson anunciando que su país abandonaría toda política de ocupación territorial para privilegiar mecanismos que garantizaran la paz y la democracia.⁸ En esta atmósfera, desde las cancillerías de Buenos Aires, Santiago y Río de Janeiro se imaginó que el ABC sería reconocido por Washington como un interlocutor serio al que se consultaría en cuestiones medulares de la política interamericana.

En buena medida, aquellas declaraciones del presidente Wilson fueron detonadas por los sucesos de la Decena Trágica en México, y por su determinación de negar reconocimiento al gobierno de Victoriano Huerta en tanto resultado de un magnicidio. Por esta razón, desde marzo de 1913 el Departamento de Estado mantuvo informadas a las cancillerías del ABC sobre la política que seguiría con Huerta, política que a la postre condujo al desembarco de tropas estadounidenses en Veracruz en abril de 1914. Este juego diplomático desembocó en las Conferencias de Niágara Falls, celebradas en mayo y junio de aquel año. Se trató de una “mediación pacificadora” convocada por los gobiernos de Argentina, Brasil y Chile, en la que participaron diplomáticos de estas tres naciones y representantes de los gobiernos de Wilson y de Huerta. La mediación resultó un fracaso, pues el ABC no consiguió que los revolucionarios mexicanos

se integraran a estas negociaciones y, por el contrario, se encargaron de denunciar la complicidad de los mediadores con la política intervencionista de Estados Unidos en asuntos internos de México.⁹

Es decir, la diplomacia sudamericana pasó a involucrarse en la cuestión mexicana sólo después de los asesinatos de Madero y Pino Suárez. Mientras tanto, la Decena Trágica fue observada a través de la prensa sudamericana y por supuesto a través de los informes de los representantes diplomáticos. Sobre estas miradas dará cuenta este trabajo, en un intento por exhibir las aproximaciones sudamericanas al *cuartelazo* que clausuró la experiencia democrática maderista.

Como punto de partida, habría que considerar que los sectores dirigentes de las tres naciones sudamericanas fueron congéneres de la elite porfirista. Se trató de personajes ricos, cultos y blancos, fervientes defensores de órdenes políticos excluyentes y racistas. Por ello, no es difícil inferir el tipo de opiniones que expresaron sobre la Revolución y el gobierno de Madero, como tampoco es difícil advertir las aproximaciones hechas desde la llamada “prensa seria”. Por ejemplo, en las páginas de *La Nación*, vocero de la dirigencia rioplatense, podían leerse las reservas con que se interpretó la renuncia de Porfirio Díaz en mayo de 1910:

Si la paz se afirma, si la libertad encuentra garantías, si el progreso continúa, querrá decir que el general Díaz ha caído por no haber comprendido a tiempo que le había llegado la hora del retiro. Si ocurre lo contrario, quizá habrá que reconocer que no se equivocaba, al creer necesario el régimen que durante tantos años impuso al país.¹⁰

⁷ Martin Mullins, *In the Shadow of the Generals: Foreign Policy Making in Argentina, Brazil and Chile*, Farnham, Ashgate, 2006.

⁸ *President Wilson on the United States and Latin America. Address before the Southern Commercial Congress at Mobile, Alabama, October 27, 1913*, Boston, World Peace Foundation, 1913.

⁹ Berta Ulloa, *La Revolución intervenida. Relaciones diplomáticas entre México y los Estados Unidos. 1910-1914*, México, El Colegio de México, 1971; Friedrich Katz, *La guerra secreta en México*, 2 vols., México, Era, 1982.

¹⁰ *La Nación*, Buenos Aires, 20 de mayo de 1911.



No muy distintas fueron las opiniones de la elite brasileña. En el conservador periódico *O Estado de São Paulo* se anotó respecto a Porfirio Díaz: “Ustedes pueden encontrar su dominación feroz y tiránica, y muchos ya la han encontrado, pero México sin duda se desarrolló, evolucionó y progresó bajo su mandato”.¹¹

Si en los sectores más liberales de esas elites, el triunfo electoral de Madero abrió expectativas de reformar el sistema político mexicano, las noticias sobre la inestabilidad de su gobierno, las sublevaciones rurales, la oposición en el Congreso, muy pronto confirmó que el país era incapaz de cobijar utopías democratizadoras. El cónsul argentino Pedro Goytia, ya durante la campaña electoral de 1911, informaba que Madero “no tiene ni el prestigio, ni el talento, ni la ilustración, ni la suficiencia que da la experiencia de la vida política, sirviéndose de elementos de las más bajas esferas del pueblo”. El panorama era sombrío: “todo el país está en plena anarquía, con la indiana armada, cometiendo asesinatos, salteamientos y robos que horrorizan”.¹² Las imágenes de la barbarie rural se expresaban en los periódicos sudamericanos a través de aluviones de noticias sobre asaltos, crímenes y destrucciones causadas por ejércitos campesinos. Como si la composición indígena de esos ejércitos no fuera suficiente muestra del atraso y la incultura, un diario de Minas Gerais informaba que en el caso del zapatismo se trataba además de partidas compuestas “exclusivamente por leprosos”, soldados con rostros enmascarados para cubrir manchas y deformidades que aterran a la población.¹³

Esa mirada conservadora de las elites dirigentes y sus diplomacias tuvo algunas excepciones. Una muy reconocida ha sido la de Manuel Márquez Sterling, cuyo libro contribuyó a la primera reconstrucción histórica de “los últimos días del presidente Madero”.¹⁴ Sin em-

bargo, hubo otra notable excepción que la historiografía aún no ha terminado de recuperar. Se trata de la labor y los escritos de Anselmo Hevia Riquelme, ministro de Chile en México desde julio de 1911.

Entender las simpatías que Madero despertó en este diplomático obliga a recordar que Hevia Riquelme procedía de las filas del Partido Radical chileno, del que había sido uno de sus vicepresidentes.¹⁵ Ese radicalismo de matriz liberal extrema se constituyó como partido político en la década de 1880, y a la vuelta del siglo fue uno de los afluentes del socialismo en aquel país sudamericano. Hevia no fue un socialista pero sí un liberal convencido en las virtudes del parlamentarismo, del laicismo, de la educación pública y obligatoria, de la necesidad de introducir reformas legales que garantizaran mejores condiciones de vida y de trabajo a los obreros y campesinos chilenos. Fue además un firme y decidido civilista opuesto a la injerencia de las fuerzas armadas en la administración de la política de su país. Su arribo a la diplomacia fue resultado de acuerdos y componendas en el interior de la llamada República parlamentaria que dirigió los destinos chilenos por algo más de treinta años.¹⁶

¹⁵ Sobre el radicalismo chileno véase Luis Palma Zúñiga, *Historia del Partido Radical*, Santiago, Andrés Bello, 1967; Julio Sepúlveda R., *Los radicales ante la historia*, Santiago, Andrés Bello, 1993; Peter G. Snow, *Radicalismo chileno: historia y doctrina del Partido Radical*, Santiago, Francisco de Aguirre, 1972; Juan García Covarrubias, *El partido radical y la clase media*, Santiago, Andrés Bello, 1990; Leopoldo Castedo, *Chile: vida y muerte de la república parlamentaria*, Buenos Aires, Sudamericana, 2001.

¹⁶ Anselmo Hevia Riquelme (1856-1925) se graduó de abogado en la Universidad de Chile, ocupó distintos puestos en la administración de justicia de Chile. Se desempeñó como intendente de Valparaíso (1891), regidor de Santiago (1891-1894) y alcalde de Talca (1894-1897 y 1906-1907). Fue diputado en distintos momentos entre 1891 y 1900; ministro de Industria y Obras Públicas en 1907 y ministro de Interior en 1919. Inicio su carrera diplomática en 1901 como ministro plenipotenciario en Brasil, donde permaneció hasta 1907. Entre 1909 y 1911 fue ministro plenipotenciario en Japón, desde donde se trasladó a México para el desempeño de igual posición hasta 1914; William Belmont Parker, *Chileans of today*, Santiago, Imprenta Universitaria, 1920, pp. 351-352; Armando de

¹¹ *O Estado de São Paulo*, São Paulo, 25 de noviembre de 1910.

¹² AMREA, Sección Política, México 1910-1913, Goytia, 20 de julio de 1911, ff. 95, 96 y 101.

¹³ *Minas Gerais*, 15 de julio de 1913.

¹⁴ Manuel Márquez Sterling, *op. cit.*

Hevia Riquelme encontró en Madero a un semejante en materia política. De ahí que sus acercamientos a la realidad mexicana estuvieron muy lejos de visiones maniqueas y racistas. En cambio, destaca el esfuerzo por descifrar las claves de una realidad compleja y contradictoria.

Para este diplomático, el triunfo electoral de Madero representó la primera elección libre en más de tres décadas. Sin embargo, el esfuerzo democratizador tropezaba con un sinnúmero de dificultades. En un pormenorizado informe escrito a comienzos de 1912 analizó esas dificultades. En primer lugar, si bien la Revolución acabó con Porfirio Díaz, no alcanzó ni al Poder Legislativo ni al Judicial, “que por ser facturas del Dictador dificultan los actos del Gobierno del señor Madero”. En segundo término, los amigos del general Díaz, quienes colaboraron con su administración de más de 30 años, “los que se enriquecieron y especularon, son enemigos que si no conspiran se dedican a dificultar la administración”. El tercer lugar, el pueblo mexicano que no había conocido otra cosa que la dictadura, transitaba a un régimen de libertad. “La verdadera democracia y la efectividad de las libertades públicas, escribió el diplomático chileno, sólo puede alcanzarse con ilustración y con el ejercicio de los derechos civiles y políticos”. Nada se había hecho para remediar esta situación, ni siquiera existen verdaderos partidos políticos, “lo que tenemos son facciones que obedecen a agitadores y caudillos”. En cuarto lugar, estaba el problema de las tierras y de los pueblos despojados. Madero no había podido cumplir sus promesas de restitución de fundos,

[...]esta es la cuestión social que ha levantado y hecho prosperar al zapatismo en los estados de Morelos, Guerrero, Puebla de Tlaxcala, estados que más sufrieron los abusos y desmanes de las autoridades en la administración pasada.

Ramón, *Biografías de chilenos. Miembros de los poderes Ejecutivo, Legislativo y Judicial, 1876-1973*, Santiago, Universidad Católica, 1999, vol. 2, pp. 210-211.

En quinto lugar, Hevia Riquelme advertía que uno de los errores mayores era la falta de profesionalismo en un ejército, que además se había visto engrosado con algunas fuerzas ex revolucionarias, mal organizadas y peor instruidas. En sexto lugar, señalaba la incapacidad de Madero para ensanchar el empleo público, de ahí que muchos ex revolucionarios defraudados pasaron a engrosar el número de agitadores contra el gobierno. Por último, la prensa que había perdido las subvenciones y

[...]ha pasado a atacar y a alarmar. Algunos van más lejos todavía, insultan y calumnian, empezando por el presidente de la república. No sé —escribió el chileno—, si esto lo hacen porque así entienden que debe ejercitarse la amplia libertad de que hoy gozan por primera vez, o porque son enemigos de Madero, o porque quieren forzar a Madero a que los vuelva a subvencionar.

Sea como fuere, la prensa de un modo muy eficaz estimulaba la revuelta y contribuía a alterar el orden público. En fin, anotó Hevia Riquelme,

[...]el actual presidente cuya inteligencia, honradez, patriotismo y sanos propósitos no puede ponerse en duda, se encuentra en serias dificultades. El señor Madero ha cometido errores, sin duda, errores antes y después de asumir el mando supremo, pero ellos no son insalvables y pueden fácilmente remediarse.¹⁷

Los errores no fueron remediados y el domingo 9 de febrero de 1913 inició la cuenta regresiva del régimen que encabezó. El testimonio del ministro chileno es exhaustivo en la descripción de todas y cada una de las reuniones del cuerpo diplomático, los encuentros entre Madero y

¹⁷ “Oficio del Ministro de Chile en México al Ministro de Relaciones Exteriores de Chile, México, 10 de febrero de 1912”, en Sol Serrano (ed.), *La diplomacia chilena y la Revolución mexicana*, México, SRE, 1986, pp. 50-53.

Huerta, entre éste y los golpistas atrincherados en La Ciudadela, entre familiares de Madero, miembros del gabinete, diputados y senadores. Es cuidadoso en presentar los denuedos del ministro de Cuba y el suyo propio para garantizar la vida de Madero y Pino Suárez. Sucede que en aquellos días flotaba en el ambiente una versión que Hevia Riquelme temía fuese verdadera. Se afirmaba que

[...]no debía permitirse al Presidente salir para el extranjero, porque indudablemente volvería al país y haría de nuevo la revolución, y que era necesario que no quedara ningún Madero vivo ni con dinero.¹⁸

Este diplomático dejó constancia de las distintas ocasiones que Huerta se comprometió a respetar esas vidas, y después de los asesinatos realizó una meticulosa reconstrucción de lo sucedido en la noche del 22 de febrero de 1913. Para ello contrastó la versión oficial sobre la muerte de Madero y Pino Suárez con los testimonios que recabó después de recorrer los rumbos de Lecumberri. Revisó las declaratorias de testigos presenciales como los chóferes de los automóviles en que viajaron las víctimas y los victimarios. Dio cuenta de los antecedentes del mayor de rurales, Francisco Cárdenas, asesino del presidente Madero, analizó los testimonios de “los multimillonarios” Ignacio de la Torre, yerno de Porfirio Díaz y de Luis García Pimentel, “jefe del Partido Católico”, quienes sin esconder los deseos de ver “fusilado a Madero”, asumían con orgullo sus responsabilidades en el financiamiento de la asonada militar. Hevia Riquelme conversó con el embajador de Italia y con el ministro de Francia, ambos aportaron impresiones sobre la complicidad de prominentes porfiristas.¹⁹ En abril de 1913, el representante de Chile en México informaba a su cancillería:

¹⁸ “Oficio del Ministro de Chile en México al Ministro de Relaciones Exteriores de Chile, México, 14 de abril de 1913”, en *ibidem*, p. 78.

¹⁹ *Ibidem*, pp. 88-92.

Yo me he formado el convencimiento de que las versiones oficiales del general Huerta y de su ministro de Relaciones Exteriores, Francisco León de la Barra, son inexactas, y que los señores Madero y Pino Suárez fueron fusilados por disposición del Gobierno.²⁰

Las observaciones y el comportamiento del diplomático chileno contrastan con los reportes del cónsul argentino y los del ministro brasileño. Pedro Goytia escribió notas diarias de lo que presencié entre el 9 y el 22 de febrero. Dado su rango consular, no participó en las reuniones y encuentros diplomáticos. En cambio, y como la sede del consulado estaba a escasos 400 metros de la Ciudadela, el argentino se armaba de valor para salir a curiosar, para luego redactar cuidadosos reportes de los destrozos en las construcciones, el armamento utilizado, el número de cadáveres, así como las horas y minutos con que se iniciaban y suspendían las acciones armadas. Entre aquellos partes de guerra, Goytia expresaba claramente sus opiniones. En su bitácora del 22 de febrero puede leerse:

Los comentarios son gravísimos, dicen que es un asesinato, pero hablando como hablo con toda imparcialidad, me inclino a creer que los amigos del ex presidente han intentado este golpe para arrebatarlos, no confiando en la suerte que les cupiera en el juicio que iba a formárseles [...]. La desaparición de Madero y Pino Suárez, creo que puede ser la salvación del país.²¹

No muy distinta fue la opinión de Jose Manuel Cardoso de Oliveira. El ministro de Brasil estuvo con Madero el 20 de febrero en la Intendencia del Palacio Nacional: “lo conforté lo más que pude con la garantía dada por el general Huerta, [...] pues me dijo recelar que lo mataran con el pretexto de un motín militar o cosa

²⁰ *Ibidem*, p. 89.

²¹ AMREA, Sección Política, México 1910-1913, Goytia, 24 de febrero de 1913 y 3 de marzo de 1913.

semejante”.²² Madero sabía que su vida peligraba, Cardoso pensó que exageraba y después del asesinato reportó a Itamaraty:

El actual gobierno, cualesquiera sean sus excesos y errores, es indudablemente legal y tal vez [representa] la última ocasión que tenga este pueblo para resurgir y salvarse de la completa anarquía [...] sin excluir la pérdida de la independencia.²³

Entre los diplomáticos acreditados en México, durante aquellas dos semanas de traiciones, intrigas y metralla, la figura central fue Henry Lane Wilson. Márquez Sterling lo convirtió en el personaje principal de su relato. “La embajada, escribió, fue el centro de una verdadera conjura en contra del gobierno y su política”.²⁴ Por su parte, sin pretender aminorar la responsabilidad del embajador estadounidense, el ministro chileno lo ubica como un actor fundamental, sobre todo en el esfuerzo por concertar entre fuerzas opositoras que en medio del bombardeo parecían incapaces de alcanzar acuerdos:

Está fuera de duda que el embajador, señor Wilson, asumió en estos sucesos una conducta muy parcial e inconveniente, a veces en contra del gobierno del señor Madero, pero de ahí a que sea el responsable de la caída del Gobierno y de la muerte [...] de Madero y Pino Suarez hay una gran distancia.²⁵

De los informes de Hevia Riquelme emerge un Wilson que maniobra en dos frentes: el interno, facilitando encuentros entre los golpistas y las supuestas fuerzas leales; y en el internacional, prometiendo a los sublevados el respaldo

²² Citado por Guillermo Palacios, *Intimididades, conflictos y reconciliaciones. México-Brasil 1822-1993*, México, SRE, 2001, p. 107.

²³ *Ibidem*, p. 111.

²⁴ Manuel Márquez Sterling, *op. cit.*, p. 180.

²⁵ “Oficio Confidencial del Ministro de Chile en México al Ministro de Relaciones Exteriores de Chile, México, 14 de abril de 1913”, en Sol Serrano (ed.), *op. cit.*, pp. 95.

del gobierno estadounidense, mientras se esforzaba para ganar el apoyo del cuerpo diplomático acreditado en México.

Márquez Sterling y Hevia Riquelme dejaron constancia de la manera en que Henry Lane Wilson marginó a los representantes latinoamericanos en buena parte de las acciones conjuntas: desde la presión que ejerció sobre el presidente Madero para el otorgamiento de garantías para las colonias extranjeras, hasta la sugerencia de renuncia que el embajador español llevó a Madero el 15 de febrero. En esas tareas trabajó con un pequeño círculo de diplomáticos: el inglés, el español, el alemán, bajo la excusa de que se trataba de los representantes de las comunidades extranjeras con fuerte presencia en la ciudad de México.

En realidad el comportamiento de Henry Lane Wilson obedecía a la necesidad de alejar conductas de otras diplomacias que podían objetar su actuación. No por casualidad fueron las legaciones de Chile, Cuba y Japón las que denodadamente se esforzaron por salvar las vidas de Madero, Pino Suárez y sus familias. Cuando el 18 de febrero ambos quedaron rehenes de los golpistas, Madero solicitó que fuera el ministro chileno el garante de su dimisión. Las renunciaciones deberían ser entregadas al Congreso una vez que Madero estuviera en Veracruz a bordo del crucero *Cuba*. Las traiciones que se sucedieron aquellos días, llevaron a que Hevia Riquelme no fuera el depositario de las renunciaciones y por supuesto, los detenidos jamás llegaron a Veracruz. Meses más tarde, William Bayard Hale, enviado especial del presidente Woodrow Wilson, en una pormenorizada investigación de los sucesos de febrero de 1913, dejó constancia del actuar humanitario de los ministros de Cuba y de Chile, al encabezar “una línea de conducta, totalmente opuesta” al embajador Wilson.²⁶ Por su parte, Sara Pérez, viuda de Madero, los primeros días de marzo de aquel año, desde La Habana,

²⁶ John P. Harrison, “Henry Lane Wilson. El trágico de la decena”, en *Historia Mexicana*, vol. 6, núm. 3, enero-marzo de 1957, p. 385.

se encargó de dejar testimonio de agradecimiento al ministro chileno

[...]por el interés y el empeño con que nos ayudó en nuestras penas y dificultades [...] Tenga la seguridad, nuestro buen amigo, que le guardamos todos una gratitud especial en nuestros corazones, y que mi marido, desde el cielo también le agradece todo lo que ha hecho por nosotros.²⁷

Además, el comportamiento humanitario del chileno tuvo una nueva oportunidad de manifestarse cuando el 28 de febrero de 1913, el ingeniero Manuel Bonilla, secretario de Fomento de Madero, pidió asilo en el consulado de Chile en Mazatlán. Hevia Riquelme hizo gestiones ante el canciller De la Barra y el secretario de Guerra, Manuel Mondragón, quienes dieron garantías “de que su vida será resguardada, y que no se implementará contra él ninguna medida violenta”. Esta vez los funcionarios cumplieron la palabra empeñada y Manuel Bonilla llegó a la ciudad de México días más tarde, “debidamente custodiado y teniendo la ciudad como cárcel, bajo su palabra de honor” de que no abandonaría la capital.²⁸

En las antípodas de la actuación del chileno se ubicó el argentino. Este cónsul en reiteradas ocasiones se negó a participar en cualquier labor humanitaria, a pesar de la manera en que insistía en los efectos devastadores de la contienda armada. Un ejemplo de ello fue una comunicación que en 1914 dirigió a su cancillería indicando que “un buen número de agricultores mexicanos” concurrían diariamente a su oficina “a los fines de obtener información para trasladarse a Argentina”. Frente a estas solicitudes y de manera confidencial, Pedro Goytia escribió:

Mi deber como funcionario, es defender a mi país de la invasión de esta gente con

²⁷ “Oficio Confidencial del Ministro de Chile en México al Ministro de Relaciones Exteriores de Chile, México, 14 de abril de 1913”, en Sol Serrano (ed.), *op. cit.*, p. 94.

²⁸ *Ibidem*, p. 102

pocos hábitos de trabajo, escasa moralidad, costumbres perniciosas, criada y educada en un ambiente propicio a la vida desordenada y a la práctica de hechos y acciones delictuosas. Por estas razones me opongo a que [...] este elemento pueda dirigirse a la República, teniendo en cuenta que, dados sus antecedentes étnicos, sería muy nociva a nuestra masa popular.²⁹

Si cuando Huerta asumió la presidencia nadie podía dudar de que su régimen fuera una creación del gobierno estadounidense; pocas semanas más tarde nadie podía creer que la Casa Blanca se convertiría en su principal enemigo externo. La salida del presidente William H. Taft, y su reemplazo por Woodrow Wilson, dio esperanzas a la oposición en México al tiempo que permitió establecer una línea de comunicación directa entre las cancillerías del ABC y el Departamento de Estado.³⁰

Ante el desenlace de la Decena Trágica, los representantes de Argentina y Brasil en México coincidieron en sus apreciaciones e hicieron lo posible para que sus gobiernos reconocieran de inmediato a Huerta, apoyando la actuación del embajador Henry Lane Wilson. El caso chileno fue muy distinto, Hevia Riquelme, muy pronto tomó distancia, fue llamado a Santiago y ya nunca regresó.

²⁹ AMREA SDC, caja 1450, Goytia, 3 de septiembre de 1914, *s/f*.

³⁰ Peter Calvert, *The Mexican Revolution, 1910-1914, The Diplomacy of Anglo American Conflict*, Cambridge, Cambridge University Press, 1968; Mark Gilderhus, *Diplomacy and Revolution: U.S. Mexican Relations under Wilson and Carranza*, Tucson, The University of Arizona Press, 1977; Edward P. Haley, *Revolution and Intervention: The Diplomacy of Taft and Wilson with México, 1910-1917*, Cambridge, MIT Press, 1970; Larry Hill, *Emissaries to a Revolution, Woodrow Wilson's Executive Agents in Mexico*, Baton Rouge, University of Louisiana Press, 1973; Friedrich Katz, *op. cit.*, Isidro Fabela, *Historia diplomática de la Revolución Mexicana*, 2 vols., México, INEHRM, 1985; Kenneth J. Krieb, *The United States and Huerta*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1969; Alan Knight, *U.S. Mexican Relations, 1910-1940. An Interpretation*, San Diego, University of California, 1987; Robert E. Quirk, *An Affair of Honor. Wilson and the Occupation of Veracruz*, Louisville, University of Kentucky Press, 1962.

I PAINT WHAT I USE

A Ballad of Artistic Integrity, on the Occasion of the
Removal of Some Rather Impulsive Murals from the NCA Building

"What do you paint, when you paint on a wall?"
Said John D.'s grandson Nelson.
"Do you paint just anything there at all?
"Will there be any doves, or a tree in fall?
"Or a hunting scene, like an English hall?"

"I paint what I see," said Rivera.
"What are the colors you use when you paint?"
Said John D.'s grandson Nelson.
"Do you use any red in the beard of a saint?
"If you do, is it lovely red, or faint?
"Do you use any blue? Is it Prussian?"

"I paint what I paint," said Rivera.
"Whose is that head that I see on my wall?"
Said John D.'s grandson Nelson.
"Is it anyone's head whom we know, at all?
"A Renaissance, or a Gallonstall?
"Is it Franklin D? Is it Woodrow Hall?
"Or is it the head of a Russian?"

"I paint what I think," said Rivera.
"I paint what I paint, I paint what I see,
"I paint what I think," said Rivera,
"And the thing that is dearest in life to me
"In a bourgeois hall is Integrity:
"Guesseur . . .
"I'll take out a couple of people drinkin'
"And put in a picture of Abraham Lincoln;
"I would even give you McCormick's greaser
"And still not make my art much cheaper.
"But the head of Lenin has got to stay
"Or my friends will give me the bird today,
"The bird, the bird, forever."

"It's not good taste in a man like me,"
Said John D.'s grandson Nelson,
"To question an artist's integrity
"Nor mention a precious thing like a fee,
"But I know what I like, to a large degree,
"Though art I hate to hamper;
"Your twenty-one thousand conservative bucks
"You painted a radical, I say shucks,
"I never could rent the office --
"The capitalist's office.
"For this, as you know, is a public hall
"And people want doves, or a tree in fall,

"And though your art I dislike to hamper,
"I see a little to bed and dinner,
"And after all,
"It's my wall . . ."

"He'll see if it is," said Rivera.

E. B. WHITE



Sin embargo, más allá de estas opiniones, las decisiones que los países sudamericanos tomaron respecto a Huerta, no dependió de los informes que recibían de sus representantes en México, sino de los que estaban en Washington. Los ministros de Argentina, Brasil y Chile, que a la postre terminarían siendo los delegados del ABC a las conferencias de Niágara Falls,³¹ fueron los artífices de una entente sudamericana que pretendió influir en el curso de la política mexicana. Esa entente coincidió con el presidente Wilson negando reconocimiento a Huerta, a manera de presión que acompañó la estrategia estadounidense. Más tarde, esa coincidencia se extendió a tratar de buscar una salida negociada a la crisis que originó la ocupación militar del puerto de Veracruz.

Para los países del ABC, por encima de la suerte de México, importaba el reconocimiento como interlocutores por parte del gobierno de Estados Unidos. De manera muy clara lo expresó Rómulo Naón, embajador argentino en Washington, al ser convocado por el Departamento de Estado para estudiar la situación mexicana. Se trataba de arbitrar en un conflicto en el que Estados Unidos estaba involucrado, y ello “tiene para nosotros indudable importancia política, aún en el caso de que su resultado fuera negativo”.³² Para este diplomático, la crisis entre México y los Estados Unidos constituía una estupenda oportunidad para ganar en proyección “lo importante —decía Naón— es el reconocimiento actual de nuestra posición de completa igualdad con los Estados Unidos”.³³ Muy similar fue la valoración de Brasil, sobre

todo cuando días después del desembarco en Veracruz el Departamento de Estado e Itamaraty llegaron a un acuerdo para que la legación brasileña en México asumiera la representación de los intereses de Estados Unidos. El representante brasileño, Cardoso de Oliveira, ferviente defensor del ex embajador Wilson y amigo personal de Huerta, a regañadientes aceptó la decisión de su Cancillería de no reconocer a Huerta; al tiempo que con vehemencia se adjudicó el papel de custodio de vidas y propiedades estadounidenses en la ciudad de México. Tal fue su identificación con los intereses de Estados Unidos, que una vez derrotado el ejército federal no tardó en producirse el enfrentamiento con los jefes constitucionalistas, al punto que a mediados de 1915 Carranza amenazó con expulsarlo. Fue entonces que la Cancillería de Brasil decidió la remoción de su representante en México.³⁴ Por su parte, el comportamiento de la cancillería chilena, si bien mejor legitimada por el actuar de Hevia Riquelme, persiguió similares objetivos que las de Buenos Aires y Río de Janeiro, es decir, aprovechar la coyuntura mexicana para buscar una mejor ubicación y por tanto una mayor capacidad de negociación frente al gobierno estadounidense.³⁵ En resumen, la Decena Trágica permitió que la cuestión mexicana se instalara en la agenda diplomática y, por supuesto, en la opinión pública de Argentina, Brasil y Chile. Si antes de marzo de 1913 México era una referencia lejana, después del asesinato de Madero y Pino Suárez el país pasó a convertirse en una cuestión de política interna para los gobiernos sudamericanos.

Madero deslizó el asunto la Enmienda Platt, en una noche de hace más de un siglo, mientras reflexionaba sobre los errores que había cometido. Nunca sabremos la razón de aquella pregunta, pero podemos inferir que la interpretación de Márquez Sterling en 1921 fue producto de

³¹ Cristián Guerrero Yoacham, *Las conferencias de Niágara Falls: la mediación de Argentina, Brasil y Chile en el conflicto entre Estados Unidos y México en 1914*, Santiago, Andrés Bello, 1966; Francisco Luis Teixeira Vinhosa, “A Diplomacia Brasileira e a Revolução Mexicana, 1913-1915”, en *Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro*, núm. 327, abril-junio de 1980, pp. 19-81; Pablo Yankelevich, *La diplomacia imaginaria: Argentina y la Revolución mexicana, 1910-1916*, México, SRE, 1994.

³² AMREA, Conferencias de Niágara Falls, caja 1, t. 3, Naón, 23 de abril de 1914.

³³ *Ibidem*, Naón, 2 de mayo de 1914.

³⁴ Guillermo Palacios, *op. cit.*, 2001, p. 127.

³⁵ Fredrick B. Pike, *Chile and the United States, 1880-1962. The Emergence of Chile's Social Crisis and the Challenge to United States Diplomacy*, University of Notre Dame Press, 1963.

un clima político radicalmente distinto al de febrero de 1913. La Revolución ya había triunfado, Álvaro Obregón demostraba al continente que era posible gobernar sin el reconocimiento estadounidense y por esto, entre otros muchos asuntos, el México revolucionario había despertado amplios sentimientos de solidaridad en las sociedades hispanoamericanas. Este no fue el caso de Madero. Los errores que cometió en la conducción de su gobierno fueron usados por los Estados Unidos. El embajador Henry Lane Wilson no provocó esos errores, simplemente supo aprovecharlos, y en medio de todo ello, los gobiernos del ABC intentaron obtener beneficios.

De las equivocaciones de Madero y de la manera en que se mezclaron con el espíritu de la Enmienda Platt muy rápidamente aprendieron los constitucionalistas. Ante el ejército federal aprendieron que la única negociación posible era exigir su rendición incondicional; por otra parte, insistieron en defender el derecho soberano de hacer una Revolución desafiando las presiones de Estados Unidos. Finalmente, y frente a América del Sur, los revolucionarios supieron desplegar una audaz diplomacia que entre otros asuntos ventiló la complicidad intervencionista de las cancillerías de Argentina, Brasil y Chile, clausurando cualquier expectativa hegemónica del ABC en el resto de América Latina.



Nueva España; balances y análisis independentistas

Jorge Alejandro Díaz Barrera

La búsqueda de precisión y ampliación es parte de la creatividad histórica; el deseo de dominar el detalle, pero siempre buscando nuevos universos [...].
(Peggy K. Liss, “México en el siglo XVIII”)*

Gracias a algunos historiadores y sus obras sobre teoría de la historia en México, sabemos acerca de las líneas de pensamiento que se han desarrollado respecto a la disciplina científica de la historia y su escritura durante los siglos XIX y XX.¹ En cam-

* Peggy K. Liss, “México en el siglo XVIII. Algunos problemas e interpretaciones cambiantes”, en *Historia Mexicana*, 1977, p. 297.

Cuando se citan libros o artículos contenidos en la bibliografía especializada, sólo se consigna el autor, título de la publicación y año.

¹ Cuando se hace referencia a obras que no se encuentran en la bibliografía, aparece la cita completa. Juan A. Ortega y Medina (sel., introd., estudio y notas), *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia*, México, IIH-UNAM, 1970; Álvaro Matute (comp.), *La teoría de la historia en México (1940-1973)*, México, SepSetentas, 1974; Álvaro Matute (comp.), *Pensamiento historiográfico mexicano del siglo XX. La desintegración del*

bio, desconocemos el universo bibliográfico de la historiografía mexicana, entendida como el estudio histórico de la escritura de la historia. En México, como en otros tópicos de orden local o internacional, la crítica, los balances y análisis de la historiografía se han concentrado en distintas temáticas o periodos históricos, y no sólo en el campo de la teoría y la filosofía de la historia.

Antes de referir algunos aspectos de la bibliografía que aquí se ofrece sobre el proceso independentista novohispano, cabe aclarar aquello que

positivismo (1911-1935), México, FCE/IIH-UNAM, 1999; Conrado Hernández (coord.), *Tendencias y corrientes de la historiografía mexicana del siglo XX*, México, El Colegio de Michoacán/IIH-UNAM, 2003; Alfonso Mendiola y Luis Vergara (coords.), *Cátedra Edmundo O’Gorman. Teoría de la historia*. México, Universidad UIA/ IIH-UNAM, vol. I, 2011.

podemos entender por “análisis y balances de la historiografía” en general. Desde una perspectiva teórica, se trata de una disciplina que ha esclarecido sus objetivos y fines hasta años muy recientes, pero muchos de sus procedimientos se remontan al siglo XIX. De acuerdo con Alfonso Mendiola, la reflexión historiográfica tiene por función reorientar la investigación histórica a partir de la reconstrucción de su propia historia, así, la “historiografía vincula a la historia con su pasado [...]”,² es decir, dicha reflexión permite auto-observar la escritura histórica, e interrogar el sentido que persigue y orienta el conocimiento histórico, entonces pues, ésta operación intelectual permite reescribir la historia. Por su

² Alfonso Mendiola, “El giro historiográfico: la observación de observaciones del pasado”, en *Historia y Grafía*, núm. 15, 2000, p. 196.

parte, Fernando Betancourt Martínez ha señalado lo siguiente:

La historiografía, entendida como revisión de los vocabularios factuales generados y utilizados por los historiadores, aporta autocomprensión respecto a la escritura de la historia y de los procesos metódicos desde los cuales se produce. Lo que quiere decir que actúa tratando de reconducir las formas variadas de la escritura de la historia hacia el paradigma, midiendo las graduaciones que se van presentando de manera acumulativa en términos de cientificidad creciente. De ahí que su dimensión haya sido vista como secundaria y dependiente respecto de la investigación de hechos.³

En pocas palabras, los “balances y análisis de la historiografía” buscan reconstruir las formas y procesos que intervienen en la escritura de una historia determinada, y así, revalorar lo sabido sobre un momento o fenómeno histórico específico. Para tales efectos, estos trabajos aplican diversos juicios y métodos de análisis; en general, en ellos se delinear representaciones de las grandes interpretaciones que domina en una bibliografía. De esta forma es como podemos entender los trabajos que he compilado, bajo la rúbrica de “balances y análisis de la historiografía de la independencia de Nueva España”.

También, cabe puntualizar que esta manera pragmática de considerar la historiografía, por su función revalorativa y crítica de la reproducción de las verdades históricas, no debe congelar nuestra visión sobre dicha rama del conocimiento histórico, pues hay que mencionar que ha tenido distintas formas de inventar-

³ Fernando Betancourt Martínez, *El retorno de la metáfora en la conciencia histórica contemporánea*, México, IIN-UNAM, 2007, p. 32.

se, diferentes formatos de impresión y diversos usos sociales. De igual modo, los trabajos que aquí se aglutinan responden a diversas preocupaciones fundamentales sobre la historiografía de la Independencia, así como a distintas dinámicas y problemas de estudio. Ante todo, llaman la atención las mutaciones históricas que se observan en la peculiar bibliografía que se glosa en este andamio.

Nuestra historia comienza en 1848, pues la muerte del historiador Carlos María de Bustamante en dicho año dio cabida a una biografía fúnebre escrita por Lucas Alamán, en la que se añade un juicio crítico de las obras de Bustamante.⁴ En este juicio historiográfico, se pone a discusión la veracidad de las afirmaciones de Bustamante respecto a la guerra de independencia, así como el método con que escribió su historia.⁵ Alamán refutó las obras de Bustamante para hacer alusión a la necesidad de una versión verdadera de la historia de la guerra de independencia, y de México en general, esta historia a la que se refiere es la que él mismo venía elaborando hasta entonces.

Resulta curioso que la crítica de obras de historia de la Independencia, continuó en 1853 con la muerte del propio Lucas Alamán, ya que en el *Diccionario Universal de Historia y de Geografía*, se publicó una biografía necrológica escrita por José

⁴ Lucas Alamán, *Noticias biográficas del licenciado don Carlos María de Bustamante y juicio crítico de sus obras*, 1849.

⁵ Alamán toca todas las obras de Bustamante, pero arremete con más dureza contra sus obras principales sobre la insurgencia; Carlos María de Bustamante, *Cuadro histórico de la revolución de la América Mexicana*, 5 vols., México, FCE, 1985 [1821]; *Continuación del cuadro histórico de la Revolución mexicana*, 4 vols., México, FCE, 1985 [1832].

María Bassoco,⁶ donde se hace elogio de los escritos históricos de Lucas Alamán; también se critican las historias de México publicadas antes de las de este historiador,⁷ atribuyendo a la obra de Bustamante un carácter ficticio, poco ordenado, así como poco sustentado en testimonios y documentos históricos.

En el mismo *Diccionario Universal de Historia y de Geografía* apareció un artículo de Joaquín García Icazbalceta, en el cual se comentan la obra de los historiadores de México y se hace mención de “los dos historiadores más populares de la guerra de independencia”: Carlos María de Bustamante y Lucas Alamán, inclinándose la opinión de Icazbalceta por Alamán como mejor escritor.⁸

Años más tarde, durante el Segundo Imperio Mexicano de Maximiliano de Habsburgo (1864-1867), se publicó en 1865 un concienzudo trabajo sobre el modo, forma y proyecto para escribir historia desde una posición científica y crítica, la de México en particular. Se trata de un escrito de Manuel Larráinzar, en el que se pasa revista a los principales historiadores de México hasta la década de 1850.⁹ El juicio de Larráinzar nos trasmite cierta

⁶ José María Bassoco, “Don Lucas Alamán. Biografía necrológica”, 1853.

⁷ Lucas Alamán, *Disertaciones sobre la historia de la república mexicana* [...], 3 vols., México, JUS, 1969 [1943]; *Historia de México: desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en el año de 1808 hasta la época presente*, México, FCE/Instituto Cultural Helénico, 1985 [1849-1852].

⁸ Joaquín García Icazbalceta, “Historiadores de México”, 1853, p. 138.

⁹ Manuel Larráinzar, “Algunas ideas sobre la historia y la manera de escribir la de México, especialmente la contemporánea, desde la declaración de independencia, en 1821, hasta nuestros días”, 1865.

objetividad al tocar algunos aspectos importantes de Carlos María de Bustamante, Lorenzo de Zavala y José María Luis Mora, pero exige a éstos una visión del pasado no distorsionada por tendencias políticas, lo cual es una necesidad de la historiografía del México independiente.¹⁰

Esta misma postura crítica frente a las verdades históricas de otros historiadores sobre la guerra de independencia, aparece en un artículo publicado en 1884 por Juan Hernández y Dávalos. En éste se encontraría la visión de Alamán sobre la guerra de independencia, de igual modo que los anteriores críticos de la historiografía lo hicieron con Bustamante, sólo que ahora son las narraciones de Alamán las que se califican de poco precisas y tergiversadas.¹¹ Además, Hernández y Dávalos mide las transformaciones en la explicación de ciertos acontecimientos de la guerra a partir de la aparición de nuevas fuentes, como la publicación de su *Colección de documentos para la historia de la guerra de Independencia de México*, entre 1877 y 1882.¹²

¹⁰ Robert A. Potach, "Historiography of México since 1821", en *Hispanic American Historical Review*, vol. XL, núm. 3, 1960, pp. 383-424; versión en español: "Historiografía del México independiente", en *Historia Mexicana*, vol. X, núm. 3, 1961, pp. 361-413; Rafael Rojas, "Historiografía del México posvirreinal", en *La escritura de la independencia. El surgimiento de la opinión pública en México*, 2003, pp. 229-268.

¹¹ Juan Evaristo Hernández y Dávalos, "Los historiadores de la Independencia mexicana", 1884. Cabe mencionar que este artículo fue recogido y anotado por Ernesto Lemoine, "Una historiografía de la Independencia mexicana, anónima, de 1884", 1967.

¹² Juan Evaristo Hernández y Dávalos, *Colección de documentos para la historia de la guerra de independencia de México de 1802 a 1820*, 6 vols., México, INEHRM, 1985 [1877-1882].

Durante el siglo XIX, la crítica historiográfica mantuvo una relación estrecha con el campo de la política y las posiciones ideológicas, debido a que la discusión giró en torno a interpretaciones históricas e ideológicas sobre la guerra de independencia. De hecho, Juan A. Ortega y Medina logró estudiar a profundidad dos posturas frente a la insurgencia en el siglo XIX: una que aceptaba su carácter benigno, transformador y creativo para la historia de México, representada por Bustamante; y otra que calificaba a la insurgencia como un momento de destrucción para la historia mexicana, visión encarnada en Alamán. Esto lo ilustró Ortega y Medina en un extensivo análisis historiográfico titulado *El historiador don Carlos María de Bustamante ante la conciencia histórica mexicana*, publicado en 1964. Este trabajo no sólo es importante para los análisis de la historiografía de la Independencia de Nueva España, sino para la historiografía mexicana en general.

Antes de entrar en el siglo XX, rico en análisis y balances de la historiografía, cabe mencionar que la biografía, en algunos casos, continuó tocando aspectos de crítica historiográfica cuando el biografado fue un importante historiador, como lo ilustra la investigación de José C. Valadés sobre Lucas Alamán, publicada en 1938,¹³ así como los estudios historiográficos de Ernesto Lemoine acerca de la vida y obra de Bustamante.¹⁴

¹³ José A. Valadés, "Escribiendo la historia", en *Alamán: estadista e historiador*, 1987.

¹⁴ Ernesto, Lemoine, *Estudios historiográficos sobre Carlos María de Bustamante*, 1997. Otro excelente estudio histórico-historiográfico sobre Bustamante es el de Roberto Castelán Rueda, *La fuerza de la palabra impresa. Carlos María de Bustamante y el discurso de la modernidad*, 1997.

En el siglo XX, la crítica de la historiografía tomó el formato de ponencias, artículos en revistas especializadas y libros académicos, gracias al desarrollo de las instituciones dedicadas a la historiografía y a las transformaciones en el lenguaje y el discurso historiográfico, operadas en la sociedad mexicana de forma paulatina desde mediados del siglo XIX a la actualidad, de acuerdo con la interpretación de Guillermo Zermeño.¹⁵ Así, en el XX, los análisis y balances historiográficos continuaron siendo, de forma distinta, el escenario de confrontación de visiones e interpretaciones; sobre todo por actualizar el estado de la producción de la historiografía en un momento determinado, y ofrecer enfoques generales sobre lo conocido y por conocer. Pero en el siglo XX el contexto de enunciación ya no está fuertemente marcado por la política y la ideología, como en el XIX, pues el debate se tornó internacional y académico, institucional, aunque no por eso menos intersubjetivo.¹⁶

Algunos trabajos historiográficos de Virginia Guedea, Alfredo Ávila, Martha Terán, José Antonio Serrano y Manuel Chust¹⁷ apuntan a que en-

¹⁵ Guillermo Zermeño Padilla, "Ranke en México, un siglo después", en *La cultura moderna de la historia. Una aproximación teórica e historiográfica*, México, El Colegio de México, 2002, pp. 147-183.

¹⁶ Debemos recordar, que uno de los procedimientos de análisis de la historiografía, que propone Michel de Certeau, consiste en ubicar en su espacio social a todo discurso histórico, lo cual permite observar el funcionamiento de la ideología en el discurso histórico científico, justo como lo no dicho, lugar marcado y controlado por la institución. Michel de Certeau, *La escritura de la historia* (trad. Jorge López Moctezuma), México, UIA, 2006 [1974], pp. 68-127.

¹⁷ Alfredo Ávila, "De las independencias a la modernidad. Notas sobre un cambio historiográfico", 2004; Martha

tre las décadas de 1950 y 1960 se produjeron cambios profundos en la historiografía de la Independencia de Nueva España, y en la historiografía de la independencia de la América española en general, como bien lo enfatizan Chust y Serrano.¹⁸ De acuerdo con estos autores, se fue fracturando el viejo consenso que aceptaba en la historia de la Independencia una gesta de la identidad nacional, para venir a descubrir las crisis acaecidas en el último cuarto del siglo XVIII y principios del XIX, en la monarquía española y sus colonias de ultramar, así como las luchas sociales de indios y pueblos; no se diga la reinterpretación de la participación política de los criollos y las elites locales.

Estos cambios se reflejaron hasta la década de 1960 en los análisis de la historiografía de la Independencia, pues los trabajos historiográficos de Luis González y González y Luis Muro, publicados en 1948, aún centran su interés en la historiografía del siglo XIX.¹⁹ En cambio, en la ponencia de Peggy K. Korn, presentada en noviembre de 1969 en la “Tercera Reunión de Historiadores Mexicanos y Norteamericanos”, en Oaxtepec, ya hay un tratamiento novedoso de la historiografía: un recorri-

Terán, “Atando cabos en la historiografía del siglo XX sobre Miguel Hidalgo y Costilla”, 2004; Alfredo Ávila y Virginia Gueda, “De la independencia nacional a los procesos autonomistas novohispanos: balance de la historiografía reciente”, 2007; Manuel Chust y José Antonio Serrano, “Un debate actual, una revisión necesaria”, en *Debates sobre las independencias iberoamericanas*, 2007, pp. 9-25.

¹⁸ Manuel Chust y José Antonio Serrano, *op. cit.*

¹⁹ Luis González y González, “El optimismo nacionalista como factor de la Independencia de México”, 1948; Luis Muro, “La independencia americana vista por historiadores españoles del siglo XIX”, 1948.

do por las interpretaciones forjadas a lo largo del siglo XIX, así como un rastreo de nuevas explicaciones en la historia política, económica y de las ideas.²⁰ En cuanto al enfoque de observación a largo plazo de la historiografía mexicana desarrollado por Peggy K. Liss, se sigue la línea propuesta por Robert A. Potach en 1960 para la historiografía del México nacional, independiente, la cual para esa década abarcaba 140 años de desarrollo.²¹

En los años setenta, una nueva intervención de Peggy K. Liss contribuyó con un balance de lo publicado entre 1970 y 1977.²² En ese artículo la historiadora estadounidense muestra la preocupación dominante que existía para entonces en el estudio de “los sistemas de la tierra y las estructuras agrarias”; de igual modo apunta el interés por estudiar las reformas y la política borbónica, así como su impacto en las regiones de la Nueva España; aunque también se señala un desinterés en los estudios de la ilustración y el pensamiento ilustrado del siglo XVIII.

En los años ochenta del siglo XX, se hicieron más notorios los cambios en la historiografía de independencia. En el congreso “Repaso de la Independencia”, celebrado en octubre de 1984 en Morelia, Michoacán, los cambios aún no se generalizaban, pues si bien se presentaron ponencias cuya preocupación central sigue siendo la insurgencia, éstas han dejado de dedicarse a exaltar el espíritu patriótico, para conocer más a fondo a los sujetos históricos y los problemas sociales, como lo muestran las presen-

²⁰ Peggy K. Korn, “Topics in Mexican Historiography, 1750-1818; The Bourbon Reforms, The Enlightenment, and the Background of Revolution”, 1971.

²¹ Robert A. Potach, *op. cit.*

²² Peggy K. Liss, “México en el siglo XVIII. Algunos problemas e interpretaciones cambiantes”, 1977.

taciones de Ernesto de la Torre Villar, Christon I. Archer y Ernesto Lemoine.²³ Cabe señalar que, los trabajos historiográficos que se expusieron en dicho congreso, se preocuparon por la historiografía del siglo XIX más que por la historiografía contemporánea,²⁴ con todo, las notas de Antonio Martínez Báez sobre la historiografía de las primeras décadas del XIX, son innovadoras y abren brechas de investigación para la localización de fuentes documentales.

En contraste, a finales de dicha década, en el “Simposio de Historiografía Mexicanista” de 1988, se manifestó abiertamente la presencia y el empuje de nuevos problemas de investigación en la historiografía de independencia. Las ponencias de Guadalupe Jiménez Codinach y Christon I. Archer muestran un panorama ya muy cambiado en relación con el que aparece en los trabajos de Luis González y González y Luis Muro, por ejemplo.²⁵ Digamos que las líneas de investigación se diversificaron en estudios regionales, investigaciones sobre el contexto social y político de las rebeliones, sobre la

²³ Christon I. Archer, “Los dineros de la insurgencia”, pp. 39-65; Ernesto de la Torre Villar, “Sociedades secretas y movimiento insurgente”, pp. 71-89; Ernesto Lemoine, “Relaciones entre Morelos y el Congreso de Anáhuac”, en Carlos Herrejón (comp. y presentación), *Repaso de la Independencia*, 1985.

²⁴ Antonio Martínez Báez, “Problemas documentales en torno a la insurgencia”; Manuel Calvillo, “Fray Servando, Primer historiador de la insurgencia”, en Carlos Herrejón (comp. y presentación), *Repaso de la Independencia*, 1985.

²⁵ Guadalupe Jiménez Codinach, “Hacia una visión realista de la insurgencia y una visión insurgente de los realistas”; Christon I. Archer, “History of the Independence of Mexico: Views and Interpretations of 1810-1821 since Oaxtepec, 1969”, en *Memorias del Simposio de Historiografía Mexicanista*, 1990; Luis González y González, *op. cit.*; Luis Muro, *op. cit.*

economía y la política realista, como lo resalta Codinach.

Una interesante mirada del “Simposio de Historiografía Mexicanista”, que merece ser rescatada, es el comentario de Hug M. Hamill Jr., a la ponencia de Codinach, pues mediante una metáfora de las caras de Hidalgo ilustra la diversidad de las preocupaciones de los historiadores, ajusta citar sus palabras:

[...] la idea de seis Hidalgos sirve hoy día no para entender la enseñanza de la independencia sino para repasar la historiografía de tal época [...].

Las caras de Hidalgo son espejos que reflejan las preocupaciones de historiadores durante los veinte años recién pasados. Las caras entonces corresponden al contexto internacional, a la historia regional, a condiciones sociales y económicas, a la historia institucional o de corporaciones, a la contrainsurgencia de los realistas y, al fin, a los mitos de la independencia.²⁶

En la década de 1990 deben señalarse tres trabajos de importancia para los análisis y balances de la historiografía que aparecerán en el periodo subsecuente, 2000-2013, muchos de ellos motivados por algo que podemos denominar la conmemoración académica del bicentenario de la independencia de Nueva España.

El primero de ellos es más bien un análisis sobre las interpretaciones dominantes en el siglo XX, en la historiografía de la América Española, y fue elaborado por Manuel Chust en 1994,²⁷ si bien debería tenerse en

cuenta que Chust se ha enfocado a estudiar procesos políticos e institucionales novohispanos. El autor distingue cinco tesis sobre la emancipación americana: 1) tesis de la historia tradicional hispanoamericana; 2) la historia de los traidores —americanos—; 3) tesis que explica la independencia por razones políticas; 4) tesis de la emancipación, a partir de la madurez de las colonias de la América española, y 5) tesis de la crisis del imperio español. En suma, Chust estudia el tránsito de las historias nacionalistas a la teoría de la dependencia y trabajos de orden económico, hasta llegar a las nuevas interpretaciones de la historia política.

El segundo trabajo fue escrito por Virginia Guedea en 1997,²⁸ y la autora dejó anotados los temas que se venían divisanando ya desde entonces, y que dominarían durante la siguiente década: el estudio de la participación política de los criollos, sobre todo en 1808, la historia de las instituciones constitucionales en Nueva España, la política insurgente, y el estudio de los objetivos de los movimientos políticos de los criollos, a partir de los conceptos de autonomía y autonomismo, así como la exploración de las bases sociales y políticas de la insurgencia.

El tercero es un libro colectivo sobre la historiografía mexicana de la primera mitad del siglo XIX, publicado en 1997 y coordinado por Virginia Guedea,²⁹ en el cual se presentan monografías historiográficas sobre las obras de Servando Teresa de Mier, William Davis Robinson, Carlos María de Bustamante, Pablo de Mendivil, Mariano Torrente, Vicente

Rocafuerte, Lorenzo de Zavala, José María Luis Mora, Lucas Alamán, José María Liceaga, y Anastasio Zerecero, entre otros historiadores que tocaron la historia de la guerra de independencia entre sus páginas.³⁰ Todos estos trabajos apuntan los libros y artículos de los historiadores decimonónicos, y además exponen: 1) las estructuras de las obras, es decir su formato, método y contenido; 2) las ideas que los historiadores se formaron en torno a la historia, y 3) la trayectoria de vida de los historiadores. En 2008, Antonio Annino aprovechó muy bien la bibliografía y los descubrimientos generados por el equipo de trabajo reunido en torno a Virginia Guedea en 1997.³¹

La llegada del siglo XXI, trajo consigo la preocupación por conmemorar el bicentenario de la Independencia, desde un contexto académico y especializado, rico en historiografía, pero no agotado. Así, el congreso “Los Procesos de Independencia en la América Española”, celebrado en julio de 1999 en la ciudad de Morelia, Michoacán, reunió textos de 28 investi-

³⁰ Yael Bitrán Goren, “Servando Teresa de Mier”, pp. 65-91; Virginia Guedea, “William Davis Robinson”, pp. 93-107; María Eugenia Claps, “Carlos María de Bustamante”, pp. 109-126; María Eugenia Claps, “Pablo de Mendivil”, pp. 129-142; Patricia Montoya Rivero, “Mariano Torrente”, pp. 143-165; Jaime E. Rodríguez, “Vicente Rocafuerte”, pp. 169-181; Teresa Lozano Armendares, “Lorenzo de Zavala”, pp. 113-140; Anne Staples, “José María Luis Mora”, pp. 141-256; Enrique Plasencia de la Parra, “Lucas Alamán”, pp. 307-348; Javier Torres, “José María Liceaga”, pp. 413-425; Luis Jáuregui, “Anastasio Zerecero”, pp. 427-444, en Virginia Guedea (coord.), *El surgimiento de la historiografía nacional*, 1997.

³¹ Antonio Annino, “Historiografía de la independencia (siglo XIX)”, en Antonio Annino y Rafael Rojas, *La Independencia. Los libros de la patria*, 2008, pp. 11-96.

²⁶ Hug M. Hamill Jr., “Comentario”, en *Memorias del Simposio de Historiografía Mexicanista*, 1990, pp. 132-135.

²⁷ Manuel Chust, “Insurgencias y revolución en Hispanoamérica. Sin castillos hubo bastillas”, 1994.

²⁸ Virginia Guedea, “El proceso de independencia novohispano. Algunas consideraciones sobre su estudio”, 1997.

²⁹ Virginia Guedea (coord.), *El surgimiento de la historiografía nacional*. Historiografía Mexicana, vol. III, 1997.

gadores, quienes manifiestan una preocupación por memorar las independencias de la América española, en su contexto propio: la monarquía española. El congreso buscó efectuar una conmemoración académica centrada en una revisión de las múltiples investigaciones alcanzadas en la materia, con la participación de historiadores que han contribuido a ampliar el campo de trabajo, en palabras de los organizadores:

El congreso [...] pretendió ser, y creemos que en gran parte lo logró, una puesta al día de los estudios y de los temas que se han estado discutiendo en las comunidades académicas en las últimas décadas del siglo XX. Tomamos la fotografía de un momento de investigación entre los que finalizó el siglo. De modo que el libro que ahora se publica es una instantánea de las preocupaciones historiográficas que pudimos detectar, así como de la potencialidad de la investigación profesional.³²

En esta declaración de intereses se reconoce una de las características de las reflexiones que algunos historiadores realizaron durante el bicentenario: la necesidad de “auto-observarse”, es decir no sólo interrogarse por lo que sucedió a finales del siglo XVIII y principios del XIX, sino cuestionarse acerca de cómo vieron otros historiadores este pasado, y cómo lo observamos en la actualidad. Todo para saber, ¿qué tradiciones historiográficas o qué líneas inter-

³² Martha Terán y José Antonio Serrano Ortega, “Presentación: mirando una instantánea”, en Martha Terán y José Antonio Serrano Ortega (eds.), *Las guerras de independencia en la América española*, México, El Colegio de Michoacán/INAH, 2010 [2001], p. 11.

pretativas, intervienen en nuestras observaciones de primer orden sobre el proceso de la guerra por la independencia en Nueva España?³³

Esa necesidad de auto-observación de la historiografía de independencia, manifestada en el congreso de 1999, también se reflejó en un artículo de John Lynch publicado ese mismo año, en el cual traza un balance de lo escrito sobre la independencia de la América española durante el último cuarto del siglo pasado.³⁴

Entonces, de algún modo la celebración razonada del bicentenario está marcada por la auto-reflexión de las interpretaciones más aceptadas, y dicha auto-reflexión se generalizó a partir de 2007.³⁵ Sin embargo, se deben señalar dos trabajos publicados en 2004, uno de Martha Terán y otro de Alfredo Ávila.³⁶ En el primero se efectúa una revisión de lo escrito sobre Miguel Hidalgo en el siglo XX, y con ello nos traza el cuadro de las mutaciones en las interpretaciones sobre quien fuera el astro mayor de la historiografía de independencia, por lo menos entre 1860 y 1953, y esta observación hace más interesante indagar acerca de los Hídalgos contruidos por los historiadores de la segunda mitad del siglo XX. A su vez, Alfredo Ávila reconstruye los cambios en la historiografía centran-

³³ Sobre la auto-observación en la historiografía véase, Alfonso Mendiola, *op. cit.*

³⁴ John Lynch, “Spanish American Independence in Recent Historiography”, 1999.

³⁵ Alfredo Ávila y Virginia Guedea (coords.), *La independencia de México. Temas e interpretaciones recientes*, 2007; Manuel Chust y José Antonio Serrano (coords.), “Dossier. De Nueva España a la República federal mexicana, 1808-1835. Las dos independencias”, 2007.

³⁶ Martha Terán, “Atando cabos en la historiografía del siglo XX sobre Miguel Hidalgo y Costilla”, 2004; Alfredo Ávila, “De las independencias a la modernidad. Notas sobre un cambio historiográfico”, 2004.

do su interés en la historia política, desde la otra cara del proceso que estudia Martha Terán: Ávila nos dice cuáles fueron las preocupaciones y temas de investigación que desplazaron la interpretación nacionalista de la Independencia, la cual colocó a Hidalgo como el padre de la patria y la matriz de la explicación de la insurgencia y la Independencia.

En 2006 se publicó en español un profundo balance de la historiografía anglófona sobre México, escrito por Eric Van Young; ahí se valoran los cambios ocurridos en la historiografía desde 1980 hasta principios del siglo XXI. Van Young, al igual que Peggy K. Liss, menciona la importancia que tenía la historia económica y agraria antes de 1980, y analiza su paulatino abandono; en general, el autor apunta cambios sucedidos en el conjunto de las áreas del conocimiento histórico, y conviene traer a colación una percepción del autor sobre las mutaciones historiográficas: “Obras que hace dos décadas, e incluso una sola, podrían haber tomado la forma de un solo filamento —por ejemplo, de estructuras políticas o grupos de elite o prácticas de adscripción racial, [...] se han transformado, en lugar de ello, en narrativas más complejas de ciertas localidades en el transcurso del tiempo, sin que ello obste para que se sigan produciendo trabajos del estilo más antiguo”.³⁷

Ya para concluir este recuento de análisis y balances sobre la historiografía de la independencia de Nueva España, sólo es menester señalar el trabajo colectivo que coordinaron Alfredo Ávila y Virginia Guedea en 2007, el cual ofrece balances historio-

³⁷ Eric Van Young, *Dos décadas de obras anglófonas acerca de la historia de México, desde la conquista hasta la independencia: continuidad y cambio desde 1980*, 2006, p. 34.

gráficos sobre la historia del pensamiento, la historia política, la historia social, las finanzas, las relaciones internacionales, entre otras temáticas.³⁸

Por lo menos en la última década estos trabajos han estado ligados, de alguna forma, a la conmemoración académica del bicentenario de la guerra por la independencia, comenzaron a generalizarse, con declarada intención conmemorativa, en congresos, libros y números especiales de revistas científicas a partir de 2007 y 2008; además, su producción ha sido constante entre 2010 y 2013, y me parece lógico que continúen aflorando, debido al desarrollo de las instituciones y la intensa investigación que se generó sobre la independencia de Nueva España a lo largo del siglo pasado.³⁹

Además de esto, es necesario señalar que en esta bibliografía no se consideran las innumerables notas de

³⁸ Alfredo Ávila, "Interpretaciones recientes en la historia del pensamiento de la emancipación"; Virginia Guedea, "La historia política sobre el proceso de la independencia"; Jesús Hernández Jaimes, "Los grupos populares y la insurgencia. Una aproximación a la historiografía social"; Johanna von Grafenstein, "La independencia de México. Fuera de sus fronteras"; Luis Jáuregui, "Las finanzas en la historiografía de la guerra de independencia", en Alfredo Ávila y Virginia Guedea (coords.), *La Independencia de México*, 2007.

³⁹ Rodrigo Moreno Gutiérrez, "Nuestras ideas sobre la consumación Recorrido historiográfico sobre el proceso de la consumación de la Independencia de México", 2010; Moisés Guzmán Pérez, "Historiografía en torno a Miguel Hidalgo y al gobierno insurgente de Valladolid", en *Miguel Hidalgo y el gobierno insurgente en Valladolid*, 2011; "Historiografía decimonónica sobre la conspiración de Valladolid en 1809", en Moisés Guzmán Pérez y Gerardo Sánchez Díaz (eds.), *La conspiración de Valladolid de 1809. Cultura política, actores y escenarios*, 2012; José Antonio Serrano Ortega, "Sobre el proceso de independencia de la Nueva España, 1953-1997", 2013.

crítica historiográfica asentadas en las miles de páginas de libros de historia de la Independencia; sólo me han interesado los trabajos que manifiestamente se han configurado, de algún modo, como textos de crítica historiográfica: balances y análisis. También debo agregar que la bibliografía está dividida en dos apartados: en el primero se incluyen algunos trabajos de historiografía de la Independencia de la América española, se trata de los resultados que arrojaron las búsquedas sobre el segundo apartado, la historiografía de la Independencia de Nueva España. Considero que en el primer apartado se puede ir más afondo, pero se requiere una investigación independiente y un comentario aparte, y no porque no estén relacionadas.

Bibliografía

I. Algunos trabajos de historiografía sobre la independencia de la América española

1940

Chinchilla Aguilar, Ernesto, "La independencia de Guatemala", en *Estudios de historiografía americana*, México, El Colegio de México, 1948, pp. 218-261.

Cavallini, Ligia, "La independencia de Costa Rica", en *Estudios de historiografía americana*, pp. 265-294.

Muro Arias, Luis Felipe, "La independencia americana vista por historiadores españoles del siglo XIX", en *Estudios de historiografía americana*, pp. 296-381.

1980

Van Young, Eric, "Recent Anglophone Scholarship on Mexico and

Central America in the Age of Revolution (1750-1850)", en *Hispanic American Historical Review*, vol. LXV, 1985.

Chanu, Pierre, "Interpretación de la independencia de América Latina", en *Secuencia. Revista Americana de Ciencias Sociales*, núm. 9, 1987, pp. 154-172.

Navarro García, Luis, "La independencia de Hispanoamérica", en V. Vázquez de Prada e Ignacio Olabarri (eds.), *Balance de la historiografía sobre Iberoamérica [1945-1988]*, *Actas de las IV Conversaciones Internacionales de Historia*, Pamplona, Universidad de Navarra, 1989, pp. 527-555.

Vázquez de Prada, V. e Ignacio Olabarri (eds.), *Balance de la historiografía sobre Iberoamérica [1945-1988]*, *Actas de las IV Conversaciones Internacionales de Historia*, 1989.

1990

Mörner, Magnüs, "Historia social hispanoamericana de los siglos XVIII y XIX: algunas reflexiones en torno a la historiografía reciente", en *Historia Mexicana*, vol. XLII, núm. 2, 1992, pp. 419-471.

Chust, Manuel, "Insurgencia y revolución en Hispanoamérica. Sin castillos hubo bastillas", en *Historia Social*, núm. 20, 1994, pp. 67-99.

Lempérière, Annick, "La historia urbana de América Latina, de las reformas borbónicas a los centenarios de la independencia", en Ignacio Sosa y Brian Connaughton (coords.), *Historiografía latinoamericana contemporánea*, México, Cicydel-UNAM, 1999, pp. 73-135.

Lynch, John, "Spanish American Independence in recent Historiography", en Anthony McFarlane y Eduardo Posada-Carbó (eds.), *Independence and Revolution in Spanish America: Perspectives*

and Problems, Londres, Institute of Latin American Studies, 1999, pp. 13-42.

2000

Pérez Vejo, Tomás, "La construcción de las naciones como problema historiográfico: el caso del mundo hispánico", en *Historia Mexicana*, vol. LIII, núm. 2, 2003, pp. 269-273.

Álvarez Cuartero, Izaskun y Julio Sánchez Gómez (eds.), *Visiones y revisiones de la independencia americana. México, Centroamérica y Haití*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2005.

Breña, Roberto, *El primer liberalismo español y los procesos de emancipación de América, 1808-1824: una revisión historiográfica del liberalismo hispánico*, México, El Colegio de México, 2006.

Quintero Lugo, Gilberto, "Historiografía de la independencia hispanoamericana en las últimas décadas del siglo XX (1980-2003): temas y perspectivas", en *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, t. LXXXIX, núm. 356, 2006, pp. 101-128.

Chust, Manuel y José Antonio Serrano (coords.), *Debates sobre las independencias iberoamericanas*, Madrid, Asociación de Historiadores Latinoamericanistas Europeos/Vervuet, 2007.

Palacios, Guillermo (coord.), *Ensayos sobre la nueva historia política de América Latina, siglo XIX*, México, El Colegio de México, 2007.

Peralta Ruiz, Víctor, "El impacto de las Cortes de Cádiz en el Perú. Un balance historiográfico", en *Revista de Indias*, vol. LXVIII, núm. 242, 2008, pp. 67-96.

Vélez, Palmira, "Política e historiografía. El americanismo español, hasta 1936", en *Revista de Indias*,

vol. LXVIII, núm. 242, 2008, pp. 241-268.

Palacios, Guillermo (coord.), *La nación y su historia, independencias, relato historiográfico y debates sobre la nación: América Latina, siglo XIX*, México, El Colegio de México, 2009.

Palti, Elías José, "Revisión y revolución, rupturas y continuidades en la historia y en la historiografía", en *Historia Mexicana*, vol. LVIII, núm. 3, 2009, pp. 1171-1198.

Reyes Cárdenas, Catalina, "Balance y perspectivas de la historiografía de la independencia en Colombia", en *Historia y Espacio*, núm. 33, 2009.

2010

Aveñado Rojas, Xionara, "El proceso de independencia en El Salvador: análisis historiográfico de los movimientos precursores", en Juan Ortiz e Ivana Frasquet (eds.), *Jaque a la corona. La cuestión política en las independencias iberoamericanas*, Castelló, Universitat Jaume-I, 2010, pp. 291-311.

Bandieri, Susana, "Historiografía y fundamentos ideológicos del movimiento revolucionario en Río de la Plata", en *Revista Pilquen*, año XII, núm. 12, 2010, pp. 1-14.

Chust, Manuel (ed.), *Las independencias iberoamericanas en su laberinto: controversias, cuestiones, interpretaciones*, Valencia, Universidad de Valencia, 2010.

Gutiérrez Álvarez, Coralia, "La historiografía contemporánea sobre la independencia en Centroamérica", en Juan Ortiz e Ivana Frasquet (eds.), *Jaque a la corona. La cuestión política en las independencias iberoamericanas*, 2010, pp. 313-333.

Palti, Elías José, "¿De la tradición a la modernidad? Revisionismo e

historia político conceptual de las revoluciones de independencia", en Gustavo Leyva (coord.) *Independencia y revolución. Pasado, presente y futuro*, México, FCE, 2010, pp. 175-190.

Gutiérrez Escudero, Antonio, "La emancipación hispanoamericana y los bicentenarios: un primer repertorio bibliográfico", en *Araucaria*, vol. XIII, núm. 25, 2011, pp. 207-223.

Breña, Roberto, *El imperio de las circunstancias: las independencias hispanoamericanas y la revolución liberal española*, México, El Colegio de México, 2012.

Chust, Manuel e Ivana Frasquet, *Tiempos de revolución. Comprender las independencias iberoamericanas*, Madrid, Fundación Tavera/Mapfre/Taurus, 2013.

II. Historiografía de la Independencia de Nueva España

Siglo XIX

Alamán, Lucas, *Noticias biográficas del licenciado don Carlos María de Bustamante y juicio crítico de sus obras*, México, Tipografía de R. Rafael, 1849.

Bassoco, José María, "Don Lucas Alamán. Biografía necrológica" en *Diccionario Universal de Historia y de Geografía*, vol. II, México, Tipografía de Rafael Rafael-Librería de Andrade, 1853, pp. 1-45.

García Icazbalceta, Joaquín, "Historiadores de México", en *Diccionario Universal de Historia y de Geografía*, vol. IV, 1853, pp. 132-138.

Larráinzar, Manuel, "Algunas ideas sobre la historia y la manera de escribir la de México, especialmente la contemporánea, desde la declaración de independencia, en 1821, hasta nuestros días", en Juan A. Ortega y Medina (se-

lección, introd., estudio y notas), *Polémicas y ensayos en torno a la historia*, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Históricas, 2001, pp. 160-306 (primera edición del artículo en *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, vol. CV, 1865.)

Hernández y Dávalos, Juan Evaristo, "Los historiadores de la independencia mexicana", en *La América*, núm. 4, 1884.

1930-1940

Valadés, José A., "Escribiendo la historia", en *Alamán: estadista e historiador*, México, UNAM, 1987 [1938], pp. 405-447.

González y González, Luis, "El optimismo nacionalista como factor de la Independencia de México", en *Estudios de historiografía americana*, 1948, pp. 165-215.

Velázquez, María del Carmen, "Lucas Alamán, historiador de México", en *Estudios de historiografía americana*, 1948, pp. 391-431.

1950

González Navarro, Moisés, "Alamán e Hidalgo", en *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, vol. III, núm. 2, 1953, pp. 217-240.

Walker, Thomas F., "Pre-Revolutionary Pamphleteering in Mexico: Juan López Cancelada, Editor and Pamphleteer", en Thomas E. Cotner y Carlos E. Castañeda (eds.), *Essays in Mexican History*, Austin, University of Texas, 1958, pp. 33-52.

1960

Ortega y Medina, Juan A., *El historiador don Carlos María de Bustamante ante la conciencia histórica mexicana*, México, UNAM, 1964.

Tavera Alfaro, Xavier, "El Congreso de Chilpancingo visto por dos historiadores del siglo XIX", en *Memoria del Symposium Nacional de Historia sobre el Primer Congreso de Anahuac*, México, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística (Sección de Historia), 1964, pp. 455-460.

Velázquez, María del Carmen, "Historia de la Independencia de México", en *Historia Mexicana*, vol. XV, núm. 4, 1966, pp. 560-579.

Lemoine, Ernesto, "Una historiografía de la independencia mexicana, anónima, de 1884", en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, vol. II, 1967, pp. 115-128.

1970

Bachman, John E., "Los panfletos de la independencia", en *Historia Mexicana*, vol. XX, núm. 4, 1971, pp. 511-521.

Korn, Peggy K., "Topics in Mexican historiography, 1750-1818; The Bourbon reforms, The Enlightenment, And the Background of revolution", en *Investigaciones contemporáneas sobre historia de México. Memorias de la Tercera Reunión*, México, UNAM/ El Colegio de México/ The University of Texas Austin, 1971, pp. 159-195.

Gurría Lacroix, Jorge, "Estudio Historiográfico", en Anastasio Zerecero, *Memorias para la Historia de las Revoluciones en México*, México, UNAM (Nueva Biblioteca Mexicana), 1975, pp. 7-70.

Piñera, David, "La independencia en el noreste de México. Estudio historiográfico", en *Estudios de Historia Moderna Contemporánea de México*, vol. V, 1976, pp. 37-52.

Liss, Peggy K. "México en el siglo XVIII. Algunos problemas e interpretaciones cambiantes", en *Histo-*

ria Mexicana, vol. XXII, núm. 2, 1977, pp. 273-315.

1980

Calvillo, Manuel, "Fray Servando. Primer historiador de la insurgencia", en Carlos Herrejón Peredo (comp. y presentación), *Repaso de la independencia. Memoria del Congreso sobre la Insurgencia Mexicana Octubre 22-23 de 1984*, Morelia Michoacán, Zamora, El Colegio de Michoacán/ Gobierno del Estado de Michoacán, 1985, pp. 245-263.

Martínez Báez, Antonio, "Problemas documentales en torno a la insurgencia", en Carlos Herrejón Peredo (comp. y presentador), *Repaso de la Independencia. Memoria del congreso sobre la Insurgencia Mexicana*, 1985, pp. 15-37.

Zarate Toscano, Verónica, "Juan López Cancelada: vida y obra", tesis de maestría, FFyL-UNAM, México, 1986.

Guerra François, Xavier, "El olvidado siglo XIX", en V. Vázquez de Prada, e Ignacio Olabarri (eds.), *Balance de la historiografía sobre Iberoamérica [1945-1988]*, *Actas de las IV Conversaciones Internacionales de Historia*, 1989, pp. 593-629.

1990

Archer, Christon I., "History of the independence of Mexico: Views and Interpretations of 1810-1821 since Oaxtepec, 1969", en *Memorias del Simposio de Historiografía Mexicanista*, México, Comité Mexicano de Ciencias Históricas/ Gobierno del Estado de Morelos, IIH-UNAM, 1990, pp. 119-131.

Jiménez Codinach, Guadalupe, "Hacia una visión realista de la insurgencia y una visión insurgente de

- los realistas”, en *Memorias del Simposio de Historiografía Mexicanista*, México, 1990, pp. 105-118.
- Rodríguez O., Jaime E., “La historiografía de la primera república”, en *Memorias del Simposio de Historiografía Mexicanista*, 1990, pp. 147-159.
- Vázquez, Josefina Zoraida, *La historiografía mexicana*, México, SRE, 1990.
- Hamnett, Brian R., “Absolutismo ilustrado y crisis multidimensional en el periodo colonial tardío, 1760-1808”, en Josefina Zoraida Vázquez, *Interpretaciones del siglo XVIII Mexicano. El impacto de las reformas borbónicas*, México, Nueva Imagen, 1992, pp. 67-108.
- Lira, Andrés, “La insurgencia de Hidalgo según tres contemporáneos: Bustamante, Mora y Alamán”, en Jean Meyer (coord.), *Tres levantamientos populares: Pugachóv, Túpac Amaru, Hidalgo*, México, CEMCA/Conaculta, 1992, pp. 172-187.
- Vizcaíno Guerra, Fernando, “Las Cortes de Cádiz en la historiografía mexicana de la primera mitad del siglo XIX: Teresa de Mier, Carlos María de Bustamante y Lucas Alamán”, tesis de maestría, México, Instituto Mora, 1996.
- Castelán Rueda, Roberto, *La fuerza de la palabra impresa. Carlos María de Bustamante y el discurso de la modernidad*, México, FCE/Universidad de Guadalajara, 1997.
- Guedea, Virginia, “El proceso de independencia Novohispano: algunas consideraciones sobre su estudio”, en *Históricas*, núm. 50, 1997, pp. 3-15.
- Guedea, Virginia (coord.), *El surgimiento de la historiografía nacional. Historiografía Mexicana*, vol. III, México, IIH-UNAM, 1997.
- Lemoine, Ernesto, *Estudios historiográficos sobre Carlos María de Bustamante*, México, UAM-A, 1997.
- 2000**
- Terán, Martha, “Michoacán en la Independencia. Recuento de libros”, en Gerardo Sánchez Díaz y Ricardo León Alanís, *Historiografía Michoacana. Acercamientos y balances*, México, UMSNH/IIH-UNAM, 2000, pp. 161-174.
- Rojas, Rafael, *La escritura de la independencia. El surgimiento de la opinión pública en México*, México, Taurus/CIDE, 2003.
- Ávila, Alfredo, “De las independencias a la modernidad. Notas sobre un cambio historiográfico”, en Erika Pani y Alicia Salmerón, *Conceptualizar lo que se ve. François Xavier Guerra: historiador. Homenaje*, México, Instituto Mora, 2004, pp. 76-112.
- Knight, Alan, “Eric Van Young, *The other rebellion* y la historiografía mexicana”, en *Historia Mexicana*, vol. IV, núm. 2, 2004, pp. 445-515.
- Ortiz Monasterio, José, “Los otros tomos y autores del México a través de los siglos”, en *México eternamente. Vicente Riva Palacio ante la escritura de la historia*, México, FCE-Instituto Mora, 2004, pp. 225-288.
- Terán, Martha, “Atando cabos en la historiografía del siglo XX sobre Miguel Hidalgo y Costilla”, en *Historias*, núm. 59, 2004, pp. 23-43.
- Van Young, Eric, “De aves y estatuas: respuesta a Alan Knight”, en *Historia Mexicana*, vol. IV, núm. 2, 2004, pp. 517-573.
- Zárate Toscano, Verónica, *Una docena de visiones de la historia. Entrevistas con historiadores americanistas*, México, Instituto Mora (Historia social y cultural), 2004. (Historia social y cultural)
- Ávila, Alfredo y María José Garrido Aspero, “Temporalidad e independencia. El proceso ideológico de Luis Villoro, medio siglo después”, *Secuencia*, núm. 63, 2005, pp. 77-99.
- Hamnett, Brian R., “Problemas interpretativos de la independencia mexicana”, en Izaskun Álvarez Cuartero y Julio Sánchez Gómez (eds.), *Visiones y revisiones de la independencia americana. México, Centroamérica y Haití*, 2005, pp. 77-92.
- Rozat Dupeyrón, Guy, “La independencia desde una mirada historiográfica”, en Gumersindo Vera Hernández, José R. Pantoja Reyes, María Xóchitl Domínguez Pérez, Orlando Arreola Rosas (coords.), *Los historiadores y la historia para el siglo XXI: Homenaje a Eric J. Hobsbaum 25 años de la licenciatura de historia*, México, ENAH-INAH, 2006, pp. 253-270.
- Van Young, Eric, *Dos décadas de obras anglófonas acerca de la historia de México, desde la conquista hasta la independencia: continuidad y cambio desde 1980*, México, El Colegio de México, 2006.
- Archer, Christon I., “Historia de la guerra: las trayectorias de la historia militar en la época de la independencia de Nueva España”, en Alfredo Ávila y Virginia Guedea, *La independencia de México. Temas e interpretaciones recientes*, México, IIH-UNAM, 2007, pp. 145-161.
- Ávila, Alfredo y Virginia Guedea (coords.), *La Independencia de México. Temas e interpretaciones recientes*, 2007.
- Ávila, Alfredo, “Interpretaciones recientes en la historia del pensamiento de la emancipación”, en Alfredo Ávila y Virginia Guedea, *La Independencia de México. Temas e interpretaciones recientes*, 2007, pp. 17-39.
- _____, y Virginia Guedea, “De la independencia nacional a los procesos autonomistas novohispa-

- nos: balance de la historiografía reciente”, en Manuel Chust y José Antonio Serrano, *Debates sobre las independencias iberoamericanas*, 2007.
- Breña, Roberto, “El peso de las interpretaciones tradicionales en la historiografía peninsular actual sobre el primer liberalismo español y los procesos emancipadores americanos (Una interpretación alternativa)”, en *La independencia de México. Temas e interpretaciones recientes*, 2007, pp. 179-199.
- Tecuanhuey, Alicia, “En los orígenes del federalismo mexicano. Problemas historiográficos recientes”, en Manuel Chust y José Antonio Serrano (coords.), *Dossier. De Nueva España a la República federal mexicana, 1808-1835. Las dos independencias*, 2007, pp. 71-91.
- Chust, Manuel y José Antonio Serrano (coords.), “Dossier. De Nueva España a la República federal mexicana, 1808-1835. Las dos independencias”, en *Revista Complutense de Historia de América*, vol. XXXIII, 2007.
- Chust, Manuel y José Antonio Serrano, “Nueva España versus México: historiografía y propuestas de discusión sobre la Guerra de Independencia y el liberalismo doceañista”, en *Dossier. De Nueva España a la República federal mexicana, 1808-1835. Las dos independencias*, 2007, pp. 15-33.
- Frasquet, Ivana, “La ‘otra’ independencia de México: el primer imperio mexicano. Claves para la reflexión histórica”, en Manuel Chust, y José Antonio Serrano (coords.), *Dossier. De Nueva España a la República federal mexicana, 1808-1835. Las dos independencias*, 2007, pp. 35-54.
- Galante, Mirian, “La revolución hispana a debate: lecturas recientes sobre la influencia del proceso gaditano en México”, en Manuel Chust y José Antonio Serrano (coords.), *Dossier. De Nueva España a la República federal mexicana, 1808-1835. Las dos independencias*, 2007, pp. 93-111.
- Grafenstein, Johanna von, “La independencia de México fuera de sus fronteras”, en Alfredo Ávila y Virginia Guedea (coords.), *La independencia de México. Temas e interpretaciones recientes*, 2007, pp. 85-116.
- Guarisco, Claudia, “La constitución de Cádiz y la participación política popular en la nueva España, 1808-1821. Balance y nuevas perspectivas”, en Manuel Chust y José Antonio Serrano (coords.), *Dossier. De Nueva España a la República federal mexicana, 1808-1835. Las dos independencias*, 2007, pp. 55-70.
- Guedea, Virginia, “La ‘nueva historia política’ y el proceso de independencia novohispano”, en Guillermo Palacios (coord.), *Ensayos sobre la nueva historia política de América Latina*, 2007, pp. 95-109.
- , “Revisión historiográfica de la independencia”, en Alicia Mayer, *México en tres momentos: 1810-1910-2010*. t. II, México, IIH-UNAM, 2007, pp. 391-406.
- , “La historia política sobre el proceso de la independencia”, en Alfredo Ávila y Virginia Guedea (coords.), *La independencia de México. Temas e interpretaciones recientes*, 2007, pp. 141-164.
- Hernández Jaimes, Jesús, “Los grupos populares y la insurgencia. Una aproximación a la historiografía social”, en Alfredo Ávila y Virginia Guedea (coord.), *La Independencia de México. Temas e interpretaciones recientes*, 2007, pp. 68-84.
- Ibarra, Ana Carolina, “La historiografía sobre la Iglesia y el clero”, en Alfredo Ávila y Virginia Guedea (coords.), *La independencia de México. Temas e interpretaciones recientes*, 2007, pp. 117-144.
- Jáuregui, Luis, “Las finanzas en la historiografía de la guerra de Independencia”, en Alfredo Ávila y Virginia Guedea (coords.), *La Independencia de México. Temas e interpretaciones recientes*, 2007, pp. 163-178.
- Rodríguez O., Jaime E., “Interpretaciones generales de las independencias”, en Ávila, Alfredo y Virginia Guedea (coords.), *La Independencia de México. Temas e interpretaciones recientes*, 2007, pp. 202-218.
- Annino, Antonio y Rafael Rojas, *La Independencia. Los libros de la patria*, México, FCE/CIDE 2008.
- Olveda, Jaime, “La historiografía independentista del noroccidente de México”, en *Estudios Jaliscienses*, núm. 74, 2008, pp. 5-20.

2010

- Ávila, Alfredo, Virginia Guedea y Ana Carolina Ibarra (coords.), *Diccionario de la Independencia de México*, México, IIH-UNAM, 2010.
- Bertrand, Michel, “Los usos de la historia: un análisis de la *Crónica oficial de las fiestas del primer Centenario de la Independencia de México*”, en Marta Terán y Víctor Gayol (eds.), *La corona rota. Identidades y representaciones en las independencias Iberoamericanas*, Castelló, Universitat Jaime I, 2010, pp. 309-326.
- Granados, Luis Fernando, “Independencia sin Insurgentes. El bicentenario y la historiografía de nuestros días”, en *Desacatos*, núm. 34, 2010, pp. 11-26.
- Guardino, Peter, “Los campesinos mexicanos y la guerra de Independencia. Un recorrido historiográfico”, en *Tzinzun*, núm. 51, 2010, pp. 13-36.

Guedea, Virginia, *La historiografía mexicana de los centenarios, 1900-1925* (CD-ROM), México, IIH-UNAM, 2010.

Moreno Gutiérrez, Rodrigo, “Nuestras ideas sobre la consumación. Recorrido historiográfico sobre el proceso de la consumación de la Independencia de México”, en Marta Terán y Víctor Gayol (eds.), *La corona rota. Identidades y representaciones en las independencias Iberoamericanas*, 2010, pp. 343-357.

Rosat Dupeyrón, Guy, “Pensar la independencia, construir la memoria nacional, las ambigüedades del Dr. Mora”, en Marta Terán y Víctor Gayol (eds.), *La corona rota...*, 2010, pp. 295-307.

Simón Ruiz, Inmaculada, “La historiografía de la independencia mexicana: una visión regional”, en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, vol. XXXII, 2010, pp. 73-92.

Zárate Toscano, Verónica, “Estudio introductorio. Juan López Cancelada y *El Comercio de Ambos Mundos*, o la independencia novohispana en la visión española”, en Juan López Cancelada, *Sucesos de Nueva España hasta la coronación de Iturbide*, México, Instituto Mora, 2010, pp. 25-59.

Guzmán Pérez, Moisés, “Historiografía en torno a Miguel Hidalgo y al gobierno insurgente de Valladolid”, en *Miguel Hidalgo y el gobierno insurgente en Valladolid*, Morelia, IIH-UMSNH, 2011, pp. 17-45.

———, “Historiografía decimonónica sobre la conspiración de Valladolid en 1809”, en Moisés Guzmán Pérez y Gerardo Sánchez Díaz (eds.), *La conspiración de Valladolid de 1809. Cultura política, actores y escenarios*, Morelia, IIH-UMSNH, 2012, pp. 11-18.

Herrera Peña, José, “Necesidad de una nueva versión historiográfica sobre la América de 1808”, en Moisés Guzmán Pérez y Gerardo Sánchez Díaz (eds.), *La conspiración de Valladolid de 1809*, 2012, pp. 57-84.

Serrano Ortega, José Antonio, “Sobre el proceso de independencia de la Nueva España, 1953-1997”, en *Mexican Studies/Estudios Mexicanos*, vol. XXIX, núm. 1, 2013, pp. 120-148.



Los números, vividos e imaginados

Rodrigo Martínez Baracs

Danièle Dehouve, *L'imaginaire des nombres chez les anciens Mexicains* (Préface de Philippe Portier), Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2011.

El adjetivo “imaginario” comenzó a ser utilizado también como sustantivo, “el imaginario”, en Francia, *l'imaginaire*, particularmente por los historiadores de la llamada “historia de las mentalidades”, corriente nacida en los años setenta del siglo XX. De allí pasó a México y los países de habla hispana, y aunque no es muy correcto utilizarlo en buen español, como no hay un término mejor que lo sustituya y como a final de cuentas esta sustantivización también fue novedad en francés, ha acabado por ser aceptada en los libros académicos en español.

El término aparece en el reciente libro de Danièle Dehouve, *L'imaginaire des nombres chez les anciens Mexicains* (el imaginario de los números entre los antiguos mexicanos). Danièle Dehouve es una antropóloga e historiadora francesa que durante ya muchos años ha estudiado los diversos aspectos de la vida de los pueblos nahuas de México, particularmente los de la región de Tlapa, Guerrero, y ha producido

una gran cantidad de estudios (libros, artículos, compilaciones), con diferentes perspectivas complementarias, todos ellos muy bien investigados y escritos. En su mayor parte han sido traducidos al español por prestigiosas editoriales académicas.

Algunos de sus estudios rebasan el marco espacial de Tlapa y, si bien siempre están “anclados” en su conocimiento de la realidad nahua contemporánea, abarcan temáticas más amplias y ambiciosas. Es el caso de *L'imaginaire des nombres chez les anciens Mexicains*, que es un estudio sistemático de los números en el México antiguo, tal y como aparecen en todos los aspectos de la vida.

Danièle Dehouve defiende la perspectiva analítica “cultural” de los números, opuesta a la concepción evolucionista, según la cual aunque con diferentes códigos, todos los sistemas matemáticos comparten en el fondo los mismos principios, o tarde o temprano llegarán a ellos. Según la aproximación culturalista, por el contrario, “los procedimientos numéricos son el producto de la sociedades que las crearon”.

Danièle Dehouve describe claramente el contenido de los capítulos de su libro, y me permito traducir su descripción:

El primer capítulo regresa sobre la noción de aproximación

cultural de los números y desarrolla una posición crítica contra una historia evolucionista de las matemáticas, muy de moda en nuestros días. El segundo capítulo trata del sistema numérico en la lengua náhuatl, porque, para calcular, toda lengua debe disponer de un cierto número de instrumentos: las palabras-número y las bases. El tercer capítulo explica cómo los aztecas contaban los objetos en la lengua y en la escritura. Lejos de disponer de una técnica de pluralización y de un sistema de notación de aplicación generalizada, agrupaban los objetos en “clases” figuradas con la ayuda de diferentes símbolos gráficos. El capítulo IV trata de la medida del tiempo y da cuenta del origen y de la complejidad de los ciclos calendáricos aztecas y, de manera más general, mesoamericanos. Estos generan una visión del mundo y del espacio-tiempo que se encuentra también en la forma simbólica del cosmograma, que es el objeto del capítulo V, una de cuyas características es la de poner el microcosmos humano en relación con el macrocosmos del universo. Otra manera de llegar a estos resultados consiste en

medir el mundo con la ayuda de unidades de medida fundadas sobre el cuerpo humano, como lo explica el capítulo VI. El capítulo VII regresa sobre el calendario uno de cuyos usos fundamentales se refiere a la adivinación practicada con la ayuda de los almanaques. Otros procedimientos divinatórios y los juegos representan técnicas dinámicas que hacen depender el porvenir de los números, que son descritas en el capítulo VIII. A partir de allí, todos los capítulos que siguen están dedicados al ritual. El capítulo IX examina la combinación de los periodos temporales cortos en el curso de las

ceremonias. Finalmente, el capítulo XII habla de la existencia de los depósitos rituales en el contexto arqueológico y en los textos del siglo XVI, antes de proponer un método de análisis de sus cuentas entre las poblaciones indias contemporáneas. La Conclusión propone una síntesis relativa al uso de los números y a los fundamentos teóricos de los procedimientos numéricos.

Se trata, como puede verse, de una obra muy amplia y rigurosa, bien documentada y pensada, además de original, pues aunque existen tratamientos parciales de algunas de las cuestiones tocadas, nadie las ha

tratado de manera global y sistemática, como lo hizo Dehouve.

Además de agradecer su tratamiento global, el lector encontrará varios desarrollos particulares interesantes y novedosos, como su discusión sobre la cuestión del ajuste del calendario anual con el calendario trópico y su proposición de un ajuste realizado al final de los “siglos” mesoamericanos de 52 años, o al cabo de dos “siglos”, 104 años, que permite una correlación mucho más exacta que la corrección bisiesta de nuestro calendario.

El libro está dirigido tanto a investigadores y estudiantes como a todos los lectores cultos. Promete ser un clásico, o, cuando menos, un libro de interés perdurable.

Sabiduría encubierta: pintura, ciencia y clandestinidad

Salvador Rueda Smithers

Lucero Enríquez, *Un almacén de secretos. Pintura, farmacia, ilustración: Puebla, 1797*, México, IIE-UNAM/INAH, 2012.

El título de este libro tiene el luminoso tono de la sorpresa. Promete

te luces y asombros. Llama a descubrir, de la mano erudita y segura de la historiadora del arte Lucero Enríquez, los secretos centenarios de un programa pictórico que no sin confusiones se creía se relacionaba (sin saber cuánto ni cómo) con el inquieto boticario poblano José Ignacio Rodríguez Alconedo. Abre a enigmas vueltos códigos por

el pincel veterano de Miguel Gerónimo de Zendejas en la ordenada topografía de lugares inexistentes de una tela virreinal. Invita a descifrar jeroglíficos que son vehículo de discursos tal vez inéditos, dirigidos a la mirada, en un asombroso óleo sobre tela de finales del siglo XVIII, obra cuya primera curiosidad estriba en estar “enlien-

zada” a tablas bien aderezadas de un raro artefacto con goznes, marcos y cerraduras.

Muchos refirieron someramente la existencia de este óleo al paso de poco más de dos siglos desde su factura. Para todos era ilegible, sin embargo, porque sus vocabularios se habían perdido junto con las costumbres gremiales y reglamentaciones artísticas virreinales. Tan sólo quedaban algunas huellas, hilos sueltos de lo que un día debió ser motivo de admiración. Por su extrañeza, el óleo y su soporte fueron interpretados de maneras bizarras. Desprendido de su enigmático sitio originario, desde 1917 fue incomprendida pieza de museo. Su lectura equívoca habría dado origen a títulos que hoy sabemos eran apenas conjeturas lógicas: *Triunfo de las ciencias y artes*, *Alegoría de las Ciencias y las Artes*, *Apoplejía (sic) de las Ciencias*, *Decoración para el interior de una botica*, *Una pintura de la ilustración mexicana...*

Este distanciamiento tocó la razonada sensibilidad de Lucero Enríquez: la obra le resultó, nos dice en el proemio, “incomprensible, abrumadora y dislocada. Entre más la miraba menos la entendía. Me hipnotizó porque me intrigó, no porque me gustara [...] Desde un principio me pareció claro que me encontraba frente a una obra en cuyo soporte mutilado, fragmentado y embodegado se hacían patentes aspectos inherentes a toda obra de arte que no siempre resultan fáciles de apreciar”. Y en esta era particularmente difícil: durante 90 años *El almacén* fue apenas la suma de sus partes. Escribió Enríquez:

[...] estimo que sus progresivos desmembramientos se debieron más a la incompreensión de los discursos que a sus características físicas. Porque mirado como discurso descriptivo resulta incoherente y abigarrado. Por contra, si vemos que hay varios discursos en los que ideas, valores, creencias y mensajes van dirigidos al espectador como destinatario de esa multiplicidad, involucrándolo, haciéndolo partícipe o cómplice, moviéndolo a la acción o a la reflexión, tendremos que concluir que *El almacén* es una producción ideológica, que sus discursos son discursos de representación y que, por lo tanto, su indivisibilidad se impone.

Y se propuso comprobarlo.

Ese asombro elemental es el origen de este libro. Pero su desarrollo es el de una pulcra y paciente investigación. Así que quien espere leer un ensayo tradicional de iconología e iconografía, se equivoca totalmente. Seguramente no conoce a la inquieta Lucero Enríquez. De ningún modo se conforma con desdoblarse mensajes y moralejas de emblemas y alegorías escondidos en gestos, colores, formas; o en descubrir patrones y fuentes visuales de eficacias probadas por “el gusto de la época” para explicar los propósitos eruditos de sus autores y comitentes. Desde las primeras páginas se nota que el acertijo es con mucho más complejo. Los secretos no son sólo iconográficos. De hecho, permítaseme adelantar, ese formulismo de describir geome-

trías compositivas, y de lectura y traducción de imágenes es apenas una parcela del último capítulo de este prolijo y muy ilustrado libro de historia del arte.

Vayamos por partes. Comencemos con la promesa. El *Diccionario histórico de la Lengua Española* de Martín Alonso consigna que desde el siglo XIII la palabra *secreto* refiere a lo “que cuidadosamente se tiene reservado y oculto”. En el siglo XVII se le sumó una acepción más, la de “escondrijo que suelen tener algunos muebles, para guardar papeles, dinero u otras cosas” Y en el siglo XVIII, cuando se pensó el mensaje, se diseñó la forma y se facturó *El almacén*, se definía *secreto* como aquel conocimiento “que exclusivamente alguno posee de la virtud o propiedades de una cosa o de un procedimiento útil en medicina o en otra ciencia, arte u oficio”. El pintor del óleo *El almacén*, el poblano Miguel Gerónimo de Zendejas, y su autor intelectual, el comitente, el boticario también poblano José Ignacio Rodríguez Alconedo, habrían estado de acuerdo con el título de este libro de Lucero Enríquez, pensando ellos en el significado corriente del siglo XVII y el novedoso que tendría al final del Siglo de las Luces. Pero en realidad Lucero Enríquez arranca otros misterios a la pintura, al artefacto que le sirvió de soporte, a los hombres que lo imaginaron, a la casa en la que estuvo desde finales del siglo XVIII, al contexto del pensamiento reformista que parecía vencer a las viejas e inoperantes maneras de comportarse y vivir las profesiones en el virreinato, a la resistencia de los estatutos de privilegio, a las animadversio-

nes de criollos y peninsulares, a las tensiones políticas, al conflicto que derrotó a los boticarios, y finalmente a la guerra de independencia, que los venció a todos... La historia, adelanta Enríquez, se alarga por el azaroso destino de la pintura hasta el final del siglo XX.

El primer capítulo pareciera atender a un tema filosófico. Se llama “La materia y el espacio”. Es, sin embargo, un recorrido de investigación pura a través de los indicios. Define, de entrada, el artefacto sobre el que está la pintura: no un biombo, no paneles para dividir salas, no cielos ornamentados ni trampas de ojo de un no imposible gabinete del inquieto boticario Rodríguez Alconedo. Es una pintura en 16 puertas fechadas en 1797, que debieron ser parte del mobiliario ensamblado de un salón. Para ello, se obligó a saber cómo eran los edificios del siglo XVIII en Puebla, restituir sus dimensiones y sus usos, isometrías de muros y de paredes falsas, encontrar sus pasillos y escaleras, adivinar las rutinas de su exterior urbano y de su interior doméstico, con la definición de lo público y lo privado. La pintura fue hecha en y para la botica de la Cofradía de San Nicolás Tolentino en el número 8 de la calle de Miradores de la ciudad de Puebla. Se explica minuciosamente, conjeturalmente a falta de fuentes, la solución “a un problema tecnológico y una clara toma de partido estético”. El óleo se aplicó a la tela, pegada (enlienada) sobre madera trabajada con sumo detalle para mantener el nivel de las pinturas —que no resaltasen las imperfecciones de un mal ensamblaje en las telas. El mueble fue montado

en los altos de la casa— no en la parte baja ni en el entresuelo, como llegó a plantearse.

Sin noticia clara de existencia de esta obra y mucho silencio a lo largo del siglo XIX y hasta la Revolución, pero con otros elementos de uso del siglo XVIII, permite conjeturar verosímelmente a Enríquez que fue pintura hecha a finales de ese siglo para un espacio cerrado y privado: “[...] destinada a públicos reducidos y, probablemente, selectos o “iniciados” en su contenido y sus posibilidades hermenéuticas.” Arma su explicación de existencia física en el contexto de la ciudad, de la traza urbana, de los ritmos y rutinas, en la casa misma. Conviene su descripción de los edificios poblanos de los siglos XVII y XVIII, así como de su destrucción, fragmentación y olvido a lo largo de la siguiente centuria.

Luego aborda la función del espacio. Encontró que, nos dice, en “1800 la botica disponía del trabajo de tres oficiales de botica, además del maestro boticario Rodríguez Alconedo. De acuerdo con la tradición, debía contar con tres espacios bien diferenciados: el expendio al público, la rebotica y el obraje”. Los espacios públicos estaban invariablemente en la planta baja; mientras que los privados (recámaras principales, salones) siempre en la planta alta. En uno de estos espacios, Rodríguez Alconedo y Miguel Gerónimo de Zendejas diseñaron *El almacén*.

Explica la compleja relación edificio-botica-cofradía-administrador-casa habitación. La historia de la Cofradía de San Nicolás Tolentino y de la botica se enlazaron. Sus destinos se narran con hechos

rudos, dolorosos, con el desfile de las deudas insolutas de la Cofradía y la persecución política al administrador Rodríguez Alconedo (preso en septiembre de 1808 como parte de las venganzas que el golpe de Estado contra el virrey Iturrigaray desató); el contexto de inestabilidad social y política del país, y la secularización. Este relato es el inventario de sucesos de un mundo virreinal moribundo:

Se había llegado al peor de los escenarios dibujados por los mayordomos de la cofradía [...] el día en que mediante pública almoneda la cofradía iba a perderlo todo. El 19 de septiembre de 1843 fue la fecha en que edificio y botica fueron puestos a remate y adjudicados al mejor postor. [...] *El almacén* se conservó *in situ* gracias a que el espacio en que se encontraba era parte de la vivienda de algún boticario, quien la poseería como curiosidad pero muda de mensajes. La botica sobrevivió a varios cambios de propietario del edificio donde se albergaba. La relación propiedad-residencia-lugar de trabajo se había roto [...] en 1849 [...]

En julio de 1913, José Juan Tablada fue a Puebla a comprar la pintura ante el peligro de que fuera a salir del país. La fragilidad de la obra era notoria: no se sabía qué era ni cuál su función. En su casa de Coyoacán construyó un salón especial para montar y disfrutar de esta que llamó “*suite mural*”. “Quién les iba a decir a Zendejas y

a Rodríguez Alconedo que su obra iba a ser contemplada primero y descrita después por alguien que se sentía “integrante de una auténtica aristocracia del espíritu” y para quien, sin embargo, la argumentación pictórica y la complejidad discursiva eran invisibles”, escribió Enríquez. Supone que Jorge Enciso, amigo de Tablada, gestionó el traslado de *El almacén* al Museo de Arqueología, Historia y Etnografía, tanto por proteger la obra amenazada más por la incuria que por la fantasía de la barbarie zapatista portadora de inquinas contra la civilización. En 1917 la pieza ya estaba en el edificio de Moneda, junto con la más famosa colección de Ramón Alcázar.

El segundo capítulo es el contexto. Contexto y circunstancia, para ser precisos. La búsqueda no se conforma con el dibujo pormenorizado de las realidades inmediatas a la pintura y sus protagonistas. Camina en el tiempo tanto como en esos escenarios invisibles pero reales que son las instituciones y mide el peso político, moral y económico de las investiduras. Lucero Enríquez quita el velo a los secretos de cofrades y boticarios, de agustinos y de seglares, de cambios de ideas, de administración de bienes, de deudas y de ajustes de cuentas. Trata a personajes e instituciones. Una idea central anuda este contexto: el propósito de los protagonistas de esta historia de servir a la salud pública. Escribió:

Antes de estallar la lucha por la emancipación, había en la Nueva España intentos en diversos terrenos por conseguir cierta autonomía de la Corona

y sus instituciones, de la misma manera que había fuertes corrientes de pensamiento y de acción que pugnaban por lo contrario. La Nueva España no fue un ente histórico homogéneo: menos aún, estático. Criollos, peninsulares, castas y la metrópoli misma vieron y vivieron las circunstancias físicas y morales de ese ente de maneras distintas y cambiantes. El movimiento que emprendieron los boticarios poblanos contra el Real Tribunal del Protomedicato de la ciudad de México es un ejemplo de ello. Vemos a dos criollos enfrentados entre sí, con motivaciones, sustentos e intereses opuestos. Por un lado a José Ignacio García Jove, protomédico de la Real y Pontificia Universidad y del Real Tribunal del Protomedicato, defendiendo los privilegios, y las prácticas obsoletas de ese organismo. Por el otro, a José Ignacio Rodríguez Alconedo, boticario poblano, luchando por hacer prevalecer la nueva teoría y práctica farmacéutica y la autonomía profesional.

En este sentido hay que atender a la afirmación de que la “pintura es, además de una declaración de principios filosóficos y científicos, una representación política [...] expresadas en una composición pictórica como mensaje dirigido a un reducido grupo de enterados, pares y cofrades de quien la concibió”. Ideólogo y pintor, sus pares y sus antagonistas se extienden en un profundo mapa regional.

La economía del relato reduce a media docena de nombres y apellidos que se relacionan directamente con la historia a que ramifica esta obra: José Ignacio Rodríguez Alconedo, a su hermano José Luis, Manuel Flon y un poco a José Juan Tablada. También a las dos instituciones protagónicas en el momento de su florecimiento y extinción, como la Cofradía de San Nicolás Tolentino encargada de rezos y panes milagrosos para enfermos y ánimas del purgatorio, y el pesado y oneroso Real Tribunal del Protomedicato de la ciudad de México. Otras instituciones más desfilan lateralmente en esta historia, pero dan certidumbre al trazo de Enríquez sobre *El almacén*, su propósito, sus signos, su discurso y su largo camino al olvido: los farmacéuticos, los pintores poblanos y su genealogía profesional... todos ellos explicados detalladamente.

También remite a sus lecturas, que eran fuente de posturas políticas. Escribió Enríquez:

De los discursos que he podido percibir en *El almacén* uno de ellos muy puntual, es el que habla de la estructura formal y el contenido ideológico del “Sistema Figurado de los Conocimientos Humanos” tal como aparece en la primera edición de la *Enciclopedia francesa*. Un segundo discurso remite a distintas formas de curación: la aristotélica, la científica y la milagrosa. El tercer discurso se dirige a los miembros distinguidos de la Cofradía de San Nicolás Tolentino y es tanto una declaración de principios cien-

tíficos como una postura política en relación con el Real Tribunal del Protomedicato de la Nueva España. Entre los tres discursos que dialogan y se complementan se crea una especie de contrapunto dialéctico muy ilustrado, paradójico y rebuscado. Lo propio sucede con los contenidos ideológicos: el científico, el religioso y el político: este último, en particular, atañe a la lucha por el poder entre los farmacéuticos poblanos y el Protomedicato.

Sin embargo, la Cofradía de San Nicolás Tolentino y los boticarios y oficiales de botica como grupo profesional poco o nada tuvieron en común. Los unió la defensa propia, contra los abusos de un Real Tribunal que se excedía en sus atribuciones y recelaba de las ajenas. Explica Enríquez que eran una “comunidad imaginada”, unidos por una legitimidad emocional”, que permitió conservar *El almacén* en el edificio de Miradores 8.

En los capítulos segundo y tercero se llega al corazón propiamente historiográfico del libro, y al secreto inicial que desencadena la posterior solución de los acertijos pintados en las puertas del mueble como vehículo de las ideas, como transporte físico del orden del discurso. Usos y género, función y decoro toman sentido del contexto general. “*El almacén* fue creado en 1797 por Miguel Gerónimo de Zendejas, pintor, y José Ignacio Rodríguez Alconedo, farmacéutico y botánico, para la Cofradía de San

Nicolás Tolentino de Puebla [...]”, según reza el texto pintado en el pedestal representado en la obra. Estos datos son los primeros nudos que desató Enríquez: “tres ejes: la Cofradía de San Nicolás Tolentino de Puebla, el ejercicio de la farmacopea en esa ciudad, y algunos destellos, en la propia Puebla, de la llamada Ilustración”.

Explica entonces aquellos valores empalmados que pintan el mapa de la dinámica social, de lo posible y lo imposible en las relaciones desiguales de hombres que viven el extrañamiento en la sociedad multicultural no integrada del virreinato: la legitimidad, la pureza de sangre, el trabajo manual como signo de inferioridad, las jurisdicciones y prebendas, fueros y privilegios, teoría del derecho en un mundo que se concibe como la suma de fragmentos cohesionados en torno a la lealtad del vasallaje a un rey que es responsable de la salud de sus súbditos y los mecanismos de la medicina como discurso del poder real, la idea de la ciencia y de los saberes discursivos en torno a la salud y a la enfermedad —con la clara conciencia del *déficit*, si usamos lenguaje moderno para definir la enfermedad.

Lo que estaba en juego era algo más que privilegios y territorialismos. Se peleaba en el terreno de la enseñanza de la medicina y el control de las medicinas y de las materias primas reguladas al igual que de la práctica médica y del comercio de plantas, semillas y todo tipo de objetos a los que se les atribuía —y atribuyen— poderes curativos sobre el cuerpo humano. Se apostaba por el ejercicio profesio-

nal y del poder. Resaltó entonces la contradicción entre la jurisprudencia reguladora y la práctica cotidiana de la medicina frente a cuerpos enfermos concretos. Pensemos un poco en la sociedad virreinal y sus esperanzas. Pobres y ricos sufrían del acoso de la realidad invisible de santos enojados y de ánimas en pena, lo mismo que de virus y bacterias —ese otro terrible mundo invisible—. Las epidemias eran interpretadas como castigos divinos que llamaban a la reconciliación con Dios y a la renovación del pacto de los vasallos del rey con la Iglesia. Mentalidad arraigada y de larga memoria: todavía en 1850 el *cólera morbus* fue atacado paralelamente con las recetas de los médicos preparadas por los farmacéuticos, y con jaculatorias, rezos y procesiones organizadas por las cofradías, curatos y conventos.

Pero ya en tiempos de Rodríguez Alconedo a la cabeza de los boticarios en pugna, las cofradías habían perdido presencia. Aunque omnipresentes, su fuerza política estaba muy disminuida en los ámbitos de la economía del prestigio del siglo XVIII por obra de la secularización de las reformas borbónicas; de hecho, eran ya una suerte de cooperativa mutualista. Rodríguez Alconedo no dejó pasar el mensaje: en *El almacén*, la iconografía del santo patrono de la cofradía de San Nicolás Tolentino fue sustituido por el arcángel san Rafael, patrono de los boticarios; y Dios padre tiende la mano a la imagen de la Medicina.

Se pregunta Enríquez cuándo y cómo una botica se relaciona con la

cofradía de San Nicolás Tolentino “y no, paradójicamente, a la de médicos, cirujanos y boticarios que tenía su sede en la misma iglesia. Remonta entonces su relato a los albores del siglo XVII, con la historia del convento agustino y la fundación de la cofradía y dispensario de San Nicolás Tolentino.

Hacia mediados del siglo XVIII, sin poderlo señalar con precisión dada la carencia de documentos

[...]me parece que a raíz de esa apertura al público de su botica —extramuros del convento de San Agustín— se dio uno de los cambios en la cofradía: de ser obra pía y de servicio pasó a ser, además, una mutualidad vinculada con boticarios. En este hecho podemos ver dos importantes indicadores. Por un lado, la decisión de profesionalizar la elaboración de medicamentos y, por el otro, la de ampliar la prestación de un servicio a los vecinos de la ciudad, previo el pago de una cuota, más allá de la caridad piadosa y de la exclusividad del círculo de cofrades.

El apoderado de la cofradía al despuntar el siglo XIX era el boticario José Ignacio Rodríguez Alconedo; asimismo, un grupo de farmacéuticos lo nombró su apoderado legal.

El Real Tribunal del Protomedicato extendía las licencias para tener botica. El horizonte de la confrontación se dibujó: era el trazo de la frontera de jurisdicciones —con lo que implicaba en pagos de derechos, en ejercicio de poderes,

en presencia de la *autorictas*—. El cabildo y los boticarios poblanos buscaron quitarse de encima al problemático y receloso Real Tribunal del Protomedicato: no necesitaban de su autoridad —inútil y anacrónica desde el punto de vista profesional, parasitaria desde el económico, a los ojos de los ilustrados boticarios—. No querían seguir siendo las fuentes de financiamiento de quienes nada aportaban realmente a la salud pública y que sólo eran poseedores de discursos; en el fondo, el pleito que se avecinaba tocaría los dos terrenos de la economía: la del prestigio, con sus jurisdicciones de geografías imaginarias pero poderosas, habitada por prebendados y sus discursos excluyentes; y la economía formal que confrontaba a un grupo de profesionales práctico y directo con otro que no metía las manos al trabajo de curar a los enfermos —herencia y remedo de creencias medievales sobre la función social en un mundo rígidamente estratificado— porque el trabajo manual era denigrante, entre los variados sistemas de exclusión virreinales, que iban desde la pureza de sangre, el lugar de nacimiento (que hacía a los criollos inferiores a los peninsulares) y la profesión, hasta la separación en castas.

Los capítulos III y IV, llamados “El género” y “La autoría”, se desarrollan sobre la pintura y las biografías intelectuales de Zendejas y de los Rodríguez Alconedo. No un biombo, ni mural. Y sigue al retrato biográfico. Del pintor Zendejas prefiere su perfil profesional, largo y prolífico; tuvo la suerte, además, de ser longevo. De los Rodríguez

destaca su modernidad. Pero era una modernidad novohispana, con las lecturas de la Ilustración que tenían a la mano sin perder el fervor religioso católico ni poner en duda las razones del equilibrio del mundo español. Eran hombres preocupados por su entorno, en una sociedad casi sin libros. Aquí, la historiadora ensaya una explicación para entender al objeto *El almacén*, los motivos del encargo de la obra y los modos de lograr que fuera así y no de otra manera. Ya en el primer capítulo anunció la dificultad técnica. Al imaginar el diseño de esta pintura, “Zendejas hizo evidente en todos los detalles su intención de dar continuidad a una obra de múltiples discursos, cuya lectura iba a estar condicionada tanto a la ubicación del espectador dentro del espacio que la contendría como al ángulo de visión de ese espectador en relación con la obra misma. Un reto nada despreciable”. La biografía de Miguel Gerónimo de Zendejas y las muchas obras que de él se conservan dan claves de la factura de la obra, de las formas que asumirían sus trazos, de sus modelos, de sus rasgos particulares, de su personalidad plasmada en los lienzos de las puertas. Por cierto, también de una de las dificultades que enfrentó Lucero Enríquez: la inclinación de Zendejas a pintar directamente sobre la tela. Con la seguridad que da el oficio de años y la gran cantidad de trabajo que él y su taller cubrieron. Ello se desdobra en la falta de fuentes históricas, pues no hay bocetos para seguirle el paso a la intermediación, a saber la traducción de

las imágenes de la *Enciclopedia* o de otras pinturas que fueron patrones visuales, a los trazos del universo razonado en las puertas.

Un lugar especial da Enríquez a la autoría de *El almacén*. Sin duda, este capítulo IV, junto con el capítulo V dedicado a la obra, ofrece los pasajes más agradables del libro. Tal vez porque los relatos de la vida política y burocrática —tratados en los capítulos anteriores— tienen, siempre y en cualquier libro de historia, ese doble dejo de imposición e impostura de los discursos del poder. En contraste, en estos dos capítulos nada pone en alerta al lector: no hay dobleces. Y es que en el descubrimiento de los secretos de la creatividad intelectual se hace transparente la vocación, la apasionada defensa de las ideas, la experiencia. Por supuesto que con la infaltable huella de la condición humana, pero es aquí uno de los motores —el polo negativo del dinamismo, diríamos— de la inventiva y de la imaginación creativa.

Zendejas trazaba directamente sobre el lienzo, informa la historiadora. Tal era su maestría. Pero no improvisaba. Enríquez demuestra el manejo de la geometría para la composición de cada uno de los paneles y para el conjunto del óleo. Con las pruebas aportadas en este libro, quise pensarlo anacrónicamente: Zendejas hubiera entendido perfectamente a los muralistas del siglo XX. Hombre de su tiempo, se sujetó a los dictados de las ordenanzas y de los tratadistas para seguir al comitente Rodríguez Alconedo, a sus fuentes —la *Enciclopedia*, destacadamente, pero

también a Gravelot—, al traslado del grabado al lienzo de figuras que no llevaran a la interpretación equivocada, al cuidado en el detalle, a la corrección emblemática que le exigía el boticario ideólogo mientras que en el manejo del pincel seguía puntualmente las reglas de la pintura sancionadas oficialmente, en la argumentación a las lecturas del tratadista Antonio de Palomino y Castro, y en su “estilo” a la tradición plástica poblana. Enríquez desglosa cada uno de estos temas con fluidez y profundidad.

Antes de cerrar el libro es dable una licencia: detener el tiempo. En una tarde de 1797. Podemos imaginar a los personajes en el relato de Lucero Enríquez, en medio de los debates e intercambio de acusaciones: los boticarios y cofrades de San Nicolás Tolentino y su representante Rodríguez Alconedo, de un lado, y los miembros del Real Tribunal, del otro. El mundo que los rodea brinda los tonos particulares del momento: la segunda mitad del siglo XVIII. Podemos imaginar a Rodríguez Alconedo caminando, con Miguel Gerónimo de Zendejas, en los altos de la casa de Miradores, sintiendo el paso de los nuevos tiempos reformistas de Carlos IV. Van por los pasillos y salones que los llevarían al dedicado a la secretaría de la cofradía y espacio de los boticarios, para ver los efectos de la luz de las ventanas sobre la pintura del mueble. A su paso, desfilarían otros óleos, los cuadros severos de la devoción al penitente taumaturgo agustino Nicolás con su sayal estrellado, o los de ánimas que purgan con fuego sus faltas y miran hacia arriba,

o a cristos y vírgenes. Podemos legítimamente imaginarlos en andar rítmico y sosegado, platicando, contemplando las imágenes, conservando sus antiguos fervores. Sin duda, en algún instante se detenían a orar. Pero al llegar al salón de *El almacén*, la pasión por ese otro “tiempo mesiánico” —como sugerentemente calificó Enríquez el *memento* de las escenas— los transformó: discutían posturas, signos, figuras, formas, el paso de la historia y tal vez el equilibrio de ciencia y religión. En las puertas se representaba, ni más ni menos, el libro del universo en su filología antropomorfa; se discutían los léxicos plásticos para su legibilidad no inmediata pero razonada y razonable: la gran obra estaba hecha para ver hacia delante, al futuro. Pero el sueño de la razón produjo monstruos.

Y es que esa gestación onírica tocó a *El almacén*. Dos elementos no sincrónicos hacen más compleja esta ya de por sí entreverada historia: por un lado, el modernizante “pensamiento ilustrado” en su manifestación novohispana, que es descrito en sus singularidades en los capítulos II, IV y V, y por el otro la guerra de Independencia, que sin ser tocada en extenso en ninguno de los capítulos sí se le señala y es, en buena medida, el dramático desenlace de las vidas de los Rodríguez Alconedo, Zendejas y Flon. En ambos elementos se inscriben esos arraigados sentimientos, históricamente comprobables pero no cuantificables, que caracterizaron las relaciones sociales y personales en el virreinato: los privilegios y el odio de sangre.

La corriente secularizadora que germina durante el gobierno de Carlos III explica *El almacén* como creatura de la ilustración, pensamiento mixto de ciencia y dogma, de experimentación y de revelación subjetiva, de confianza en lo aprendido mediante la observación sistemática sin perder el fervor religioso y la obediencia al canon teológico. Destaca, como sustrato de las ideas que sintetiza *El almacén* la manera de ver y entender la botánica, eje del conocimiento de boticarios y científicos, de su estudio y difusión, de su lugar derivada de la agricultura como propósito inteligente, su servicio a la vida, su relación con las ciencias y las artes, la intrincada red de saberes cargados de pragmatismo y de alegoría. El Jardín Botánico sería el aciago resultado triunfal, abreviatura de ideas del mundo modernas que sustituían a los preocupados por los saberes de los avejentados y minimalistas *hortus conclusus*. No sin contrasentidos, como explica Enríquez:

Había una contradicción en este magno esfuerzo: se requerían instituciones periféricas para la aplicación y el reforzamiento de esas políticas y, por otro lado, un control central con sede en la metrópoli. Por eso cuando en 1788 se emitió la real orden para instaurar la expedición científica a Nueva España [...] se tenía en mente una expedición “homogéneamente española, proyectada y controlada desde la península” para la enseñanza de la

botánica, la investigación científica y la reforma de las profesiones sanitarias, especialmente la farmacia.

Y no podía ser de otra manera, puedo agregar: el rey pensaba en su imperio. Pero esa sería la siembra que cosecharía naciones—si se me permite robar la frase al querido maestro José A. Ortega y Medina—. El Jardín Botánico, el apoyo de Flon y el empuje de Rodríguez Alconedo y las reformas en el plan de estudios de Medicina toman, en este libro de Lucero Enríquez, la forma de uno de los más sorprendentes secretos revelados, que se ligarán a los sucesos de la generación siguiente. También al destino de *El almacén*, desde su factura hasta la totalizadora sombra del olvido que muy pronto, en el siglo XIX, cubrió a la pintura virreinal como manifestación plástica no sólo religiosa y a los afanes científicos criollos.

Enríquez propone un colofón que apunta al final de las historias del *El almacén* y de sus autores intelectuales. Imposible dejar esta lectura sin ensayar por nuestra cuenta los desenlaces de las distintas historias que dibuja nítidamente la historiadora. Al anudar destinos personales, biografías y anecdóticos con los sucesos que trazaron el rostro del siglo XIX, los episodios que rodearon a *El almacén* aparecen como meras contingencias en el crepúsculo del virreinato novohispano que arrasó vidas y arrasó fundamentos políticos. Al cerrar este libro notamos que las contingencias toman el sentido de la causalidad y la

lógica. Y esta lógica, sin ser determinista, es terrible. Veamos algunos ejemplos:

El almacén de la mano de Zendejas es sin duda una obra de arte; y la comisión de Rodríguez Alconedo, el autor del discurso, debía ser la huella de la reforma en el terreno de la salud y de la autonomía en Puebla. Pero fue también, desde el punto de vista político, una inutilidad. Porque el óleo y su factura, al decir reiteradamente Lucero Enríquez, no fueron pura ociosidad de un rico excéntrico farmacéutico sino una prueba de la dura contienda delimitadora de funciones profesionales y de la visión moderna de los boticarios poblanos contra las petrificadas ideas y prácticas del Real Tribunal del Protomedicato de la ciudad de México. La historia, sin embargo, se desdobló en el agónico esfuerzo de los boticarios por sacudirse a una institución inútil a la que debían mantener, esfuerzo legal e ideológico ejercido siempre dentro de las posibilidades de una jurisprudencia enredada y favorecedora de privilegios sin mérito. Los boticarios perdieron la partida y hubieron de retirarse a administrar lo poco que les quedaba a ellos y a la cofradía de San Nicolás Tolentino; pero los Rodríguez Alconedo, como muchos otros, también fueron víctimas de sucesos lejanos que les arrastraron, les dieron circunstancia y a la postre fueron determinantes.

Lucero Enríquez reconstruye el perfil vital de José Ignacio Rodríguez Alconedo, perfil rico en resquicios, en actividades, en confianza en sí mismo, en dignidad

humana. Luego de la lectura de este libro, lo quiero imaginar también como a uno de los sonámbulos de Arthur Koestler: un hombre que se mueve con soltura, seguro de sí, “como si realmente supiera a dónde se dirige, cuando lo cierto es que su inspiración intelectual por momentos parece más un delirio onírico que una clara empresa científica”, para usar las palabras de delicada precisión de nuestro contemporáneo científico Tomás Granados Salinas. Este sueño despierto del boticario, esta vigilia, fue el motor de los mensajes de *El almacén*.

También el rostro de Miguel Gerónimo de Zendejas, su cómplice y alma refleja. Mientras el primero era inquieto, curioso, audaz, el pintor fue sossegado, conservador, probablemente satisfecho de sí mismo sin arrogancias, pausado pero siempre activo. Por ambos hablan sus obras, según desprendo de la lectura de sus acciones en este libro. José Luis Rodríguez Alconedo debió parecerse a su hermano; como él, fue desafortunado, aunque el *pathós* de la gloria lo tocó y marcó el recuerdo posterior.

El inquieto y beligerante José Ignacio Rodríguez Alconedo fue apresado en 1808 durante la primera purga a los criollos novohispanos. Lo persiguió obsesivamente un falso conde. Regresó a la vida de farmacia, pero al parecer sin la enjundia del criollo beligerante que lo había caracterizado. Murió

empobrecido en septiembre de 1826 en una Puebla agobiada por las deudas y la confusión de la posguerra. Hoy el Jardín Botánico universitario poblano lo conmemora y lleva su nombre. Su hermano, José Luis Rodríguez Alconedo, murió fusilado en marzo de 1815 como técnico en las maestranzas y combatiente criollo en las tropas insurgentes. Su nombre se honra como artista y como libertador.

Miguel Gerónimo de Zendejas murió viejo y apaciblemente en un entorno muy diferente al que lo buscó y celebró: en 1821 ya había desaparecido la Nueva España y nacía el independiente México. Dejó inmensa obra.

Manuel Flon, gobernante de Puebla de la estirpe política del virrey Conde de Gálvez y concuño del intendente de Guanajuato José Antonio Riaño, murió en enero de 1811 al final de la batalla de Puente de Calderón, cuando perseguía a los insurgentes derrotados. No lo mató un odiado criollo sino una flecha de los despreciados indios. Pero quizá su desgracia fue mayor: en la alhóndiga de Granaditas vengó sangrientamente la muerte de su concuño Riaño a manos de los descontrolados hombres del cura Miguel Hidalgo. Para la historiografía del siglo XIX dejó de ser el respetable hombre del rey en Puebla para convertirse en “el chacal de los ojos verdes”, “anciano de aspecto sórdido, de torva y reservada mirada

y de boca contraída por la ira y la venganza”, según refirió un testigo de la época. Ya siendo general en 1845, Manuel Gómez Pedraza escribió:

“Cuando me acerqué la primera vez al Conde de la Cadena, me pareció un hombre duro e intratable; cuando me separé de él [...] lo tuve por un monstruo, y ese monstruo, sin embargo, fue en Puebla un hombre íntegro, justiciero, activo, desinteresado; un buen gobernador, en fin. ¿Quién después de esto podrá comprender y definir a la miserable especie humana?”

Y es que en el fondo, el último secreto que Lucero Enríquez arrancó al universo que rodea *El almacén* remite a la naturaleza de las cosas, a su elemental ser pulviscular. *El almacén* mismo es el secreto principal: una partícula de polvo de la historia, y por eso sujeta a sus reglas y sus contingencias. Con esa partícula, vuelta adivinanza y motor del saber, se puede reconocer al hombre en el pasado. El secreto esencial consiste en saber que la cifra de lo humano más las cosas es la llave de la memoria del mundo, cuyo catálogo lo abarca todo. Y en ese contenido totalizador, como diría Pascal Quignard, los hombres en singular somos enigmas casi irresolubles. Es cosa de entender.

Historia desde la imagen

Gabriela Pulido Llano

Rebeca Monroy Nasr y Alberto del Castillo (coords.), *Caminar entre fotones. Formas y estilos de la mirada documental*, México, INAH, 2013.

En 1984, Italo Calvino fue invitado a dar una serie de conferencias a la Universidad de Harvard, lo que lo tuvo nervioso y con insomnio durante meses, según su esposa. Los textos de estas charlas fueron publicados bajo el título: *Seis propuestas para el próximo milenio*. El penúltimo de esos ensayos, el más íntimo y emotivo ya que conjuntaba intereses perseguidos por el italiano durante sus casi cuarenta años como ensayista, novelista y poeta —su primera novela la publicó en 1947— trataba acerca de la visibilidad y la imaginación, acerca de las imágenes y su recuperación a través de las palabras. Iniciaba la charla:

Estamos en el círculo de los iracundos y Dante contempla las imágenes que se forman directamente en su mente y que representan ejemplos clásicos y bíblicos de ira castigada; Dante comprende que esas imágenes llueven del cielo, es decir, que Dios se las

manda. En los diversos círculos del Purgatorio, además de las particularidades del paisaje y de la bóveda celeste, además de los encuentros con ánimas de pecadores arrepentidos y con seres sobrenaturales, se presentan a Dante escenas que son como citas o representaciones de ejemplos de pecados y de virtudes: primero en forma de bajorrelieves que parecen moverse y hablar; después como visiones proyectadas delante de sus ojos, como voces que llegan a sus oídos, y por fin como imágenes puramente mentales. Estas visiones se van interiorizando progresivamente, como si Dante comprendiese que es inútil inventar en cada círculo una nueva forma de metarrepresentación, y que es lo mismo situar la visión en la mente sin hacerla pasar a través de los sentidos [...] Dante habla de las visiones que se le presentan (a él, el personaje Dante) casi como si fueran proyecciones cinematográficas o emisiones televisivas recibidas en una pantalla separada de lo que es para él la realidad objetiva de su viaje ultraterreno.

Pero para el poeta Dante, todo el viaje del personaje

Dante es como estas visiones; el poeta debe imaginar visualmente tanto lo que su personaje ve como lo que cree ver o está soñando, o recuerda, o ve representado, o le cuentan, así como debe imaginar el contenido visual de las metáforas de que se sirve justamente para facilitar esta evocación visual. Por lo tanto lo que Dante trata de definir es el papel de la imaginación en la *Divina Comedia*, más precisamente la parte visual de su fantasía, anterior a la imaginación verbal o contemporánea de ésta. Podemos distinguir dos procesos imaginativos: el que parte de la palabra y llega a la imagen visual y el que parte de la imagen visual y llega a la expresión verbal.¹

La imaginación como repertorio de lo potencial, de lo hipotético, de lo que busca sentido.

El libro que nos convoca el día de hoy, en esta fiesta, *Caminar entre fotones. Formas y estilos de la mirada documental*, coordinado por Rebeca Monroy Nasr y Alberto del Castillo, recuerda que la imagina-

¹ Italo Calvino, *Seis propuestas para el próximo milenio* (2ª. ed., trad. Aurora Bernárdez), Madrid, Siruela, 1990, pp. 98-99.

ción es un ingrediente inherente a los itinerarios de la investigación con imágenes, forma parte de un trayecto que culmina en la escritura. Recuerda también las imágenes circulares evocadas por Calvino, esos círculos en los que Dante encontró todo tipo de representaciones y metáforas, que en *Caminar entre fotonos* van de la experiencia personal de cada uno de los autores, en sus labores como historiadores de la imagen, a problemas de índole epistemológica que refutan algunas de las estructuras convencionales de los estudios históricos hechos en México. Todo esto pasando por narraciones expresivas y precisas.

Al leer estas páginas queda claro que hay un placer implícito en la manufactura de la investigación que inicia con un montón de piezas sueltas y desordenadas, sin coherencia aparente, y que al paso de los días, meses y años, va cobrando soltura y adquiere su propia expresión. Este libro es el resultado no sólo del trabajo realizado en el seminario “La mirada documental”, como lo comentan modestamente los coordinadores del libro en su introducción. Es la reunión de experiencias individuales de años que han dotado de identidad a un conjunto de metodologías y formas de narrar tan singulares y diversas. Formas de aproximarse a las preguntas históricas desde la ruta de la imagen y que con mucha imaginación han hecho el viaje por las fototecas, filmotecas, archivos y hemerotecas y libros y libros y más libros para consolidar argumentos convincentes abiertos al debate y a la retroalimentación. Se trata de un libro emocionante. Por ello haré

referencia a la hechura del libro, en cuya producción se demuestra que en la forma está el fondo.

Hablo del libro *Caminar entre fotonos. Formas y estilos de la mirada documental*, como si evocara figuras geométricas en dos distintos sentidos: en primer lugar círculos que se encadenan formando una secuencia de temas y estilos narrativos, muy buenos estilos, que dibujan a los sujetos en las prácticas visuales. Y en segundo, figuras que forman un caleidoscopio de conceptos que trastocan ideas convencionales en la historiografía de la imagen. Hice un experimento. Primero leí los textos de acuerdo con el guión, la organización de los textos que prosiguen una temporalidad lineal. Después leí los artículos de otra manera, del primero al último, del segundo al penúltimo y así hasta llegar al centro: del de Claudia Canales pasé al de Laura González, de Boris Kossoy pasé a Deborah Dorotinsky, de Ricardo Pérez Montfort a Álvaro Vázquez Mantecón, de Ana María Mauad a Ariel Arnal y de Rebeca Monroy a Alberto del Castillo.

En la primera secuencia —hablando de secuencias— encontramos una cadena de eventos adscrita al contexto de lo que algunos de estos autores denominan las prácticas fotográficas, prácticas visuales. Los problemas de los sujetos históricos que retratan y son retratados ocupan el primer plano en la mayoría, incluyendo los sujetos de la ficción ideológica y filmica. Tenemos a los sujetos en el encuadre.

Los mundos íntimos y trasgresores del retrato explorados por Claudia Canales penetran las

emociones del retratado y del fotógrafo. Evocan atmósferas ambiguas, cuya complejidad encuentra ritmo en la descripción de ciertos elementos como las miradas, la posición de los cuerpos, el desgaste de una silla. Una historia de las emociones que muestra a la mujer devota y, en otro lado, a la trasgresora, siendo en ambos casos el fotógrafo artífice y guía en esta percepción. Boris Kossoy por su parte reconstruye: “una realidad maquillada que inventa ficciones documentales”. Los rostros encapsulados en la imagen fotográfica, de los sujetos reprimidos durante un largo periodo de la historia brasileña, quedaron atrapados en el Departamento Estatal del Orden Político y Social de Sao Paulo. Su ensayo muestra la potencia del registro fotográfico en un archivo policial, desde la ficha de identificación policial, con la fotografía individual del rostro de frente y de perfil, hasta aquellas de los colectivos en las manifestaciones públicas de los movimientos sociales. En un proceso diferente, Ricardo Pérez Montfort sigue la huella de un libro que denuncia aspectos del régimen de Gerardo Machado, dictador cubano. La sigue porque va en busca del fotógrafo. Desplaza un poco a su autor, Carleton Beals, del primer plano y distingue a Walker Evans, en quien centra el objetivo. En esta narración conocemos a un sujeto singular, un fotógrafo que defiende la autonomía de sus imágenes frente al texto al que van a quedar engarzadas. Al hacerlo obtuvo un texto paralelo, no meras ilustraciones, lejos del folclorismo; fotografías que retrataron el carácter de ignominia vivido

en Cuba. Sin embargo, sus imágenes, señala el autor, “muestran signos y símbolos integrados a los sujetos, creando una atmósfera de incertidumbre entre lo subjetivo y lo real”. El fotógrafo como sujeto de la acción y como creador de una mirada ambigua entre lo fantasmagórico y lo objetivo. Siendo así, definitivamente Evans sí iba “en la búsqueda del factor humano”.

Ana María Mauad, por su parte, va tras la huella de un proceso de producción y circulación cultural que construyó la percepción del individuo, a través de las revistas culturales de una época en Brasil. Prácticas fotográficas, las llama, montajes que proyectan “la visualidad de los acontecimientos” en donde el sujeto es el lector mismo, el consumidor de los mensajes fotográficos asociados a una trama. Rebeca Monroy recrea la fuerza de un fotoperiodismo disidente en México; las estrategias de subsistencia de que se valieron los fotógrafos de prensa para preservar una memoria cuyo registro estuvo borrado de la memoria colectiva por décadas. La “doble cámara”, como la denomina afortunadamente la autora, de estos sujetos-personajes, constata la existencia de un discurso alterno, de una memoria diferente a la visión oficialista, del costo social mexicano en los años cincuenta. Aunque algunos de estos sujetos-fotógrafos no habían dado el salto cualitativo, “una transición conceptual en cuanto a lo visual”, las acciones valientes que emprendieron para conservar un registro de los hechos, constituyen un acervo de una riqueza ostensible en la narración de esta autora. En este sentido también,

Alberto del Castillo recupera la experiencia del equipo editorial de la revista *Por qué?*, durante el movimiento estudiantil del ‘68 mexicano, para quienes la fotografía fue parte de una estrategia definitiva en la retórica de la militancia. Ariel Arnal habla de *La batalla de Chile*, documental producido y montado en el exilio, acerca de la vida de Salvador Allende hasta el Golpe de Estado en Chile. El sujeto es quien fabrica el discurso, quien sujeta la cámara, quien elabora su propio pasado. Álvaro Vázquez Mantecón reconstruye una historia larga en la ficción fílmica, que colocó a la Virgen de Guadalupe como centro y pretexto de unas y otras posturas ideológicas, hasta su desmantelamiento como ícono. El celuloide, como muy bien señala el título, “como escenario del debate histórico”; el autor nos deja ver las miradas de los sujetos detrás de las cámaras. Deborah Dorotinsky reflexiona acerca de los usos de lo fotográfico en la participación de las mujeres en los movimientos civiles, para llegar a una reflexión fuerte acerca del dispositivo fotográfico como condensador de sentidos. De nuevo la polisemia de la imagen y la subjetividad. Por último, Laura González Flores llega a la fotografía del siglo XXI y su sentido de *performance* visual, a los conceptos que ya no sirven para explicar-explorar estas prácticas visuales, montajes que le dan la vuelta a los estereotipos, nuevos actores, otras experiencias sociales. Individuos, sujetos individuales y sujetos colectivos, sujetos reales y sujetos inventados, todos ellos saltan de las páginas de este *camino de fotones*,

flotan en el ambiente, sus voces pronunciadas a la vez se confunden, desconciertan, aturden, revuelven, alborotan.

En la segunda secuencia de lectura, en el formato de caleidoscopio, estos textos demuestran que, como dice Román Gubern, “toda imagen está sentenciada a una ambigüedad esencial”. La historia que toma a la imagen como fuente de primera mano, tiene un vigoroso impulso. La pluralidad del libro que aquí festejamos estriba también en los diferentes enfoques metodológicos con los que sus autores llegan a un centro, a una preocupación aglutinadora: poner en primer plano, en la discusión académica, las características de la identidad de los sujetos sociales percibidos como centro en, de, desde y por la imagen. Así, el libro, en general, ofrece un ejercicio hermenéutico que da la oportunidad de entrar a las narrativas visuales, al ejercicio de la imaginación histórica, incluso en sus dimensiones teatrales; nos invita a buscar lo excepcional, las ligas de la imagen con la cultura dominante y con los estados represores; los planos y encuadres que tuvieron por objetivo al costo social, los usos culturales de la imagen, la relación entre el texto y la imagen, las limitaciones de los dispositivos visuales. El equipaje conceptual lo sugieren: las transgresiones fotográficas en la devoción conyugal y el erotismo; la identidad de “la fotografía contemporánea como representación del cuerpo social y no como documento visual de éste”; el retrato desordenado de la violencia en los archivos policiales; visualidades construidas con las mujeres como

centro emblemático en los movimientos civiles; la autonomía en la secuencia visual de denuncia, de un fotógrafo disidente; el uso ideológico de un icono, identificado con la identidad a lo largo de casi un siglo de ficciones fílmicas, hasta su desmantelamiento; los montajes estratégicos de las revistas cultu-

rales para construir formas de mirar; la conciencia de un equipo de producción en la creación de un testimonio de propaganda disidente, un punto de vista de lo histórico, a partir del cinedocumental; los recursos trasgresores del fotoperiodismo disidente; la apropiación de íconos formulados a partir de

un enfoque de violencia, en un momento de ruptura, de desgarramiento social definitivo.

Les comparto con todo esto mi emoción e invito al público a adquirir su ejemplar. Les recomiendo que no se vayan de aquí corriendo ni volando, sino “caminando entre fotones”.

Entre la autobiografía y la historia de su tiempo

Anna Ribera Carbó

Tony Judt y Timothy Snyder, *Pensar el siglo XX*, México, Taurus, 2012.

Posguerra, publicada en 2005 y traducida al castellano en 2006, es sin duda la obra de referencia del historiador inglés Tony Judt. Obra colosal acerca de la segunda mitad del siglo XX, el trabajo abarca los años de la vida del propio autor, nacido en Londres en 1948 y fallecido en Nueva York en 2010. Escrita en clave europea, la obra se convirtió de inmediato, tras su publicación, en una obra de referencia obligada. Como otro historiador británico, el imprescindible Eric Hobsbawm, Judt escribió una historia paralela a la de sus investi-

gaciones académicas: la de su vida profesional, personal e intelectual. Si junto a su *Historia del siglo XX*, Hobsbawm escribió *Años interesantes. Una vida en el siglo XX*, en que narra su propia trayectoria vital a lo largo de ese siglo que fue el suyo, de principio a fin, Tony Judt, ya enfermo de gravedad, dejó su propio testimonio autobiográfico en sus conversaciones con su colega Timothy Snyder y que resultaron en *Pensar el siglo XX* (2012), libro espejo de *Posguerra*.

El libro, como bien lo aclara Snyder en las primeras líneas, es una historia de las ideas políticas modernas en Europa y en Estados Unidos, usando como hilo conductor la manera en que los intelectuales liberales, socialistas, comunistas, nacionalistas y fascis-

tas, entendieron y actuaron respecto a los temas del poder y de la justicia. Pero la obra es, además una reflexión “sobre las limitaciones (y la capacidad de renovación) de las ideas políticas y de los fracasos (y deberes) morales de los intelectuales en la política”. Ambos ejes de análisis se encuentran articulados por el itinerario personal e intelectual de Judt.

Nacido en el seno de una familia de inmigrantes judíos de la Europa oriental —dos de sus abuelos eran rusos, uno lituano y otro polaco—, avocinado en Londres y con grandes afanes de integración, fue desde su origen una persona atípica: “yo siempre supe que éramos diferentes. Por un lado no éramos como los demás judíos porque teníamos amigos no judíos y nuestra vida estaba

claramente anglicanizada. Sin embargo, no podríamos ser nunca como nuestros amigos no judíos, sencillamente porque nosotros éramos judíos”. Así, Judt introduce un tema que estará presente, o latente, en el conjunto de sus reflexiones, el tema de la cuestión judía. Él mismo afirma que el mundo de su juventud fue el mundo heredado por Hitler, en el que la historia intelectual y de los intelectuales estuvo marcada por una narración que se inmiscuyó insistentemente en cualquier relato a propósito del pensamiento y los pensadores del siglo XX: la catástrofe de los judíos europeos. Ya en clave autobiográfica, afirma que ni su vida intelectual ni su trabajo histórico giraron nunca en torno a la cuestión judía, pero que esta se fue incorporando, inevitablemente y cada vez con más fuerza en sus análisis.

Su formación académica comenzó en colegios ingleses, en donde se forjó su sentido de pertenencia nacional, sobre todo a partir de la literatura: Chaucer, Shakespeare, los poetas metafísicos del siglo XVII y los poetas augustos del XVIII, además de la prosa de Thackeray, Defoe, Hardy, Walter Sott, las hermanas Brontë y George Eliot. Pero también autores de la generación de Evelyn Waugh y George Orwell. Judt ingresó como estudiante de Historia al King’s College de Cambridge en donde la influencia del marxismo en sus años universitarios era aún muy poderosa y en donde el impacto de presencias como la de Eric Hobsbawm eran definitivas en la manera de hacerse historiador.

Fue en su época de estudiante, cuando Judt se acercó al “kibutzismo” sionista. A principios de los

años sesenta pasó una temporada en Israel, trabajando en un kibutz y convirtiéndose en lo que él mismo define como un sionista socialista convencido. En la primavera de 1967 se trasladó de nuevo a Israel, para apoyar en la Guerra de los Seis Días, contribuyendo a formar una organización de voluntarios. Fue entonces cuando tuvo contacto, por primera vez, con el Israel real. Éste lo desilusionó y lo alejó del sionismo. Judt afirma que

[...]aquel no era el mundo fantástico del Israel socialista que a tantos europeos les encantaba (y encanta) imaginar, una proyección ilusoria de todas las cualidades positivas de la Centroeuropa judía libre de cualquier defecto. Aquel era un país de Oriente Próximo que despreciaba a sus vecinos y estaba a punto de abrir con ellos una brecha catastrófica, de una generación, confiscándoles y ocupando sus tierras.

Muchas de sus ideas a propósito del Estado de Israel, del uso de la historia judía y del Holocausto por el mismo, las expuso Judt años después en el polémico artículo *Israel: The Alternative* publicado el 23 de octubre de 2003 en *The New York Review of Books*. En el artículo ahondó en el tema israelí al sostener que “en los años próximos, Israel va a devaluar, socavar y finalmente destruir el significado y la utilidad del Holocausto, reduciéndolo a lo que mucha gente ya dice que es: la excusa de Israel para su mal comportamiento”.

Judt estudió su posgrado en la École Normale Supérieure en París

y sus investigaciones trataron acerca del socialismo francés de la década de 1920. Las preguntas que guiaban su investigación tenían que ver justamente con el por qué del fracaso del socialismo francés, el por qué no hubo revueltas ni revolución en Francia en 1919 cuando parecía haber un ambiente propicio para ello y el cómo se impuso el comunismo soviético por encima de las corrientes del socialismo autóctono de la Francia republicana. En un momento de auge de los estudios de tema comunista, su aproximación al socialismo lo colocaba de nuevo en una postura atípica. Él mismo se autodefine, muchas veces, como un *outsider* en el mundo intelectual y académico.

Judt se zambulló de lleno en el ambiente intelectual parisino:

De repente me encontré en el epicentro del *establishment* intelectual, pasado y presente, de la Francia republicana. Yo era muy consciente de que estaba estudiando en el mismo edificio en el que Émile Durkheim y León Blum habían estudiado también a finales del siglo XIX, o Jean Paul Sartre y Raymond Aron treinta años más tarde. Me sentía loco de contento, rodeado de estudiantes inteligentes, con ideas afines a las mías.

En ese ambiente, dice, aprendió a razonar y a pensar de una forma que conservaría para siempre. Tras doctorarse, aceptó una invitación para ir a los Estados Unidos, a la Universidad de California en Davies. Este fue el inicio de una itinerante vida académica que lo

llevaría reiteradamente a Inglaterra, a Francia y a los Estados Unidos y que movería también sus intereses historiográficos del socialismo francés, a la compleja historia intelectual de la Europa oriental, apabullada a lo largo del siglo por el comunismo soviético y el fascismo y que en los años ochenta iniciaba un vertiginoso proceso de transformación. “Europa del Este me había abierto a un nuevo tema y a una nueva Europa; pero también coincidió con un cambio radical de perspectiva, y algo que, desde la reflexión, yo calificaría de madurez”. Fue con esa madurez intelectual que Judt se lanzó a la titánica tarea de tratar de hacer inteligibles los enredados juegos de poder, debates intelectuales, proyectos económicos, relaciones internacionales e intereses geopolíticos que caracterizaron a Europa y a los Estados Unidos durante el súper ideologizado siglo XX. De sus innumerables lecturas y pesquisas resultaron algunos títulos indispensables: *Marxism and the French Left: Studies on Labour and Politics in France 1830-1982* (1990), *Past Imperfect: French Intellectuals, 1944-1956* (1992), *A Grand Illusion?: An Essay on Europe* (1996), *The Burden of Responsibility: Blum, Camus, Aron, and the French Twentieth Century* (1998), *Postwar: A History of Europe since 1945* (2005) y *Reappraisals: Reflections on the Forgotten Twentieth Century* (2008). Una de sus conclusiones a propósito del siglo XX me parece especialmente digna de ser destacada, la de que a pesar de haber estado dominado por la amenaza de la violencia y el extremismo ideológico del fascismo y del comu-

nismo, el liberalismo acabara imponiéndose lo que constituyó uno de los acontecimientos más inesperados de la época. El liberalismo y el capitalismo demostraron ser sorprendentemente adaptables, fenómeno que constituye uno de los temas centrales en sus investigaciones.

Pensar el siglo XX narra los caminos que siguió Judt en la realización de estos trabajos: analiza sus lecturas y sus autores, nos presenta a sus interlocutores en las distintas universidades en las que trabajó, reflexiona acerca de las dificultades que tuvo a la hora de escribirlos. De alguna manera nos muestra el andamiaje que permitió la elaboración de sus libros. Pero Judt, además, aborda otros temas fundamentales: lo que podemos denominar su metodología como historiador y el compromiso político del intelectual.

Respecto de lo primero, Judt comenta su aversión por el estilo inglés y estadounidense de escribir monografías en las que se abordan y analizan todas las interpretaciones acerca del tema en cuestión para luego añadir “alguna pequeña y cautelosa revisión propia”. Él, en cambio, quería ver lo que podía conseguir por su cuenta. Respecto de lo segundo abunda mucho más. A las preguntas de Snyder acerca de lo que significa convertirse y ser un historiador que no es mediocre y no está al servicio de alguna moda; acerca de para qué sirve la historia y cómo puede ejercerse en forma respetable, Judt da unas largas, interesantes y debatibles respuestas. Para él, la perspectiva historiográfica liberal y socialista sobre el progreso y mejora de las

sociedades, está cancelada, aunque no del todo. Las versiones más burdas del pensamiento económico de los últimos treinta años, dicen, ven al crecimiento económico y a los mercados libres no solamente como condición necesaria para la mejora humana, sino como la mejor versión de ésta. Aunque sostiene que no se puede inventar o explotar el pasado para fines presentes, afirma que los historiadores “no deberían escribir nunca sobre el pasado sin interesarse por sus implicaciones actuales” y considera que “un libro de historia mal escrito es un mal libro de historia”. Aborda también el tema de la enseñanza de la historia, criticando las nuevas versiones revisionistas, los enfoques supuestamente críticos, que “generan confusión más que perspicacia, y la confusión es enemiga del conocimiento”. Considera que para entender el pasado, hay que saber lo que pasó, en qué orden y con qué resultado. En cambio, dice, “hemos educado dos generaciones de ciudadanos completamente desprovistos de referencias comunes”. La tarea del historiador, concluye, “es proporcionar la dimensión del conocimiento y la narrativa histórica, sin la cual no podemos ser un todo cívico. Si tenemos una responsabilidad cívica como historiadores, es esta.” Apelando a su propia experiencia como profesor, sostiene que sus estudiantes, tanto los de educación elemental como los universitarios, prefieren que se les enseñe la historia de la forma más convencional y directa, “si empiezas a enseñarla al revés, comenzando por sus significados y rifirrafes interpretativos más profundos,

nunca la entenderán. No quiero decir que se deba enseñar de una forma aburrida sino meramente convencional”.

Tras estas reflexiones acerca de la pedagogía de la disciplina, Judt aborda otro aspecto, el de la responsabilidad social de los intelectuales. Su paso de la historia de Francia a la filosofía política, la teoría social, la política y la historia de Europa del Este culminó con su acercamiento a las cuestiones de política exterior tanto europea como estadounidense. Esto le hizo dar el brinco, que pocos historiadores dan, a una serie de preocupaciones contemporáneas y compromisos cívicos. Aunque consciente de lo limitado de la influencia del quehacer intelectual en el mundo moderno, Judt siguió considerándolo indispensable, sobre todo en un momento en que “la elección a la que nos enfrentamos en la siguiente generación no es entre el capitalismo y el comunismo, o el final de la historia y el retorno de la historia, sino entre la política de la cohesión social basada en unos propósitos colectivos y la erosión de la sociedad mediante la política del miedo”. Ante esta disyuntiva, dice, tenemos que “reformular el debate sobre la naturaleza del bien público. Va a ser un camino largo. Pero sería irresponsable pretender que existe una alternativa seria”.

La obra de Judt es, tal vez sin quererlo, un alegato a favor de la historia reciente, terreno tradicionalmente acaparado por sociólogos y politólogos, como campo de investigación para los historiadores. Él mismo explica cómo, al haber nacido en 1948, era contemporáneo de los temas de historia acerca de los

que había escrito. Esto, dice, “no garantiza una perspectiva objetiva ni una información más fiable; sin embargo, sí facilita una cierta frescura de enfoque”. La objetividad no representa por lo tanto un problema para él:

Un historiador (o de hecho cualquier otra persona) sin opiniones no es muy interesante, y sería muy extraño que el autor de un libro sobre su propio tiempo careciera de una visión intrusiva de la gente y las ideas que lo protagonizaron. La diferencia entre un libro asertivo y uno distorsionado por los prejuicios del autor, a mi parecer, es que el primero reconoce la fuente y la naturaleza de sus opiniones y no alberga pretensiones de objetividad absoluta.

Es muy probablemente esta aceptación de la imposibilidad de alcanzar la objetividad, muy propia de su generación, la que lo alejó de la generación precedente, la que se había formado en la aceptación de paradigmas y modelos historiográficos derivados del materialismo histórico y que pensó que la historia caminaba en un sentido definido y en cierta medida previsible. Eric Hobsbawm, quien como buen comunista menospreciaba a quienes se definían o manifestaban como liberales o socialdemócratas, emitió severas críticas al trabajo y a las conclusiones de Judt. En un artículo publicado tras su muerte, “After the Cold War. Eric Hobsbawm remembers Tony Judt”, publicado en la *London Review of Books* el 26 de abril de 2012, hizo duras críticas a

su trabajo y opiniones. El origen de sus críticas estuvo muy probablemente en lo que consideró alusiones directas a su persona y a sus posiciones políticas: “Tony fue, por supuesto, tan antiestalinista como todos, y amargamente crítico con aquellos que no abjuraron del partido comunista aún cuando quedara demostrado que no eran estalinistas y estuvieran, como yo, alejándose lentamente de la original esperanza mundial que supuso octubre de 1917”. Sobre la obra de Judt afirmó que la crisis del comunismo en la Europa oriental “le condujo a él y a otros que deberían haber estado mejor informados a creer el cuento de hadas de las revoluciones de Terciopelo y multicolores de 1989 y después,” sosteniendo Hobsbawm que “no hubo tales revoluciones, sólo diferentes reacciones ante la decisión soviética de retirarse”, afirmación sola que parece justificar las críticas previas de Judt al gran historiador de las revoluciones burguesas.

De *Posguerra*, Hobsbawm reconoció que,

[...]muy pocos autores tienen la capacidad de abordar un tema tan vasto o de llevarlo a buen puerto. *Posguerra* es un logro impresionante. Aunque sólo sea porque todo libro que lleva su análisis hasta el presente incorpora su propia obsolescencia, su futuro es incierto. Pero podría tener un periodo de vida más largo como obra narrativa crítica de referencia porque está escrito con brío, agudeza y estilo. *Posguerra* le situó por primera vez como figura destacada dentro de la profesión.

Con *Pensar el siglo XX* fue mucho más severo: “no es un gran libro, ni siquiera el torso de un gran libro —¿cómo podría haberlo sido, dada la manera en que lo escribió?”. Sin embargo añadió a su comentario que se trataba de

Una lectura esencial para todos los que quieran saber lo que los historiadores con-

temporáneos tienen que decirnos. También es un modelo de discurso civilizado en la aldea global académica. Muestra que los historiadores pueden cuestionar sus propios supuestos, examinar sus propias certezas y ver las maneras en las que sus propias vidas están formadas y reformadas por su siglo.

Lograr condensar todo esto en un libro en la época en que se extinguieron las certezas y los paradigmas respecto de la historia, lo vuelve, como dice Hobsbawm, muy a su pesar y desde los recovecos de la crisis entre generaciones de trabajadores de un mismo oficio que destila su comentario, en una lectura esencial acerca de la historia más reciente y del quehacer del historiador.



Resúmenes/Abstracts

 **Emma Rivas Mata / Edgar O. Gutiérrez**
De estudiante "matutino" a hacendado mexicano: el caso de Eusebio García Monasterio

Interesados en la labor como historiador y bibliógrafo de Joaquín García Icazbalceta, en esta ocasión quisimos acercarnos a su padre, Eusebio García Monasterio. Con este artículo nuestra intención es dar a conocer algunos aspectos biográficos de su vida familiar y de los negocios de este inmigrante riojano que paso de ser estudiante de gramática de su natal Matute, a convertirse en el esposo de Ana Ramona de Icazbalceta y Musitu y, en consecuencia, en un prominente hacendado azucarero mexicano, que nunca olvidó sus raíces riojanas. Por ello, en 1820 donó el dinero que hizo posible la construcción y funcionamiento de la escuela gratuita en la mencionada población de Matute, institución de gran importancia social para su pueblo y sus entornos.

Palabras clave: biografía, hacendado, siglo XIX, Eusebio García Monasterio.

Interested in the work of Joaquín García Icazbalceta as a historian and bibliographer, on this occasion we wanted to approach his father, Eusebio García Monasterio. The intention of this article is to reveal some biographical aspects, of his family life and of his business activities. An immigrant from Rioja, he went from being a student of grammar in his native Matute to become the husband of Ana Ramona de Icazbalceta and Musitu and thus a prominent Mexican sugar hacienda owner who he never forgot his ancestral roots. Therefore, in 1820, he donated the money that made it possible to build and operate a school that was free of charge for the people of Matute, an institution of major social importance for his town and its environs.

Keywords: biography, landowner, nineteenth century, Eusebio García Monasterio.

 **José Antonio Terán Bonilla**
Fortificaciones en la ciudad de Puebla durante la Intervención Francesa

A causa de las deudas contraídas por México con Francia y su incapacidad de pago, Francia decidió declararle la guerra, enviando a su ejército a luchar en territorio mexicano, acontecimiento que se conoce como la Intervención francesa. En la batalla que sostuvieron en la ciudad de Puebla el 5 de mayo de 1862, las tropas francesas fueron derrotadas por las mexicanas, lo que obligó al ejército francés a replegarse. Puebla, ante la amenaza de volver a ser atacada, para defenderse reforzó los fuertes de Loreto y Guadalupe; además adecuó y construyó una serie de fortificaciones aisladas alrededor de la ciudad, dispuestas de manera es-

tratégica por sus cuatro puntos cardinales. En este artículo se da a conocer su ubicación y se hace una descripción de cada una de estas construcciones militares que fueron de vital importancia en el sitio que sufrió la ciudad de Puebla en 1863.

Palabras clave: fortificaciones, Intervención francesa, construcciones militares, Puebla.

Due to Mexico's debts to France and its inability to pay, France decided to declare war, sending its army to fight on Mexican territory. This event is known as the French Intervention. The French troops were defeated during the battle waged in the city of Puebla on May 5, 1862, which forced the French army to retreat. Under the threat of another attack, Puebla reinforced both Loreto and Guadalupe forts; remodeling and constructing a series of isolated fortifications around the city, positioning them strategically at its four cardinal points. In this article, these locations are identified and each of these military constructions, which were of vital importance in the siege of Puebla in 1863, is described.

Keywords: fortifications, French intervention, military construction, Puebla.

 **Rebeca Monroy Nasr**
La fotografía de la Revolución mexicana: una experiencia visual invaluable para los historiadores

Con este ensayo se busca enumerar los materiales historiográficos que surgieron con los festejos del centenario de la Revolución mexicana, en donde es factible constatar el uso de la fotografía como fuente documental para la historia y como documento social y estético. Los materiales publicados alrededor del tema develan nuevos autores, formas y estilos de realización, también los tránsitos, las continuidades y las innovaciones creadas en ese periodo por los fotógrafos documentalistas y de prensa. Con lo cual podemos acercarnos a ese mundo de imágenes que sentó las bases para nuevas realizaciones formales que incluso antecedieron a la fotografía documental europea y soviética. Los fotógrafos en plena Revolución respondieron, aun con ciertas limitaciones técnicas, a una puesta en escena que ameritaba nuevas imágenes y nuevas formas de aprehensión. Un antecedente icónico innovador, pues antes que las imágenes soviéticas y de la primera gran guerra, la fotografía mexicana en la Revolución realizó una gran aportación visual.

Palabras clave: fotografía y Revolución, innovaciones fotográficas, iconicidad fotográfica.

In this essay I intend to enumerate the historiographic materials that surfaced during the Mexican Revolution centennial and that demonstrate

the use of photography as a documentary source for history and as a social and aesthetic document. The materials published around the topic reveal new creators, forms and styles, as well as innovations, continuities and moments of flux that arose in that period by documentary and press photographers. This material allows us to get closer to the world of images that was a foundation for new formal imagery that even preceded European or Soviet documentary photography at that time. The photographers of the Revolution were still facing some technical limitations in setting up scenes that required new images and new ways to comprehend them. An iconic precedent of innovation, since Soviet and World War I images came later, the photography of the Mexican Revolution was a great visual contribution.

Keywords: Photography and Revolution, photographic innovations, photographic iconicity.

 **Pablo Yankelevich**
La diplomacia sudamericana en la Decena Trágica

En este artículo se analizan las conductas de la diplomacia sudamericana frente al golpe de Estado que derrocó al presidente Francisco I. Madero en febrero de 1913. Para ello se revisan las aproximaciones de los diplomáticos de Argentina, Brasil y Chile al proceso revolucionario inaugurado en 1910, se identifican los horizontes políticos e ideológicos desde donde se observa a México, poniendo un particular énfasis en la prácticamente desconocida actuación del representante de Chile. Sobre esta base, se explican los motivos que condujeron a esas tres naciones a asumir una activa diplomacia en el marco del conflicto que envolvió a México y Estados Unidos a partir de la llegada Woodrow Wilson a la presidencia estadounidense.

Palabras clave: diplomacia, Sudamérica, Decena Trágica, golpe de Estado, Francisco I. Madero.

This paper analyzes South American diplomatic conduct in response to the coup that overthrew President Francisco Madero in February, 1913. First, it examines the ways in which diplomats from Argentina, Brazil, and Chile addressed the revolutionary process started in 1910. Secondly, it identifies the political and ideological horizon from which Mexico was perceived, with a particular emphasis on the almost unknown intervention of the Chilean representative. From this state, the paper explores the purposes that made these three nations assume an active diplomacy in the framework of the conflict that involved Mexico and the United States, since Woodrow Wilson became president of the U.S.

Keywords: diplomacy, South America, Ten Tragic Days, coup, Francisco I. Madero.

Articles appearing in this journal are abstracted and indexed in *Historical Abstracts and America: History and Life*.



Historias solicita a sus colaboradores remitir sus trabajos al Comité Editorial siguiendo las siguientes indicaciones:

1. Los autores enviarán sus colaboraciones al director o los editores de la revista, al correo electrónico revista_historias@inah.gob.mx o historias.inah@gmail.com de la Dirección de Estudios Históricos del INAH.
2. En la primera página de la colaboración deberá incluirse el título, el nombre del autor y la institución a la que está adscrito, o en su caso, indicará si es investigador independiente.
3. En el caso de las reseñas y las traducciones, además de los datos solicitados en el punto anterior, se incluirá la nota bibliográfica completa de la obra reseñada o traducida.
4. Además se incluirá aparte una hoja que incluya el nombre del autor, la institución a la que está adscrito, su número de teléfono (con los horarios en que se le puede localizar) y correo electrónico.
5. Todas las colaboraciones se acompañarán de un resumen de ocho líneas como máximo, en español y en inglés, así como cinco palabras clave.
6. Los trabajos deberán ser inéditos sobre historia mexicana y, excepcionalmente se aceptarán por su calidad académica o por la importancia del tema sobre historia latinoamericana o española.
7. Los artículos tendrán una extensión mínima de 20 cuartillas (de 1800 caracteres) y máxima de 30. No deben presentar bibliografía al final, por lo que la primera vez que se cite una obra, la referencia o nota bibliográfica deberá presentarse completa.
8. Las reseñas tendrán una extensión de cuatro a ocho cuartillas y deberán tener título.
9. La bibliografía comentada que incluye la sección de "Andamio" no excederá las 30 cuartillas.
10. El documento inédito, para la sección de "Cartones y cosas vistas", no excederá de 30 cuartillas y deberá contar con una pequeña presentación no mayor de dos cuartillas.
11. Todas las colaboraciones estarán escritas en letra Arial 12, a doble espacio, y respetar un margen de 3 cm por lado. Las referencias o pies de página deberán contener los siguientes datos:

Libro:

Nombre del autor, apellidos, *título de la obra*, lugar de edición, editorial, año de publicación y páginas (p. 54 o bien pp. 54-45)

Capítulo de libro:

Nombre del autor, apellidos, "título del capítulo", en *título del libro*, nombre del coordinador o editor, lugar de edición, año, página o páginas utilizadas (p. 54, o bien pp. 55-70).

Artículo:

Nombre del autor, apellidos, "título del artículo", en *título de la publicación*, núm. (de la revista en su caso), año, página o páginas utilizadas (p. 54, o bien, pp. 55-70).

Periódico:

Nombre del autor, apellidos, "título del artículo", en *nombre del diario*, lugar de edición, año, página o páginas utilizadas (p. 54, o bien pp. 55-70).

Otras fuentes: audiovisuales y sonoras en soporte DVD o CD: autor, *título*, lugar de edición, fecha, y en su caso minuto o segundo de referencia.

En el caso de la mesografía o referencias al Internet: autor, *título*, referencia o sitio consultado, fecha de consulta.

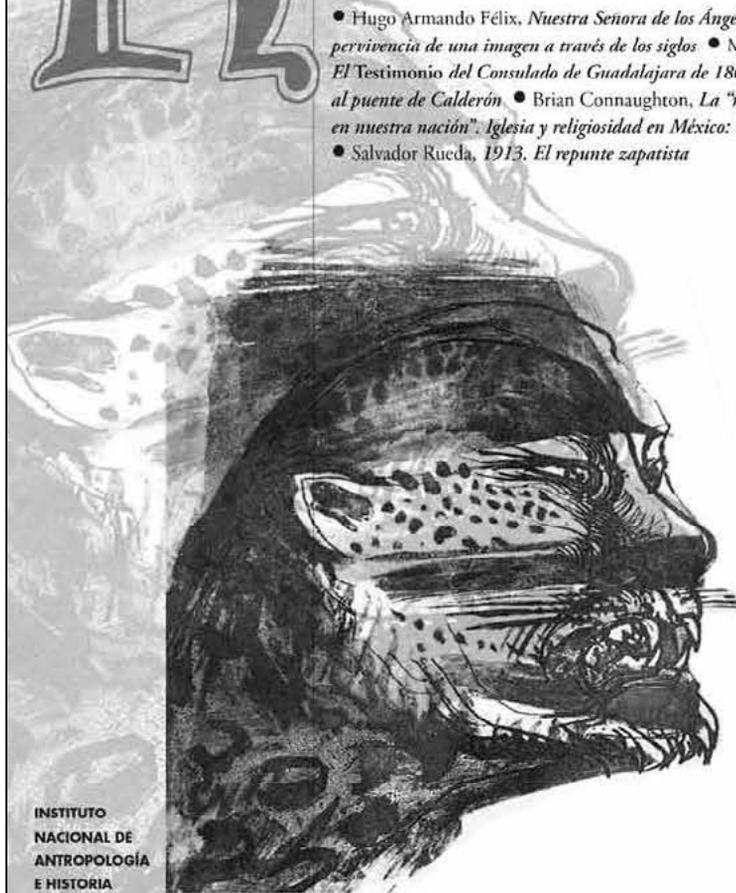
12. Las imágenes o fotografías que acompañen al texto deberán tener una resolución de 300 DPI en formato JPG o TIFF con una medida máxima de 29 cm y una mínima de 14 cm y el autor debe conseguir los derechos autorales para su posible publicación.
13. Cuando se utilicen siglas o iniciales, en la primera ocasión deberá escribirse en extenso el nombre referido; en las posteriores sólo se utilizarán las siglas.
14. Todas las colaboraciones se someterán a dictamen de dos especialistas, asegurándose el anonimato de los autores y de los dictaminadores.
15. Después de haber recibido los dictámenes, los editores determinarán sobre la publicación del texto y notificarán de inmediato la decisión al autor.
16. Los editores de *Historias* revisarán el estilo, redacción y correcciones pertinentes para mayor claridad del texto, en tanto no se altere el sentido original del mismo, y se sugerirán los cambios al autor, quien deberá expresar su visto bueno.
17. Al momento de recibir las colaboraciones se les comunicará al (los) autor(es) para que estén enterados de su recepción.
18. Cada autor recibirá cinco ejemplares del número en que aparezca su colaboración, en caso de artículos y ensayos. En caso de reseñas se entregan tres ejemplares.

Las colaboraciones deberán enviarse a la revista *Historias*, de la Dirección de Estudios Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH). Calle Allende núm. 172, esq. Juárez, Deleg. Tlalpan, C.P. 14000, México D.F. Tel. 40405100 ext. 204, al correo electrónico: revista_historias@inah.gob.mx o historias.inah@gmail.com

SEPTIEMBRE-DICIEMBRE 2014

Historias 89

- Hugo Armando Félix, *Nuestra Señora de los Angeles: la pervivencia de una imagen a través de los siglos*
- Marta Terán, *El Testimonio del Consulado de Guadalajara de 1802 referente al puente de Calderón*
- Brian Connaughton, *La "metamorfosis en nuestra nación". Iglesia y religiosidad en México: 1836-1855*
- Salvador Rueda, 1913. *El repunte zapatista*



INSTITUTO
NACIONAL DE
ANTROPOLOGÍA
E HISTORIA

ENERO-ABRIL 2015

Historias 90

REVISTA DE LA DIRECCIÓN DE ESTUDIOS HISTÓRICOS



INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA



ENTRADA LIBRE

- Graham Greene 3
- Andrea Wulf 6
- Jules C. Alciatore 10

ENSAYOS

- Emma Rivas Mata / Edgar O. Gutiérrez
De estudiante "matutino" a hacendado mexicano: el caso de Eusebio García Monasterio 17
- José Antonio Terán Bonilla
Fortificaciones en la ciudad de Puebla durante la Intervención Francesa 43
- Rebeca Monroy Nasr
La fotografía de la Revolución mexicana: una experiencia visual invaluable para los historiadores 59
- Pablo Yankelevich
La diplomacia sudamericana en la Decena Trágica 75

ANDAMIO

- Jorge Alejandro Díaz Barrera
Nueva España: balances y análisis independentistas 87

RESEÑAS

- Rodrigo Martínez Baracs
Los números, vividos e imaginados 99
- Salvador Rueda Smithers
Sabiduría encubierta: pintura, ciencia y clandestinidad 100
- Gabriela Pulido Llano
Historia desde la imagen 109
- Anna Ribera Carbó
Entre la autobiografía y la historia de su tiempo 112

